

*A mi papá, que siempre cumplió sus promesas;
y a mi mamá, que se encargó de cumplir la más importante.*

Ian y Licer

LA PROFECIA

Toda unión está destinada a deshacerse, todo final tendrá un nuevo principio, todo día tendrá su noche y toda muerte tendrá vida...

De la mano de extraños de tierras lejanas, se desatará la lucha entre los Tres Grandes.

El miedo y la pena azotarán a la trinidad del poder. Y sólo hasta el paso de cinco Lunas Negras la salvación volará a las tierras de Lang, con la llegada de los niños enviados lejos del hogar para su vida preservar.

Hijos de la Nobleza de los Tres Grandes; con investidura de los fieles del Bosque surcarán los cielos dejando una estela de milagros y batallas.

Sus espadas eliminarán la plaga, bajo sus alas se levantarán los caídos y en su nombre: Lasylar... nacerá el Imperio de los Tres Grandes.

“Sólo hasta el paso de cinco Lunas Negras. La salvación volará a las tierras de Lang con la llegada del niño cuyo destino aquí se escribe.”

—¿Qué tan cierta crees que sea?

—Tan cierta como que estás parado a mi lado. De aquí a unos años llegará y yo me haré cargo de él.

—¿Podrás convencerlo? inducirlo a estar de tu bando no será fácil y mucho menos siendo quién es.

—Preocúpate por cumplir con tu parte del trato. Yo me encargaré de él... Lasylar es mío.

Capítulo 1

EL SECUESTRO

Habían deseado formar una familia desde el momento en que se casaron, pero por desgracia, Dios no les concedía la dicha de un niño en su vientre. El deseo por brindar amor a una nueva vida los impulsó a realizar un completo acto de amor: adoptar un niño... y comenzar esta historia.

Melisa y Dante eran un matrimonio joven, quizás demasiado joven, podría decirse que eran la típica historia de los jóvenes enamorados enfrentando a sus familias con amor por bandera y decisión por credo, en otras palabras: habían dejado todo atrás por capricho a su inquebrantable amor. Ahora, desterrados de sus hogares y sin posibilidad de procrear, acudían desesperados al primer Hogar de Niños abandonados que conocían.

—Lamento decepcionarlos, pero deben entender que son una pareja demasiado joven —replicó el director—. En verdad lo siento, pero no puedo poner a un niño bajo su cuidado.

Máscullando de impotencia el joven matrimonio se retiró.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Melisa al borde de las lágrimas.

—¡Probar en otros institutos, claro! —exclamó positivo Dante—. En algún lugar hay un niño que espera ser nuestro hijo.

Dicen que la esperanza es lo último que muere, pero en este caso su cajita de Pandora venía un poco mal de fábrica.

Era un hecho lógico que ningún Instituto que se respete no accedería a darles un bebé; eran jóvenes, con cuentas encima y bajos salarios para costearlos; en definitiva era tiempo de acostumbrarse a la idea de que ese año al menos, no serían padres.

Con el rabo entre las patas regresaban exhaustos de todo un día de búsqueda y rechazos, la sola idea de una cama cómoda y un poco de siesta bastaba para que los pies reaccionaran y los guiaran por si solos de regreso a casa. Hasta que... quizás en verdad las hadas Madrinas existían, quizás los Ángeles habían sentido lástima o hasta el mismo Buda se había apiadado... fuera como fuera, trastabillando y cansado se acercaba la respuesta a sus problemás.

—Dante — llamó Melisa, asustada ante semejante imagen—
—. ¿Qué le pasa a ese hombre?

Su pareja sólo se limitó a observar al sujeto que se acercaba rengo y exhausto por la vereda; llevaba un bebé en brazos, un pequeño niño caminando a su lado de la mano y una pequeña de no más de cinco años los seguía por detrás maravillada con su entorno. A simple vista la imagen era clara: un pobre padre solo que debía lidiar con demasiados niños.

—Dante... mira ese niño, oh Dios es... es...

—Hermoso...

El niño que caminaba guiado de la mano del hombre parecía una fantasía, tan pequeño pero tan precioso, con ojos verdes muy grandes, un color hasta el momento completamente desconocido para los dos jóvenes.

—Ehh, disculpe. ¿Necesita ayuda? —dijo Melisa acercándose.

—Zansili... dezu cak —contestó con un acento muy extraño. Ante la confusión de las dos personas que tenía enfrente formuló con mucho esfuerzo nuevas palabras— ¿Los quiere?

—¿¡Que!?

—A los niños, ¿los quiere? Se los regalo.

Antes de que ella pudiera hacer o decir algo, ya tenía al bebé en brazos y al pequeño de ojos verdes prendido de su pantalón. Por más que Dante llamó y trató de alcanzar al misterioso desertor no consiguió nada, el hombre se marchó sin siquiera mirar atrás con la niña aferrada a su mano. ¿Qué demonios había pasado? debían llamar a la policía o hacer algo, un par de niños abandonados en mitad de la calle era demasiado.

—Dante ¿Y si...?

—No, no hay forma de quedarnos con ellos. ¡Míralos! Los acaban de abandonar en mitad de la calle, no, tenemos que ir con la policía y...

—Pero... son bebés, bebés que hemos estado buscando. Además, míralos.

Dante miró de reojo a los pequeños (gran error). Había visto yanquis, ingleses, australianos, cantidad de gente blanca y negra con ojos claros y rasgos hermosos, pero... ya fuera por la necesidad de la paternidad o por lo extraño de la situación, el contemplar aquellos ojos lo desarmó. No era sólo el pequeño de tres años con esas brillantes esmeraldas, sino también el bebé de pocos días que tenía una mirada embrujadora... dos orbes celestes parecían suplicarle quedarse con él.

—¿Qué nombres les pondrás? —suspiró resignado alzando al castaño.

—Unos que combinen con sus rostros. Ya sabes, John, Jake, Jack...

—Buen Dios... tú maldice al bebé con un nombre, yo le daré uno apropiado a este señorito.

Y así, los pequeños Ian y Licer empezaron a ser conocidos en el barrio conforme pasaban los años. Niños como ellos eran más que reconocibles, en un principio las madres prohibían a sus hijos acercárseles pero con el tiempo las miradas compradoras pudieron más que el miedo a lo desconocido.

Hasta que cinco años después, dos tiernos niños caminaban entre la lluvia de pétalos de flores blancas rumbo a la escuela. Licer ya contaba con ocho años, bastante alto para su edad, con el cabello castaño claro y sus característicos ojos verdes; mientras que Ian, mucho más pequeño, era considerado un diamante en bruto, un precioso niño de nariz respingada, cabello negro como la noche y profundos ojos celestes poco comunes.

—¡Primer día, primer día, primer día! —canturreaba saltando.

—No te alejes, piojo, si te pierdes me culparan a mí —replicó Licer.

Ian saltaba y reía entre los pétalos que caían a su alrededor, solía emocionarse con poca cosa como todo niño de cinco años que empieza a conocer el mundo. Pero en cuanto cruzaban el puente del riachuelo, el niño se detuvo bruscamente, se apoyó en el barandal y empezó a hacer muecas espantosas.

—Oye, marmota, deja de hacer eso o se te quedará la cara así para siempre.

—¿En serio? —preguntó Ian asustado.

—Eres feo de todas formás. ¿Por qué dejaste de saltar?

—Hay unos señores viéndonos con anteojos grandes, allá.

—¿Dónde? —se apoyó junto a su hermano y escudriñó, su vista era buena según el medico pero no llegaba a ver absolutamente nada—. Piojo, ahí no hay nada.

—Es que tú no alcanzas a ver, ¡pero de verdad! Están vestidos de negro y nos miran con anteojos muy grandes.

—Ves demasiada televisión. Le diré a mamá.

—¡Nooo! ¡A mamá no!

~oOo~

—La escuela no es tan mala después de todo ¿eh? —sonreía Melisa mientras servía la comida a sus hijos que acababan de llegar después de toda una jornada.

—A mi no me gusta —replicó Ian inflando las mejillas—. Los niños son tontos.

—Ian, ¿por qué? ¿Qué pasó?

—No —suspiró Licer comiendo su arroz—. Él es el tonto, él es el que siempre dice mentiras sobre cosas que ve y que oye, por eso los niños lo deben haber molestado.

—¡Cállate, ganso desplumado! —exclamó el pequeño.

—¡Niños! —amenazó Dante—. No quiero peleas en la mesa, ya lo saben. Ahora, Ian... —suspiró frotándose la frente con cansancio—. Sé que tienes una gran imaginación, cariño, pero ya es suficiente; no puedes andar por ahí diciendo que ves

y escuchas cosas tan fantasiosas. No me obligues a llevarte al medico.

Ian frunció el seño y comió en silencio. Al retirarse los pequeños de la mesa, los mayores no pudieron más que debatir nuevamente sobre el mismo tema que los atormentaba desde que Ian dijo sus primeras palabras a los siete meses. Los dos niños eran unos prodigios, nadie lo negaba y todos lo admiraban, ambos tenían una increíble facilidad para el aprendizaje de idiomas y demás. Eran un par de superdotados, dos cerebritos más que desarrollados con excelente salud y estado físico. Pero según el medico, esto podía traer consecuencias como lo que había afectado a Licer años atrás y ahora se las agarraba con el más pequeño: la posibilidad de un principio de Esquizofrenia. Licer también había tenido su época de decir a todo el mundo que veía hadas o espíritus, y que escuchaba voces en la noche y cantos que lo llamaban al amanecer, pero después de un año llegó a pasársele. Y ahora Ian empezaba con lo mismo, quizás en su caso no sería tan fácil que la enfermedad no se manifestara por completo; el pequeño, con tan sólo cinco años de edad había demostrado ser muy terco y orgulloso, a una edad tan pero tan corta tenía la mitad del carácter desarrollado, y según el medico, lo mejor era someterlo a tratamiento antes de que la Esquizofrenia avanzara.

Mientras tanto en la habitación de los niños, Ian se encontraba sentado en el alfeizar de la ventana y su hermano recostado en la cama haciendo la tarea asignada en el primer día de clases. El menor siempre solía sentarse en la ventana a

tararear una melodía que a su hermano agradaba muchísimo, una melodía muy extraña y completamente desconocida pero a la vez lejanamente familiar. Parecía más como si Ian quisiera imitar el canto de una ocarina, una ocarina que a la vez imitaba el canto de... de algo, no sabría decirlo, porque no era el canto de un ave, sin embargo ¿qué otro animal era capaz de cantar?

—Ian, ¿puedo preguntarte algo?

—No.

—¿Por qué cuando me insultas me pones el nombre de cualquier pájaro? Siempre soy o un ganso desplumado, un pato mal formado o un gallo pisado... iuhg. Ya sabes, siempre pájaros, al menos yo varío los insultos.

Ian no contestó al instante. Siguió tarareando sumido en su propia melodía mientras sonreía observando los pétalos de cerezo bailar a su ritmo. ¿Por qué nadie le creía? ¿Por qué nadie quería creerle? ¿Por qué siempre sentía que no pertenecía allí? Amaba su casa y su familia... pero excluyendo a Licer, jamás se había sentido plenamente cómodo con nadie, aun sus padres le parecían extraños y no era por el hecho de ser adoptados... simplemente se sentía completamente fuera de lugar allí.

—Porque eres un pájaro —contestó volteándose a verlo—. O al menos así es como te veo. ¿Ahora yo puedo preguntar algo?

—Dispara.

—¿Por qué eres tan mentiroso? —espetó con la mirada fría—. Sabes que todo lo que veo y oigo es cierto porque tú también lo vives. ¿Por qué no me apoyas? ¿Por qué me haces

quedar como loco delante de todos? ¿Por qué no dices que tú también los ves?

—¡Porque no quiero terminar internado! —exclamó furioso—. Sé lo que pasa a nuestro alrededor, y sé que no es porque estemos sicóticos o esquizofrénicos. Sé que vemos las cosas porque en verdad están ahí, no sé por qué podemos. Pero no quiero que nos internen en una clínica de dementes. Ya deberías saberlo, tienes muy buen oído, casi escuchas detrás de las paredes ¿no? Habrás escuchado a papá decir que empezarás un tratamiento. Deberías quedarte callado.

Los ojos celestes se llenaron de lágrimas, se volteó y salió de la habitación por la ventana. Licer suspiró, no iría tras él... no porque no quisiera sino porque nunca podría alcanzarlo a donde trepara, Ian se subía hasta las copas de los árboles, donde era imposible alcanzarlo, casi se podría decir que volaba.

Al día siguiente caminaban como se haría costumbre rumbo a la escuela, sin hablarse ni dirigirse una sola mirada. No obstante, Licer notó claramente cómo su hermano miraba nuevamente a la misma dirección del día anterior, si había algo que Ian no sabía hacer era mentir, además el que viera cosas extrañas no involucraba a un montón de tipos al mejor estilo Men In Black observándolos.

—¿De verdad no los ves?

—No tengo vista de halcón —fingió indiferencia.

—Pero están ahí.

—Piojo, ya te dije que no tengo vista de halcón. A veces pienso que eres un bicho en serio; es decir, hueles los guisos de mamá a mucha distancia, escuchas a través de las paredes y

ahora tienes vista de águila. ¡Evoluciona engendro! —rió pellizcándole la mejilla.

—¡Ya veras, pato amorfo!

Las reconciliaciones entre hermanos siempre son lo más particular del mundo, no se habla del tema, unos cuantos golpes, insultos y de repente todo está en orden.

~oOo~

En la mayoría de las ocasiones, regresar al hogar después de un largo día en la escuela es la mejor recompensa para los niños, pero para Ian ese día era diferente, se sentía extraño... como un animal que presiente el peligro lo calificaba su hermano, pero esta vez no era para broma. Ian estaba inquieto y nervioso como nunca antes, y su estado empeoró mucho más al caer la noche.

Fuera, camuflados en la oscuridad de las calles se encontraban apostados varios individuos vestidos de negro. Armados hasta los dientes aguardaban el momento de entrar en acción. Uno de ellos levantó el celular que vibraba en su cinturón y respondió a la llamada.

—Señor, estamos en posición —fue lo primero que dijo—. Necesitamos saber exactamente en qué casa se encuentran.

—No lo sé —contestó una rasposa voz del otro lado—. Traigan a todos los niños menores de nueve años que halla en esa zona. Entre todos deben estar los que busco.

—Entendido.

Bajo la luz de los focos del comedor, la familia se sentaba a disfrutar de una deliciosa cena sin ser consciente de la

amenaza que los rodeaba. Licer miraba a su hermano preocupado mientras que éste revolvía la comida y se estrujaba el pantalón, Ian sentía el peligro.

—¿Ian? Tesoro, qué... —pum, la luz se fué de repente—. Tranquilos, cielitos, es sólo un corte.

Sin embargo, el corte pasó a ser algo más que un desperfecto técnico cuando se escucharon gritos, golpes y disparos fuera de la casa. Dante tanteó hasta encontrar una linterna y con esta ubicar su escopeta, Melisa tomó a los niños y los encerró en su cuarto regresando al lado de su pareja. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Un asalto en el barrio más tranquilo de toda la zona? Parecía absurdo pero estaba ocurriendo; gritos, disparos, peleas, cosas rompiéndose y terror en medio de la oscuridad.

—¿Qué hacemos? —dijo Ian aferrándose al brazo de su hermano—. ¡Licer!

—Escondernos, ¡rápido! métete en el armario.

Obediente como nunca antes, Ian se metió en el armario hasta estar contra la pared, esperó unos segundos y suspiró aliviado cuando Licer llegó a su lado para abrazarlo y taparle los oídos, protegiéndolo así de los horribles sonidos de lo que fuera que estuviera luchando con sus padres al otro lado de la puerta.

De repente, dos disparos y un grito, y el silencio sepulcral inundó el barrio. Ambos niños dieron un respingo y el llanto del menor se intensificó.

—Shh, Ian, escúchame —dijo Licer obligándolo a agazaparse—. Tienes que quedarte muy quieto y callado ¿sí?

—Tengo miedo... Licer, tengo miedo...

—Lo sé, lo sé... pero tienes que hacerme caso. Anda, eso es, quédate ahí escondido ¿sí? Yo estaré aquí. No salgas por nada del mundo, por nada, ¿me lo prometes?

—Yo... sí... sí...

Licer se encargó de cubrirlo con cajas y ropas para luego él mismo esconderse tras unas camperas.

La puerta de la habitación se abrió lentamente revelando altas y desconocidas figuras que comenzaron a recorrer y destruir la habitación. Licer contuvo el aliento cuando la puerta del armario fue abierta con brusquedad, y entre lo que las telas le permitieron observó a un hombre cubierto de negro que usaba una máscara de gas y portaba una pistola, ante tan horrible visión procuró quedarse inmóvil y esperar.

El extraño no tardó en registrar el armario sin cuidado dando con lo que esperaba.

—Por fin —dijo entonces—. Ven acá, mocoso.

Prácticamente arrancó a Ian de su escondite, jalándolo de los cabellos lo sacó del armario en medio de su desesperado llanto.

—¡No! ¡Suéltense! —lloraba el pequeño retorciéndose entre los brazos del extraño.

Licer no lo pensó dos veces, tomó el palo de hockey a su lado y salió envistiendo hasta golpear al hombre en el estómago, quien doblándose hacia adelante soltó a Ian. Los pequeños se vieron arrinconados contra la pared, Licer abrazaba a su hermano aun tapándole los oídos y manteniéndolo pegado a su pecho para que no viera nada. Se encontró rodeado por aquellos extraños de negro pero no

soltó a Ian. Uno de los hombres se inclinó a su lado y quitándose la máscara habló bajo a su oído:

—Oye, ¿quieres que te pase lo mismo que a ellos? —susurró señalándole los cuerpos inertes y sangrantes que descansaban en el suelo del comedor.

Licer abrió mucho los ojos, tras un grito de horror trató de correr a socorrer a sus padres, pero una fuerte y enorme mano contra su nariz y boca lo detuvieron, forcejeó por unos minutos hasta que sus fuerzas empezaron a menguar debido a la sustancia que aspiraba y cayó inconsciente.

—¡Licer! —exclamó Ian—. ¡Suéltalo! ¡Suéltalo!

Para el más pequeño bastó un fuerte golpe en el estómago para dejarlo en la inconsciencia.

Así salieron los dos hombres enmascarados de la casa, en silencio con los pequeños dormidos en sus brazos, y se reunieron en medio de la calle con otros que llevaban presas similares.

~oOo~

Lasylar...

Ian despertó de un salto, todo transpirado y temblando... siempre era lo mismo, ni siquiera el encontrarse en un ambiente completamente desconocido le evitaba seguir escuchando aquel nombre sin sentido y esos llamados.

Se frotó un poco la cabeza, sus captores no habían sido nada delicados y probablemente lo habían arrojado al camión sin consideración, incluso tenía un poco de sangre seca en la nuca. Miró a su alrededor, al parecer no eran los únicos secuestrados. Varios niños del barrio y otros que no conocía yacían en el camión que ahora los transportaba; algunos aun dormían, otros lloraban llamando a sus padres y otros golpeaban la puerta del vehículo pidiendo auxilio. Ian suspiró, buscó con la mirada a Licer y corrió a su lado trastabillando entre esquivar a los que dormían y luchando con la inestabilidad del camión en movimiento.

—Licer, Licer ¿estás bien? —dijo alegre moviéndolo de un hombro—. ¿Licer? ¿Te duele algo? ¿Te lastimaste? ¡Contéstame!

—Déjame tranquilo un segundo, piojo —contestó con sequedad sin voltearse.

Ian se separó desconcertado, nunca había escuchado a su hermano tan triste. Licer sólo se abrazó a sí mismo y lloró en silencio la muerte de sus padres... no podía quitarse la horrenda imagen de verlos tendidos en el piso en medio de un charco de sangre... muertos... No se suponía que los padres murieran... las mariposas cuando las encierras en vasos, los escarabajos cuando los tiras a las hormigas, las cucarachas

cuando las pisas, esas cosas simples y sin importancia se morían, ese era el único concepto que tenía sobre la muerte...

No tenían la más mínima idea de qué hora era o siquiera si seguían en el mismo día, habían viajado por horas y horas hasta que por fin el camión se detenía y parecía ingresar en algún lugar. La espera no se prolongó mucho, de un momento a otro las puertas se abrieron bruscamente cegando a los niños con la luz de la mañana. Se los forzó a bajar del vehículo mientras los contaban.

Ian y Licer observaron asombrados el lugar donde habían sido llevados, eso no se parecía en nada a lo que el más pequeño había imaginado como los calabozos de torturas en donde pensaba que iban a terminar. Un enorme jardín se exponía ante ellos, largos senderos de tierra roja, árboles por todas partes, fuentes y estatuas; parecía que habían llegado a los jardines de un palacio... una hermosa mansión se encontraba al final del amplio camino decorado por flores.

Por orden de sus captores subieron a los carritos que los esperaban. Ian iba sujeto firmemente de la mano de su hermano en todo momento, si acaso se separaran no sabría qué hacer, estar lejos de casa ya era demasiado pero estar lejos del ganso con hemorroides sería el fin.

Ya frente a la mansión descendieron de los carritos, las puertas se abrieron por las bien vestidas sirvientas que los guiaron hasta una amplia y lujosa sala de estar. Por amenaza de las armas se sentaron en el suelo todos muy juntos, de alguna forma el estar bien cerca les proporcionaba un poco de seguridad.

De repente, por una alta puerta ingresó un hombre ataviado con un traje gris; era calvo y muy alto, cogeaba por la pierna derecha pero no andaba con bastón, la cabeza lampiña estaba llena de escalofriantes cicatrices, su semblante no distaba mucho de aquella mafiosa apariencia; lucía serio como si estuviera muy preocupado o muy enojado, era difícil diferenciar. Más tarde los niños aprenderían que el hombre siempre lucía así.

Miró a los niños con asco, como si de feas criaturas se tratase. Uno de los hombres de negro se acercó a susurrarle rápidas palabras que el magnate no pareció tener en cuenta.

—Llévenlos a las habitaciones, mañana comenzarán a bajar al sótano.

Sin decir más esa voz rasposa, se retiró de la estancia dejando a los niños con mil y un preguntas que ni siquiera pudieron ser hechas, ya que las sirvientas se habían acercado pidiéndoles amablemente que les siguieran.

—No —lloraba Ian abrazado a su hermano.

—Vamos, lindo, sólo irás a otra habitación, tu hermano no estará lejos —tratataban de persuadirlo.

—¡No quiero!

Licer hubiera hablado con la mujer, pidiéndole también que les permitieran estar juntos, pero al ver que uno de los hombres que los había llevado hasta allí desenfundaba un cuchillo cambió de estrategia por el bien de los dos.

—Ian, hey, cálmate —le habló acariciándole los cabellos—. Yo voy a estar cerca ¿sí? Gritas y ya me tienes allí. Anda, ve con la señora, iré a visitarte dentro de un momento. Anda, no causes más problemas.

—Pero... es que no q-quiero, Licer n-no, no me dejes solo... por favor...

—Estaré aquí. Ve, anda ve. No pasa nada.

Ian fue llevado al tercer piso, a una enorme habitación llena de camas que compartiría con otros niños de su edad. Licer estaría en el mismo piso a unas puertas de distancia con otros de edades más avanzadas, pero niños a fin de cuentas.

Nadie les dijo nada, los encerraron en las habitaciones y a cierta hora de la noche las luces se apagaron por si solas. Licer al menos supo distinguir por la ventana enrejada que la mansión se ubicaba en medio del campo. Se veían grandes espacios cubiertos por árboles y más lejos un lago... estaban en medio de la nada, sin saber por qué y solos... completamente solos a su suerte.

A la mañana siguiente, Licer se despertó a las seis, no podía dormir más estando en tan espantosa situación. Se volteó para ver al piojo que dormía a su lado y que por la noche se había colado en su cama, pero sólo se encontró con el espacio vacío y una pequeña mancha de humedad. Se levantó y fue hasta el baño de donde provenía el sonido del agua corriendo. La imagen le partió el alma: Ian metido en la bañera con la ducha mojando su cuerpito, abrazando sus rodillas y llorando desconsoladamente.

—Ian ¿qué haces? —sonrió sentándose en el borde de la bañera—. Tú no te bañas solo.

—Pero... ahora tendré... q-que hacerlo ¿no? —hipó sin levantar el rostro—. P-papá y mamá n-no están... y... y... tú me vas a dejar s-solo...

—Hey... no, Ian —se apresuró a meterse en la bañera aún vestido para abrazar al pequeño que de inmediato se aferró a él—. Yo no voy a dejarte nunca. Y... nuestros padres vendrán por nosotros—tragó saliva con dificultad al decir aquello—. Ya verás que no estaremos mucho tiempo aquí.

—Estás mintiendo...

No sólo no podía mentir sino que era un detector de mentiras... y Licer lo sabía.

—No te voy a dejar solo —dijo entonces reforzando el abrazo—. Yo voy a cuidarte siempre.

Ian fue calmándose poco a poco, hasta que finalmente se separó de su hermano, infló las mejillas y lo miró sonrojado.

—Me hice pis encima —confesó.

—Me di cuenta.

—Nunca me había pasado.

—Lo sé.

—Lo siento...

—No importa —sonrió tomando el potecito de shampoo—. Por esta vez te perdono. Anda, hay que lavarte para bajar a desayunar... nunca entenderé por qué no se te enrienda el cabello.

—Jiji, porque eres un pato amorfo.

~oOo~

La rutina para los niños era devastadora. Se levantaban, desayunaban, los hombres armados los sacaban a pasear a los jardines, merendaban, veían la TV y cenaban, revisión médica y a la cama. Ni una palabra, ni una explicación.

A veces al despertar, notaban la ausencia de un compañero, pero con el tiempo aprendieron que no debían preguntar. Uno a uno desaparecían, a veces por un día, a veces más, pero siempre el que regresaba no era en el estado sano en el que había desaparecido, no... regresaba con marcas, heridas, a veces puntos y a veces enyesado. Tenían prohibido hablar del tema, pero con el paso de los meses sabían que a todos y cada uno les tocaría ir... al “Sótano”.

—Andrés me dijo que el señor calvo está ahí abajo —decía Licer hablando en susurros a un amigo en medio de la noche bajo la seguridad de las mantas—. Se sienta en un sillón muy cómodo y al niño que llevan le hace cosas dolorosas. A veces lo sientan en una silla con pinchos o lo atan a una pared.

—¿Por qué? —preguntó espantado su amigo.

—Andrés me dijo que al señor calvo le gusta ver llorar a los niños...

~oOo~

—Señor, permiso.

—Oh doctor —sonrió el magnate sosteniendo su copa de vino—. ¿Cómo están mis chicos?

—El promedio es bueno. Pero, quería hablarle de dos en particular.

—Lo escucho.

—Estoy desconcertado, señor. Mire —colocó unos documentos sobre la mesa—. Es imposible definir el tipo sanguíneo de ambos.

—¿No te alcanza la tecnología que tienes? Compraré la más nueva...

—No es eso, señor, es decir... estos chicos no tienen ni glóbulos rojos, ni blancos, ni plaquetas... es difícil de explicar. La sangre de ambos está compuesta por células muy diferentes a las de los seres humanos.

—Fascinante.

—Sin duda. Además, mire: no tienen ni apéndice ni amígdalas. No tienen genes dañados o malignos, por ejemplo. El más pequeño tiene un órgano que desconozco junto al corazón.

—¿Un órgano de más? ¿No podría ser algún defecto de nacimiento?

—No sabría decir si es un defecto, señor. Es algo que jamás había visto, el niño tiene una especie de sistema circulatorio paralelo al convencional que se une a este órgano, apenas como si fuera una sombra, a simple vista de microscopio aquello no existe, es casi invisible... Además los cerebros de ambos... señor, no sé con qué nos hemos topado. Sabíamos que eran especiales pero esto es demasiado, pareciera como si estuviéramos tratando con especies ajenas a la Tierra.

—Cálmate, no estamos hablando de extraterrestres. Destruye esta información, nada de esto tiene que salir de aquí.

El doctor no dijo más, obedeció sumiso y se retiró rápidamente de la oficina. El señor calvo se quedó mirando los papeles en su escritorio con satisfacción... por fin los había encontrado. Había tenido que traer a su casa a veinte mocosos

inútiles, pero después de todo sus fuentes habían estado en lo cierto: los dos niños estaban allí después de todo.

Cuando “ellos” se comunicaran nuevamente con él les diría con gusto que tenía a los dos niños en su poder, que había cumplido con lo que le habían solicitado al contactarlo hace no más de un año a través de su espejo, si... se aparecieron en su espejo. Aún recordaba aquel extraño día, cuando entró a la oficina para terminar unos negocios y se encontró con que su reflejo no estaba en el espejo... sino dos hombres que no conocía. Aquellos seres de aspecto humano pero con ropas extrañas estaban materializados en el espejo habiendo desplazado a su reflejo. Creyó estar loco, creyó estar alucinando, pero cuando ellos le hablaron y le explicaron quiénes eran supo que estaba en presencia de seres poderosos de otro mundo.

—Tenemos un trabajo que proponerle —dijo uno de ellos, un hombre rubio muy alto y de vestimenta señorial, pero el rasgo más sobresaliente eran los cortonos escalata alrededor de las pupilas—. Buscamos a dos niños que se encuentran en su planeta, pero no tenemos forma de llegar hasta allí.

—Si colabora con nosotros y los encuentra —agregó el otro, que resultaba mayor y ataviado en túnicas—, le recompensaremos en abundancia.

—¿Qué... clase de recompensa sería? —preguntó él.

—Bueno... estoy seguro de que sus negocios y fortuna crecerían mucho si tuviera la habilidad de controlar las mentes de sus colegas y rivales.

No necesitó saber más. Sólo necesitó la descripción de las personas que se habían llevado a los niños que aquellos seres

extraños buscaban, se hizo de paciencia y pronto la información fue llegando poco a poco. Sus agentes perdieron el rastro de los dos hombres prófugos de la supuesta justicia de aquel otro mundo, pero al menos dieron con la ubicación de los niños... los niños que garantizaban la recompensa.

Pero entre tanto, hasta que se contactaran con él... no era mala idea divertirse un poco con aquellas criaturitas extrañas.

~oOo~

Lasylar...

Desesperado, Licer entró corriendo a la habitación que ocupaban los más pequeños, removiéndolo todo entre exclamaciones y llamados desaforados, hasta que finalmente vio a través de las rejas del balcón a su hermano hecho un ovillo, siendo tan pequeño había sido capaz de pasar entre las rejas.

—¡Ilan! —exclamó arrodillándose enfrente, pasó una mano entre reja y reja para poder acariciar un piecito del niño—. ¿Estás bien? ¿Qué te hizo? ¿Estás herido?

Ilan no contestó de inmediato, alzó los ojos enrojecidos por el llanto y finalmente lanzó un suspiro entrecortado. Licer notó las ropas del pequeño manchadas en sangre y repletas de agujeros, como si lo hubiera atacado un enjambre de polillas. En cuanto Licer se enteró por una de las sirvientas que ilan había sido llevado al Sótano un par de horas atrás... su corazón casi se detuvo producto del miedo.

—Me... me encerró en una caja llena de pinchos —dijo ilan finalmente—. Era pequeña y me dio miedo, no me gusta estar encerrado...

—Lo sé, lo sé—asintió Licer angustiado y frotándole una rodilla.

—Me moví, grité y lloré... pero él se reía...

—¿Te pinchaste?

Ilan asintió avergonzado.

—¡¡Entonces sí estás herido!!

Ilan negó.

—Me dolió y... cuando salí me mandó a la enfermería... pero antes de llegar, uhm... perdón...

Alzó las manitos manchadas en sangre pero sin herida alguna. Licer parpadeó confundido sin saber cómo interpretar aquello. Ian tenía el cuerpo manchado con sangre y la ropa perforada... pero no había heridas, o quizás las hubo.

~oOo~

—No quiero que los lastime —dijo molesto el hombre en el espejo mientras los anillos rojos alrededor de sus pupilas refulgían—. Y por supuesto tampoco quiero que los mate, sólo reténgalos hasta que le diga lo contrario... pero sanos y salvos.

—De todas formas se recuperan rápido —replicó el hombre calvo sin poder esconder su miedo ante la ira del otro—. Y sólo fue el pequeño el que sufrió un poco de daño, no he tocado al otro. Además ¿por qué los quieren vivos si no pueden venir por ellos?

—Por ahora —enfaticó—. Por ahora no podemos llegar allí, pero con el tiempo es posible que encontremos la manera de hacerlo. Después de todo, esos dos desertores lo hicieron. Y hablando de ellos... ¿han tenido noticias sus espías?

El señor calvo asintió y corrió a su escritorio, removiéndolos varios papeles hasta dar con una carpeta. Extrajo un papel en especial donde se encontraba la foto de una persona en movimiento, se trataba de un hombre vestido de blanco, de cabellos negros y quizás era un efecto de la luz, pero parecía que tuviera ojos dorados.

—¿Es él? —preguntó enseñando la foto.

—Ceros —masculló el rubio del otro lado—. Sí, es él. Es uno de los que escaparon. ¿Qué noticias tiene?

—Ha estado rondando la casa en donde vivían los niños y parece que nos está rastreando.

—Y con seguridad los encontrará. Las armas de los hombres no podrán hacer nada en su contra... es muy hábil y cuenta con gran poder.

El hombre en el espejo se quedó pensando en silencio un momento. No podía permitir que Ceros llegara a la mansión y encontrara a los niños.

—Envíelos lejos —dijo finalmente—. Imagino que tiene contactos en otras partes del mundo.

—Por montones —asintió orgulloso.

—Entonces envíelos lejos de aquí, pero separados. Si están juntos será más sencillo que los rastree. Separados tendrá muchas dificultades en dar con ellos. No quiero más errores, mi estimado humano. Así como te hemos recompensado, así puedo retirar la ayuda prestada y buscar a alguien más capaz.

Desapareció sin decir más. El hombre calvo arrojó los papeles a un lado y golpeó el escritorio; no podía permitir que esos seres le retiraran los privilegios hasta ese momento ganados, necesitaba de esa grandiosa magia para seguir expandiendo sus negocios y hacerse aún más rico de lo que ya era. Levantó el teléfono entonces y prácticamente le bramó a la persona del otro lado.

—¡Comunícame con Stanford!

Nunca prestó atención a que detrás de su puerta se encontraba un niño escuchando las órdenes que escupía por teléfono.

~oOo~

—Alégrate, porque nunca bajarás al sótano —le decía su amigo de confidencias nocturnas a Licer. Había entrado emocionado al cuarto sólo para contarle al castaño lo que había escuchado a hurtadillas—. Ian y tú se irán de aquí.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó Licer sorprendido.

—Escuché al señor calvo decir por teléfono que iba a llevarlos lejos de la mansión.

—¿Pero adónde?

—A donde nos quieren lastimar otros señores —contestó Ian del otro lado.

Ian siempre se colaba a dormir con su hermano, las noches que no conseguía pasarse de habitación no podía conciliar el sueño. A pesar de ser tan pequeño, el niño ya entendía cómo funcionaban las cosas en esa casa... al señor calvo le gustaba lastimarlos, era feliz cuando ellos lloraban y gritaban, el señor calvo seguramente hacía y haría dinero con todos ellos, los vendería a otros señores que pedían niños de tales o cuáles características para hacerlos llorar y gritar... y ser felices con ese sufrimiento.

Licer dejó de hablar con su amigo, se metió entre las sábanas y abrazó por detrás a su hermano. Licer ya no sabía qué hacer, ya no tenía idea de cómo reaccionar ante lo que se les venía encima. Habían intentado escapar tantas veces y sólo habían conseguido un par de golpes, irse a la cama sin cenar y que Ian bajara al sótano en cada una de esas frustradas veces.

—Ellos nos van a salvar —dijo el menor de repente.

—¿Ellos? ¿Quiénes? —preguntó Licer desganado.

—Las voces...

—Las voces no hacen esas cosas, sólo hablan y repiten lo que hablan.

—No, no esas voces —sonrió volteándose viendo a su hermano de frente—. El de negro, el de la capa...

—Ese es igual al señor calvo —replicó molesto—. Siempre te hace daño.

—Sí, pero... dijo que nos ayudaría...

—¡¿Y tú le crees?!

—Uhm...

—Esa cosa aprovecha cuando yo no estoy para lastimarte, ¡nunca nos ayudaría!

Lasylar...

—¿Ves? —dijo molesto refugiando a Ian en su pecho y a su vez tapándole los oídos.

—No quiero ir a otro sótano, Licer... quiero que alguien nos ayude... quién sea...

—Lo sé.

Lasylar...

Poco tiempo después y durante una noche muy fría, los dos hermanos fueron llevados al aeropuerto por hombres que esta vez iban trajeados de negro. Lo que Licer nunca esperó es que serían enviados lejos no sólo de la mansión, sino también el uno del otro.

—Bueno, creo que esto es un hasta luego, ¿verdad, piojo?
—dijo Licer.

Ian lo miró con los ojos inundados en lágrimas y lo abrazó sin reprimir su llanto. Licer le acarició los cabellos con una sonrisa triste, él también tenía ganas de llorar y de gritar que no quería irse, que no era justo... se contagiaba del dolor de Ian con facilidad... pero no quería asustar al pequeño ni empezar lo que era una horrible despedida.

—No me quiero ir... L-Licer, no me quiero ir, por favor.

—Lo sé, lo sé... pero tienes que ser fuerte. No será mucho tiempo y cuando menos te des cuenta iré por ti ¿sí?

—¿M-me buscarás? —preguntó esperanzado secándose las lágrimas.

—Sí, me escaparé y te buscaré.

—¿No importa dónde esté?

—Puedes estar en Estados Unidos y aun así iré por ti, y ya sabes que no me gusta Estados Unidos.

—Sí —sonrió débilmente—. Entonces... yo seré fuerte y esperaré a que me busques.

—Muy bien. Sólo espérame.

Capítulo 2

EL CAMPO DEL NORTE

Licer miró por la ventana contemplando el extenso río y la vasta ciudad que se abría ante sus ojos.

El avión aterrizó y el niño descendió junto al hombre de negro que viajaba a su lado y que no lo dejaba solo en ningún momento. Recorrieron los pasillos de aquel nuevo aeropuerto, aguardaron unos minutos y entonces Licer abordó otro avión sin tener la más mínima idea de adónde se dirigía.

Dos horas después llegaba a su destino final. Salió de las instalaciones acompañado por el hombre y notó que allí el aire era diferente, le costaba un poco respirar y hacía un calor de muerte. Escuchó una bocina y al mirar a la derecha encontró un taxi amarillo, el tipo que iba al volante era muy diferente a toda la gente que había conocido antes: de piel morena, nariz ancha y labios grandes como los de un payaso, vestía una remera blanca, una gorra roja y tenía las manos sucias.

—Hey, don —le dijo haciéndole al hombre que iba junto al niño—. ¿Los llevo?

Licer se tomó unos segundos para familiarizarse con el idioma, conocía el castellano, claro, pero nunca lo había practicado mucho. De modo que cuando subió junto a su custodio al asiento trasero se dedicó a escuchar cómo ambos hombres hablaban intercambiando vagos comentarios. Pronto llegó a entender cada palabra, no sin cierta dificultad.

El recorrido desde el aeropuerto hasta el lugar donde viviría durante años fue lo más raro que jamás había visto, enfrente sólo tenía el asfalto y a los costados estaba lleno de pasto, plantas y ¡montañas! Él no conocía las montañas y aquí ¡estaba lleno! Sentía la garganta seca, la presión en los oídos y el ambiente pesado pero veía que el hombre que manejaba no pasaba por lo mismo.

—¡Che! ¿Vos no sos de acá? —le preguntó el taxista.

—¿De dónde?

—De acá, del Norte.

—¡Ah! No.

—Es normal que andés con esos problemas, acá estamos por encima del nivel del mar, vos seguro sos del Sur. Tan chiquito y ya te traen de viaje. ¿Es tu papá?

—No —contestó con precaución mirando de reojo al otro—. Es mi... guardaespaldas.

—Mirálo vo al nene —rió el hombre divertido por el acento del muchachito. Alzó la vista mirando por el espejo retrovisor y sonrió—. *Ahora solucionaremos ese problema.*

Licer no prestó atención a las palabras del sujeto, sin embargo, por dos segundos el ambiente se puso tan pesado que por instinto miró hacia el espejo retrovisor... y no vió el rostro del amable y simpático lugareño, sino un vacío negro rodeado por una capucha de igual negrura.

—¿Cómo...? —preguntó asustado sin poder quitar los grandes ojos verdes del espejo. Porque no podía entender que esa cosa hablara a través de ese hombre. Se giró hacia el hombre de traje y gritó asustado al ver que estaba pálido, con

las venas marcadas en su rostro sin vida... así, de un segundo a otro había muerto.

—*Puedo hacer muchas cosas cuando me lo propongo* —le contestó aquella cosa, porque Licer no sabía identificar qué era. Y cuando hablaba no sonaba como alguien en especial, sino como varias personas hablando al mismo tiempo—. *Voy a llevarte lejos de tu destino original.*

—¿Por qué? —exclamó ya con una mano en la manija de la puerta.

—*Porque se lo prometí a tu hermanito.*

Licer no le creía, tiró de la manija pero un segundo antes el seguro estaba puesto de forma automática impidiendo su huída. Estaba listo para gritar más fuerte por ayuda, pero en el momento en que sus labios se separaron... la atmósfera era la misma y el señor le hablaba de que en esa época el Norte era muy lindo, sin siquiera notar a la persona sin vida junto al niño.

El avión había llegado a eso de las ocho treinta de la noche y estaba bastante oscuro cuando Licer notó que el paisaje cambiaba. Estaban sobre un puente envuelto en la completa oscuridad, de no ser por los faros del auto se hubieran caído al río. El taxista tomó un camino que se desviaba a la derecha, ambos lados de la carretera estaban llenos de un follaje verde y todo era árboles y maleza. Pasaron nuevamente por un puente un poco más pequeño que el anterior, siguieron y el camino se dividió en dos. Había casitas precarias y simples, se veían caballos y vacas andando por allí y los ojitos brillantes de los perros sin dueño asustaron a Licer. Estaba demasiado oscuro ya que no había alumbrado público en ninguna parte.

El sujeto estacionó el auto justo enfrente de una montaña que ante los ojos inocentes de Licer era un enorme monstruo negro listo para comérselo.

—*Baja* —le ordenó la cosa que prácticamente era invisible al mimetizarse con toda aquella negrura—. *Estarás a salvo en este lugar. No podrán rastrearte en este sitio.*

—No sé dónde estoy... ¿qué voy a hacer aquí? —preguntó asustado.

—*He cumplido mi parte, así que baja.*

Licer se quedó completamente solo en la oscuridad; inconscientemente apretaba la mano derecha, mal hábito de siempre haber llevado de la mano a Ian y de estrecharla cada vez que el más pequeño sentía miedo. Pero ahora estaba solo en medio de la nada, en un país diferente y sin su hermanito a quien brindarle valor y viceversa.

El auto quedó en medio de aquel camino, ya que cuando la cosa se fue, el hombre cayó sin vida contra el volante.

En la mente aterrorizada de Licer, había pasado toda una noche temblando en medio de la oscuridad, en la realidad llevaba una hora esperando, no sabía bien qué... pero es que simplemente no podía caminar hacia la nada.

—¡Ay! —exclamó al sentir que algo le pasaba zumbando por la oreja.

De repente el miedo se apoderó de su ser, sentía que estaba rodeado y que alguien se acercaba corriendo a lastimarlo. El ladrido de un perro sintiéndose muy cerca fue el disparador para espolearle el pánico que lo hizo salir corriendo desesperado. Bajó hasta un arrollo seco y subió por unas lomadas de tierra húmeda hasta que pisó una alfombra de

pasto y gracias a la luz de la luna consiguió ver una diminuta senda que se perdía en medio de las plantas; armándose de valor o de estupidez, se aventuró en medio de las sombras extrañas y los ruidos escalofriantes.

Continuó su marcha tratando de no mirar atrás y de no empezar a llorar por el terror que lo embargaba. De repente escuchó unos pasos que se acercaban por detrás, paralizado por el miedo no pudo más que permanecer inmóvil y temblando. Sin embargo, una mano grande y amable se posó sobre su hombro.

—Hola che —dijo un hombre a su lado, portaba una lámpara de aceite, lo cual le permitió al pequeño ver un rostro amable, muy similar al del taxista pero menos tosco—. ¿Te perdiste?

—Yo... yo... —Licer miró alrededor con lágrimas en los ojos mientras temblaba de pies a cabeza—. Me dejaron allí... no sé dónde estoy...

—¿Te dejaron?

Diego miró en dirección hacia donde se suponía provenía el pequeño y frunció el ceño desconcertado; nadie abandonaba niños por allí, quizás perros y demás animales, pero nunca niños.

—¿U-usted es el que me va a lastimar? —preguntó Licer con lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—¿Qué? ¡No che! ¡No! —se apresuró a contestar arrodillándose frente al chico en tanto sacaba de su bolso un poncho con el cual lo abrigó—. Ya, ya, no me llore que no pasa nada. ¿Cómo te llamás?

—Licer... ¿y... usted?

—Diego —le sonrió terminando de acomodarle el poncho—. Ahí tá, bien tapadito. Vamos que hace frío.

Le tomó la mano y echó a caminar llevando casi a rastras a Licer que miraba todo desconcertado pero con algo más de confianza. Sólo podía pensar que... que algo ahí estaba bien para él pero no para el señor calvo, parecía que después de todo Ian había acertado: la cosa de negro lo había desviado de su destino original.

Diego vestía unas bombachas de gaucho color pardo, un poncho bordó y el típico sombrero de anchas alas, mientras que las botas de cuero le permitían avanzar sin espinarse en medio de las matas. Licer lo seguía a duras penas, o más bien seguía la luz de la lámpara. Finalmente, el hombre se detuvo frente a una enorme muralla, en realidad era una montaña partida a la mitad por las inclemencias del clima, debía medir fácil unos veinte metros, estaba un poco pelada, muy empinada y llena de piedritas filosas.

Diego se llevó dos dedos a los labios y silbó, después de unos segundos, Licer vió caer precipitadamente desde lo alto una escalera de sogas y maderas.

—Vamos, te hago cococho ¿quierés? —le dijo el hombre inclinándose un poco.

—¿Quién... arrojó la soga?

—Los changos se turnan para vigilar, por si acaso ¿viste? Nunca falta el turista que se mete donde no debe. Y para nosotros es importante guardar el secreto. Bueno, subíte.

Licer no esperó a que lo propusiera dos veces, se subió a la espalda de Diego y se sujetó con fuerza cuando el hombre

comenzó a subir por la escalera que se mecía hacia los costados.

—¿Adónde vamos? —preguntó en voz baja con bastante temor.

—A mi casa. La Victoria se me va a morir de ternura cuando te vea.

Al llegar a la cima, Diego cargó al niño como si fuera un bebé, le hizo sostener la lámpara y así Licer vió sorprendido un paisaje de cuento nocturno. Descendieron por un sendero que serpenteaba y tuvieron que subir mucho después, estaba lleno de flores color púrpura llamadas “campanitas” justamente por sus formas; los árboles eran muy hermosos, la mayoría de las montañas estaban cubiertas de nogales, eucaliptos y pinos de distintas variedades. Ascendieron por un larguísimo sendero hasta que llegaron a la cima de una de las lomas en las montañas, una pequeña población estaba asentada allí, en pequeñas casitas de piedra con corrales para las vacas y los caballos.

El Campo del Norte se encontraba en el interior de las montañas más perdidas de aquella zona boscosa y llena de verde; algunos turistas iban a las cercanías del río a pasar los días calurosos y otros a veces se perdían en paseos por las impresionantes montañas, y por ello había vigías en la muralla por si acaso, aunque de todas formas era casi imposible traspasar aquellas altas montañas sin ayuda del otro lado. La comunidad del Campo del Norte estaba asentada en un pequeño páramo de la montaña y las casas se ubicaban de modo ascendente según la geografía de la montaña. Los caminitos a las casas estaban iluminados por lámparas en altos

palos y dentro de las casas también había luz que provenía de lámparas de aceite. Licer sonrió más tranquilo entonces, le daba la impresión de haber entrado en un pequeño mundo de paz... donde nadie lo lastimaría.

Diego abrió la puerta de la casa y dejó a Licer en el piso. Una niña de largas trenzas negras corrió a recibir al hombre con un abrazo, seguida de cerca por una mujer bajita y redonda que quedó pasmada al ver a Licer. Sin dar tiempo a un escándalo, Diego explicó rápidamente a su señora cómo había dado con el pequeño extranjero.

—¡Ay Virgencita! —exclamó Victoria tomando a Licer de las axilas para sentarlo en una de las sillas que rodeaba la mesa—. Pobresito, mi vida, ¿tenés hambre, bebé?

—U-un poco —contestó avergonzado.

—¡Ya nomás te caliento algo!

Victoria se perdió tras otra puerta directo a la cocina y Diego la siguió dejando a Licer con su hija de once años.

Hablaban raro, eran raros para Licer, pero le gustaban. Tan buenos y agradables, nunca entabló amistad tan rápido como lo hizo con María en ese momento. Y para cuando Diego y Victoria regresaron de la cocina con un plato de comida caliente para el niño, su hija reía a carcajadas y sujetaba la mano de Licer.

—Habla igual que los dibujitos de la tele —decía emocionada.

—¿Y vos en dónde ves tele? —preguntó Diego.

—En lo de la Andre.

—Ya voy a hablar yo con su mamá.

Licer nunca había compartido una cena donde todos reían y hablaban entre si, nunca había cenado sin la televisión encendida o sin el acostumbrado silencio sepulcral. Nunca lo habían acompañado a la cama, ni arropado y besado en la frente.

—¿Querés que deje la vela prendida? —le preguntó Diego.

La habitación de María tenía dos camas, y aunque todo era muy de niña a Licer no le molestaba.

—Por favor —asintió arrebujiándose en las colchas—. Diego... ¿puedo quedarme con ustedes?

—Pff, si te llevo a sacar la Victoria me mata —rió peinándole los cabellos—. Vos dormíte, mañana hablamos bien.

—¿Qué pasó con el señor que me iba a lastimar?

—Nadie te va a lastimar, nadie.

En la ciudad y otros lares nada se sabía de aquella pequeña comunidad reclusa en el medio de los cerros, y sus habitantes eran muy reservados al respecto. Habían elegido una vida tranquila y reservada donde sus hijos crecían y se educaban sin maldad alguna. Pocas casas habían desviado electricidad o cable a sus moradas, pero todo de la forma más discreta.

Sin darse cuenta, Licer comenzó una nueva vida en una nueva familia y en una nueva comunidad, y tal como le sucediera de muy bebé primero le temían y luego todo vecino lo adoraba. Con María eran inseparables y crecían juntos. Aprendió a decirle “papá” a Diego y el primer día que trató de “mamá” a Victoria, la mujer se echó a llorar de emoción para después comérselo a besos.

Ideaba muchas formas de marcharse y otras de concebir un plan para buscar a Ian, pero siempre caía en cuenta de que seguía siendo un niño y lo más importante: no sabía dónde estaba Ian. En los primeros años lo recordaba mucho, oraba todas las noches pidiendo por la seguridad de Ian. Así, conforme los años pasaron, conforme nuevas situaciones y personas se presentaron en su camino, sus rezos se acortaron hasta desaparecer. Sólo en su cumpleaños brindaba por que Ian hubiera visto un nuevo amanecer, ya que al encontrarlos el mismo día sus padres adoptivos decidieron que la fecha de cumpleaños de ambos sería aquella tarde de Mayo.

—¿Tenés un hermano? —le preguntó María esa noche en que Licer celebraba sus catorce años.

—Sí, es más chico que yo —contestó sonriendo con orgullo.

—¿Y dónde anda?

—Eh... no sé.

—¿Cómo que no sabés? ¡Es tu hermano! Si cuando vos te hacés el pícaro y te vas a lo de Nacho yo me pongo de los nervios.

—Bueno, pero tú eres mujer. Las mujeres se ponen histéricas con cualquier cosa.

—Sos un boludo importante vos ¿eh? —sonrió socarrona sacándole la lengua—. Bueno, entonces ¿no sabés dónde está tu hermanito? ¿Hace cuánto que no lo ves?

—Desde que llegué...

—Uhm... ¿querés que le prendamos una velita frente a la Virgen?

—¡¿Por qué?! Se le prenden velas a los muertos.

María no dijo más.

~oOo~

Diez años pasan volando cuando se vive bien. Un par de orbes verdes miraban el cielo estrellado, una mano llena de cayos y las uñas muy cortas apartó los cabellos castaños que caían sobre sus largas pestañas. Aquellos ojos seguían brillando tanto como cuando era niño, un verde tan intenso y bello que resultaba el rasgo más destacado de aquel rostro masculino. La barbilla fuerte, la piel lisa y trigueña, los cabellos castaños y rebeldes y por supuesto los blancos y alineados dientes detrás de labios delgados formaban un rostro que resaltaba mucho por su extraño atractivo. Licer era muy alto para su edad, rozaba dos metros de un cuerpo tonificado y atlético; sus brazos eran fuertes y sus piernas marcadas por sólidos músculos. No había que mirarlo de cerca para apreciar que era un muchacho bien parecido, Licer resaltaba a la vista.

Había aprendido y disfrutado tanto de su nueva vida que pensar en el afuera le hacía sentirse una gran mierda. A sus diecinueve años, ya fuera por una crisis de la edad o quién sabe estaba muy distante. Se encontraba en la puerta de su casa mirando el cielo salpicado de estrellas, mientras que su hermana y su madre reían cocinando lo que sería la cena de Año Nuevo.

—¿Se puede saber qué te pasa, chango? —preguntó Diego sentándose a su lado con una pipa entre los labios.

—Estoy algo melancólico, supongo.

—Ah... ¿por tu hermano?

Licer se rascó la cabeza e hizo un gesto de molestia, claramente era complicado hablar del tema.

—Todos estos años siempre hinchaste con ese tema.

—No es para menos ¿no crees? Le prometí ir a buscarlo y nunca lo hice.

—No sabías y no sabés dónde está, ¿qué más querés? Es imposible buscarlo de la nada.

—No sé qué hacer entonces.

—Osea que... ¿querés hacer algo? ¿Ahora se te dio por hacer algo?

—Yo también te quiero, pá —le sonrió forzado.

Diego se carcajeó, le dio una calada a la pipa, exhaló el humo y abrazó a Licer por un hombro.

—¿Y si te vas? —sugirió de repente.

—¿Adónde? —suspiró pensando que lo mandaría a buscar leche o algo similar.

—A donde sea, a donde vivías antes de llegar acá, a buscar a tu hermano.

—¿Estuviste viendo televisión? —replicó consternado.

—Chango, se nota que tenés ganas de salir, de saber si le vas a prender una velita a la Virgencita por tu hermano. Andá y averiguá de dónde venís.

—Sé de dónde vengo, pá...

—¿Sí? Me dijiste que te adoptaron. Antes de esa casa ¿de dónde saliste?

—No creo estar entendiendo —replicó mirándolo confundido.

Diego sonrió, le peinó los cabellos, dio otra calada a la pipa y exhalando el humo, sonrió mirando al muchacho.

—¿Quién es Lasylar? —le preguntó tranquilamente—. ¿Eh? ¿Quién es Lasylar, Licer?

—¿De dónde...?

—Siempre te levantas diciendo eso, ¿te pensás que no te escucho? No, chango, el viejo escucha todo. Mirá, no te voy a decir más nada ¿sí? Sós los que sós y yo te quiero así. Si sentís que tenés algo por resolver o lo que sea, debajo de mi cama hay una cajita con unos pesos que tenemos ahorrados con tu vieja. Vas, los sacás y te tomás el buque. ¿Tamos?

Licer lo miró sorprendido, no obstante sonrió feliz sintiéndose muy agradecido. Palmeó el hombro de su padre y apoyó allí la cabeza como tantas veces había hecho de niño.

—Nene —le llamó Victoria de repente—. A la Mari se le olvidó decirte que hoy un tipín vestido de blanco te trajo una caja de madera. Vieras viejo qué linda la madera.

—¿Uno de blanco? —repitió Diego al tiempo que Licer se levantaba—. No andarás en cosas raras vos ¿eh?

—¡Yo no sé nada! —chilló Licer desde su cuarto.

En su cama había un enorme baúl de madera, se sentó a su lado y lo examinó con cuidado. Al tocar la madera se dio cuenta de que no era de ningún árbol que él conociera; no estaba lijada sin embargo era lisa y suave, de un color brillante sin haber sido barnizada, y tenía una placa plateada en la cara frontal cuyo dibujo estaba esculpido con mucho cuidado y detalle, la figura de un ángel se erguía en el metal.

Más confundido que antes, Licer abrió el cofre. Envuelta en muchos lienzos plateados encontró una espada. Una espada que le resultó extremadamente hermosa, toda una maravilla de la armería: larga, fina y la hoja era de un material muy sólido

y resistente; sin embargo, sumamente ligera; la empuñadura era una obra de arte de color rojo, parecía de cristal y consistía en una hermosa gema redonda de la cual se desprendían dos brillantes alas. Finalmente, entre todos los lienzos halló un pequeño papel escrito con tinta negra.

“Esta es Xínef y perteneció a tu madre. Prepárate para usarla”.

Después de leer, María miró a Licer extrañada. Ella ignoraba que Licer supiera algo más de sus padres luego de su muerte como le había explicado siendo niños.

—Nunca te he mentado, enserio —exclamó al ver la cara de María—. Esto es muy raro, tanto para mí como para ti... Además ¿qué clase de gente me enviaría cosas de la Edad Media? No tiene sentido, ¿cómo podría usarlas en esta época?

—¿Por qué te parece que un loco de blanco te traería todo esto?

—Ni idea. Es la primera vez que...

—¿Que qué?

—Que las cosas extrañas de mi vida se presentan de un modo tan físico, tan real —suspiró confundido.

—Chauu, andá a sabé quién habrá sido.

—¡Vengan a cenar que ya van a ser las doce! —gritó Victoria desde el comedor.

Año Nuevo, y Licer tenía un regalito de Navidad atrasado salido de la mismísima nada. Esa espada debía valer una fortuna, el material del que estaba hecha era extraño y todo lo extraño equivalía a costoso. Licer había aprendido de herrería

en sus años allí, sabía de metales y de forjar cosas, y esa espada en particular era una obra de arte.

Cuando dieron las doce se abrazó y felicitó con su familia... y pensó que quizás no era mala idea tomar el dinero y regresar a lo que alguna vez había sido su hogar... buscar respuestas a tantos acertijos, hacer callar a las voces o buscar entender lo que decían al menos... y dejar tantas cosas atrás.

—Mari —llamó a su hermana entonces—. ¿Me acompañas a la Virgencita?

—Sí, dale, ¿para?

—Quiero encender una vela para mi hermano.

Esa misma noche a la luz de la luna, varios hombres ajenos a la colonia entraron al Campo del Norte. Se desplazaban sigilosamente entre los árboles y al ver que la luz en la casa marcada se apagaba procedieron a ejecutar la misión.

Recostado en su cama, Licer aún pensaba en la espada que había quedado apoyada en un rincón, le parecía extremadamente hermosa... y le traía cierta sensación de nostalgia como si ya la hubiera sostenido o la hubiera visto repetidas veces. Estaba exhausto por el día que había tenido, los párpados le pesaban pero aún estaba embrujado por aquella arma. Lentamente fue cerrando los ojos dejándose caer en los brazos del sueño, sin embargo, un apenas perceptible sonido le hizo moverse para mirar una sombra que rápidamente le cubrió la boca con un pañuelo.

—N-no...

No llegó a defenderse ni a gritar como para que alguien fuera en su auxilio. El cloroformo lo durmió al instante y esto le

permitió a aquellas sombras trasladarlo rápidamente fuera de la casa.

Al abrir los ojos se encontró colgando de los brazos por medio de cadenas en una oscura y densa cueva. Se escuchaban algunas goteras pero ninguna brisa de viento, en el techo se veían las raíces de plantas y árboles que debían estar sobre su cabeza y la humedad estaba tan condensada que suponía estaba en una cueva en el interior de las montañas. Ante la luz oscilante de un fuego que ardía frente a él, vio varias figuras extrañas, eran todos hombres vestidos con ropas ajustadas y negras; tenían las caras cubiertas por máscaras que sólo dejaban ver los ojos y la frente.

Sentado en medio de todos ellos estaba... el señor calvo. Vestido con un traje negro con pequeñas rayas blancas y un sombrero. Parecía alguien auténtico de la mafia italiana. Licer no quiso criticarle nada ya que la expresión del hombre no revelaba nada bueno; y él estaba muy bien encadenado al techo de la cueva, no tenía forma de zafarse, casi en puntas de pie y con los brazos adoloridos, tensos y estirados.

—Cómo pasan los años ¿eh, pichón? —comentó con su usual gesto serio que Licer tenía grabado a fuego en la memoria—. Cómo pasan las cosas...

Diez años habían hecho mella en ese hombre, estaba muy deteriorado por donde se lo viera. El rostro arrugado y caído, la espalda encorvada, las manos temblorosas en un bastón y los ojos carentes de la energía maliciosa que Licer había tenido la desgracia de conocer.

—¿Sabes que nunca entendí cómo terminaste aquí? En medio de la nada. Me costó encontrarte, me costó dinero, me

costó lo que ya me había ganado y tuve que cortar algunas cabezas... pero aquí estás. Aquí estoy y aquí estamos en este improvisado sótano.

Licer apretó las cadenas, abrió los ojos de par en par e intentó retroceder en vano.

—Es como si alguien te hubiera traído hasta este lugar diez años atrás, porque no es posible que te deshicieras de tu custodio y llegaras aquí por cuenta propia. No tiene sentido —sonrió el anciano revelando una espantosa sonrisa carente de unos cuantos dientes—. Pero... no tiene importancia.

Diez años buscándolo. Diez años en que aquellos seres del espejo retiraron la recompensa que le habían dado en un comienzo, pero lo tentaron con recompensarle con creces si podía encontrarlo y darle un fin a su vida.

—No podemos arriesgarnos a que sigan con vida —le había dicho el hombre rubio, quien pese a los años transcurridos se veía tan joven como el primer día que se presentara en su espejo—. Si escaparon una vez, volverán a hacerlo y no puedo arriesgarme a que Ceros los encuentre.

—¿Puedo... hacerlo como guste? —preguntó él esperanzado.

—Mientras termine el trabajo que empezó hace diez años, hágalo como quiera pero ¡hágalo!

En esos años, los negocios y la fortuna se habían reducido considerablemente ante la ausencia de aquella habilidad que los seres del espejo le habían concedido. Sin poder controlar la mente de quienes lo rodeaban en el mundo corporativo, todo se había complicado para sus propios negocios. Ahora, viejo y

decrépito pensaba pedir algo más a los seres una vez que su trabajo estuviera hecho: juventud.

Con todo aquello en la mente pensó en desquitarse, desquitarse con uno de los mocosos que le había complicado todo cuanto había tenido en un comienzo. Chasqueó los dedos y de inmediato dos de los hombres de negro se acercaron a Licer, lo voltearon para que les diera la espalda y le subieron la camisa hasta la nuca.

El muchacho estaba muy asustado, había comenzado a respirar más rápido, el corazón se le salía del pecho mientras pensaba nervioso que no sabía lo que le iban a hacer pero tampoco estaba dispuesto a rogar.

De pronto, sintió un horrible frío en toda la espalda. Fue el frío más extraño y lúgubre que jamás hubiera recorrido su cuerpo, era la cara de un cuchillo y por suerte aún no sentía el contacto del filo verdadero.

—Tiene una piel muy extraña, señor —comentó uno de los enmascarados deslizando el cuchillo—. ¿En verdad a estado aquí en medio de los cerros o sólo haciendo baños de barro?

—Uno de los tantos misterios de este mocosos. Permítame, capitán, deseo disfrutar esto —dijo la voz del anciano acercándose más a Licer.

Primero se escuchó cómo el látigo cortaba el viento y luego el contacto con su carne. Al principio, Licer se quedó sin aire y no pudo hacer ningún sonido excepto ahogarse de dolor... luego llegó el terrible ardor y el deslice de la sangre. Así, una y otra vez lo azotó con todas sus fuerzas. Licer gritaba, lanzaba fuertes alaridos teniendo la esperanza de que alguien lo escuchara y fuera a auxiliarlo.

Así era que, toda la colonia oía el eco de los gritos y sabían muy bien que era Licer quien sufría, pero por más que trataban de encontrarlo los ecos los desorientaban. Enviaron a los perros a buscarlo pero volvían llorando sin poder entender cómo el rastro se perdía en las fauces de la mismísima tierra.

El muchacho temblaba a la vez que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, el sudor por todo el cuerpo y la sangre por su espalda y piernas, dolía demasiado... y se sentía desfallecer. Por un momento, los latigazos se detuvieron...

Cluic...

Levantó la vista desconcertado... allí estaba de nuevo ese sonido, algo que había escuchado toda la vida. Porque además de escuchar el nombre “Lasylar”, sólo él escuchaba como si una gotita cayera sobre más agua, sólo él... porque Ian nunca le había dicho que escuchara aquello. Pero esta vez... esta vez no era sólo el sonido... una presencia... había algo en el ambiente. Como si una persona, una persona con algo extraño en su ser invadiera la atmósfera... como si lo estuviera observando mientras era fustigado.

—¡Lo arruinaste todo, mocoso! —bramaba el anciano sacudiendo el látigo una y otra vez— ¡Por ti todo se arruinó! Pero... no te preocupes, esto no llegará muy lejos, tú no llegarás más lejos y con esto todo terminará. Yo recuperaré el poder que me dieron y más... mucho más.

—¿De qué está hablando? ¡¡Yo no hice nada!! —un latigazo con una fuerza descomunal llegó entonces—. ¡¡AH!! ¡Por favor, basta! ¡¡No sé de qué me habla!! ¡¡AH!!

La espalda de Licer era una mancha de sangre con la piel levantada y la carne viva al aire. El anciano se secó el sudor de la frente y dejó el látigo ensangrentado a un lado, se sentó en la misma piedra y llamó a uno de sus hombres, a quien le dictó unas cuantas órdenes al oído, y éste después de reírse se acercó a Licer que estaba casi inconsciente del dolor. La espalda le ardía y el dolor era insoportable, sólo quería dormirse y no sufrir más, pero algo que nunca antes había sentido lo arrancó de su inconsciencia e hizo que gritara como no lo había hecho en su vida. El hombre de negro le había clavado un cuchillo en la espalda, y como todo militar bien entrenado le perforó la carne en cierto punto de manera que no le dañara ningún órgano y así sufriera por más tiempo con la hemorragia.

—¿Qué pasa, pendejo? —susurró el hombre divertido al oído de un agonizante muchacho—. ¿Duele?

—Por... por favor, basta... basta, por favor...

—Yo no pregunté eso —replicó torciendo el arma dentro de la carne—. ¿Duele?

—¡¡SI!! ¡Duele! Basta... basta... basta...

Se vio cayendo en un profundo abismo de sombras, lentamente en las manos de la muerte. Pero era mejor así, ya no sentía dolor... en realidad no sentía nada, las puñaladas que el hombre continuaba asestándole se sentían como simples pinchazos, ya nada le importaba. Sólo quería descansar, dejar de sufrir... estaba completamente solo y al parecer nadie lo ayudaría en ese momento.

Entonces algo extraño pasó, en su mente escuchó una voz extraña pero que de alguna manera ya conocía, recuerdos de su niñez sin sus padres adoptivos... regresaban misteriosamente.

—*¡Samit, toma a los niños y vete!*

—*Nos volvemos a ver, querido rey. Entrégame a los niños, ahora.*

—*¡Apártate, zacha!!* — Licer sintió que alguien le tomaba la mano. Su mano pequeña de tan sólo tres años. Luego una mano cálida y gentil acariciaba temblorosa su mejilla—. *Cuídate mucho, hijo mío. Sé fuerte, tienes que ser fuerte. Ceros, Samit, llévenselos, ¡ahora!*

Cluic...

Licer abrió los ojos de golpe y sintió cómo las manos empezaban a arderle. Sentía un calor extraño que se estaba agolpando peligrosamente en sus manos... que recorría sus venas, que incendiaba su cuerpo y ardía dolorosamente, necesitaba salir por alguna parte... necesitaba explotar o Licer mismo se consumiría en ese fuego.

~oOo~

—*¡Dios mío!* —Diego miró hacia una de las montañas más alejadas y vio cómo se levantaba un fuego aterrador—. *¡Che! ¡Por acá!*

Toda la colonia corrió por el camino en zigzag que tenían en una las colinas más altas. María iba al frente, más ágil y rápida

que los demás, preparada para salvar a su hermano de las lenguas de fuego.

Finalmente llegaron hasta una pendiente muy abrupta. Sin pensarlo dos veces, María saltó y se deslizó por la tierra y el pasto, no conocía esa parte de las montañas pero no tuvo tiempo de fijarse en eso, sino en el enorme incendio que se presentaba enfrente mientras que se sucedían algunas explosiones con las que el monstruo ardiente trataba de alejarlos. Entraron en una enorme cueva pese a la cantidad de fuego que había, grande y alto como si lo estuvieran alimentando constantemente; las raíces en el techo se caían ardiendo como fósforos y el humo era asfixiante. Siguieron hasta el final de la cueva y allí encontraron con espanto los esqueletos calcinados de diez personas que en su mayoría medían lo mismo; encontraron cuchillos y armas de fuego derritiéndose como simple plomo. Uno de los esqueletos era considerablemente más pequeño que los demás y entre los pocos dientes que le quedaban se derretía uno de oro.

—¡Santa Virgen de Fátima! —exclamó Diego al ver los cadáveres.

Todos, incluso el lugar, estaban como si les hubiera caído una bomba.

—¿Y Licer? —gritó María corriendo mucho más adentro.

Licer... por increíble que fuera, estaba tirado en el suelo, desnudo y con horribles heridas surcando su cuerpo mientras llamas bailaban alrededor y sobre su cuerpo. Asustada, María corrió sacándose el poncho para apagar el fuego, sólo para ver que las llamas no quemaban a Licer, quien tenía las manos coloradas con algunas manchas negras que parecían metal

derretido... ¿cómo? Era el único que se había salvado... ¿El fuego no lo quemaba? Al parecer no... y evidentemente sí que lo había alcanzado, pues su ropa se había incinerado dejándolo desnudo e indefenso.

Entre Diego y otro hombre, consiguieron sacar a Licer de aquella cueva que terminó por ser bautizada como una Salamanca: un recinto del Diablo, según las creencias locales. Por más que echaron agua y tierra sobre el incendio, no consiguieron apagar el fuego que sólo a la mañana siguiente se extinguió por sí solo después de haber devorado los esqueletos y armas.

*Toda unión está destinada a deshacerse, todo final tendrá un
nuevo principio,
todo día tendrá su noche, toda muerte tendrá su vida...
De la mano de extraños de tierras lejanas y devastadas, se
desatará la lucha entre los Tres Grandes...*

~oOo~

Cluic...

Licer abrió los ojos con mayor facilidad de lo que cualquiera de los presentes en la casa podría haber imaginado. Se sentó y apoyó la espalda en la pared; parecía perdido, como si no reconociera el lugar ni a las personas que lo miraban preocupadas. Se miró las manos que estaban vendadas; se tocó la espalda para sentir simples y casi desaparecidas cicatrices.

—¿Licer? ¿Te sentís bien? —preguntó María sentándose a su lado y tocándole la frente para tomarle la temperatura, suspiró aliviada—. Ya no tenés fiebre. ¿Qué pasó ahí en la cueva?

Licer le contó sobre el secuestro y los horrores que había vivido dentro de aquella cueva. Luego le habló sobre lo que había visto en los lugares más recónditos de su mente pero no supo explicar bien lo que había pasado, sólo sintió ardor en las manos y de repente un aterrador tornado de fuego lo estaba envolviéndolo tras una explosión que hiciera volar a sus torturadores. Licer recordaba el fuego propagándose como si tuviera vida propia por todo el túnel de la cueva, quemando e incinerando todo a su paso. Las cadenas que lo sujetaban desaparecieron por el calor y él volvió a sumergirse en un profundo sueño de recuerdos extraños.

—Pero... —dijo María cubriéndose la boca— no tenés heridas, tenés cicatrices que se están yendo.

Licer se miró las zonas heridas para descubrir que era cierto, lo que en un principio fueron heridas profundas habían sanado. Su espalda tenía apenas unas marquitas coloradas, como si lo hubieran golpeado con una ramita muy delgada. Los lugares donde le habían clavado el cuchillo ya no existían, no tenía nada ¿Por qué? ¿Qué estaba pasando? Nadie sabía explicarlo, ni siquiera algunos pudieron respaldar la teoría de que había combustibles en la cueva y que una chispa inocente había iniciado una reacción en cadena. Nada explicaba por qué Licer había sobrevivido, por qué las llamas no lo lastimaban, nada tenía sentido... y él cada vez él sentía más miedo de todo aquello.

—No sé qué fue lo que pasó, Mari, pero... —le decía al caer la noche—. Quisiera saber si “Lasylar” es un nombre o qué...

—¿Lasylar? Mmmm, nop, la verdad que ni idea. Igual, el pá dice que siempre estás halando dormido, y que decís ese nombre ¿no? Igual y... en realidad no es producto de tu imaginación y en verdad es una persona.

—Sí... no lo había pensando así.

En realidad... nunca había pensando que alguna vez todo lo que era extraño en su vida realmente tuviera una forma física... porque de llegar a ser personas o simplemente tangibles... se hacían más reales de lo que ya eran.

—Pero che, mirá, te quería mostrar algo que encontré en la cueva —Licer hizo una mueca de desagrado, pero la muchacha aún así metió la mano en su campera y extrajo una larga y linda pluma roja—. Dale, no seas maricón y mirá qué bonita.

Desganado, Licer tomó la pluma entre sus dedos... era una verdadera maravilla de la naturaleza, roja pero con algunos hilos de color oro que brillaban levemente, era algo sencillamente precioso que de alguna manera le hacía sentirse muy melancólico.

—¿La encontraste en la cueva? —preguntó entonces.

—Sep, es re linda ¿viste? Pero no sé de qué tipo de pájaro puede ser, y menos por qué estaba en la cueva. Como que no es un lugar para aves ¿no? Además, es muy grande para ser de cualquier pájaro que yo conozca.

Licer se había quedado embelezado mirando la pluma, la sostenía de la punta con el pulgar y el índice, contemplándola como si un secretopreciado se escondiera en ella.

—Licer —llamó María chasqueando los dedos delante de los verdes ojos—. ¿Qué ves? ¿Qué hay?

—No lo sé —contestó soñador—. Algo que no puedo recordar, pero... se me hace tan familiar.

Capítulo 3

LA ISLA

Ian bostezó rascándose la cabeza con pereza. Vaya viaje más largo e incómodo. Nunca le había gustado viajar valiéndose más que de sus piernas (por más cortas que fueran), y ya fuera avión de primera le importaba poco y nada. Se enderezó en el asiento estirándose como un gatito, enterneciendo a la mujer de edad avanzada que viajaba a su lado actuando como biombo entre el niño y el hombre de negro que viajaba como su custodio.

—¿Viajas solito, pequeño? —le preguntó con el marcado acento español.

Ian la miró unos segundos, dejó que le hablara por unos minutos hasta que llegó a comprender el idioma y familiarizarse con el acento; le gustaba el español, era casi tan complicado como el chino pero con un alfabeto más simple que el japonés.

—Pues... uhm, no —contestó finalmente atajando los temores de la mujer al suponer que el chico era sordomudo. Ian señaló al hombre serio y aburrido que iba del otro lado de la mujer—. ¿En dónde estamos? ¿Falta mucho para llegar?

—Unas cuantas horas. ¿Quiéres cambiar de asiento para estar cerca de tu papá?

—Em... no, gracias.

—Tienes un acento muy simpático. ¿De dónde eres?

—De... ¡ay!

De repente el avión comenzó a moverse, o al menos eso se sentía. Las butacas vibraban y el suelo se balanceaba hacia los lados bruscamente. La gente gritaba, los niños lloraban y las luces que marcaban el cinturón de seguridad estaban encendidas al rojo vivo.

Ian cerró los ojos con fuerza, se tapó las orejas y subió los pies al asiento pidiéndole a Licer que lo protegiera como si fuera una especie de santo.

Lasylar...

Ian abrió los ojos llenos de lágrimas y miró instintivamente hacia la ventanilla por la cual pudo ver alejándose al encapuchado de negro después de haber hecho quién sabe qué en una de las turbinas.

La turbulencia pasó y el avión se estabilizó como si nada hubiera pasado.

—Atención pasajeros, les habla el capitán —se escuchó por los altavoces—. Al parecer hemos pasado por unos jirones de tormenta y debido a fallas en los sistemas de navegación tendremos que realizar un aterrizaje de emergencia.

Ian miró por la ventanilla nuevamente y trató de ver a los lados buscando aquella extraña sombra de nuevo... pero nada. Alrededor sólo estaba el cielo y abajo el inmenso mar y la isla donde estaban por aterrizar.

La isla en la cual tuvieron que aterrizar parecía estar perdida en medio del océano; con muy poca población que se dedicaba a la pesca y vivían del escaso turismo.

En el aeropuerto, Ian se mantenía pegado al hombre de negro que lo mantenía firmemente sujeto de la mano arrastrándolo hasta la sala de espera. El vuelo estaría retrasado por un par de horas, por lo que sólo quedaba sentarse a aguardar.

El pequeño niño se mantenía sentado en una de las bancas, sus piernitas se balanceaban en el aire mientras se abrazaba al enorme conejo negro que Alicia, la mujer española, le había regalado antes de marcharse.

—Voy a comprar algo para comer, NO se te ocurra moverte ¿entendido?

Ian asintió y siguió mordiendo la oreja de Jacko (recientemente bautizado) y mirando alrededor; la gente se paseaba molesta por las demoras, con niños que lloraban y adolescentes protestando por celular. Sin embargo, la mirada celeste se topó con una imagen totalmente desencajada... un encapuchado de negro de pié junto a las puertas de salida y que con su mano de pueros huesos le hacía señas para que lo siguiera. La gente pasaba a su lado y por delante, pero era claro que nadie podía verlo.

Ian miró hacia la tienda donde su guardián se abastecía de provisiones y luego miró hacia la puerta otra vez... aquella cosa ya no estaba. Sin poder pensarlo más se bajó del asiento y corrió hacia las puertas dándose con el radiante sol en sus claros ojos. Miró alrededor y entonces vió un taxi que le hacía juego de luces, se acercó no muy seguro mirando al hombre con lentes oscuros que lo apremiaba a subir. Así pues, en menos de lo pensado estaba viajando en el auto, estrujando

con fuerza a su conejo Jacko y viendo de reojo las manos... los huesos más bien, que dirigían el volante.

Miraba por la ventana la ciudad sencilla que se desplegaba ante sus ojitos celestes, sin duda no era un lugar para vacacionar todos los años. Pero entonces, después de varias horas de camino salieron de la zona urbana para internarse en misteriosos caminos de tierra que carecían de señalizaciones.

Prácticamente iban sobre la playa de arenas blancas que eran besadas por el mar azul. El cielo estaba despejado, el clima era templado y se respiraba ese particular ambiente fresco y salino.

—¿A-adónde vamos? —preguntó después de una hora de estar reuniendo valor.

—*A un lugar donde estarás seguro* —contestó el conductor, aunque su voz sonaba como varias personas hablando al mismo tiempo—. *Te dije que te ayudaría.*

—¿Y Licer? ¿T-también lo ayudaste?

—*Él estará bien... ven a sentarte adelante.*

—No... me vas a lastimar.

El “hombre” no dijo nada más en lo que quedó de camino. El auto se detuvo a varios metros de lo que parecía un pequeño y disimulado poblado perdido entre rocas y cuevas alrededor de un enorme cráter lleno de agua. Ian bajó del auto y miró asustado aquel lugar, la cosa estaba detrás de él y terminó por empujarlo por la espalda incitándolo a avanzar, pero el pequeño no quiso moverse.

—*Nadie te va a lastimar allí* —le aseguró peinándole los cabellos—. *Allí no hay un hombre calvo esperándote. Allí se encuentra alguien que sabrá cuidarte.*

Ian se giró entonces, pero sólo se encontró con el cuerpo inherte de un hombre en el suelo junto al auto... no le extrañó que esa cosa lo usara y lastimara, siempre lo hacía con él. Abrazando fuerte a Jacko comenzó a caminar hacia aquel extraño lugar.

Se trataba de una pequeña colonia. Pocas casas, personas que iban y venían trabajando, todos viviendo de la pesca y su embargo. Al penetrar en la comunidad, Ian sintió miedo, era más gente de lo que parecía y las personas caminaban a su alrededor y algunos se lo llevaban por delante sin darse cuenta.

—¡Ay! ¡Jacko! —lloró cuando le hicieron caer al piso y su conejo fuera pateado y alejado en medio de tantos pasos—. N-no Jacko... ¡ay!

Con el rostro sucio y surcado de lágrimas gateaba entre golpes y pasos tratando de alcanzar al peluche que era aplastado. Sin embargo, de un momento a otro alguien levantó al conejo e Ian entró en pánico.

—¡No! ¡No! ¡No no no no! ¡Es mío! —lloró alcanzando una pata del peluche, tirando tan fuerte como podía—. ¡Es mío! ¡Suéltalo!

—Hey, tranquilo. Ten, no pensaba quitártelo.

Le devolvió su conejo, al cual Ian se abrazó llorando. Alzó el rostro y se encontró con un hombre muy alto que ahora hincaba una rodilla delante de él para estar a su altura. Tenía un rostro amable y maduro, el cabello rubio largo hasta los hombros y lindos ojos verdes... en los cuales creyó ver por un segundo un cortono rojizo alrededor de las pupilas.

—¿Estás perdido? —le preguntó sacudiendo la tierra del negro cabello.

—N-no... me dejaron aquí —contestó entre hipidos secándose las lágrimas con los puños—. M-me llamo Ian... ¿usted?

—Samit —le sonrió amable, sin embargo se quedó helado al ver los ojos del niño—. ¿Cuántos años tienes?

—Uhm... seis —contestó enseñándole la cantidad de dedos.

—Oh, qué mayor. Tienes lindos ojos, ¿de quién los heredaste?

—No sé, porque mamá me explicó que ni yo ni Licer salimos de su panza, sino de otra pero que no está, pero ella nos quiere igual y es importante saber eso. Licer tiene ojos verdes muuuuy lindos, porque tampoco salió de la panza de mamá, sino de otra panza pero que tampoco está.

En medio de la explicación, Samit se llevó una mano a la boca y miró alrededor queriendo encontrar al responsable de aquello. ¿Qué hacía ese chico allí? No tendría que estar allí... él lo había dejado lejos, muy lejos de allí, en un sitio seguro hace ya seis años.

Al ver que Ian comenzaba a llorar otra vez lo cargó en brazos queriendo calmarlo y lo abrazó. Bien, ya estaba allí... y estaba solo, eso no estaba bien pero no tenía más opción que cuidarlo él esta vez, quizás como siempre debió ser.

—Keyla, ya llegué —anunció al entrar en la casa con el niño en brazos.

La casa de Samit era pequeña pero acogedora y a Ian le recordaba la casa de sus padres. Había muchas ventanas, alfombras en el piso, sillones rojos con flores bordadas, cuadros en las paredes, fotografías en los muebles y olor a

estofado en el aire. De aquel delicioso rastro de comida que se perdía en una habitación, salió una niña, debía tener once años, el cabello rubio por la espalda y ojos grandes y claros que al igual que Samit presentaron en un reflejo ese halo rojizo en las pupilas. Ni bien la vió, Ian se sintió enrojecer... era hermosa.

—Uhia —sonrió Keyla—. ¿Y él? ¿Quién es?

Samit bajó a Ian dejándolo frente a su hija, sin embargo el pequeño corrió a refugiarse tras las piernas del adulto que lanzó una risa enternecida.

—Se llama Ian y se va a quedar con nosotros de ahora en más. ¿No querías un hermanito?

—No, quiero un novio —desafió la niña con aire encantador.

—Creía que yo era tu novio.

—Nop, tú eres mi esposo porque te cocino. Ian —le llamó inclinándose al ser más alta—. ¿Quieres ser mi novio?

El niño la miró sin entender, pero hubo algo en ella que le hizo sonreír y entrar en confianza. Despacio se separó de Samit y tomó la mano de Keyla, quien le dió un besito en la punta de la nariz entre risas. Ian soltó a Jacko y se fué con ella sin dudarle un segundo.

Samit sonrió viéndolos alejarse pero de inmediato se dirigió hasta teléfono. Esperó unos tonos, cortó y volvió a marcar hasta que la persona del otro lado atendió.

—*Sabes que no debes llamarme a menos...*

—Árekel está aquí —lo interrumpió Samit.

—*¡¿Qué?! Eso es... bueno, es positivo. Registré la mansión y no los encontré, pero averigüé a dónde tenía pensado enviarlos.*

—¿Osea que esto fue un accidente?

—No lo sé, pero te repito que es positivo.

—Ceros, yo no puedo criarlo —suspiró Samit.

—Claro que puedes. Es tu deber. Intentaré encontrar a Némok, pero tú tienes que encargarte de Árekel hasta que llegue el momento de que regresen.

Ian tenía nueva familia, tenía un nuevo hogar donde se cocinaba todos los días comida muy rica, donde no había escuela pero si una señora que iba todas las tardes a impartirles lecciones básicas, donde compartía habitación con Keyla y ella le dejaba pasarse a su cama cuando tenía miedo, donde salía de pesca con Samit y se hacía un muchacho con el trabajo y el paso de los años.

~oOo~

Ian tenía doce años y desde los ocho tenía permiso de ir a la playa solo. Con los pies descalzos siendo mojados por las olas miraba el horizonte que daba un hermoso efecto en sus ojos celestes. Siempre que podía iba allí y esperaba, esperaba en vano a que un barco, un avión o lo que fuera se apareciera.

—No va a venir —se dijo un día arrojando a Jacko a las olas.

A su lado pasó una muchachita de diecisiete años, sacó al conejo del agua, lo sacudió y regresó a sentarse junto a él.

—¿Tu hermano?

—Ese —asintió con desprecio mirando a un costado.

—¿Te quieres ir? —le preguntó tomándole del mentón para que la mirara. Al ver que no contestaba, le sonrió, peinó esos negros cabellos lejos de su rostro y se acercó a darle un beso en los labios. Ian se quedó helado, sus manos sudaron

frío, sus ojos permanecieron abiertos y su corazón se aceleró como el motor de un buque.

—Me estás besando...

—¿En serio? —sonrió Keyla—. No me había dado cuenta.

—Samit dijo que no te besara...

—No me estás besando, yo lo estoy haciendo.

Ian no dijo más.

Lasylar...

—No lo escuches.

—¿Puedes...? —Ian la miró sorprendido—. ¿Puedes escucharlo?

—No, pero puedo verlo.

Ella giró el rostro hacia un lado. Detrás de Ian estaba esa cosa, esa cosa cubierta de mantos negros con sus huesudas manos queriendo alcanzar al muchacho.

—Lo veo todas noches en tu cama cuando te pasas a la mía.

Ian la abrazó con fuerza, aunque más bien se abrazó a ella sabiendo que Keyla era un refugio, su único refugio en el mundo. Porque Keyla sabía, era la única que sabía por lo que él debía pasar cada noche de su vida... Keyla sabía, aún más que Licer.

~oOo~

Ian tenía catorce años, y una noche sentado en la playa, estaba sorprendido. Su cuerpo había cambiado mucho. Era todo un adolescente de estatura promedio, delgado pero con

el cuerpo tonificado por toda una vida de trabajo en el barco pesquero junto a Samit. Ya no era el mismo niño indefenso y tímido de años atrás. Tenía el cabello más largo que antes, todo desmechado y desprolijo le caía hasta los hombros, negro como la noche; aquel rostro de ángel no había tenido grandes modificaciones, seguía siendo extraño... hermoso sin duda, muy hermoso, pero extraño.

Se miró las manos, a diferencia de los demás nunca se había roto los nudillos al trenzarse en una lucha, siempre los había tenido duros y resistentes; no tenía los dedos ni las palmas con callos, sus manos estaban perfectas a comparación de los demás a pesar de los trabajos con las redes de pesca.

—Samit te está buscando —llamó Jorge, uno de los tantos que trabajaban con él en el buque de pesca—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Nada... sólo pensaba...

—*Claro, tienes mucho en qué pensar, Lasylar.*

Ian se giró sorprendido y se puso de pie casi de un salto, su respiración se agitó ni bien contempló la mirada perdida de aquel hombre que ya no estaba en sus cabales, que no tenía control de su cuerpo... porque esos ojos carecían de pupila. Era desesperante, esa cosa... esa cosa estaba en todas partes. A veces tenía miedo de que algún día se presentara en el cuerpo de Samit... o Keyla, si eso sucedía era capaz de suicidarse antes de hacerle frente o siquiera tratar de huir.

—¡Déjame tranquilo!

—*Shh... nada de gritos.*

Ian retrocedió, si, ya no era el mismo niño temeroso de hace ocho años pero aquella cosa había sabido infundirle un

horrible miedo al luchar cada noche de su vida porque no lo tocara o le hiciera algo que él no quería. Podía hacerle frente, pero tantos años temiéndole habían infundido en su mente un miedo nato.

—*Vamos, ven aquí, te prometo que no dolerá* —sonrió tomándolo bruscamente de un brazo... pero antes de poder hacer algo más se quedó petrificado al ver a los ojos del chico—
—. *¿Qué...?*

Los ojos del muchacho eran diferentes... de repente las pupilas habían empequeñecido hasta ser tan sólo delgadas líneas negras... algo en esos ojos espantaba... algo en esos ojos transmitía un terror demasiado grande.

—Suéltame...

—*No.*

—¡SUELTA ME! —gritó enfurecido.

Así como la furia lo había dominado así lo hizo la sorpresa cuando tras su grito, Jorge lo soltó gimiendo de dolor. El hombre se retorció en la arena gritando con las manos en la cara... los dedos escurrían sangre... su nariz sangraba... sus ojos sangraban, su boca, sus oídos... de repente cada poro de su cabeza sangraba sin explicación alguna. Ian lo miró sorprendido... pero de repente todo ese miedo que había sentido se esfumó como si nunca hubiera existido... algo había cambiado.

Se colocó en cuclillas delante del agonizante hombre que clamaba por ayuda, pero el pequeño sólo le sonrió y rápidamente llevó una mano al cuello inmovilizándolo.

—Habría que mandarte a dormir, estás sufriendo mucho.

Sabía que allí ya no estaba ese monstruo, que sólo se trataba de un confundido y adolorido hombre... pero no le importaba, Ian quería recuperar un poco el control de su vida.

Apretó con fuerza, con mucha fuerza sintiendo al otro removerse desesperado. Lo sujetó con ambas manos y con todas sus fuerzas lo estranguló, lo ahogó con tanta fuerza que de un momento a otro escuchó un chasquido y sintió la cabeza ensangrentada de Jorge caer pesadamente a un costado. Jadeando, lo soltó y contempló su obra: el cuerpo rígido y bañado en sangre, el cuello roto, los ojos en blanco, la cabeza laxa a un costado... se miró las manos manchadas en sangre y comenzó a hiperventilar. Retrocedió varios pasos y tropezó con una roca, cayó y gimió adolorido, no obstante se abrazó las rodillas y comenzó a mecerse mientras murmuraba palabras incomprensibles.

—¿Ian? ¿Qué hiciste?

Keyla corrió hasta llegar a su lado, miró horrorizada el cuerpo de Jorge y cerró los ojos un momento para después abrazar al muchacho con fuerza. Le hizo alzar el rostro y le secó las lágrimas con los pulgares.

—Te... te juro q-que no quería... él... él era...

—Shh, lo sé, lo sé —lo acalló besándole los labios—. No pasa nada. Lo arrojaremos al mar y asunto terminado. Aquí no pasó nada.

—Pero...

—Nada. Aquí no pasó nada.

—¡Keyla! —exclamó desesperado—. ¡Acabo de matar a un hombre! ¡Le rompí el cuello! ¡Lo hice sangrar de la nada! ¡¿Cómo mierda hice eso?!

Ella le cruzó el rostro de una cachetada, lo miró con seriedad y finalmente lo besó en los labios.

—Ayúdame a arrojarlo al mar.

—Keyla...

—¿Quieres que te encierren? ¿Eso quieres? ¿No? Bien, eso pensé. Ayúdame a levantarlo antes de que alguien venga. Sujétale las piernas, eso...

~oOo~

Diez años, en diez años su vida había cambiado tanto. Tenía una nueva vida en realidad, pero tantas preguntas. Las voces eran cada vez más fuertes, más insistentes y más demandantes. Y su fuerza a sus dieciséis años era mucho más que el promedio de cualquier muchacho de su edad y sus sentidos se habían agudizado... su vida nunca tendría sentido al parecer. Tenía sus refugios, más bien SU refugio: Keyla siempre entendía lo que le sucedía, siempre sabía cuidarlo y protegerlo de todo suceso extraño que lo agrediera.

En diez años cambiaban muchas cosas y otras seguían igual que siempre, como las voces que nunca se callaban, la cosa de negro lo frecuentaba todas las noches y desde el incidente de Jorge dos años atrás no había vuelto a presentarse en el cuerpo de alguien... y eso no era un alivio.

Muchas noches, Ian se había pasado las horas en la playa mirando el horizonte, esperando en vano la supuesta llegada de Licer. Diez años yendo siempre a la playa, variando el lugar por si acaso, diez años esperando por nada... siempre por nada.

Hasta que una madrugada, después de toda la noche en vela viendo en la oscuridad y escudriñando en el manto negro, cuando el sol salía en el horizonte... Ian olvidó respirar al ver a lo lejos un punto acercándose. Se puso de pié, el viento matinal le movía los cabellos azabache y el rocío helado le daba de lleno en el cuerpo, pero no importaba... el corazón de Ian latía como si no hubiera un mañana... y quizás no lo habría.

El barco atracó cerca de la playa, unos hombres de negro bajaron de un salto y en cuestión de segundos Ian se vió rodeado de armas apuntándole a la cabeza como si fuera un criminal; y por ello sólo atinó a pensar que se habían enterado lo sucedido a Jorge dos años atrás.

Aquellas personas que de repente le rodeaban se miraban entre sí, confundidos y sorprendidos, como si la misión con la que finalmente daban no era lo que habían imaginado.

—¿Es él? —preguntó uno de ellos acercándose hasta Ian, lo cogió por el mentón con fuerza para mirarlo bien a la cara—. Es sólo un crío.

—Es él, se parece al de la foto por lo menos —contestó otro que miraba una fotografía familiar en donde aparecía el niño cuando tenía cinco años.

Quien le sujetaba lo forzó a verle a la cara, Ian se quejó y trató de zafarse para recibir de inmediato una bofetada que le partió el labio.

—Me parece que si, tiene los mismos ojos.

—Terminemos con esto, quiero que me paguen y retirarme de esta mierda de empleo de una vez por todas.

Entre tres de ellos tomaron a Ian y lo llevaron entre forcejeos hasta el barco.

—No sé si deberíamos, mejor le decimos que lo hicimos y listo. Es sólo un chico.

—¿Te olvidas que hay que filmarlo? Mira: no me gusta ni pizca tener que hacer esto, pero necesito el dinero y como dijiste es sólo un chico... yo tengo cinco que mantener. Así que, toma la cámara y yo haré el resto.

Ian no comprendía nada, forcejeaba contra los dos hombres que lo sujetaban y demandaba una explicación, pero ni bien la cámara se encendió... comenzó una lluvia de golpes provenientes de esos tres, ya no dos, sino tres sobre él. Lo golpearon por varios minutos sin darle tregua a que se defendiera o pudiera protegerse.

Y de repente estaba entendiendo... le hacían daño mientras uno filmaba con incomodidad, pero quien vería todo eso lo disfrutaría. Porque quien vería eso le había encontrado después de todo, después de diez años lo había encontrado y seguramente por la edad estaba limitado a ir a hacerle todo eso... pero eso no le impediría volver a hacerle daño y volver a disfrutarlo.

Despierta...

—Lo van a dejar inconsciente, y el viejo quiere que esté despierto.

—Ya... métenlo en la Doncella de Hierro y terminemos con esto.

La Doncella de Hierro... Ian no tenía noción de lo que le esperaba y era mejor así, mejor que no se hiciera ni una mínima idea de todo lo que sobrevendría.

Los hombres trajeron una enorme estatua de hierro, medía lo mismo que una persona normal y tenía esculpida la cara de una mujer. Resultó no ser una estatua sino una cámara de torturas. Al abrir sus puertas, Ian vió horrorizado que tenía clavos muy gruesos puestos en puntos específicos: en los ojos, en los hombros, en las rodillas y muchos más... La Doncella de Hierro existía en la antigüedad, diseñada especialmente para que la víctima sufriera lentamente y tuviera la muerte más dolorosa posible.

Los hombres manipularon a un casi inconsciente Ian y lo metieron en la Doncella de Hierro; le aseguraron el pecho, la cabeza, las muñecas y las piernas para que no se moviera, y cerraron muy lentamente las puertas de la máquina de torturas. Ian apenas si se mantenía consciente por la cantidad de golpes que había recibido con anterioridad, pero al sentir los filosos clavos tocar lentamente e insertarse con precisión en sus ojos, hombros, muñecas, rodillas y demás... empezó a gritar más despierto que nunca. Quería moverse pero estaba atrapado en un diminuto espacio oscuro donde sólo lo lastimaban.

¿Dónde estaba? ¿Por qué le hacían eso?

Las puntas comenzaban a atravesarle todas las partes condenadas, el dolor le quemaba y a la vez le helaba cada parte afectada. Sentía cómo se escurría la sangre por su cuerpo y sentía las frías puntas dentro de él, avanzando... No lo soportaba, le dolía demasiado, ¿nadie lo escuchaba gritar? No podía más, ¡era demasiado!

Toda unión está destinada a deshacerse,

*todo final tendrá un nuevo principio, todo día tendrá su
noche y toda muerte tendrá vida...*

*De la mano de extraños de tierras lejanas se desatará la
lucha entre los Tres Grandes. El miedo y la pena azotarán a la
trinidad del poder.*

*Sólo hasta el paso de cinco lunas negras,
la salvación volará a las tierras de Lang con la llegada de...*

Lasylar...

*“¿¡Quien es Lasylar!?¡¡DEJEN DE SUSURRAR!! No quiero
morir...”*

Lasylar...

*“Déjenme... no... no quiero estar solo... por favor... Licer,
Licer ayúdame, ayúdame... me duele mucho...”*

LASYLAR...

—¿Estás filmando?

—Desgraciadamente... no puedo creer que siga despierto.
Quiero que se desmaye o se muera de una vez, me está
erizando la piel tanto griterío.

~oOo~

Todo era negro mientras lan caía en un abismo, muy
lentamente como si en realidad descendiera por un espeso mar

negro. Hasta que quedó de pie en lo que parecía ser agua. Estaba parado en aguas negras, donde no se escuchaba nada, mucho menos su respiración...

Lasylar... despierta.

Las voces de muchas personas hablando al mismo tiempo... como solía sonar la cosa de negro. El agua en la que estaba de pie se volvía cada vez más inquieta, las olas se agitaban y mecían como una enorme bestia oscura que quería emerger. Entre las palabras y el oleaje, Ian pudo ver una figura dorada que brillaba a lo lejos y que tenía la forma de un hermoso ángel... y al acercarse le mostró ser su reflejo, pero un reflejo un poco alterado que contaba con un ojo dorado y un ojo celeste, un ala casi de murciélago y un ala de ángel... un ser que no tenía sentido.

Ian gritó y se removió al sentir que en su espalda empezaban a abrirse dos enormes tajos verticales paralelos entre sí, y de ellos parecía querer salir algo... conforme el dolor aumentaba, así mismo era un fuerte calor, un fuego intenso que se extendía por cada fibra de su cuerpo haciéndolo gritar y retorcerse... haciéndolo gruñir. Gruñir como un animal embravecido. Ian sentía su pecho expandirse, su corazón bombear con una fuerza inconcebible y su garganta quemarle por esos ruidos tan poco humanos.

La Doncella se retorció mientras que los hombres veían muy asustados el brillo que de su interior se filtraba. Keyla y Samit llegaron hasta el barco guiados por aquella extraña luz azul. La

desesperación de ella por encontrar a Ian desde que viera el barco en la playa no tenía nombre, y eso que Keyla no era alguien que perdiera los estribos con facilidad... pero cuando se trataba de Ian no podía pensar con frialdad. Y Samit claro... lo sentía, sentía que ese algo que tanto había esperado no se cumpliera, estaba por suceder...

—¿Padre? —dijo Keyla mirando asustada la Doncella de Hierro—. ¿Dónde está Ian?

Samit no contestó, tomó a su hija del brazo y gritó a los hombres que salieran inmediatamente, pues de repente, el techo del navío voló en mil pedazos junto con los restos de hierro de la Doncella. Padre e hija apenas si llegaron a aterrizar en la arena llevándose algunas quemaduras de recuerdo y cubriéndose escasamente de la terrible explosión mientras que aquellos hombres no seguían la misma suerte al no haber reaccionado a tiempo, regados en el piso con partes de metal incrustadas en el cuerpo y quemaduras atroces.

—Papá... ¡papá! ¡¿Dónde está Ian?! ¡Papá!

Samit no podía responder, tendido en la arena contemplaba el cielo... con los ojos llenos de lágrimas. Keyla miró hacia arriba y cayó de rodillas al ver a Ian en el aire... las partes de su cuerpo que habían sido perforadas por los clavos brillaban ahora con una extraña luz dorada y ya no tenía heridas, estaba sano y salvo... y de su espalda salían dos enormes y fascinantes alas azules. Alas de piel dura como el acero, alas sin plumas, con un brillo misterioso pero increíble. Ian descendió lentamente hasta estar frente a frente a los demás. Las alas brillaron nuevamente y desaparecieron de su espalda, sin

embargo los tajos permanecieron. El joven cayó inconsciente en los brazos de Samit.

—Hice lo que pude, Árekel —sonrió con tristeza quitando la sangre de las mejillas del niño—. Pero tu destino no cambió por más que te traje muy lejos de casa.

—¿Papá? —llamó Keyla viéndolo asustada—. ¿Qué...?

—Ahora no, cielo... Ian tiene que descansar.

Lo llevó a casa, lo dejó tendido en la cama y le peinó los cabellos sudados y manchados en sangre. Era triste... porque Samit sabía lo que iba a suceder de ahí en más, y era doloroso porque lo había criado como si fuera su propio hijo aunque siempre le había prohibido llamarle “papá”... porque Samit había conocido al padre de ese chico, y lo había respetado demasiado como para robarle ese título que el hombre no había llegado a ejercer.

Se inclinó y sacó de debajo de la cama un cofre de madera. Dentro se encontraba una larga y bella espada con el mango bastante largo, la hoja plateada tenía escrituras en los lados y era muy ancha... algo de otro mundo sin duda alguna; la empuñadura tenía tres puntas de cada lado que parecían hechas de cristal... pero indestructibles. Samit la dejó junto al cuerpo durmiente del muchacho; regresó la vista al cofre y sacó un arco verde y dorado muy largo, y junto a este un carcaj de los mismos colores y esplendor.

—Úsalos bien —susurró junto al oído de Ian acariciándole los cabellos—. Recupera lo que es tuyo. Para esto haz nacido, muchacho. Estoy muy orgulloso de ti.

~oOo~

Keyla se mantenía apoyada en el marco de la puerta de casa, sus ojos claros contemplaban al muchacho que regresaba lentamente. Ian volvía al hogar después de haber estado desaparecido toda la mañana, y en vista que venía con el carcaj colgando del hombro y el arco en la mano estaba claro lo que había estado haciendo.

—Podrías haber avisado —fue el saludo de ella cuando Ian estuvo a un paso de la casa.

—Sólo salí a practicar... Samit me dejó esto así que...

—¿Si te dejo una pistola irás a dispararle a la gente?

—¿Te puedes calmar, por favor?

—No, no voy a calmarme porque no me das motivos para hacerlo. ¿Qué pretendes al estar practicando con eso?

—¡Nada! Me voy y así estarás libre de que te altere.

Embravecida, Keyla entró en la casa y lo empujó bruscamente haciéndolo empotrase contra una de las paredes, el carcaj y el arco cayeron al piso e Ian se le quedó viendo sin entender.

—¿Crees que por tener alas eres libre? ¡¿Ah?! ¡No tienes idea de lo que te espera fuera de esta isla!

—¡¿Y tú si?! —contestó furioso—. ¡Tengo alas! ¡ALAS! ¿Cómo puedes decirlo con tanta naturalidad? ¿Cómo no te sorprende? ¡Deberías estar más alterada que yo!

Ella bajó la mirada, lo soltó y se separó llevándose las manos a la cabeza. Respiró hondo y finalmente se sentó en una de las camas, por no decir que se derrumbó apoyando los codos en las rodillas y el rostro en las manos.

—¿Keyla?

Ian la miró confundido, y no era para menos. Pocas veces se había dedicado a observar que ella entendía tantas cosas... que comprendía cosas que a ojos de gente común eran mentiras, fantasías o ridiculeces... pero Keyla comprendía todo.

—Yo no sé tanto como crees— dijo ella finalmente—, sólo lo que mi padre me contó cuando era niña y me lo narró como si se tratara de un cuento.

Ian se sentó a su lado mirándola con atención, dispuesto a escuchar todo aquello que fuera necesario.

—Nosotros, osea papá, tú y yo no somos de aquí... no pertenecemos a estas tierras. Mi padre me dijo que tuvo que llevarnos lejos para poder sobrevivir, para que nadie nos hiciera daño. Él pensó que tú nunca... bueno, que las voces no te encontrarían aquí.

—¿Cómo sabe de las voces? ¿Qué son las voces? ¿De dónde vienen?

Keyla se encogió de hombros.

—Por eso te digo que no sé mucho. Pero si sé que... que esa cosa a la que tanto temes podrá alcanzarte si regresas.

—¿Si regreso a dónde? —preguntó casi con un hilo de voz.

—Lo sabes bien —sonrió ella con ternura—. Ian... si sales de esta isla mi padre avisará a otra persona, a su compañero, al que huyó con él... le avisará y él irá por tí, para llevarte de regreso. Porque él sí quiere que regreses...

Ian se humedeció los labios con nerviosismo, miró a un costado y respiró hondo... eso era difícil, ¿para qué salir? Si afuera lo esperaba esa cosa, ¿para qué arriesgarse si allí tenía todo lo que necesitaba...? menos paz. La paz que le daría saber, saber de una buena vez tantas cosas.

Y Keyla lo supo, con sólo verle a los ojos supo que su pequeño estaba decidido. Le tomó una mano y se acercó a besarle en los labios.

—Vuela bien alto, entre las nubes y que nadie te vea. Vuela hacia tu primera casa, papá dijo que su compañero iría allí cuando recibiera el mensaje.

—Gracias. Y perdón... —susurró Ian contra sus labios.

—¿Por qué?

—Por irme... ¡ven conmigo! Encontraremos respuestas y... y estaremos juntos.

Keyla sonrió enternecida, le acarició el rostro y negó con la cabeza.

—Me daré la vuelta, no quiero ver cuando te marches.

—Keyla...

—Vete... por favor.

Dicho y hecho, se giró dándole la espalda. Ian alzó una mano pero desistió de tocarla, la despedida ya había sido dada. Salió corriendo de la casa esperando ser capaz de encontrar el camino de vuelta después de tantos años.

Keyla no se volteó, se limpió la fugitiva lágrima que rodaba por su mejilla y apretó los puños al sentir salidas de la nada un par de huesudas manos enterrarse en sus hombros.

—*Ahora... vamos a hablar de Lasylar, querida niña.*

Capítulo 4

EL REENCUENTRO

¡¡Lasylar!!

Licer despertó bruscamente y se golpeó la frente con la litera sobre su cabeza. Adolorido y mal humorado por despertar de forma tan violenta, sacó los pies de la cama y se sentó frotándose el golpe. Estaba bañado en sudor, aquel sueño había sido bastante espeluznante... y luego ese grito lo había espantado tanto que había terminado arrancándolo de la fantasía de su inconciencia.

—Oie chico—llamó un hombre negro con el cabello en rastas asomándose por la litera de arriba—. ¿Estás bien? Te quejaste todita la noche.

—Sí, estoy bien—contestó secándose el sudor de la frente—. Sueños raros, nada de que preocuparse.

—¿Seguro? A veces los sueños te dicen que alguien te ha engualichao.

—¿Qué es engualichar a alguien?

—Pue, que alguien te metió magia negra o que te ha hecho un vudú. ¿Con qué soñabas?

—Pues... con una pared llena de símbolos raros y con un ángel... y todo el tiempo alguien llamándolo con un nombre aun más raro.

Su amigo lo miró sorprendido y se limitó a no intentar traducir el sueño, Licer de por si era extraño, por lo que ni quería imaginar lo que podían llegar a significar sus sueños.

El muchacho se levantó y salió del camarote para respirar un poco de aire fresco, toda la atmósfera del barco estaba muy viciada y ya le provocaba náuseas.

El barco pesquero que había conseguido que lo llevara no era precisamente legal, ya que traficaba, entre otras cosas, ballenas, peces espada y algún que otro tiburón desafortunado; pero las personas que viajaban eran (dentro de la familia traficante) buena gente. Llevaba varias semanas navegando, se había acostumbrado al molesto olor a pescado y sudor masculino por toda la nave; muchas veces había ayudado a subir grandes peces y el cocinero le había enseñado la forma correcta de deshuesar un pez espada, esa si que había sido una experiencia del tercer tipo.

De pie en la proa admiraba sonriente las costas de su país natal, con el sol por detrás acariciando los puertos y despidiendo a quienes zarpaban... regresaba a casa después de diez largos años.

—¡Oie Licer!—llamó su amigo cuando el muchacho desembarcó—. Encuentra al que te engualichó y patéale el culo por mí.

—Y por toda la tripulación—sonrió él.

Las calles tenían su cambio después de los años pasados, escuchar su lengua natal y ver aquella gente que no se parecía en lo más mínimo a él... pero aun así se sentía en casa. Estaba visto que tendría que moverse a pie o haciendo dedo para

llegar hasta su antiguo barrio, no tenía dinero ni para comer por lo que era mejor apurarse a llegar.

Desde niño siempre había llamado la atención por su apariencia, pero ahora a sus diecinueve años se sentía como todo un fenómeno ya que todo el mundo lo miraba, no sólo los lugareños, sino todo turista que transitaba se detenía a verlo o le dedicaba unos segundos de su caminata a apreciarlo. Todos los ojos sobre él...

Bajando la cabeza y con las manos en los bolsillos trató de entender qué ocurría, había envuelto la espada en varias telas que ahora colgaba de su mochila, por lo que no podía ser eso lo que llamaba tantos ojos a posarse sobre él. Su aspecto, sí, era deplorable, pero muchos mochileros que paseaban por allí lucían peor que él... ¿entonces qué era? ¿Por qué todos lo miraban? Haberse criado en medio de la nada y con gente que terminó acostumbrándose a su apariencia no le había ayudado mucho a entender cómo funcionaba el mundo real. Con ese par de esmeraldas decorando el particular rostro no podía culpar a todo aquel que lo mirara.

Caminó todo el día, acertó caminos por vías de trenes antiguos y varias veces algunos autos lo recogieron por cortos periodos. Hasta que finalmente... a la tarde del día siguiente de su llegada, se encontró de pie frente a su antiguo barrio, su primer hogar...

Avanzó despacio por la vereda, casi innecesaria puesto que circulaban contados autos como siempre. Algunas casas habían cambiado, estaban más grandes o habían transformado algunas partes como negocios. Pasaron corriendo unos niños y

Licer se les quedó mirando melancólico... si, esa era la sensación que producía retroceder en el tiempo.

Unas dos cuadras más arriba y girando en una esquina, Licer quedó helado ya que de repente parecía entrar en un pueblo fantasma... dos cuadras llenas de casas, casas que seguían igual a como Licer las recordaba. Todas con carteles de la policía cerrando las puertas; y en los portales fotografías, flores secas y velas derretidas... todas las familias que habían perdido a sus hijos la noche del secuestro. Licer cerró los ojos un momento y rezó porque todos esos niños que había conocido en la mansión hoy en día estuvieran bien.

Su casa, su casa lucía lúgubre y gris. Frente a su puerta había una fotografía vieja y roída, Ian y él de muy pequeños, rodeada de flores secas y muchísimas velas viejas. El muchacho no supo qué sentir ante la idea de que alguien había llorado por ellos.

Cobrando valor rompió la banda de seguridad, diez años vieja y olvidada. Empujó la puerta que rechinante y agonizando se movió mostrando su casa. Todo estaba cubierto con sábanas, todo mueble estaba cubierto por mantas blancas y estas a su vez cubiertas por una capa de polvo. Licer cerró la puerta y se quedó en medio del pasillo contemplando su primer hogar ahora apenas iluminado por las luces de la tarde que se filtraban por las ventanas rotas.

No había retratos, ni cuadros, ni el empapelado pintarrajeado por Ian, ni alfombras... ni todo aquello que podría haber dejado un rastro de personalidad en esa casa; no había nada que pudiera decir que alguien había vivido allí. Si

Licer hubiera llegado con pérdida de memoria, nada en esa casa le hubiera ayudado a saber quién era, nada.

—¡¡Mierda!! —exclamó pegándose de espaldas a la pared.

Se llevó ambas manos a los ojos y jadeó, lo peor que se podría haber encontrado eran las siluetas marcadas con pintura blanca... las siluetas de sus padres asesinados. Fue un segundo, en un segundo todo lo vivido esa noche llegó de golpe a su mente, tan fuerte y brusco, aquella nefasta noche que le cambió la vida... y que creía haber olvidado como tantas cosas.

Lasylar...

Licer se quitó las manos del rostro y miró hacia el final del pasillo. De repente parecía una casa embrujada... aunque fantasmagórica había sido siempre. Se mordió el labio inferior y comenzó a avanzar, pasando por encima de las siluetas dibujadas y procurando no hacer mucho ruido. Como si una pierna le pidiera permiso a la otra caminaba lento e inseguro, mirando hacia las habitaciones de los lados con desconfianza como si en cualquier momento algo pudiera salir y atacarlo... pero él sabía que las precauciones eran innecesarias, fuera lo que fuera que lo esperaba, estaba al final del pasillo en su antiguo cuarto.

La puerta estaba entreabierta, la banda de seguridad policíaca ya estaba rota... Licer contuvo la respiración, tanteó la espada que colgaba en su espalda y empujó la puerta.

El sol que se ocultaba en el horizonte dejaba entrar retazos de rayos rojos dando penumbra al cuarto. Licer contempló una

cama primero, su cama cubierta por la sábana blanca y al moverse la ruidosa puerta... en la que había sido la vieja cama de su hermano se encontraba una persona que con tal particular iluminación parecía una espeluznante aparición. A los pies del extraño se encontraba una mochila y sobre ésta un carcaj con flechas, un arco y lo que a ojos de Licer era claramente una espada envuelta en lienzos.

—Sabía que seguías vivo.

Licer se adentró en la habitación y cerró la puerta tras de sí, se sentó en su cama dejando la mochila a un lado. Se humedeció los labios, nervioso, era como... era una felicidad sin nombre, pero un miedo al reproche y una decepción a sí mismo.

—Lo siento—fue todo lo que se le ocurrió decir antes que nada—. De verdad... lo siento.

—Lo sé. Pero al final él nos ayudó ¿verdad? Nunca llegamos a donde se suponía.

—Sí, nos ayudó... no sé por qué.

Licer alzó el rostro para ver a su hermano. Le era muy extraño, le era escalofriante de alguna manera. Ian estaba vivo y hecho todo un muchacho. Quería abrazarlo y decirle que estaba feliz de verlo... sin embargo no podía, no podía pues le daba miedo.

Los reencuentros no deberían ser así, deberían ser felices y llenos de lágrimas de dicha y alegría. Pero en ese momento y pese a la felicidad que sentía... Licer sabía que no tendrían un reencuentro como debería ser.

Capítulo 5

LANG Y EL CONSEJO DEL BOSQUE

Lasylar es mío...

Licer despertó temprano, si seguía pensando y repasando hechos en su cabeza terminaría por volverse loco. Pero entre el goteo del agua misteriosa y la morbosidad de lo ocurrido en aquella cueva con el hombre calvo... trataba de encontrar algún significado a todo lo que el hombre le había recriminado.

Se frotó los ojos con cansancio, el día anterior lo había dejado exhausto, demasiadas emociones en pocas horas... ver a Ian después de diez años... había crecido tanto, conservaba el rostro de angelito y todo eso que tanto le encantaba a todo el mundo, pero algo en Ian era diferente. Los años transforman a las personas, uno crece, madura y la experiencia vivida crea a una persona diferente; pero el joven era muy diferente de lo que alguna vez había sido en su infancia, era como si algo muy grande se hubiera quebrado en él.

Licer se levantó de la cama, se puso el pantalón, la camisa y salió descalzo de la habitación. Con el precario dinero que tenía compró algo bastante humilde con lo que preparó el desayuno. Resultaba increíble que aún funcionara el gas y la electricidad en la casa. Se preparó un café bien cargado y lo bebió con un poco de pan.

Respiró hondo y dejando la taza en el lavabo regresó a la habitación dispuesto a hablar un poco más con Ian. Se asomó

por la puerta y lo vio despierto, boca abajo, las sábanas lo tapaban desde los pies hasta la cadera y no tenía nada que le cubriera la espalda de modo que Licer notó los grandes tajos.

—Hola —saludó entrando y sentándose en el piso al lado de la cama.

—Buen día—suspiró Ian frotándose los párpados.

—Aun es temprano y tuviste un viaje larguísimo. Deberías dormir un poco más.

—Me acostumbré a dormir cuatro horas por día. Además hay mucho en qué pensar.

—¿Y eso?

—Quizás porque hemos regresado casi simultáneamente.

—Coincidencia.

Ian lo miró sorprendido, se inclinó un poco y lo miró fijo a los ojos, casi calando en el interior de su hermano, pero repentinamente éste volteó la cabeza.

—No hagas eso.

—Sólo te estaba mirando.

—No lo hagas tan fijamente. No... No me gusta cómo miras ahora.

Increíblemente y comprobando lo que Licer había imaginado del cambio en su hermano, Ian no se sintió ofendido por aquel comentario, quizás ni le dio importancia.

—Eres un pato miedoso. ¿Qué pasó con fuego?

—¡¿Qué?!

—Veo fuego en tus ojos, Licer. Te ocurrió algo muy feo relacionado con el fuego...—aun con las réplicas de su hermano volvió a inclinarse y a mirarlo fijo a los ojos.

—¡Que no lo hagas!

—Mataste gente con fuego...

—¡Claro que no! Yo... yo no sabía lo que hacía... estaba asustado, colgando del techo y sangrando por lo que me estaban haciendo... yo sólo... aun no sé qué fue lo que pasó. Sólo exploté. ¡¡Maldita sea, deja de mirarme así!!

—¿Por qué?

—¡Porque me das miedo!

Ian sonrió y se sentó despacio revolviéndose los cabellos.

—Descubrí algo muy curioso: las cosas que siempre he visto y escuchado... no eran porque estuviera enfermo o loco. Licer... no soy humano.

—¿Has estado leyendo alguna historieta nueva? Tienes mucha imaginación.

—Matas gente con fuego y cierras tus heridas milagrosamente... creo que eso es tener algo más que mucha imaginación ¿no?

—¿Cómo sabes lo que...?

—Eres un libro abierto, Licer. ¿Llamas a esto mucha imaginación?

—¡Ian! No sé qué quieres decir. Está bien, sé que somos raros, especiales, unos fenómenos, como quieras llamarnos... pero te estás extralimitando con eso de que no eres humano.

—Lasylar...—Licer sintió que el corazón se le detenía—. ¿Alguna vez escuchaste ese nombre?

—Casi toda mi vida... ¿tu...?

—Toda la vida. No sé nada en realidad... no sé qué somos o de dónde venimos... todo lo que sé es que muy pronto alguien vendrá a explicárnoslo.

—¿Cómo sabes eso?

—Alguien me lo dijo.

—Ajá, eso es muy convincente y fidedigno. Así como eso de que tienes alas.

Ian blanqueó los ojos y se giró hasta quedar boca arriba, se frotó los ojos y se tronó los dedos.

—Que te den, yo te dije la verdad y lo sabes.

—¡Enseñamelas!

—¿Para que me creas? —rió Ian—. Ni loco, todavía me duele cada vez que las saco y no debería tener que enseñarte evidencia para que me creas algo ¿no?

Licer no contestó.

Para esa casa fue un despliegue de vida el tener dos adolescentes andando de aquí para allá, reuniendo monedas para comprar comida, tirando a la suerte qué zonas limpiaría cada uno, yendo y viniendo. Llenándose las paredes de risas, charlas, peleas de vez en cuando, vida a fin de cuentas en esa casa antes vacía, en esa casa desierta.

~oOo~

Ian lavaba los platos que habían utilizado para la cena, al menos la mecánica de “yo cocino, tú lavas” venía funcionando muy bien y la convivencia era bastante aceptable a pesar de la poca comunicación que tenían. Licer lo negaba pero se pasaba los días en la casa esperando, siempre esperando.

Mientras dejaba todo en el escurridor, Ian se rascó la nariz y de repente tosió.

—¡Licer! ¡Te dije que te huelo cuando fumas!

—¡Déjame vivir, piojo!

Se escucharon pasos y el olor del humo se volvió más fuerte, y como broche de oro Licer apareció en el umbral de la cocina con el cigarrillo en la mano. Ian blanqueó los ojos y siguió lavando mientras mascullaba; evidentemente a Licer no le entraba en la cabeza que lucía y apestaba andar fumando.

—¿Cuál es el problema? Son mis pulmones y no es que soy adicto.

—Y son mis pulmones los que jodes fumando en la casa.

Resoplando, Licer apagó el cigarrillo en el lavabo y le sacó la lengua a su hermano, tampoco era que fumaba tanto, eran apenas tres cigarrillos por semana y considerando que llevaban cinco meses viviendo juntos tampoco era para tanta queja.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Ian de repente secándose las manos con un repasador.

—Yo ya apagué el cigarrillo—se quejó Licer enseñándole las manos con molestia.

—No, no... es un olor a... como a flores de azahar...

Ian alzaba el rostro, movía la cabeza hacia los lados confundido y lentamente comenzaba a avanzar tanteando las paredes, sintiendo más fuerte aquel extraño perfume... esas flores allí eran imposibles, pero Ian tenía la esperanza de que ese perfume perteneciera a la persona que tanto Licer como él estaban esperando hace tanto tiempo. No era una colonia agregada... era la misma esencia de alguien.

Licer siguió a su hermano hasta que pudo sentir el olor de las flores... en su habitación. Cuando Ian abrió la puerta ambos quedaron helados al ver a una persona desconocida de pie mirando por la ventana. Era un hombre muy alto, de una piel sumamente pálida, el cabello negro azabache corto hasta los

hombros y unos ojos dorados que resaltaban en aquel rostro pálido que se realzaba al estar el hombre vestido de blanco.

De acuerdo, de haber esperado algo más claro era mucho pedir. Los dos hermanos se quedaron petrificados observando al invasor que casi con melancolía miraba por la ventana, hasta que en determinado momento se giró encarando a los muchachos.

—Perdonen la demora, no podía reconocer la casa después de tantos años.

—¡¿Quién demonios eres?!—exclamó Licer completamente desconcertado.

—Licer, cálmate— replicó Ian.

El recién llegado fijó entonces su mirada en el más joven, su expresión de sorpresa lo decía todo. Con los ojos bien abiertos se acercó a Ian y lo miró atentamente a los ojos, Ian no vaciló, permaneció quieto sosteniéndole la mirada... hasta que fue el de ojos dorados quien terminó volteándose.

—Así que era cierto...—murmuró secándose el sudor de la frente—. Está cumpliéndose.

La confusión reinó por varios minutos en aquella habitación. Un completo desconocido con ropas extrañas y ojos de otro mundo había aparecido repentinamente, claramente sabiendo a quiénes iba a encontrar. Ian tuvo que zarandear un poco a Licer tanto para calmarlo como para hacerlo reaccionar, y claro, la apariencia del recién llegado decía mucho pero a la vez no decía nada. Pero para Ian era suficiente con saber que ese hombre había sido enviado por Samit, era la persona que resolvería muchas dudas y probablemente sembraría más.

Ian y Licer tomaron asiento en una cama, pero el desconocido permaneció de pie para comenzar a hablar.

—Mi nombre es Ceros, y por el tiempo que pude fui escudero de tu padre—explicó mirando a Licer.

—¡Espera! —exclamó éste—. ¿Mi padre? ¡Mi padre está muerto!

—Licer, piensa un poco—replicó Ian—. Claramente habla de tu padre biológico.

Licer miró sorprendido a Ceros, en sus ojos había aparecido un brillo extraño, un brillo de esperanza y curiosidad por saber sobre la persona que en parte le había dado la vida... y que lo había abandonado.

—¿De dónde vienes?—preguntó temiendo una respuesta muy imaginativa.

—De muy lejos de aquí, donde las naves de este mundo no podrían llegar jamás. Vengo de un mundo llamado Lang.

Ahora si que lo había escuchado todo, un loco que decía venir de otro planeta siendo el escudero de su padre biológico... ¡ver para creer!

—¿Y me vas a decir que el planeta colapsó y por ello mis padres me metieron en una cápsula que viajó hasta la Tierra para salvarme?

—¿Por qué habría de decir algo tan fantasioso?

¡Ver para creer!

—Estoy seguro de que algo recuerdas. Algo debes recordar de la noche en que fuiste separado de sus padres.

Licer guardó silencio, se llevó una mano a la cabeza y cerró los ojos con cansancio... sentía la mente muy aturdida, estaban pasando muchas cosas sin explicación.

—Recuerdo... una cueva... gritos... dos nombres, eh... Samit y zacha... en realidad es un sueño recurrente.

—Mi planeta se divide en tres continentes—explicó Ceros comenzando a pasearse delante de los jóvenes—. Árgen es el más grande y de donde yo provengo. A su vez Árgen se divide en siete países, los más poderosos son tres: Neru, Nalsa y Nelka —lan lanzó una risita que Ceros ignoró—. Tres razas son las dominantes en cada país... siempre hemos vivido en paz. Pero... hace cincuenta años, la guerra se nos vino encima. “Zacha” es una raza no un nombre propio. Llegaron de otro planeta que estaba muriendo y por ello les prestamos auxillio permitiendo que llegaran a nuestras tierras. Pero ellos envenenaron la mente de nuestros gobernantes poco a poco... entre otras cosas que sucedieron... el punto es que las tres razas terminaron luchando entre si. Todo fue destruido... los tres reinos quedaron en manos de los zachas, nuestros reyes fueron derrocados y encerrados y nuestro pueblo es esclavo mientras que los demás fueron aniquilados. Los padres de ustedes dos consiguieron escapar, y por años estuvieron prófugos en una cueva que les sirvió de refugio, Samit y yo les llevábamos alimentos y demás para que pudieran sobrevivir. Pero hace dieciséis años los encontraron, dieron con la cueva. Samit, su hija, ustedes y yo escapamos por un portal hacia estas tierras... no es necesario que les de detalles de la llegada. Me separé de mi compañero, él se fue con ustedes, los dejó con una pareja de aquí para que estuvieran a salvo y luego me informó sobre su paradero. Cuando fueron secuestrados... —se humedeció los labios mientras miraba hacia la ventana con

pesar—. Los busqué, pero la persona que se encargó de llevárselos...

—¿El hombre calvo? —preguntó Ian sorprendido.

—Difícultó mi tarea de encontrarlos cuando los envió a distintos lugares por separado. Pero fue un alivio que milagrosamente llegaras—y habló mirando a Ian—, a manos de Samit nuevamente. Y en cuanto a ti... —miró a Licer— me tomó mi tiempo encontrarte perdido entre esas montañas, pero supe que estarías a salvo. He vivido en esta tierra todos estos años esperando a que ustedes tuvieran edad para saber esto.

Durante varios minutos permanecieron en silencio absoluto hasta que por fin Ian emergió de sus pensamientos y dijo:

—Nos estás ocultando algo—espetó mirándolo con frialdad—, ¿por qué le mandaste la espada a Licer? ¿Por qué Samit me dio las armas? ¿Por qué nos revelas todo si aquí estamos seguros? ¿Qué ganas con decirnos la verdad? ¿Por qué no antes o después?

Licer levantó la mirada y la enfocó en Ceros, Ian había dado en el clavo, parecía increíble que después de escuchar semejante historia pudiera pensar en hacer preguntas tan certeras; él por otro lado estaba más que impactado.

Ceros suspiró, estaba arrinconado y no le sorprendía, suponía que tarde o temprano el más joven se percataría de todos aquellos detalles.

—El hecho de que estén vivos es una señal—contestó buscando las palabras adecuadas—. En teoría, si ustedes regresan... salvarán lo que hemos perdido. No queda nadie que pueda ayudar ni a sus padres, ni a ninguno de los reinos.

—¿No había siete países?

—Los zachas se hicieron de aliados poderosos, los tres reinos están envueltos en campos de secretismo. Nadie, nadie del exterior sabe lo que ha ocurrido y nadie lo sabrá. Sólo ustedes pueden ayudarnos.

—Sigues escondiendo cosas... pero no mientes.

Licer aun tenía muchas más preguntas, seguía sin entender muchas cosas y una de ellas era por qué Ian se mostraba conforme con aquella explicación. Antes de que pudiera decir algo más observó a su hermano levantarse y encaminarse a su armario, sacó una mochila y como si fuera algo lógico en el momento se dedicó a rellenarla.

—¿No pensarás...? ¡Ian, estás loco! No sabemos prácticamente nada. No somos los herederos de Superman, esto no es un comic, Ian, esto es real. ¿Te das cuenta de eso? ¡No podemos simplemente ir a otro planeta! ¡¡Es ridículo!!

—Después de ver aparecer a Ceros, verle los ojos y la ropa, de escuchar su historia... nuestra historia. Después de matar gente con fuego, cicatrizar heridas en dos segundos, de escuchar y ver cosas extrañas toda tu vida... después de todo eso... ¿te sigue pareciendo ridículo? Si, será ridículo, pero al menos es cierto.

Ceros se retiró silenciosamente dejándoles su espacio para debatir aquello que no era poca cosa. Licer se sentó en la cama, se sentía mareado, ¿acaso era el único que notaba lo IMAGINATIVO de todo el asunto? No sabía qué pensar.

—Allá no tenemos más que la promesa de una batalla, ¿lo sabes? —insistió Licer.

—Y aquí no tenemos más que la promesa de... ¿de qué? De nada, de siempre estar esperando. ¿Dónde está tu sentido de la aventura? —replicó Ian.

—Lo perdí en algún punto del camino—se lamentó llevándose las manos a la cara.

—Anda Shakespeare, deja de dramatizar y prepara tu mochila. Nos vamos hoy mismo.

—No estoy seguro, deberíamos pensarlo un poco ¿no crees? Quiero decir, ¿te vas a ir con el primer loco que te cuenta una historia sobre tus supuestos padres biológicos?

—Licer... me estás colmando la paciencia. No, no me iría con el primer imbécil que me cuenta una historia fantástica sobre mis supuestos padres biológicos; pero resulta que tu sueñas constantemente con un recuerdo de cuando eras un bebé tonto, en el cual había alguien llamado Samit... el cual ha sido mi tutor por diez años y ¡oh coincidencia! Era el compañero de Ceros. Ahora, ve y prepara tus cosas.

No sabía bien por qué, no sabía ni el para qué, tampoco sabía si estaba seguro de aquello, no sabía con lo que se encontrarían, cómo llegarían hasta allí...¡¡por favor, estaban hablando de otro planeta!!

Pero... todo lo que sabía es que algo en su interior deseaba ir...

A casa....

—Sigo sin creermelo esto, es que... estábamos bien viviendo aquí...

—Si bueno, diferimos un poco en el concepto de “vivir bien” —replicó Ian. Lanzó un suspiro, se sentó junto a su hermano y le miró con calma—. Licer, honestamente no sé

dónde vamos o qué nos espera... sólo sé que aquí yo no tengo propósito alguno; nunca me he sentido parte de nada y las voces me están volviendo loco. Creo que... que al menos quiero intentar buscar una razón.

—¿En un supuesto otro planeta? Ian... me siento igual que tú, pero aquí estamos seguros.

—No realmente, la cosa de negro, él... me encontró siempre.

—Dios...

—Licer... yo necesito saber quién y qué es. Necesito saber quiénes somos, de dónde venimos... necesito saber para poder estar en paz. Y sé que tú también. Por favor.

Licer guardó silencio, y así rezongando se dedicó a armar una mochila como la que de su hermano. Loco, realmente estaba loco.

Junto con Ceros salieron de la zona del barrio, según el joven de ojos dorados el modo de viaje era preferible que no fuera visto por los humanos de la zona. Debido al horario y al calor que hacía no había nadie en la plaza más cercana, por lo que Ceros decidió que allí iniciarían el viaje.

—Voy a mojarme la cabeza, hace demasiado calor—dijo Ian limpiándose el sudor de la frente.

Mientras Ian se mojaba la cabeza en un bebedero un poco alejado, Licer observó bien a Ceros. La piel blanca como marfil, los ojos dorados y el cabello completamente negro contrastaban curiosamente bien, no quería sentirse raro pero sin duda Ceros tenía su atractivo aun con rasgos tan extraños... pero rasgos hermosos.

—Ceros... ehh... si tú y yo venimos del mismo planeta y del mismo reino... ¿por qué...?

—¿Somos tan diferentes?—completó sonriente—. Tú padre puede ser de mi reino, pero tu madre era de otro. Te expliqué que en los tres reinos hay razas diferentes... y créeme que son muy diferentes entre si. El jóven Árekel es mitad uno y otro, como tú.

—¿Árekel?—y miró a Ian sorprendido—. ¿Así lo llamaron nuestros padres?

—Por poco tiempo, pero si, quizás no lo recuerdas pero tenías tres años cuando te separaron de tu madre... y Árekel era un recién nacido. En cuanto a tí, tus padres te llamaron Némok, en honor a tu abuelo.

Licer no dijo nada, pero sólo entonces cayó en cuenta de algo... perturbador. Toda la vida había tenido muy en claro que Ian y él eran adoptados, pero había dado por hecho que si bien Melisa y Dante no eran sus padres, ellos sí eran hermanos de sangre pese a sus diferencias físicas. Ahora, Ceros hablaba y Licer entendía que Ian y él nunca habían tenido una relación de sangre, sólo de crianza. Un extraño sabor amargo se instaló en su boca... se sentía estafado, dolído... molesto con quienes le habían criado por poco tiempo; pero más que nada estaba molesto con Ian, pues era obvio que el mocoso lo sabía o lo intuía al menos. Cuando Ceros habló de los padres de cada quién, Ian no se había visto perturbado de ninguna manera.

Ian regresó con el rostro empapado esperando el momento en que el dichoso y misterioso portal se abriera. Sin embargo, con algo de vergüenza, Ceros les dijo que no dependía de él sino de alguno de ellos abrir una puerta hacia Lang. Ambos

chicos lo miraron desorientados... ¿Qué parte del cuento se habían perdido?

—Es todo una cuestión de sangre—explicó Ceros—. Por ello ni Samit ni yo podíamos regresar.

Seguía careciendo de sentido para Licer, sin embargo vio desconcertado cómo Ian con un semblante aun muy pensativo desenvainaba su espada lentamente.

—¿Qué crees que estas haciendo, piojo? Guarda eso inmediatamente o te cortarás.

—Esa es la idea...

Licer vio cómo su hermano se hacía a sí mismo un corte diagonal en la muñeca izquierda, casi sintió él mismo el dolor al ver el acero rasgar la piel de su hermano. Ian estiró el brazo y dejó que la sangre cayera libremente al piso, y antes de que su hermano pudiera insultarlo por la locura que estaba cometiendo, el líquido carmesí comenzó a brillar... primero suave y luego con gran intensidad. Y así ante los maravillados ojos de los dos hermanos la luz se expandió hasta formar un enorme círculo luminoso, dentro parecía girar todo un universo de luces resplandecientes que por tanto esplendor no permitían ser vistas por más de dos segundos.

—Es hora—dijo Ceros franqueando la pared de luz.

—¿Ian?—llamó Licer al ver que su hermano no se movía... le recordó aquella vez hace diez años en que se separaron.

—No tengo miedo... vamos.

—Pensar que en “Crónicas de Narnia” usan algo tan inofensivo como un armario, ¿por qué nosotros sangre?

—Porque esto no es un cuento de niños.

Flotaba y se sentía fluir a la vez, pero a gran velocidad.... era como estar en una montaña rusa sin carro. Había entrado con los ojos cerrados al portal y cuando por fin reunió el valor para abrirlos casi le da un infarto. Estaba a más de mil metros del seguro suelo, las nubes le rozaban el rostro y realmente pensó que iba a morir cuando de pronto notó que no caía, algo lo mantenía elevado. Ian lo sostenía por medio de la mochila, Licer miró a su derecha y notó que Ceros volaba a su lado... ¿vola... volaba? ¡Cielos santos, Ceros volaba! Se deleitó con las hermosas y estilizadas alas de plumas blancas como la nieve que, en comparación con de las de Ian eran mil veces insignificantes en esplendor y tamaño.

Ian en verdad tenía alas y en verdad podía usarlas al desplazarse como un ave por los cielos... cielos rodeados de un aire que se respiraba más puro que cualquier otro. Licer había pensando que el cielo sería de otro color o que quizás tendría problemas para respirar... pero era todo lo contrario. El cielo era un bellissimo color celeste, el aire era fresco y limpio... Licer sentía que los pulmones se le inflaban de dicha y satisfacción.

Al mirar hacia arriba, hizo el esfuerzo de ignorar el rostro calmo de su... hermano, y contempló las tres lunas que con algo de dificultad se apreciaban en el cielo... era todo tan bello, tan perfecto, como alguna vez lo había soñado y pensando que sólo era eso: un sueño.

—Bienvenido a Lang, joven Némok —dijo Ceros acercándose.

Licer trató de perder el miedo a la altura y se decidió a observar la enorme tierra que se presentaba a su alrededor. En verdad estaba... en verdad habían pasado a otro mundo, en

verdad estaban flotando ¡flotando y volando! En verdad estaba sucediendo... en verdad todo era cierto.

Un esplendoroso bosque enfrente, enorme, algo gigante realmente que desde el aire podía apreciarse perfectamente pero no distinguirse a las criaturas que por allí se movían; las copas de los árboles eran tan verdes que eran imposibles de creer si no se veían. Licer jamás había visto una extensión de árboles tan inmensa y hermosa. Notó más adelante una enorme y bella cascada que llenaba un río que recorría el bosque, agua tan cristalina y pura que parecía plata líquida.

—¡Joven! —llamó Ceros—. ¿Has visto la cascada?

—¡Claro que sí!, es impresionante.

—Mira de dónde viene el agua, Licer—dijo Ian.

Licer observó que la cascada no provenía de un río sino de otra cascada, y al levantar la vista, un enorme pedazo de tierra con montañas se extendía ante sus ojos... como si aquello hubiera sido arrancado por la mano de un Dios... Licer estaba sin aliento, ver algo tan enorme flotando un poco más arriba de su cabeza... y fue aun mejor al ver que no era el único pedazo de tierra y en total eran tres, dispersos muy alejados el uno del otro... era impresionante... y tal como Ian le había dicho, de aquella montaña caía el agua que alimentaba la cascada de más abajo.

Unos kilómetros más adelante se encontraba una enorme y hermosa ciudad color oro. Y en ella resplandecía un gigantesco castillo.

—Etnalta —dijo Ceros con seriedad—. La ciudad de los Atlantes, es allí donde reside el Rey de los zachas. Sus dos únicos hijos están en las ciudades de Xínef y Nógard. En las

catacumbas de cada ciudad están los verdaderos ciudadanos... al menos los que quedan.

Licer miró fijamente la ciudad... sintió un fuerte escalofrío así como su corazón latiendo a mil... había soñado con ese hermoso lugar... había soñado con esas imágenes en lo que él creía recuerdos que no le pertenecían... con un pasado ajeno pero propio a la vez...

—La ciudad de Oro—murmuró.

—Exactamente—comentó Ceros sorprendido—. Se la llamaba así pues el poder que reside en los Atlantes se manifiesta con esa aura dorada... ¿cómo lo supiste?

—Mucha imaginación.

Ian y Ceros coincidieron en que sería lo mejor descender al bosque para ocultarse de los ojos enemigos; su llegada si bien no era conocida aún, sería motivo de escándalo en cuanto alguien se enterase. Descendieron lentamente hasta aterrizar bajo varios sauces que se mecían con un suave y curioso viento... Licer no podía asegurar nada... pero casi se sentía como un canto... el viento cantaba como en los cuentos de hadas.

—Ahora escúchenme bien —dijo Ceros en voz baja, casi en susurros—. Debemos ser cautos y silenciosos aquí. Por este Bosque viven ciertas criaturas a las que no les agradaran los extraños como nosotros. Hace años que no ven una especie diferente... las tres razas se han ausentado sin razón alguna, esto puede ser motivo de pleito.

—Entonces, ¿qué haremos ahora que estamos en Lang? —preguntó Licer.

—Sugiero reunir un ejército —dijo Ian—. Quieres salvar Reinos enteros ¿no?

—¿Ejército? —exclamó Ceros—. ¿Cuál ejército? Todos han sido capturados. Todos están en las catacumbas, sino muertos.

—Entonces ¿para qué o por qué nos trajiste hasta aquí? —exclamó Ian enojado; Ceros no contestó y sólo bajó la cabeza.

Enfurecido, Ian se levantó y se alejó del refugio adentrándose rápidamente en el bosque.

—¡Ian! ¡Piojo idiota, no vayas solo!—llamó Licer, pero su hermano no le prestó atención y desapareció de vista. Licer suspiró resignado, ya se le pasaría—. Él tiene razón, Ceros. ¿Qué caso tiene el que nos hayas traído? Si dices que no hay ejército que reunir. No se puede recuperar ciudades sin una batalla... porque dudo que los tiranos quieran dialogar.

—Perdóname, sé que no les estoy siendo completamente sincero... pero deben creer en lo que les digo: el que estén vivos es una señal de que su venida a su verdadero hogar va a cambiar las cosas.

—Estamos estancados... ¿para qué nos trajo si no hay solución?—mascullaba Ian caminando sin rumbo.

Hasta que se detuvo... permaneció de pie mirando a su alrededor, escuchando claramente los sonidos calmos y pacíficos del Bosque. Jamás había estado en un lugar así pero siempre había anhelado aquello. Desde el momento en que respirara el aire de ese planeta se había sentido diferente... se había sentido...

—En casa... estoy en casa—sonrió sintiendo complacido el viento acariciándole el rostro... el viento... era cierto lo que

Licer le había comentado, el viento cantaba—. ¿Un lago? ¿Dónde?

Loco o no, el viento hablaba o al menos eso creía él, punto.

Caminó y caminó hasta llegar a un lago, se sentó en la orilla y observó maravillado el esplendor de aquella belleza, tan amplio y tranquilo, en realidad era un estanque en donde se acumulaba el agua de la cascada antes de continuar por el río. Ian suspiró, adaptándose sin problemas a todos los sonidos, olores y sensaciones del lugar que parecía un paraíso escondido. De pronto, escuchó una melodía muy hermosa, una voz femenina llegaba desde la cascada.

Ian se puso de pie, impulsado por la curiosidad se metió en el agua y comenzó a caminar lentamente hasta la cascada. El agua le llegaba hasta la cadera, no estaba fría sino fresca y le daba la sensación de ser tan pura... y debía serlo si venía prácticamente del mismo cielo. Cuando estuvo a sólo unos pasos, escuchó con claridad y llegó a descubrir la causa de tan armonioso canto: el agua lógicamente no le permitía ver toda la figura pero alcanzó a ver una hermosa chica bañándose, parecía tener el cabello rojo como el fuego que le llegaba hasta las piernas en preciosas ondas, y detrás de esa cascada de fuego emanaba una voz muy bella. Al parecer era un factor común el que las mujeres cantaran bajo el agua.

De pronto, ella dejó de cantar.

—¿Vas a mirarme todo el día?

—Aparentemente no —contestó Ian, sinvergüenza.

La joven salió de la cascada; tal como había visto al principio tenía el cabello rojo larguísimo y en ondas; los ojos eran marrones y misteriosos de un atractivo seductor, el rostro era

estirado de piel clara y tersa y de una belleza que Ian nunca había contemplado. Notó sorprendido que la figura de esta chica tenía algo más que su increíble físico: en la cabeza tenía orejitas de gato marrones, en las mejillas tenía tres rayas negras y, contaba con una laaaarga y rayada cola. Sonrojada, caminó hasta estar detrás de un árbol y de allí salió con vestido blanco cubriendo su cuerpo.

“¡Que locura! Tengo enfrente a una verdadera gata... literalmente” pensó sonriente Ian... aquel planeta parecía tener muchas sorpresas. En un principio había pensado que se trataba de un lugar gemelo a la Tierra pero más atrasado en cuestión de tecnología, había imaginado personas con tres ojos y seis dedos, ¿pero una gata? Ni en sus mejores sueños.

—¿De dónde vienes? Nunca había visto a alguien como tú —le preguntó ella acercándose sin pudor para examinar su rostro.

—Uhm... pues, de un lugar muy lejano. Pero aparentemente nací aquí. Amm... ¿cómo te llamas?

—Nara, mi nombre es Nara. Ay eres lindo, pero raro... nunca había visto a alguien tan raro. ¿Qué raza eres?

—Uhm... pues...

—¿Por qué dices “uhm” a cada rato?

—Un mal habito de pequeño. ¡Oye! ¡Quítame las manos de encima!—exclamó al momento en que Nara le levantaba la remera sin preguntar— ¡¿Qué estas buscando?! Soy hombre si eso es lo que te preocupa.

—Y un Dragón.

—¿Ah?

—Por las marcas en tu espalda, de ahí te salen alas ¿verdad?—él asintió confundido—. Lo supuse, oye, en verdad eres raro, ¿cómo no vas a saber qué eres? Eh... espera... ¿por qué tienes el cabello negro?

—No tenían rubio, me vino de ese color cuando nací. ¡Qué pregunta más estúpida!

—Pero... no se supone que sea de ese color... y eres muy pequeño para ser Dragón... además tu rostro... eres muy bonito para ser un Dragón.

Ian la miró confundido, no sabía en qué momento había perdido el hilo de la conversación, sin duda esa era la situación más bizarra de su vida, y eso era decir mucho. Estaba sentado en un planeta desconocido conversando con una chica con rasgos literalmente felinos sobre que él no tenía rasgos de Dragón más que un par de alas... ver para creer.

—Una pregunta más, ¿de dónde vienes y qué haces aquí?

—No me creerás... pero, pues vengo de otro mundo por así decirlo... y estoy aquí porque Ceros quiere que salvemos tres reinos... o alguna cosa loca de ese estilo que no creería si no estuviera realmente aquí.

Nara se quedó de piedra, se puso de pie de un salto y lo miró petrificada. Ian no entendía nada, de repente ella estaba horrorizada, con las orejas hacia atrás y la cola completamente erizada, como un gato arrinconado. Pero así como la reacción había llegado de la nada así desapareció, lentamente ella volvió a acercarse, se colocó en cuclillas delante de él y le tomó el rostro con las manos.

—Entonces era cierta... has venido. ¡Tienes que venir conmigo de inmediato!—exclamó de repente tirando de su brazo—. El Consejo ya está reunido, ay no van a poder creerlo.

—¡Espera! ¡No tengo idea de qué estas hablando!

Pero toda queja no sirvió, la chica tenía más fuerza de lo que aparentaba, por un momento aquel rasgo casi imposible en una muchacha de su delicado físico le recordó a Keyla.

Corrieron por el Bosque; Ian sentía que perseguía a una gacela, Nara era extremadamente rápida, parecía no tener peso, sus pies se movían veloces y sus piernas daban grandes zancadas que equivalían a cinco pasos del chico.

Y entonces, tras pasar varios metros de árboles y más árboles, Ian contuvo el aliento al llegar a un páramo, un círculo de piedras que servían como asiento a las extrañas criaturas que allí parecían estar debatiendo. Se detuvo bruscamente y lo primero que atinó a hacer fue ponerse a la defensiva ante la presencia de tantos desconocidos... de quién sabe qué raza. Nara le tomó la mano y tras hacer una reverencia caminó lentamente hacia el centro del círculo en donde un hombre alto y rubio con orejas puntiagudas los miraba atónito.

—Nara, ¿qué significa todo esto? ¿Cómo te atreves a interrumpir una reunión así?

—Tranquilo, Lilo. Créeme que esto es importante —contestó ella—. Ahora les explicaré. Nuestros vecinos, de ellos se trata: en los últimos cincuenta años no hemos sabido de ellos, y ahora el hijo de Ádemord e Idnalde ha vuelto.

Una gran conmoción se produjo entonces para sorpresa de Ian, las extrañas criaturas murmuraban para luego hablar en voz alta, asaltando a Nara con preguntas y examinándolo a él

con las penetrantes miradas. Repetían en todo momento los nombres de aquellos que Nara había denominado como sus padres, nombraban a un Dragón, una Atlante, una profecía, guerra y demás. No entendía nada, empezaba a marearse.

—¡Silencio!—exclamó el hombre, o aparentemente hombre, llamado Lilo—. Nara, lo que dices es grave. ¿Tienes idea de lo que estás hablando?

—¡Claro que si!—contestó decidida—. Este chico es el hijo del Dragón y la Atlante del cual se habla en el mural, por lo tanto lo que allí dice es cierto. Los Tres Reinos han sido tomados por extraños de tierras lejanas y nosotros no sabíamos nada.

—Piensa lo que dices... si él es quien tú dices... entonces... Lasylar...

—Míralo por ti mismo si no me crees.

Ahí estaba ese nombre de nuevo, ese maldito nombre que lo había perseguido toda la vida, y ahora resultaba que su presencia allí implicaba algo con esa persona. Para cuando se dio cuenta aquel hombre que le sacaba al menos dos cabezas le sujetaba el rostro con las manos observándolo fijamente. Mantuvo la mirada de los delgados y finos ojos, pero al sentir una mano filtrándose bajo su remera por la espalda dio un respingo listo para arrancarle la cabeza. Pero antes de ello su espectador lo soltó bruscamente retrocediendo un par de pasos con aquella expresión de sorpresa y desconcierto que Nara había portado minutos atrás.

—No puedo creerlo... es... es cierto... es él...

—Ya ves que es cierto—apremió Nara—. Por lo tanto nuestros vecinos están en un serio problema que nosotros

¡hemos desconocido por décadas! Tenemos que hacer algo. Pido al Consejo que se levante en armas, si han invadido Etnalta, Nalsa está en peligro y nosotros somos parte de este país, de este continente.

Se produjeron murmullos de preocupación, Ian sintió por primera vez el olor de la duda y el miedo... en verdad podía oler las sensaciones de los demás... se sentía como un animal pero no le molestaba...

Una de las criaturas, un tanto más pequeña que Lilo se puso de pie.

—Nara, es verdad lo que dices, pero nuestros pueblos... Han estado viviendo en paz y tranquilidad por muchos años; convocar civiles para que peleen aún cuando puedan hacerlo es algo que no sé si podremos aceptar.

—No sabemos ni a qué nos enfrentamos—agregó una mujer.

—Si los Tres Grandes han sido sometidos ¿qué podríamos hacer nosotros?

—Quien los haya vencido ha de ser muy poderoso, no somos ni la mitad de fuertes que los Dragones y ellos también han caído. No hay nada que podamos hacer.

Ian los miró a todos con disgusto, ni sabía quiénes eran y ya ni le interesaba saberlo, la actitud cobarde lo enfermaba. Se volteó y salió del círculo de piedras generando silencio entre los presentes.

—¡Oye! ¡¿A dónde vas?!—llamó Nara.

—Voy a buscar a mi hermano —se dio vuelta y los miró uno por uno con repugnancia—. No me importa que decidan encerrarse en sus madrigueras como han hecho todos estos

años. Yo mismo mataré a todos y a cada uno de los zachas, rescataré a los esclavos y reivindicaré todo. No escucharé sus excusas, si no quieren pelear, ¡mejor así, sólo me estorbarán!

Nara lo siguió con la mirada y se dispuso a correr detrás de él. Sin embargo se detuvo a mitad de camino y se giró mirando Lilo.

—Lilo... tú lo has visto. Que la noticia no sea agradable no significa que debemos ignorarla.

Dicho esto se volteó y siguió a Ian.

El Consejo permaneció inmóvil y en silencio, las palabras del niño habían sido un insulto pero más allá de eso, lo que el chico había dicho no había sido lo que los convenciera... sino sus ojos.

—Es él —dijo Lilo—, hijo de un Dragón y una Atlante... y fue a buscar a otro... por lo tanto...

—Los dos están aquí... los dos han regresado—dijo otro—son aquellos que se anunciaban. Y ese niño...

—Y ese niño —interrumpió Lilo—, tan joven como lo vemos necesita de nosotros. El Bosque debe unirse para luchar. Así está anunciado...

Mientras el Consejo llegaba a un acuerdo más positivo, Ian había llegado hasta el estanque. Estaba de pie en la orilla con los ojos cerrados, el viento le mecía los cabellos oscuros pero no podía hacer nada con su furioso temperamento.

—¿Quién soy? —rió Nara tapándole los ojos.

—La única criatura que vale la pena en este Bosque—contestó él.

—¡Oh! ¡Vamos! —dijo poniéndose enfrente—, trata de comprender que... cincuenta años es mucho tiempo, hemos

vivido en paz como siempre y de la nada llegas tú... tú que eres alguien que en la vida pensamos que existirías. No te preocupes, ya recapacitarán, y si no lo hacen... ¡yo te seguiré! Junto a tu hermano... sé que sólo seremos tres pero...

—¡Será más que suficiente!

—Eres muy optimista a pesar de todo lo que acaba de pasar —se sentó y sumergió los pies en el agua—. De todas formas creo que recapacitarán... te repito: debes entender que esto es una enorme sorpresa, creo que negarse es la primera reacción.

—¿Crees que cambien de opinión? —preguntó él un poco inseguro.

—Lo creo.

Mientras que Licer no se había movido de aquel árbol, había pasado todo el día hablando y hablando con Ceros, pues había mucho por saber. Cuando vieron llegar a Ian corrieron a su encuentro, este les presentó a Nara y les contó acerca del Consejo y su reacción ante la idea de una guerra. Ceros no se sorprendió mucho ante aquella información, sabía muy bien que las criaturas del Bosque no estaban preparadas para ser perturbadas de una manera tan grande, después de todo habían vivido en completa tranquilidad y paz por miles y miles de años, desde que los años oscuros pasaran por fin del Bosque.

Licer aún no salía de su asombro al ver a Nara, más allá de su embrujadora belleza, la muchacha era un ser increíble, una extraña combinación entre una humana y un felino. Y así como ella había otras criaturas, criaturas increíbles de especies diferentes que sorprenderían hasta el más hermoso cuento de

hadas. Pero bien lo había dicho Ian antes: eso no era un cuento de niños.

Mientras Nara les hablaba sobre su bosque, el agudo oído de Ian detectó varios pasos acercándose hasta el lugar donde estaban. De las sombras de los árboles salió un hombre de gran estatura, vestido de blanco, los cabellos rubios y lacios le sobrepasaban los hombros, tenía ojos celestes muy claros y lo más destacado eran las orejas puntiagudas.

—No se asusten —dijo Nara—. Es Lilo. Él es el líder de los elfos.

Claro, un elfo, eso explicaba lo perfecto que se veía.

Detrás de Lilo salió otra persona más pequeña: cabello negro hasta los hombros, ojos verdes, enormes orejas puntiagudas y una piedra en forma de rombo en la frente.

—Y él es Néud —agregó Lilo—. Dirige a los Duendes.

—Elfos y duendes, sólo faltan hadas—suspiró Licer resignado.

—¿Qué hacen aquí? —dijo Ian aun algo resentido.

—Tranquilo, joven. Traemos buenas noticias del Consejo, hemos decidido pelear a tu lado. Deben acompañarnos al pueblo de los párcenes, allí estamos organizando todo.

Ian lo miró desconfiado, desconfiar era un pequeño hábito que había adoptado en los últimos años, pero Lilo no le provocaba esa horrenda sensación de en cualquier momento ser apuñalado por la espalda... ni Ceros, ni Nara... ni aun Néud a quien no conocía... la gente de allí era diferente.

Cargando las mochilas siguieron a los recién llegados, Licer jamás se hubiera imaginado que en el Bosque hubiera un poblado. Por lo que había visto desde el aire, aquel lugar era

gigantesco, y si gentes de razas tan diferentes como Nara, Lilo y Néud vivían en poblados diferentes debía significar que el Bosque era una ciudad de árboles con semejante tamaño.

Tras unas horas de caminata llegaron al mencionado pueblo de los párcenes, bastante grande para lo que Ian y Licer habían imaginado. Era similar a un ambiente para gatos que habían visto alguna vez en la televisión. Las casas con ventanas redondas construidas sobre los árboles; delgadas maderas se cruzaban sobre sus cabezas por donde personas de las mismas características de Nara caminaban con perfecto equilibrio y saltaban de un lado a otro con gran agilidad.

La única edificación diferente y que parecía una mansión no hecha para gatos sino para personas estaba frente a ellos después de mucho caminar. Al entrar se encontraron con un mundo completamente distinto, el piso no era azulejos lustrados y relucientes, sino simple y sencilla madera, y las paredes forradas con perfectas enredaderas y enormes flores blancas.

Nara y Ceros se quedaron atrás mientras que los dos hermanos fueron invitados a pasar al salón en donde el Consejo del Bosque estaba reunido. Al entrar Ian y Licer creyeron estarse metiendo en un cuento como los que siempre les había leído Melisa: criaturas extrañas de cuentos de hadas estaban allí.

—Miembros del Consejo —dijo Lilo—, ya les he comunicado a los jóvenes de nuestra decisión y los he traído por petición vuestra.

Una hermosa joven de cabello blanco se puso de pie, tenía en la espalda unas amplias y preciosas alas de mariposa semitransparentes y blancas.

“Y sólo faltaba el Hada... ¿en dónde nos hemos metido?” pensó Licer con la garganta seca al ver a la muchacha.

Se encontraban todas esas criaturas de las que alguna vez habían leído en contextos indefensos. Iris era un Hada, por su puesto, y junto a su gente estaría a cargo de la fabricación de armamentos y armaduras para todo el ejército que luego comenzó a sumarse. Lilo reuniría a sus elfos, Neúd tenía duendes que usaban magia para defenderse y atacar al mismo tiempo... y por si no fuera poco, cuando Licer miró por la ventana se encontró con Lilo hablando... sí, hablando con dos enormes caballos; no, oh no, no cualquier tipo de caballos; eran casi dos cabezas más altos que los que Licer conocía, uno era un hermoso manto negro con las crines blancas y un cuerno dorado en la frente... un unicornio, por supuesto; mientras que el otro era su opuesto, un animal tan blanco como la nieve y bellísima alas en su lomo, era precioso y mitológico... un pegaso, así los llamaban allí también.

—¿Hablan o eres interprete?—susurró Licer al elfo.

—Es cuestión de saber escuchar, cuando pasas tanto tiempo con ellos aprendes a escuchar—contestó el elfo acariciando las crines blancas de Ágleg, el unicornio—. Este es Donray, creo que podrían llevarse bien.

Lira, la líder de los párcenes y madre de Nara quedó en reunir guerreros; Iris y su gente construiría las armas, escudos, armaduras y demás para todos de una calidad excelente. Neúd y Lilo traerían a su gente, y los maravillosos equinos servirían

de poderosos corceles. Y aún no terminaba, ya que Licer casi se desmaya y queda blanco del susto al ver que se le acercaba un enorme tigre blanco, era dos veces más grande que los que él conocía en los circos. Ver para creer, por favor... un tigre... tan grande y majestuoso que parecía imposible que existiera y que pudiera estar al lado de los dos caballos sin lanzarse sobre ellos.

—Los lincen pueden llevar a los parcenos y a la vez atacar —agregó Lilo sonriendo a la bestia—. Muchachos, el es Ébok.

Licer miró a Lilo, quien le sonrió y guiñó un ojo asintiendo a los pensamientos del chico, *“Saber escuchar...”*.

Ian observaba maravillado a todas las bellas y magníficas criaturas organizándose mientras que las mismas no podían creer lo que pasaba; el Consejo del Bosque nunca había armado una estrategia tan rápido y sin discusiones. Licer sabía muy bien que su presencia y la de Ian significaban mucho, aun no entendía por qué y parecía que nadie estaba dispuesto a decirles, pero de alguna manera debía ser algo muy importante como para que la llegada de dos chicos fuera tan tremendo suceso. Aunque si lo pensaba bien... ¿la llegada de seres de otro planeta a través de un portal que fue abierto con sangre no significaba nada? Ver para creer, se repetía Licer.

Al anochecer los miembros del Consejo del Bosque se retiraron felices y esperanzados hacia sus tierras. Ian y Licer salieron últimos del salón y después de contarles todo a Nara y a Ceros, fueron guiados a sus habitaciones. Nara los llevó al segundo piso de la casa y les mostró una amplia y linda alcoba con dos camas, les deseó las buenas noches y los dejó solos.

—¡Cielos, Ian! —exclamó Licer acostándose en la cama—. Estamos... no puedo creer que estamos organizando el asalto a una ciudad. Es decir... vamos a empezar una guerra, una verdadera guerra.

—Quizás todo esto de resultado después de todo. Quizás...

Guardaron sus armas en uno de los armarios, se desvistieron y al instante se metieron en las camas pasada la media noche. Aún así continuaron conversando sobre todo lo vivido en menos de 24 horas.

—Todos en este Bosque parecen gente perfecta, ¿no crees? —dijo Licer.

—En lo físico, pero no son muy dispuestos a menos que los sermonees —contestó su hermano—. Sin embargo no cabe duda que son mejores que los humanos. Al principio los tomé por cobardes y malagradecidos, después me di cuenta de todo lo que quizás sacrifiquen. Piénsalo, los zachas no les hacen daño, aún así recapacitaron...

—Sí... Ian, ¿por qué siento que soy el único que se extraña de todo lo que está pasando?

—Quizás porque lo eres.

—¡Hablo en serio! Es decir... míranos, tienes alas, viajamos a otro planeta en menos de un minuto, ¡¡estamos en otro planeta, por favor!! Conocemos gente que sólo aparecía en las leyendas y cuentos... estamos organizando un asalto a una gran ciudad... y... y... ¡y tú te comportas como si nada hubiera cambiado!

—¿Y eso te desespera?—le sonrió sentándose, Licer asintió enérgicamente—. Je, creo entender tu problema: tienes miedo.

—¿Que?!—exclamó ofendido.

—Tienes miedo de todo esto porque yo no, tienes miedo porque te das cuenta que me manejo como quiero sin problemas. Tienes miedo porque te das cuenta de que ya no necesito que me protejas. Esto no se te hace extraño, Licer, te sientes más en casa que yo... pero te desespera el hecho de que yo esté actuando así.

—No es así...

—Lo es, y no me mientas porque me doy cuenta. ¿Quieres que te lo simplifique? Aun no te das cuenta de que han pasado diez años, y lo peor de todo es que no te das cuenta que ya no soy el estorbo con el que solías cargar.

Y diciendo esto se recostó dándole la espalda, aquella espalda con dos enormes tajos de donde Licer suponía habían nacido las alas que alguna vez había visto. Quizás Ian tenía razón en cierta forma... pero jamás daría el brazo a torcer... se equivocaba, seguía siendo el mismo estorbo con el que siempre tendría que cargar, y eso nunca cambiaría.

~oOo~

A la mañana siguiente, Licer despertó con los primeros rayos de lo que parecía ser el sol, al menos había una sola estrella que iluminaba ese planeta a diferencia de los satélites que la orbitaban. Se levantó de la cama y caminó hacia la ventana que tenía a la izquierda; la abrió y respiró el aire puro y limpio de la tierra que pisaba ahora, una sensación de tranquilidad y placer le envolvió todo el cuerpo como nunca

antes le había pasado. Todavía no se acostumbraba a la idea que nada de aquello era un sueño sino una realidad firme y sólida de la que no quería escapar... Ian tenía razón: se sentía en casa a pesar de todo.

De repente, el cuerno del vigía se hizo escuchar con fuerza, Ian se despertó por el ruido y se dirigió a la ventana donde estaba Licer.

—¿Qué ocurre? —dijo bostezando.

—Parece que algo se acerca —contestó Licer—. No sé, no alcanzo a ver nada.

—Espera—replicó el menor frotándose los párpados para luego ver hacia el punto lejano que Licer señalaba—. Parece ser un ave...

—¿Cómo...? Está muy lejos, ¿cómo puedes...? Fenómeno.

Ian rió divertido y siguió concentrado en que sus pupilas permanecieran dilatadas para ver lo mejor posible al pájaro verde que llevaba una persona recostada en el lomo.

Se vistieron rápido y bajaron hasta la salida del castillo. El ave aterrizó a unos pasos de ellos, varios párcenes salieron a sujetar a la bestia y cuando la contuvieron, Ian saltó al lomo y bajó en sus brazos a la persona. Era una mujer de cabello negro, vestido blanco muy sucio y estaba herida; tenía el puño derecho cerrado por un delgado alambre que rasgaba su blanca piel, con toda la delicadeza posible Ian retiró el alambre y abrió el puño magullado de la mujer extrayendo un pequeño papel. Licer ordenó que se la llevaran a la mansión y que fuera atendida enseguida. Respecto al ave, la metieron en uno de los graneros.

—¿Qué te pasa? —preguntó Licer al ver a Ian completamente inmóvil siguiendo con la mirada a la herida.

—Sentí algo raro mientras la sostenía —contestó.

—Eso lo veremos después, sacaste algo de su mano, creo...

—¡Ah! Sí—exclamó, parecía despertar de extraños sueños y recuerdos. Desenvolvió la bolita de papel que era una especie de nota.

—¿Qué dice? —preguntó Licer muy exaltado.

—Veamos, dice: “Estamos en las catacumbas hace años, Etnalta ha sido invadida por los extraños de tierras lejanas. Son una raza llamada zachas y se han aliado con Hechiceros que han mantenido todo en secreto. Necesitamos ayuda. Ósagep”

—¿Ósagep no es...?

—Tu padre. Bueno... alégrate, significa que está vivo junto a otros.

—Si nosotros no hubiéramos llegado, ¿crees que la gente del Bosque se habría enterado de todo?

—Ella logró escapar—trató de animarlo señalando hacia la mansión.

—Hace cincuenta años que están así, Ian. Ceros lo dijo ¿recuerdas? ¿Cómo es posible que... unas cuantas personas puedan tener la invasión de una ciudad en secreto? ¿Cómo nadie pudo saberlo?

—¿Te asusta a lo que podamos enfrentarnos?

—Mucho, y tú también deberías tener al menos algo de respeto ante tanto poder.

Licer pasó al lado de su hermano, dirigiéndose hacia la mansión. Ian miró el papel sucio y ensangrentado... entendía a

lo que Licer se refería, pero tener miedo de todo aquello sólo entorpecería la tarea que se habían propuesto.

Nara los llevó a la habitación donde estaba la mujer descansando. Aparentemente sus heridas eran graves y no sabían si podía llegar a salvarse. Los dejó entrar, Ian se sentó junto a la cama, la mujer dormía en un sueño intranquilo y parecía estar sufriendo. Ian le tomó la mano y con fuerza se la sostuvo sin dejar de mirarle el rostro, había algo en ella que lo desconcertaba... una sensación de regocijo y tristeza distantes.

Ceros se asomó por la puerta y sonrió al ver al chico con la mujer, todo estaba tomando la dirección que se suponía tomaría.

—Todo es cuestión de sangre, joven Árekel—dijo en voz baja.

Ian se volteó dos segundos a mirarlo para luego regresar su mirada a la agonizante mujer, a cada segundo que pasaba ella empalidecía más, sangraba y sufría... cada vez se acercaba más a los portales de la muerte. Y aun sin saber por qué Ian no deseaba aquello, de alguna manera todo miedo, duda o desconfianza que tuviera ronroneaban en su interior al estar junto a ella... no quería que muriera... no quería...

Sin saber lo que hacía, quizás, sacó un pequeño cuchillo que tenía en el cinturón y se hizo un tajo en la mano derecha. Todos enmudecieron. Dejó caer entonces la sangre sobre todas y cada una de las heridas que tenía la mujer. Nara y Licer observaron fascinados cómo el cuerpo brillaba con una luz dorada y para su sorpresa y fascinación notaron que las heridas abiertas comenzaban a cicatrizar a una velocidad

impresionante. Ian se apretó la herida lastimada y esta sanó por completo.

La mujer lentamente abrió los ojos y miró a Ian, al instante los ojos dorados se le llenaron de lágrimas.

—Por los Dioses... —susurró cansada pero sonriente. Levantó una mano y acarició los negros cabellos del chico—. Estas vivo... Árekel...

Ian abrió bien los ojos y se quedó paralizado... se inclinó y se abrazó a aquella hermosa dama que lo acogió llena de felicidad. Todos en la habitación permanecían inmóviles y expectantes, tratando de entender lo que sucedía, Ceros era el único que sonreía feliz por todo.

—Tenía que volver a ella, sin duda—dijo palmeando el hombro de Nara—. Quizás deberías ir con ellos, joven Licer.

—¿Quién es ella? ¿Y por qué Ian la abraza así?

—Pues... supongo que no hay muchas formas de reaccionar ante una madre ¿verdad?

—¿Ma... madre?—exclamó sorprendido mirando a Ian recostado en el pecho de ella—. ¿Es la madre biológica de Ian? ¿Y tuvimos la suerte de encontrarla?

—Tuvimos la suerte de que siga viva, tarde o temprano íbamos a encontrarla al rescatar la ciudad, pero el que esté viva es un verdadero milagro.

Licer era un muchacho que jamás había pensando en sus padres biológicos, jamás había tenido curiosidad de dónde venía pese a los permanentes sucesos extraños en su vida. Si nunca había pensado en sus propios padres, mucho menos pensó en los de Ian cuando cayó en cuenta de que no eran

hermanos de sangre. Así que ver a aquella mujer como madre de Ian... era muy extraño.

—No te voy a morder, acércate un segundo—sonrió Ian una vez que se hubo separado de aquel abrazo.

Licer se acercó hasta estar hombro con hombro con Ian. Idnalde abrió los ojos y miró fijamente a Licer, pareció recordar muchas cosas al verlo.

—¡Némok, cómo has crecido sobrino querido!

—¿Sobrino? —exclamaron Ian y Licer.

—Tu padre es mi hermano mellizo.

Si bien al principio fue una sorpresa, Ian y Licer se alegraron al saber que seguían siendo parientes cercanos, aunque ninguno de los dos lo demostró o lo dijo, no estaba en ellos comportarse de una manera tan amable el uno con el otro.

Con el transcurso del día, Idnalde les reveló datos importantes a los dos jóvenes: ubicaciones de las catacumbas, la cantidad y clase de personas en ella, la seguridad en el castillo. Había estado prisionera allí desde que fuera capturada 16 años atrás y sólo ahora había tenido la oportunidad de escapar.

—¿Por qué asumiste el riesgo de escapar?—preguntó Ian advirtiéndolo algo extraño en todo aquello— Llegaste en pésimas condiciones, podría haber venido alguien más.

—Lo dudo, tesoro. Necesitaba que Ósagep se quedara con tus hermanas, y yo debía venir... para convencer al Bosque que nos prestaran ayuda.

—¿Por qué? Ellos... las personas del bosque habrían aceptado ayudarles—dijo Licer dándose cuenta de que con aquella respuesta quizás las preguntas que tanto se

formulaban con lan empezarían a cobrar sentido—. ¿Por qué tú o mi padre debían venir a convencerlos?

—Porque soy la Reina de Etnalta, y mi hermano su Rey.

Capítulo 6

LA BATALLA POR ETNALTA

Ian se mojó la nuca con agua bien fría, cerró los ojos y trató de no quedarse dormido sobre el lavabo. La noche anterior había tenido demasiada acción en todo sentido posible. Todo había comenzando con el aviso de uno de los vigías diciendo que muy a lo lejos se había visto caer a un pájaro que llevaba tres jinetes. El ave había caído en las praderas que separaban los lindes del Bosque con la ciudad de Etnalta, y allí es a donde fueron los hermanos a socorrer a las personas que habían caído en mitad de su huída de la ciudad. Eran dos niñas y un adulto, para Ian y Licer no fue difícil deducir quiénes eran esas personas basándose en lo que Idnalde les había dicho.

El saber que tenía hermanas era una cosa, pero de hecho verlas huír de las criaturas que se desplazaban entre los pastizales fue un puñal directo al corazón de Ian. Junto a Licer, descendieron en auxillio de su familia y por primera vez ambos usaron las espadas que Ceros les había dejado... y fue escalofriante lo bien que lo hicieron; como si hubieran usado espadas toda la vida para defenderse, como si se hubieran entrenado con ellas y en perfeccionar una técnica se hubieran basado sus vidas. Mataron a esos seres que parecían lagartijas gigantes, no tuvieron problema en esquivar sus garras de acero ni en contraatacar la terrible fuerza de oso que poseían... fue escalofriante, realmente difícil de creer lo que eran capaces de hacer.

—No te pareces en nada a tu padre—dijo Ian saliendo del baño. No había llegado a ver mucho a Ósagep en la noche anterior, pero a rasgos generales no parecían padre e hijo.

—Tú tampoco te pareces a tu madre, ni a tus hermanas—replicó Licer mientras se vestía—. Excepto por el cabello, no te les pareces.

—Será que mi parezco a mi padre—se defendió orgulloso.

—Y yo a mi madre—contestó Licer.

El mayor de los hermanos se inflaba de orgullo al pensar en sus padres. Licer nunca había pensado en sus orígenes, pero ahora que los tenía a su alrededor era difícil resistirse a llamar “padre” a quien de hecho le había dado la vida y se había esforzado por mantenerla.

Ósagep había logrado escapar de Etnalta junto a sus dos sobrinas. Húriko y Lilu eran sus nombres, eran gemelas y las personitas más tiernas que Ian había visto; aparentaban tener once años, pero la edad de un Atlante difería mucho con la de un humano, bastaba con decir que la sorpresa de ellas estuvo en ser rescatas por su hermano menor.

—¿Sabes? Cuando llegamos aquí con ellos, tuve miedo—comentó Licer.

—¿De qué? —rió su hermano.

—De que Ósagep me hablara en un idioma diferente.

—Los Atlantes hablan el mismo idioma que nosotros, Licer.

—¡Oh! ¡Vamos Ian! Yo mismo te he escuchado: a veces tú y tu madre hablan una lengua diferente, ¡y tu madre es Atlante!

—Hablamos el idioma... supuestamente Dragón. Mi padre es uno, aunque todavía no me explico cómo es que hablo una lengua que no conozco.

—¿Dragón? —dijo sorprendido—. Dragón como... ¿bichos con alas y que escupen fuego? ¿Así de Dragón?

—Eso... parece—contestó algo incómodo frotándose la nuca—. Explicaría mis alas ¿cierto?

De pronto la puerta se abrió bruscamente y Nara entró a la habitación. Los Príncipes eran solicitados en el Gran Salón para hablar con el Consejo. Ambos hermanos se estremecieron al ser llamados con semejante título.

Dicho y hecho, salieron de la habitación guiados por Nara. Cuando llegaron a la puerta les peinó los desordenados cabellos con las manos antes de dejarlos entrar.

El Consejo llevaba una hora debatiendo y organizando cuando los muchachos interrumpieron, aunque fueron bien recibidos y de inmediato invitados a ocupar sus lugares. Ósagep ya estaba ubicado en su sitio. Licer corrió a saludarlo con emoción, mientras que Ian se quedó detrás sintiéndose algo incómodo al poder ver con cuidado al caído Rey.

Ósagep en verdad era muy, tal vez demasiado diferente a Licer. Tenía el rostro de un hombre maduro, era serio y noble, con una barbilla fuerte y esos ojos dorados que casi podía decirse relampagueaban; los cabellos negros y ondulados contrastaban demasiado con la piel pálida de aspecto marmóreo; todo un Rey sin duda alguna, un Rey que nada se parecía a su heredero. Rey que se puso de pie y abrazó a Licer, luego miró a Ian y sonrió de cierta forma que nada agradó al muchacho.

.—De tal palo, tal astilla. Parece que la manzana nunca cae muy lejos del árbol; eres idéntico a tu padre en cuerpo y estoy seguro que en alma también.

Ian le estrechó la mano con firmeza pero no dijo nada. Algunos pensaron que no era necesario, un buen apretón de manos era un buen saludo para gente de tan alto linaje; pero la verdadera razón era que Ian se había quedado sin palabras al ver a su *tío*: nunca había estado en presencia de alguien tan noble; al principio no creía en esas cosas de la nobleza y se burlaba de la gente que sí lo hacía, pero al ver a tan imponente Rey cambió esa creencia en un segundo.

Licer tomó asiento junto a su padre e Ian fue a acomodarse junto a Lilo. El debate era sencillamente para dejar en claro ciertos puntos de estrategia previamente acordados, ya que las tropas ya se encontraban colmando las afueras del poblado parce, sólo quedaba definir algunas cosas antes de dar el grito de guerra.

—Los prisioneros de las catacumbas—dijo Ósagep—, no tienen fuerzas ni para ponerse de pie. No obstante, el río Nesi alimenta ese sector del castillo. Algunos soldados podrían nadar y traspasar las rejas para ir en ayuda de ellos.

—Lo veo difícil, es un trayecto muy largo y no muchos pueden contener tanto la respiración—dijo Lilo—. Además, al emerger podrían encontrarse con guardias que les darían muerte ni bien salir del agua. No, es muy arriesgado.

—¿De modo que dejarás a mi gente a merced de esos carniceros? Los usarán como rehenes para que detengamos el ataque y matarán a uno por uno si no obedecemos. Yo estuve ahí y sé que son capaces de hacerlo.

—Entonces, ¿sugieres que sacrifiquemos personas por el río para que distraigan a los carniceros mientras que nosotros

entramos al castillo y recién lleguemos a salvarlos?—comentó Ian.

Lilo se había atrevido a destacar un inconveniente pero ningún miembro del Consejo se atrevía a desafiar y corregir a Ósagep de esa manera; no sólo les inspiraba respeto sino que también tenían miedo de contradecirlo.

Ósagep se puso de pie, caminó y se colocó frente a Ian. Tenía la mirada fría y dura clavada en los ojos del despreocupado jovencito.

—¿Estás contradiciendo mi estrategia?—dijo el Rey. Un frío de temor pasó por los corazones del Consejo y de Licer. Ian se puso de pie y sonrió.

—Claro que te estoy contradiciendo.

—¿Cómo te atreves? ¡No sacrificaré a mi gente!

—¡Pero si los sacrificaras a ellos!

—Claro que lo haré. Que sirvan de algo en esta guerra.

—¡Esta no es su guerra! No tienen por qué ayudarnos y sin embargo lo están haciendo. ¡Tú deberías sacrificarte y servir de algo en esta guerra!

Esto último colmó la paciencia de Ósagep, lanzó un golpe bajo asestándolo en el estómago de Ian, dejándolo sin aire y obligándolo a caer al piso de rodillas.

—Como tú dices: esta es mi guerra, Árekel, ¡y yo la dirigiré como quiera!—gritó, le lanzó un punta pié dirigido a las costillas que hizorodar a Ian unos metros a la derecha sujetándose el tórax con ambas manos.

Licer quería ayudar a Ian, no coincidía con su padre pero no quería faltarle el respeto contradiciéndolo, se vio obligado a quedarse inmóvil y en silencio. Los miembros del Consejo

tampoco estaban de acuerdo pero el temor le ganaba a la indignación. De modo que permanecieron quietos, apretándose los puños y tragándose el orgullo.

Ósagep volvió a acercarse a Ian, con voz burlona le dijo: “Te daré una última oportunidad, sólo por ser el hijo de mi querida hermana, ¿estas contradiciendo mi estrategia?”

Ian trató de levantarse pero aun no se recuperaba de semejante golpe.

—¡Claro que si!

Los ojos de Ósagep volvieron a relampaguear; se inclinó, tomó a Ian de los cabellos y lo levantó al ponerse él de pie. Sin soltarlo le dio una bofetada en la cara, volvió a preguntarle lo mismo e Ian dio la misma respuesta. Licer rogaba que Ian se diera por vencido y así todo terminaría, pero el muchacho continuaba en su misma postura de no darle la razón al Rey. Este sonrió; le soltó el cabello, lo agarró del cuello con ambas manos y lo levantó en el aire extendiendo por completo los brazos. Nadie podía creer la tremenda fuerza que tenía.

—Te lo preguntaré por última vez—dijo ya desesperado—. ¿Me estás contradiciendo?

—¡¡Claro que sí!!—gritó Ian, parecía que la fuerza le volvía de repente.

Con la mano derecha tomó la mano izquierda de Ósagep y se la sacó del cuello, luego tomó impulso empujando con los pies el pecho de su tío y con toda la carrera que había tomado le regresó una fuerte patada en el estómago. El Rey soltó a Ian, cayó a metros de donde estaba, tenía los ojos abiertos y no respiraba. Licer corrió en su auxilio y le levantó la cabeza,

Ósageo tosió y trató de recuperar el aire que le había sido arrebatado.

Lilo se levantó de su asiento y corrió hasta donde estaba lan. Lo ayudó a levantarse y también lo llevó hasta una silla.

—¡Esto es ridículo!—dijo en voz alta—. Se suponía que esta reunión era para derrotar al enemigo no para pelear entre nosotros.

—¡Díselo al niño!—dijo Ósagep poniéndose de pie con la ayuda de su hijo—. Mi estrategia es perfecta y él no hizo más que contradecirla.

—Porque tú no escuchaste otra opinión—dijo lan limpiándose la sangre de la boca.

—¡Insistes en provocarme!!—exclamó Ósagep desprendiéndose de su hijo. De pronto, su cuerpo brilló con una luz blanca y de su espalda salieron dos hermosas alas con plumas blancas—. ¡Te enseñaré a respetarme, mugroso Dragón!

Todos se vieron asombados en ese momento, no por la belleza angelical que desprendía la imagen de Ósagep con sus alas, sino que había señalado a lan con una palabra específica en un tono despectivo.

lan se puso de pie y sonriendo sacó sus enormes alas, con más facilidad de la que él mismo habría esperado y sin sentir ningún dolor. Enormes alas azules, más grandes y casi de aspecto metálico... indestructibles como la piel de un Dragón.

—Te has delatado, tío—dijo—. Desde el momento en que te estreché la mano supe que no me soportabas. Tu odio casi me provoca vómitos por el olor que desprendes.

—Ósagep—llamó Lilo, su expresión mediaba entre la sorpresa y la decepción—. ¿Por qué? Ustedes... todos eran aliados.

El Rey sonrió a Lilo, como si la respuesta fuera increíblemente obvia, como si su odio fuera algo que no necesitaba justificación.

—Si—admitió mirando a todos y cada uno de los presentes—. Los odio, odio a tu inmunda raza como odio a tu padre por lo que le hizo a mi hermana: engendrarte. Eres un accidente, Árekel... un terrible y asqueroso accidente, un error de la naturaleza que tuvo la desgracia de llegar a este mundo.

—¡Es suficiente!—exclamó Licer—. Si piensas eso de él... lo piensas también de mí. Soy un accidente, un error de la naturaleza de la misma forma que lo es él.

—Némok... es diferente.

—¡No lo es! Tú eres Atlante y mi madre es de otra especie. Lo mismo pasa con él. Si vas a insultarlo de esa forma ten en claro que también me estás insultando a mí.

~oOo~

Nara llevó a Ian a su propio cuarto. Lo sentó en la confortable cama mientras que buscaba algo en su armario, por fin se ubicó al lado de Ian con una cajita; la abrió y sacó un frasco lleno con un líquido extraño color amarillo, tomó un poco de algodón que remojo en aquella solución.

—Ahora quédate quieto—dijo y le apoyó el algodón en la cara, Ian lanzó un grito de dolor y se alejó de ella—. ¡No seas

cobarde! Es desinfectante, tienes la cara toda raspada y si no te pongo esto se te va a hinchar y te saldrá pus.

—¡Pero arde!—exclamó Ian.

Al fin de cuentas, persevera y vencerás. Nara terminó pasándole por toda la cara el algodón y después se acercó un poco y comenzó a soplarle aire suavemente para disminuir un poco el ardor. Mientras que Ian sentía que iba a explotar, veía a Nara soplando a unos centímetros de su rostro... sentía unas cosquillas en el estómago y unos nervios únicos, las manos le sudaban y no se daba cuenta de que había empezado a apretar la mandíbula.

—Te late muy rápido el corazón—dijo ella sin apartarse.

—Sigo un poco alterado por lo que pasó en la reunión—contestó Ian.

—Y respiras muy rápido.

—Estoy cansado, ha sido un día muy largo.

Nara, con una mano en el pecho de él, empujó y lo obligó a recostarse. Ian trató de levantarse pero no tenía fuerzas y Nara continuaba presionándolo por el pecho. Se acercó y se recostó encima de él. El corazón de Ian estaba a punto de salirse de su caja torácica.

—Admite que estás nervioso—rió ella.

—Está bien, está bien, lo admito. ¿Para eso me trajiste hasta aquí? ¿Para molestarme?

—Pues... no, la verdad te traje para otra cosa —se acercó aún más y rozó sus labios contra los de él.

—¡Nara, sé a lo que quieres llegar!—la empujó y se puso de pie—. No puedo hacer eso, entiende que no puedo... yo nunca... es decir... ¡jamás lo había sentido así!

—¿Así? —rió ella sentándose—. ¿Has estado con alguna mujer?

—Sólo con una... ella es... toda la vida hemos estado juntos.

—La arpía esa te hizo probar lo que deberías haber probado recién ahora.

—¡No te permito que hables así de ella!

—No lo permitas, pero sabes que tengo razón. Árekel...— sonrió enternecida aun mirándolo desde su posición—. Eres un niño, ella una mujer... mira lo que ha salido de eso: que tengas miedo.

—Y una mierda... ¡déjame tranquilo! No la conoces, ¡no me conoces! No tienes idea de lo que estas diciendo.

Y diciendo esto salió de la habitación. Nara permaneció recostada en su cama, entendía a la perfección lo que estaba pasando por la mente y el cuerpo de Ian, obviamente había vivido algo muy fuerte tiempo atrás, cuando en realidad debería haberlo vivido recién en esos momentos.

~oOo~

Decir “vamos a la guerra” se escucha en las películas, en las historias que narran soldados veteranos... en tantos lugares menos en la realidad que uno mismo vive.

La adrenalina estaba al tope el día que todos despertaron sabiendo que esa noche marcharían a la guerra. Ian y Licer estaban en una especie de nube, una nube que los mantenía alejados de la realidad que estaban viviendo... porque todo era cierto, era cierto que estaban en otro planeta, era cierto que estaban por alzarse en armas y luchar, era cierto que habían

encontrado familia allí... si, eso era lo más particular que superaba al hecho de luchar por primera vez en sus vidas. Cuando Ian estaba cerca de sus hermnas y su madre, sentía una paz tan hermosa que no podía ser comparada con nada; cuando Licer estaba junto a su padre experimentaba lo mismo; y así ambos *sabían* que esas personas llevaban su sangre, que los habían amado en el poco tiempo que estuvieran juntos y que durante todos esos años habían rezado porque estuvieran a salvo.

Por fin el sol se ocultó y con esto los ejércitos se ubicaron correctamente en las afueras del poblado parece esperando la llegada de sus líderes. Ian y Licer se habían colocado algunas partes de armaduras sueltas, de alguna forma las encontraban incómodas y pesadas a pesar de que el resto de los ejércitos estaban completamente ataviados con aquel armamento. No eran tantos, pero para los dos hermanos no tenía comparación ver esa cantidad de criaturas extrañas y mágicas removiéndose inquietas.

Licer tenía la responsabilidad de dirigir dos compañías de puros jinetes: había espadachines elfos en los lomos de los unicornios, duendes que también montaban esos bellos corceles y párcenes en las grupas de los lincen. Licer subió al lomo del grandioso pegaso Donray, jamás había visto a un corcel tan grande y magnífico, se sentía muy halagado de poder montarlo.

Mientras que el resto del Consejo se repartió las unidades que quedaban.

Ian sacó sus alas estando a orillas del río Nesi, varios elfos esperaban el momento de sumergirse para entrar en las catacumbas.

—Vamos Licer—susurraba mirando a los lejos, detrás de los árboles donde estaban los ejércitos—. Tienes que dar la orden.

Licer se mantenía quieto en el lomo de Donray... todo se movía muy despacio, los sonidos eran fuertes y densos para que su mente procesara de una vez por todas lo que estaba sucediendo. Él estaba a cargo de eso, de dirigir una caballería cuando en su vida había tenido que dirigir algo como eso... ¿por qué estaba allí? ¿Por qué le habían dado la responsabilidad a alguien que nunca había luchado? Miró a un costado y se encontró con los dorados ojos de su padre... donde encontró la respuesta a tan peligrosa pregunta.

—Está en mi sangre.

Tan sencillo como eso... había nacido para esto. No para salvar ese reino, no para luchar... sino para vivir en ese mundo y defender lo que era suyo.

Los pelotones comenzaron a moverse, enormes hileras de diferentes criaturas marchaban por el Bosque. En los cielos volaban cientos de elfos con la manada de pegasos como corceles, todos eran dirigidos y guiados por Lilo.

Aún con el viento por detrás agitándoles los cabellos, los pasos del ejército espoleando su adrenalina, la espada colgando de su cinturón incentivando la habilidad dormida y el paso firme y seguro de Donray brindándole confianza... aún con todo eso, Licer no podía dejar de dar vueltas a todo aquello... estaba marchando a una guerra... marchaba a su

primera batalla... dudaba haber sido entrenado para algo así... jamás había matado a alguien estando en su sano juicio...

Cuando llegaron a los lindes del Bosque, la lluvia comenzó a caer en un fino rocío. Licer le habló a Donray y este relinchando se paró en dos patas; Licer desenvainó su espada y con un grito de guerra salió al galope del Bosque, seguido por todos los ejércitos.

Las compañías se movían rápido hacia Etnalta. Cuando la ciudad estuvo muy próxima, se escuchó un cuerno resonar desde ella; se encendieron sus luces y se escucharon gritos de pánico dominando a los zachas.

El ejército de Licer fue el primero en traspasar la puerta, se toparon con varios soldados zachas, no eran más de trescientos pero demasiado altos y musculosos; tenían cadenas, hachas, espadas y horrendas armaduras que les cubrían los cuerpos. Con una orden, todo el ejército avanzó sobre los pocos soldados que para su sorpresa y comprensión final, se dieron cuenta que eran increíblemente fuertes y rápidos. Levantaban a un lincen con su jinete y lo estrellaban con fuerza contra el piso o contra las paredes de las casas. Algunos ágilmente esquivaban las flechas que caían del cielo y lanzaban asquerosos puñales a sus atacantes.

De no haber estado allí, Licer no hubiera creído nada de lo que sucedió después, porque de por si estando presente ya le resultaba difícil asimilar algo de semejante magnitud. Pensaba que estaba en alguna atracción de Disney o quizás sumergido en una película de El Señor de los Anillos. De repente había lluvia cubriéndolos, de repente la visión se entorpecía y de repente escuchó gritos; se vió lanzando cortes, vió a todos

luchando y de un momento a otro se desató el verdadero infierno a su alrededor.

Para cuando fue consciente de todo, aún se mantenía firme con Donray, había herido a más de veinte y ahora lidiaba con uno más grande que los demás. Este gigante tenía un mazo lleno de largas y gruesas púas. Sin embargo, Donray era rápido y ágil de modo que conseguía esquivar los golpes que lanzaba el zacha, mientras que Licer lanzaba estocadas en cada oportunidad que tenía y aunque de las veinte erró solamente dos, el gigante no flaqueaba, ni siquiera parecía sentirlos.

La batalla iba pareja, los duendes y los unicornios hacían una excelente combinación mágica; los duendes materializaban miles de espinas en el aire que se clavaban a gran velocidad en el cuerpo del enemigo, también los levantaban mágicamente en el aire y los estrellaban en el suelo; los unicornios usaban sus cuernos para crear campos de fuerza que los protegían de algún golpe sorpresa. Los párcenes y los lincen luchaban cuerpo a cuerpo contra los zachas, eran un gran equipo felino. Los párcenes eran veloces, confundían y distraían a los soldados mientras que los lincen lanzaban zarpazos, mordidas y golpes con el propio cuerpo.

Desde el cielo llegaban miles de flechas, toda una lluvia filosa se clavaba en los enormes guerreros; los elfos montados en los pegazos apuntaban en un segundo y en el mismo disparaban y daban en el blanco, sus corceles se mantenían increíblemente quietos en el aire. Pero la ventaja aérea se terminó cuando desde un enorme galpón cientos de zachas salieron volando a toda velocidad montados en los gigantes pájaros verdes que inmediatamente se dirigieron hacia la tropa

que flotaba sobre la batalla. Llevaban espadas y escudos y los pájaros estaban protegidos en las patas, el pecho y la cabeza con una armadura llena de púas.

Licer seguía peleando con aquel soldado gigante; realmente llevaba en la sangre el don de la lucha pues manipulaba la espada sin problemas y sus reflejos eran impecables. En un momento, Donray se vió obligado a elevarse en el aire para evitar un golpe, pero mientras flotaba uno de los pájaros lo golpeó con fuerza y así Donray cayó al suelo con Licer en su lomo; al ver que el animal había caído el soldado zacha se acercó con otros dos más pequeños que él. Licer se puso de pie y revisó a su amigo: tenía tres enormes y profundos tajos desde el cuello hasta el pecho que le sangraban muchísimo, no podía ayudarlo por el momento pero tampoco pensaba abandonarlo, los tres monstruosos soldados se acercaban y se dividían para arrinconarlo. Los dos más pequeños a sus lados y el grandote al frente. Probablemente si se alejaba y corría podría derrotarlos uno por uno, pero para eso tendría que abandonar a Donray. Los dos de los costados trataron de abalanzarse sobre el animal herido, Licer lo defendió con valor, comenzó a luchar con los dos a la vez y le terminó cortando la mano al de la derecha... con asco sacó el pedazo de carne de la espada y con ella atacó a gran velocidad al otro zacha. Cuando tenía la victoria en sus manos, el gigante lo golpeó por detrás con el garrote lleno de púas, tan fuerte había sido el golpe que la resistente armadura se abolló hasta clavarse en la piel del chico. Licer cayó al suelo lanzando un grito de dolor, tenía la espalda perforada y sucia por la inmunda arma del zacha, quien no lo dejó levantarse

pisándole con fuerza. Licer jamás había sentido dolor semejante en toda su vida, cada agujero que le había dejado el garrote era profundo y grande, le sangraban y se le estaban infectando por la suciedad que tenían las botas del soldado.

Mientras tanto, el otro hombre se acercó a Donray y miró las alas con codicia, pasó la lengua por la hoja de su espada y se inclinó junto al pegaso. Al ver esto, Licer hizo un enorme esfuerzo por levantarse mientras que el gigante lo pisaba en todo momento con las grandes y pesadas botas. El zacha levantó bien en alto un pie y lanzó un pisotón con mucha fuerza, Licer se dio vuelta y con las manos atajó el pie de su enemigo, con todas su fuerzas lo empujó haciéndolo volar hacia atrás, luego sin siquiera recobrar el aliento se levantó y empujó al sujeto que estaba con Donray. El pegaso seguía con vida, pero tenía una de las alas a medio cortar.

Licer miró a su compañero a los ojos en el poco tiempo que le quedaba, después vió a su alrededor la inmensa y aterradora batalla: cientos de zachas estaban regados en las calles, la lluvia de flechas no cesaba en ningún momento y se veían rayos y luces confusas creados por magia; acarició la cara de Donray y sintió que el animal agonizaba poco a poco. Entonces los dos soldados regresaron con los ojos llenos de furia y odio.

—¡Néud!—gritó Licer—. ¡Néud, contéstame!— Néud que estaba cerca llegó corriendo de la batalla, observó a Licer y luego notó a Donray en el piso—. ¡Haz la señal! ¡Yo me encargaré de Donray!

Néud asintió y salió corriendo al interior de la batalla; Lilo descendió de los cielos, se apeó de su corcel dejando que el Duende tomara su lugar. El pegaso se elevó bien arriba, lejos

de la mirada de los zachas, y entonces Néud se sacó la piedra que tenía en su frente y la levantó, de inmediato la gema comenzó a brillar con una gran intensidad y de ella emanó una fuerte luz blanca que se vio en todas partes.

Licer se sintió satisfecho y tranquilo dentro de todo al ver que la señal había sido dada con éxito, ahora su mayor preocupación era derrotar a los dos molestos con los que había estado peleando. Se puso de pie y los esperó, pero la situación se agravó cuando vio que eran cinco: el grandote y su compañero habían traído a otros tres gigantes, igual de altos y corpulentos como el primero.

—Mira nada más, Tam —dijo el pequeño—; lo que decían los angelitos era cierto. Los cobardes regresan al nido.

—En verdad es patético, Zul —contestó el grandote—. Pero como dijo el Rey: ellos y Lasylar no son más que una leyenda.

Licer se tentó a soltar una carcajada, en su lugar esgrimió las dos espadas y les sonrió con un aire de picardía, se sentía confiado después de ver lo que era capaz de hacer pese a no haber recibido entrenamiento ni instrucción en el pasado.

Los soldados murmuraron entre sí y luego se lanzaron hacia él con desenfreno, gritando y revoleando los garrotes, espadas y cadenas negras lo rodearon; pero Licer no se movió del lado de Donray. Dos de los gigantes lo atacaron desde los costados al mismo tiempo, asombrosamente, Licer se defendía y peleaba de una forma excelente. Con un movimiento muy hábil hizo volar la espada del atacante de la derecha hacia el cielo y luego lo atravesó rápidamente con Xínef...

En ese momento el tiempo pareció detenerse... la sensación de haber perforado todo un cuerpo... de sentir su espada tensa

en las manos... de ver el rostro pálido y contraído del enemigo... había matado... cegado una vida...

Con la misma velocidad luchó unos segundos con el otro y con aquella increíble destreza le cortó la mano izquierda, el soldado entró en pánico y se quedó quieto, Licer dió un salto hacia atrás y le hizo señas con la mano indicándole que se acercara, el zacha, totalmente histérico dio dos pasos hacia Licer pero antes de llegar a él notó que sonreía. La explicación le llegó con el filo de la espada de su compañero muerto que había salido disparada hacia arriba y que ahora le caía de punta en el centro de la cabeza, atravesando por completo el yelmo que llevaba.

Habían caído dos, faltaban tres, el pequeño soldado llamado Zul revoleaba una cadena en el aire y a sus lados estaban Tam (el gigante) y su otro compañero. Los dos últimos se abalanzaron sobre Licer y comenzaron a lanzarle golpes con los garrotes, un poco complicados para Licer, nunca hubiera imaginado que esos seres contaran con tanta fuerza física. Si bien ahora un valor y habilidad desconocidos le permitían esgrimir sus armas, aún podía pelear sin estas, golpeó con el codo derecho la cara de Tam y siguiendo el movimiento con el que su cuerpo venía se dio vuelta y le cortó la cabeza que cayó a los pies de Zul. Luego se encargó del otro grandote, quien al ver aquella escena de destreza quedó completamente paralizado del miedo, dejó caer su espada y quedó de rodillas en el suelo suplicando misericordia. Licer no deseaba más que evitar matar, además no estaba en su naturaleza ni mucho menos en su personalidad matar a sangre fría.

De pronto, una cadena negra se le enredó en el brazo izquierdo, cuando se volteó vio que era Zul quien la había lanzado, tenía lágrimas empañándole los ojos y una mirada de odio hacia él.

—¡Detente! —le gritó Licer—, quítame esto y pide perdón. Si lo haces no te mataré.

—¡Púdrete! —contestó Zul escupiendo el suelo—. Maldito Atlante, pagarás con tu vida lo que has hecho.

Sostuvo con fuerza la cadena y le gritó a su compañero que se levantara y matara a su enemigo de una vez por todas, pero el gigante continuaba quieto y seguía balbuceando palabras de súplica y temor. Zul perdió la paciencia, corrió hacia Licer y cuando se dispuso a golpearlo con el puño en la cara, Licer se hizo a un lado sin preocupación, al tiempo que se agachaba y golpeaba al zacha con mucha fuerza en el estómago y así cayó inconsciente en el suelo.

Licer miró alrededor y vio la guerra que comenzaban a ganar. Volvió sobre sus pasos; Donray había empeorado notablemente, las heridas se le habían infectaron de una manera horrible y la hemorragia no se detenía. Desesperado por algo de ayuda, se volteó y miró hacia arriba buscando a Néud. Cuando lo vio comenzó a gritarle a todo pulmón; las grandes y perceptivas orejas del duende lo escucharon así que se dio vuelta. Licer le hizo señas, pero notó que Néud le gritaba algo, tenía la cara llena de pánico e inmediatamente hizo que el pegaso que montaba bajara rápidamente. Licer no entendía nada hasta que de pronto... sintió que un frío le traspasaba el pecho dejándolo inmóvil por la sorpresa... miró hacia abajo y en su pecho vio la punta de una espada cubierta de su propia

sangre; todo se volvió negro mientras caía de rodillas. Cuando entreabrió los ojos vio a aquel soldado al que le había perdonado la vida. El zacha le había atravesado el corazón desde la espalda hasta el pecho, se disponía a cortarle la cabeza con la propia espada de Licer cuando un poderoso rayo de electricidad lo convirtió en polvo. Néud descendió de los cielos, se apeó del pegaso y corrió hacia Licer que ya estaba totalmente pálido y con la mirada perdida.

Quiso decir algo, pero no pudo más que caer al suelo tiñendo de carmesí las calles magulladas de la ciudad que había ido a salvar. Vio confundido las siluetas que se acercaban a su cuerpo tieso, escuchó las voces incomprensibles que bramaban a su alrededor... ya no sentía nada... ni frío, ni calor... ni nada... solo un pensamiento surcaba su agonizante mente en ese momento...

—lan...

Cluic...

~oOo~

Ian había estado esperando a orillas del río Nesi en el Bosque con los elfos, cuando de pronto vieron una fuerte luz blanca que brillaba desde lo alto en Etnalta. Entonces el chico ordenó a todos empezar el recorrido. Empezaron a correr a toda velocidad por la orilla y atravesaron el Bosque. Ian sacó sus alas y sobrevoló la superficie de las aguas. Por fin llegaron a la enorme muralla que protegía la ciudad de Etnalta; en la

parte más baja tenía un agujero de no más de dos metros de ancho y alto, cubierto por rejas. Los elfos saltaron al agua mientras que Ian, sin guardar sus alas, hacía lo mismo pero empleaba las alas como enormes remos para impulsarse por el canal. Debían atravesar varios metros antes de llegar a las catacumbas, y mientras avanzaban escuchaban sobre sus cabezas las vibraciones causadas por las tremendas batallas que se libraban en las calles.

Por fin vieron que el techo en sus cabezas estaba a punto de terminarse y que la superficie se acercaba. Ian agitó más y más sus alas, avanzando a una velocidad increíble salió volando del agua, en el aire se dio vuelta y desenvainó su espada. Tal como había dicho su madre: había veinte guardias. No obstante, se horrorizó al ver el estado en que se encontraban los Atlantes: niños, jóvenes, adultos y ancianos; se los veía decaídos, pálidos y demacrados.

Cuando vieron a Ian comenzaron a gritar pero no podían ni levantarse para correr. Estos gritos alarmaron a los guardias quienes hasta ese entonces no se habían percatado de la presencia del muchacho; de inmediato tendieron los arcos apuntándole.

—¡Oye, tú! —ordenó el que parecía ser el jefe—, ¡baja de ahí y entrégate o te atravesaré entero!

—Yo seré el que te atreviese como me sigas apuntando —bramó Ian.

Los soldados no contestaron pero el jefe se veía asustado y enfurecido a la vez. Les ordenó a sus arqueros que mataran a aquel niño insolente, y así lo intentaron, por lo menos dispararon las flechas. Ian levantó su espada y luego hizo un

movimiento como una estocada hacia adelante; de la espada salió una ráfaga de viento en forma de espiral que revirtió el curso de las flechas haciéndolas regresar hacia sus dueños. De los veinte guardias iniciales sólo diez lograron evitarlas, los demás cayeron muertos por sus propias armas. El jefe del escuadrón había sido uno de los sobrevivientes, cuando se puso de pie vio que Ian iba caminando hacia él y por ello se preparó para atacarlo, pero de repente... al mirarlo a los ojos, sintió que un antiguo miedo que en algún momento de su vida había tratado de olvidar regresaba para matarlo. Al ver aquellos ojos ciertos recuerdos e imágenes volvieron a la mente del zacha.

—¿Un... Dragón? —tartamudeó—. ¿Eso es lo que eres? Es imposible... ustedes... no es posible.

—Eso es lo que soy —contestó Ian estando a sólo un paso de él—. ¿No lo habías notado?—se burló mirando de reojo sus propias alas—. Son pésimos aquí ¿eh?

—¡¿Cómo notarlo?! No veo el por qué quieres salvar a los Atlantes, no tiene sentido que uno de ustedes quiera semejante cosa.

—Poco y nada me importa lo que pienses—espetó Ian levantando la espada y presionando levemente la punta contra el cuello del adulto—. Arroja las armas.

El zacha dejó caer su arco y su carcaj, se arrodilló y pidió perdón temblando de miedo. Los otros que habían quedado no estaban dispuestos a rendirse y humillarse de tal manera. Pero antes de que volvieran a atacar, se escucharon chapoteos y al instante, los elfos que habían quedado resagados por la

velocidad de lan emergieron tendiendo sus arcos y apuntándoles directamente.

—Bajen las armas ahora —ordenó lan, se sentía furioso... no podía explicar bien por qué, pero si pudiera estaría gruñendo por la ira que sentía.

Los soldados dejaron caer sus armas y se arrodillaron bajando las cabezas. lan les ordenó que se amontonaran en un rincón, y así de su espada salió una red hecha de energía que los envolvió totalmente y que para empeorarles las cosas los inmovilizó por completo. El chico guardó sus alas y comenzó a dar órdenes a los elfos: ayudarían a sacar a los Atlantes por el río; no sabía si ganarían la batalla por la ciudad, de modo tal que por lo menos estarían a salvo en el Bosque.

—¡Árekel! —llamó uno de los elfos—, dudo mucho que los más pequeños puedan venir con nosotros. Aunque nademos a toda velocidad será mucha presión en sus cuerpos. Los demás a duras penas podrán lograrlo.

—Tendrán que venir conmigo —dijo al fin.

—De acuerdo, es buena idea, no son muchos. Ten cuidado, el Rey zacha debe estar más que furioso por todo esto. Y si te encuentra en el castillo con todos ellos, te matará sin compasión y... a ellos no quiero ni imaginarme lo que es capaz de hacerles.

—Tú solo llévate a los demás, puedo solo con el resto.

Tardaron un poco en organizar a todas las personas, eran muchísimas pero podían ser transportadas en cuestión de horas al Bosques sin ningún problema y por ello agradecieron que el agua del Nesi no era muy fría.

La misión de Ian se había complicado, tenía que llevar niños de entre cuatro a siete años por todo el castillo.

—Hay una guerra ahí afuera, y nosotros debemos derrotar al Rey de los malos para ganar la guerra aquí dentro. Por lo tanto, más vale que ninguno se pierda o se haga el gracioso, soy cero paciencia para con críos como ustedes, así que me siguen callados y en orden. ¿Está claro?

Los niños comprendieron, Ian esperó hasta que los elfos terminaran de llevarse a toda la gente y entonces les ordenó a los niños que se dirigieran a las escaleras, que subieran hasta el último escalón y que allí esperaran. Los pequeños obedecieron, y cuando se fueron, Ian se acercó al lugar donde estaban aprisionados los zachas; se detuvo frente a ellos y se tomó su tiempo para observarlos, algunos comenzaron a insultarlo y otros le rogaban misericordia. En ese mismo momento Licer dudaba si matar o no al soldado zacha.

Todos los guardias quedaron en silencio, los ojos de Ian los habían dejado mudos del miedo. Porque Ian no se daba cuenta... pero en esa situación de vida o muerte su instinto salía a flote haciéndolo sentir molesto para no experimentar temor; y no sólo eso... sus ojos estaban más claros, sus pupilas eran apenas dos delgadas líneas perdidas en mares celestes que expresaban un odio sin precedentes.

El niño levantó el brazo derecho hacia delante, no necesitaba saber cómo o por qué podía hacer eso... porque estaba en sus venas. Sonriendo, chasqueó los dedos, de estos salió una chispa dorada que voló hasta la red y cuando la tocó... la red mágica ardió en aterradoras llamas con los zachas atrapados en ellas. Trataban de moverse pero la red no se los

permitía, empezaron a morir incinerados lentamente mientras que sus gritos y llantos oscilaban entre las lenguas de fuego. Ian sólo permaneció allí de pie, sonriendo mientras aquellos seres se consumían entre el fuego.

—Me encantaría quedarme, pero debo ir a matar a su Rey —se alejó hasta las escaleras, subió hasta el último escalón y notó que los gritos ya no llegaban a oírse—. No puedo oírlos gritar... pero al menos no tendré que oírlos suplicar.

Se colocó frente a los primeros niños y así empezaron a caminar cuidadosa y sigilosamente hacia arriba. Durante bastante tiempo no se encontraron con ningún zacha. Cuando llegaron a un pasillo muy largo, Ian se asomó por una de las ventanas y vio que la guerra iba a favor de las criaturas del Bosque, aparentemente sus enemigos no habían tenido tiempo de prepararse, la guerra les había caído de la nada así como ellos habían hecho con ese reino hace cincuenta años.

Ian ordenó a los niños apurar el paso, comenzaron a subir más y más rápido. Encontraron unas escaleras que aparentemente llevaban a la torre más alta y subieron; Ian iba adelante y cuando se topó con una puerta les dijo a los pequeños que permanecieran quietos en las escaleras. Una vez dicho esto, pateó la puerta rompiendo el cerrojo abriéndola de golpe.

Lo que encontró en ese lugar desastabilizó toda la confianza que había experimentado hasta el momento. En aquel lujoso cuarto se encontraba un hombre de enorme parecido a Samit; rubio, alto, de ojos verdes pero ataviado con elegantes ropas y una corona sobre sus cabellos... ese debía ser el renombrado rey zacha. Pero eso no era lo importante allí, sino que en el

suelo... lejos del rey, se encontraba una muchacha que parecía haber salido de una chimenea. Estaba llena de cenizas que ensuciaban lo que alguna vez habían sido blancas ropas y su rubia melena; ella tosía y trataba de recuperar el aire... mientras que manos de huesos la sujetaban por los hombros y un encapuchado de negro permanecía detrás.

Ian jadeó, y eso fue lo que hizo que la sombra desapareciera en un pestañar. El hombre lo miraba sorprendido, y cuando la muchacha alzó el rostro aún sin poder recuperarse... Ian creyó morir.

—¿Keyla? —jadeó alzando la espada hacia el Rey—. ¿Qué haces aquí...? ¿Cómo llegaste? ¡¿Él te trajo?!

—Oh... así que tú eres Árekel—susurró el hombre, a quien si Ian hubiera prestado más atención habría visto el contorno escarlata alrededor de sus pupilas.

—¡Cierra la boca! —bramó el muchacho inclinándose junto a Keyla—. ¿Cómo es posible? Ceros me dijo que sólo un Atlante de sangre noble puede abrir un portal. ¿Quién te trajo?

—No fue él...—jadeó la muchacha frotándose la garganta, su voz estaba rasposa y tomada como si acabara de tragarse la ceniza que bañaba su cuerpo—. El hombre de negro... él me trajo.

Ian estaba horrorizado... la *cosa* lo había seguido hasta allí. Había traído a Keyla ¿con qué fin?

—En realidad... hizo bien en traerla—comentó el rey mientras desenvainaba su espada—. ¿No te lo ha dicho?

—¿Decirme qué? —bufó Ian mientras se ponía de pie para hacerle frente.

—Que Samit es mi hermano. El traidor que huyó con los nobles a las cavernas para cuidar de ellos y preservar tu vida después. Y que traicionó mi confianza y se llevó a mí hija...

—¿Hija...?—gimió Keyla alzando el rostro—. Mentira. Mentira, sé que estás mintiendo.

—Samit nunca estuvo de acuerdo con nuestras invasiones. Nunca entendió que nuestra raza se impusiera sobre las demás... porque los Atlantes se dejaron llenar de ideas con tanta facilidad que casi podría decirse que deseaban la guerra que les incitamos a iniciar. Samit no estaba de acuerdo... así que cuando huyó con los nobles, te llevó con él, y ahora asumo que te dijo que eras su hija y nunca mencionó mi existencia. Pero sé que algo recuerdas...

Keyla no cabía en su asombro, estaba débil y cansada por el horrible viaje de quién sabe cuánto tiempo intergaláctico que le había hecho realizar aquella cosa... y al llegar se encontraba con eso. Y sabía que tenía razón, porque de su infancia recordaba un rostro paternal que era similar al de Samit, pero no el mismo.

—¿Sabes de esa... cosa? —jadeó ella poniéndose de pie con algo de trabajo—. ¿Le pediste que me trajera?

—Él vino a mí—contestó con sinceridad—. Vino pidiéndome información sobre el paradero de Lasylar. Yo no creo en la leyenda, pero sabía del nacimiento de estas dos bestias así como sabía que en donde estuvieses tú estarían ellos. Envié a ese... ser, a ese lugar lejano; le dije que te buscara y que así encontraría lo que buscaba. A cambio... estás aquí, hija mía.

—Por eso me llevó a la isla...—susurró Ian mirando a ambos, sorprendido pero hilando todo lo que aquel hombre decía, relacionándolo con los sucesos en su vida—. Pero yo no soy Lasylar...

—En eso estamos de acuerdo. Lasylar es una burda creencia de este planeta, una leyenda absurda del imaginario popular.

No podía ser eso... Ian venía escuchando ese maldito nombre toda la vida, la *cosa* buscaba a esa... persona, y aún la gente del Bosque había mencionado ese nombre repetidas veces. Lasylar existía y de alguna forma estaba relacionado con Ian y Licer.

—Keyla, ven aquí. Tú lugar está conmigo—llamó el rey.

—No vas a tocarla—amenazó Ian cortándole el paso mientras le apuntaba con la espada.

—Mi hija no va a quedarse con una bestia como tú, dragón.

Teniendo en cuenta quiénes le veían insultando por su raza, Ian comenzaba a sentirse orgulloso de lo que era. Después pensaría que la mujer de la que estaba enamorado era miembro de la raza enemiga, no sólo la raza sino también heredera del Rey que había esclavizado a su familia... después, después lo pensaría. Por el momento, su mente estaba totalmente volcada en su espada y en la de su enemigo.

El hombre se puso en guardia, Ian también adoptó la misma posición y así empezaron a pelear. Ian era muy rápido y fuerte para el Rey, de modo que después de unos minutos de lucha, cuando las espadas volvieron a chocar, la espada del dragón partió en varios pedazos a su rival. El zacha cayó de rodillas al suelo, traspirando y temblando del miedo.

—¿Qué sucedió con la gente de las demás ciudades? —demandó Ian apoyando la espada en el cuello del vencido.

—Yo no administro los demás reinos—contestó conteniendo la ira—. Pero si es como aquí... los que quedan están en las catacumbas o sirviendo de esclavos.

—Bien, es todo lo que quería saber.

Keyla consiguió ponerse de pie aferrándose a la pared, había visto con algo de esfuerzo la escena pues la ceniza en sus ojos le nublaba la visión, sin embargo no necesitaba ver con claridad para saber lo que estaba por suceder...

—Ian —llamó temblorosa—. Déjalo ir, no hay necesidad de que lo mates.

—Tienes razón —contestó sin mirarla—. No hay necesidad.

Rápidamente tomó al Rey de los cabellos levantándole la cabeza y con un golpe veloz y sagaz lo decapitó. El cuerpo sin vida cayó hacia atrás y la cabeza quedó colgando de la mano de Ian goteando sangre. Ian quitó la sábana de la cama y en esta envolvió la cabeza.

—No había necesidad —le dijo—, pero sí razón. ¿Te molesta?

—¿Importa? —susurró ella sin quitar la vista del cuerpo decapitado de su padre—. Ya no tiene remedio.

—Este hombre no era tu padre, Keyla. Tú padre es Samit... la sangre no tiene valor si no hay verdaderos lazos de amor.

—No estoy diciendo nada, Ian. Déjalo ya.

—¿Eres como él? —exclamó molesto.

—Soy una zacha, si a eso te refieres. ¿Vas a matarme por ello?

Ian la miró, por un instante olvidó la guerra y su propósito, sólo se concentró en aquella joven a la que amaba más que a nada en el universo... su refugio... refugio que ahora sentía se estaba contaminando por las ideas que el difunto Rey había pronunciado en tan pocas palabras.

—Tengo que irme—dijo entonces, volteándose.

—Ian...

—Déjalo... ya... ya no me importa.

Salió corriendo de la habitación. Los niños lo siguieron nuevamente intrigados por el contenido de la bolsa. Bajaron hasta un enorme salón que estaba a oscuras, caminaron a través de él hasta que se toparon con una enorme puerta de madera, Ian la empujó con fuerza hasta que se abrió de par en par. Un paisaje de victoria y muerte se veía en las calles de Etnalta con el sol naciente del alba. Cientos y cientos de zachas estaban tendidos en el suelo, amordazados y atados en un rincón como prisioneros.

La guerra había terminado y había sido ganada... pero no se veía a las criaturas del Bosque felices o festejando siquiera. Ian vio entonces que un círculo de soldados de todas las especies estaba frente a él, corrió hasta allí y se abrió paso hasta el centro de la multitud. Lo que vio le heló la sangre y lo dejó sin aliento: Licer estaba acostado en el piso, una espada zacha atravesada desde su espalda a su pecho. Licer estaba pálido y tenía la cabeza apoyada en el regazo de Néud; Lilo, Ágleg, Lira y Ébok estaban de pie junto a él y Donray estaba tirado a sólo unos pasos cubierto con capas y algunos abrigos.

Ian se arrodilló al lado de su hermano y miró a Néud, pidiéndole una explicación o una palabra de consuelo.

—Lo lamento tanto, Árekel —dijo el duende—, si quitamos la espada será el fin.

—Quítenmela ahora mismo —dijo Licer en voz baja y con sangre en la boca.

—No, no lo haré —exclamó Ian— ¿Acaso quieres morir?

—No, no quiero morir, piojo... qué pregunta más tonta. Pero lo prefiero antes que quedarme con esta asquerosa cosa atravesada. Ian, no me hagas esto, déjame quedar como el héroe sólo esta vez.

Los ojos de Ian se nublaron con lágrimas, hacia años que no sentía ese nudo en la garganta, casi deseos de vomitar por el esfuerzo de no derramar una sola lágrima. Ayudó a Licer a sentarse y luego se puso detrás de él, dejó su espada en el suelo, tomó la empuñadura de la espada zacha con ambas manos y tomó aire.

—Eres un idiota...

Y diciendo esto sacó la espada rápidamente y la tiró lejos. Licer cayó de espaldas en los brazos de Ian, quien ya no podía soportar los retorcijones de su estómago y las puntadas horribles en la garganta para evitar el llanto.

—Gracias, hermano —dijo Licer.

—De nada —Licer levantó su mano derecha e Ian se la tomó con fuerza—. Nos cuidarás desde donde quiera que vayas a estar, ¿verdad? Me debes eso al menos...

—No será necesario, tú los cuidarás mejor que yo. Yo sólo les echaré un ojo de vez en cuando. Ya sabes... cómo es la cosa...

Todos los presentes comenzaron a llorar, inclusive los niños que no tenían idea de quién era aquel joven, simplemente...

algo, como aquella misteriosa atmósfera de esperanza que había rodeado el Bosque el día que aquellos dos desconocidos llegaran, algo... algo que tenían esos dos que los impulsó a sentirse tristes.

Licer miró por última vez a Ian, le sonrió y luego lentamente cerró los ojos. Ian lo depositó con cuidado en el suelo y se puso de pie. La lluvia había cesado y el alba despuntaba.

—Dioses...— gimió llevándose las manos al rostro—. Idiota... maldito idiota...

—Árekel, calma, ven aca—llamó Lilo rápidamente tomándolo de los hombros.

—¡¿Qué demonios te pasa?! —exclamó histérico tratando de zafarse del agarre del elfo.

—Observa y aprende.

Antes de que alguien hiciera o dijera algo, ¡Licer se encendió en llamas!, su hermano quiso hacer algo pero Lilo lo detuvo diciendo que así morían los Fénix, convirtiéndose en cenizas. Y así fue, Licer se quemó por completo hasta quedar en un montón de cenizas.

—Pediré que traigan un féretro —dijo Néud.

—¿Por qué? —preguntó consternado Lilo.

—No es un Fénix puro, amigo... no sabemos si puede...

—¡No! Espera —Ian tenía los ojos clavados en las cenizas de su hermano—. Algo está por pasar, ¡rápido! Todos retrocedan.

Todos los soldados totalmente desconcertados obedecieron, y cuando los líderes y miembros del Consejo del Bosque pensaron que Ian estaba fuera de juicio vieron

asombrados cómo las cenizas de Licer comenzaban a brillar de rojo, se elevaban en el aire y comenzaban a girar formando una especie de tornado en medio del cual se veía una luz roja que crecía lentamente. Las cenizas, en tanto, se le pegaban y le daban una forma y color diferente. A los pocos minutos ya no hubo más tornado de cenizas, la luz roja brilló de golpe cegando a todos los presentes y cuando se disipó quedaron sin aliento e inmóviles... Licer estaba de pie frente a ellos, sonreía completamente sano y desnudo.

—Mueren convirtiéndose en cenizas —dijo Lilo.

—Y de sus cenizas renacen —agregó Ian. Néud se quitó la capa y se la dio, caminó hasta donde estaba Licer y se la colocó alrededor de los hombros tapándole todo el cuerpo— ¿Crees que eres modelo o sex-símbol para pasearte en cueros delante de todos? —rió.

—Tal vez no —contestó Licer—, pero por lo menos soy un héroe bien parecido.

—Idiota. Eres... Licer, eres un asqueroso pato amorfo... inmortal.

—¿Envidia?

—¡Muérete!

—Se se, oh lo siento, no puedo.

Ian rió divertido y bastante emocionado, le dio un golpe en el pecho y antes de poder pensarlo abrazó a su hermano como lo hacía cuando eran niños; detrás de ellos se escuchó una voz que gritaba: “¡Viva el Príncipe Némok!” Todos los soldados gritaron lo mismo y ahora sí festejaron con alegría la victoria en la batalla por Etnalta.

Entre tantos halagos, clamores y alegrías, Licer vio a Donray tirado en el suelo, caminó hacia él, se arrodilló, le acarició despacio las blancas crines y luego le habló en voz baja.

—Donray... —le dijo con desesperación.

—Tu sangre —comentó Ian acercándose—. Licer, hazlo como yo lo hice con mi madre.

—¿Qué...?

—Nuestra sangre tiene algo por ser mestiza. Quizás aún estamos a tiempo de salvarlo.

Licer quitó las capas que tenía el corcel sobre las heridas, estaban verdes y del mismo color se estaban volviendo las venas que comenzaban a marcarse más y más en todo el cuerpo. Donray no tenía mucho tiempo y Licer lo sabía. Sin estar muy convencido de lo que hacía, obedeció a Ian y se abrió un corte en la muñeca izquierda. Su sangre cayó rápidamente en aquellas tres heridas de aspecto enfermizo... y como sucediera con Idnalde, las heridas brillaron suavemente y a una velocidad increíble comenzaron a cerrarse, hasta que el pelaje del pegaso quedó intacto y bello como antes. Donray se puso de pie y sacudió su pelambrera en un acto de vitalidad.

—La sangre de dragones, atlantes y fénix nunca ha tenido poderes curativos hasta donde yo sé—dijo Néud impresionado.

—En ellos es diferente—sonrió Lilo complacido—. Todo se cumple, amigo mío.

Todos trataron de recobrar el aliento y cuando por fin lo hicieron alzaron sus voces en fuertes clamores de alegría y alabanza hacia Licer, quien abrazó la cabeza de Donray con mucha felicidad.

En verdad aquel día de batallas, guerra y muertes se convirtió en una jornada de victoria, leyenda y alegría.

Las criaturas del Bosque se encargaron luego de desalojar a todos los zachas de las casas y de reunirlos en la plaza principal de la ciudad. El Consejo del Bosque y los dos hermanos se unieron después. La pregunta era qué hacer con todas aquellas personas que en cincuenta años se habían establecido y crecido en población. Eran más de cinco mil zachas de todas las edades, pero no pensaban en matarlos (excepto Ian).

—¿Dónde los meteremos? —dijo Ian—. Para mí, con unas cuantas botellas de cianuro se arregla todo el asunto.

Se llevó varias miradas y retos por aquel comentario que para él no era en broma.

—Podríamos dejarlos en algún lugar lejano —dijo Licer—, para que se establezcan y vivan bien.

—¿No quieres construirles casas y darles obra social? —replicó el más joven cruzándose de brazos.

—Ian, no seas rencoroso, no ganamos nada con matarlos, en realidad ganamos ser igual o peores que ellos.

—Si no te gusta la idea del cianuro... bueno, siempre puedes darles veneno para ratas. ¡Bien! como sea, pero los quiero fuera de Etnalta hoy mismo.

La idea de Licer parecía un poco tonta pero a nadie se le ocurría algo mejor, de modo que así sería.

La tarea les fue asignada a Ian y a Lilo, así que cuando reunieron y ubicaron a todos los zachas marcharon hacia las afueras de Etnalta y de ahí hacia un oasis que el elfo conocía muy bien.

Mientras tanto, Licer entró al castillo y comenzó a recorrerlo lenta y cuidadosamente. Encendieron algunas antorchas y con ellas comenzaron a revisar cada rincón del enorme palacio. Ahora con la luz del fuego se podía apreciar el verdadero color: era dorado, las paredes estaban llenas de hermosos grabados y tenían piedras preciosas que los adornaban aún más. Al final del gran pasillo que había atravesado lan en un principio, se hallaban tres asientos: el del medio era el más grande y bello, estaba tapizado de rojo y la cabecera estaba decorada con bellas flores doradas hechas de madera muy fina; los otros dos asientos no eran tan elaborados pero también eran hermosos y hechos con manos cuidadosas. Sin duda estaban viendo el trono del soberano de Etnalta, un trono que en ese momento no estaba claro de quién sería ya que había dos herederos y cada uno tenía derechos que restituir. Sin embargo, esa pregunta tendría que esperar un tiempo para obtener su respuesta.

—Licer—llamó Néud acercándose—. Creo que en los pisos superiores están las habitaciones. Sube y ponte algo de ropa.

—Si... perdona, iré enseguida.

—¿Estás bien? Te ves algo aturdido.

—Néud...—se humedeció los labios y levantó las manos observándolas extrañado— ¿Soy un Fénix?

—¿No lo sabías? —rió el duende—. Tendré que reprender a Ceros por no informarte bien.

—N-no... Ceros me lo dijo... pero, creí que sólo era un nombre, sólo el nombre de mi raza... pero no pensé que *en verdad* fuera uno. ¿En verdad soy inmortal?

Néud sonrió comprensivo, y a la vez muy conmovido; si bien en su vida había conocido a muchos Fénix jóvenes, jamás había contemplado a uno tan sorprendido por sus habilidades naturales.

—En verdad lo eres—contestó entonces palmeándole el brazo—. Licer, perteneces a una raza gloriosa, llena de grandeza y sabiduría por sus eones en esta tierra, sé que estas algo impactado... pero no temas, debes sentirte orgulloso y afortunado.

—Lo sé... pero es que...

—¡No se diga más! Vístete y baja para ayudarme, hay mucho por hacer.

~oOo~

Ian marchaba con Lilo, unos cuantos elfos y con más de cinco mil zachas a su cargo. Habían pasado cerca de siete horas desde que salieran de Etnalta y caminaran hacia el oeste. Ahora atravesaban la seca y vasta pradera. Los miles de zachas andaban al descontento y a menudo se los escuchaba insultando a las criaturas del Bosque que los escoltaban. Ian iba a la derecha de la compañía mientras que Lilo iba a la izquierda, el resto de los elfos se dividían entre la parte de adelante y la de atrás.

Cuando pasó otra hora, vieron a lo lejos que se acercaban al oasis que había mencionado Lilo. No era muy grande, no debía medir más de un kilómetro de ancho y largo. Sin duda, para los zachas era un insulto ser llevados a un lugar tan pequeño e

incivilizado, después de todo se habían acostumbrado a las comodidades y espacios de la grandiosa Etnalta.

Cuando llegaron, todos los zachas comenzaron a quejarse y a insultar a gritos, maldecían y buscaban con qué golpear a sus opresores. Ian se paró frente a ellos y esperó a que se callaran; misteriosamente al ver a aquel extraordinario joven todos quedaron en silencio.

—No entiendo —dijo—, cómo es que les da la cara para quejarse. Agradezcan que aún están vivos. Porque si hubiera sido por mí ya estarían atragantados con veneno para ratas, pero bueno, los de corazón blando ganaron el debate —levantó la bolsa que hasta entonces había dejado frente a sus pies, miró a todos y cada uno de los zachas y clavó los ojos en un par de niños— ¡Oigan mocosos! ¡Atrapen esto! —les lanzó la bolsa en las manos y ellos la atraparon—. A todos ustedes, mis queridos zachas, ese es un presente de mi parte, una muestra de lo que les pasará si vuelvo a verlos en Etnalta.

Dio la orden de regresar, y cuando todos los elfos estuvieron lejos del oasis los zachas hicieron un círculo alrededor de los niños, quienes abrieron la bolsa y se asomaron para ver, ninguna forma coherente se distinguía así que uno de los niños metió la mano y sacó el objeto. El pobre pequeño levantó con el rostro totalmente pálido la cabeza del rey.

Ya lejos del oasis, la compañía de Ian escuchó los gritos de horror de todos los zachas.

—¿Qué tenía la bolsa, Árekel? —le preguntó Lilo.

—Una rata.

Ya no estaban los cadáveres de los enemigos, se los estaba quemando en la plaza principal y los pocos cuerpos sin vida de las criaturas del Bosque se estaban colocando en delicados y bellos féretros. Ian y Lilo se dirigieron a las puertas del palacio donde estaban apostados cuatro duendes que, como recepcionistas, les abrieron la gran puerta. El pasillo estaba frente a ellos y al final de este estaban los tres asientos. Licer se hallaba de pie junto a estos.

—El castillo está limpio —les dijo cuando se acercaron—. La batalla por Etnalta ha terminado. Y será mejor cuando regresen los Atlantes.

—Me parece excelente —exclamó Ian—, esta noche dormiremos muy bien entonces. Fíjate en tu ropa... joh my gosh Prince William!

—¡Púdrete!—replicó avergonzado—, ya, yendo a algo más importante... Ian... hay un asunto que quiero discutir contigo.

—Seguro.

Licer se llevó a su hermano a un cuarto muy escondido y apartado del castillo, oscuro y sucio pero con estantes llenos de joyas, espadas y demás. También tenía cuadros de los antiguos gobernantes de Etnalta. Había cuatro asientos colocados en el centro de la habitación; Licer se sentó pero Ian permaneció de pie mirando los cuadros y joyas.

—¿De qué querías hablar? —dijo sin desviar la mirada.

—Pues... verás, es un tanto difícil —contestó Licer—. Ian, debemos decidir quién será el nuevo Rey de Etnalta.

—¿Nuevo? Pero si está tu padre.

—Mi padre ya no tiene ni fuerza ni voluntad para seguir en el trono, me lo dijo antes de que viniéramos a luchar. Por tal

razón un nuevo gobernante debe subir al trono. El problema es que hay dos herederos con los mismos derechos. Tú eres hijo de la Reina y yo del Rey.

—No sé qué contestarte —dijo Ian mirando con particular atención uno de los cuadros—. Licer... por el momento no creo que yo sea el más apto.

—¿Por qué lo dices? Eres un gran líder.

—Para empezar creo que soy muy joven, y luego... sólo mira estos cuadros —aquellos retratos que colgaban de las paredes contenían imágenes gloriosas de Atlantes matando y venciendo Dragones—. Tal vez para ti sólo sean imágenes del pasado pero para mí están más que presentes y tu padre fue el que hizo que me diera cuenta. Y mira las joyas —las espadas estaban hechas de escamas de Dragón, las joyas y colgantes también—. Parece que las dos razas se odian a muerte.

—Ceros dijo que los zachas le llenaron la cabeza a sus gobernantes, y por eso estalló la guerra.

—¿Crees que hubo guerra entre atlantes y dragones?

—Estoy seguro. ¿Cómo más podrían los zachas haber derrocado tres reinos en una misma época?

—Preguntaré cuando vengan, entonces. ¿Puedes creer que estemos hablando de quién será Rey?

—Aún no puedo creer que estemos aquí—sonrió Licer.

—Felicidades por tu reciente resurrección, por cierto. ¿Cómo te sientes?

—Rebosante de energía... es como si me hubieran recargado las baterías.

Ian sonrió y Licer notó cómo disimuladamente llevaba la mano derecha a la muñeca izquierda y la apretaba con fuerza.

—Ahora podrás volar sin que yo te sujete ¿eh? —dijo Ian retirándose de la habitación.

—¿Cómo sabes...?

—Mucha imaginación.

~oOo~

Era más de media noche, mucho más, así que los exhaustos ejércitos y líderes se retiraron a dormir; al llegar el alba continuarían con los arreglos de la ciudad.

Licer llevó a Ian a los cuartos que había descubierto, antes de que ambos entraran se dieron las buenas noches y Licer le dijo a su hermano unas palabras bastante enigmáticas: “Te dejé un regalo ahí dentro, no lo desperdicies”. Si bien Ian no comprendió muy bien, entró a su cuarto y consiguió la respuesta. Keyla estaba sentada en la cama y lo más curioso es que tenía todo el cuerpo mojado. Los ojos tristes se posaron en Ian, cuando reaccionaron pestañó y se puso de pie.

—No sabía que ésta era tu habitación. Tu hermano... me trajo aquí. Me bañé porque no soportaba la ceniza en mi cuerpo, pero no había nada con qué secarme así que me puse la misma ropa —explicó apenada—. Lo lamento, me iré ahora.

Cuando iba a pasar a su lado Ian la detuvo

—Iré a pedir ropa nueva —le dijo—; espérame aquí y no te muevas.

Salió corriendo de la habitación aun sin dar crédito a toda aquella situación, no podía creer que Licer fuera tan pervertido y morboso como para haber armado semejante escenario, quizás si fuera un adolescente normal estaría más que...

emocionado con la idea de una hermosa mujer empapada en su cama, pero estaba hablando de la mujer que amaba, por lo tanto, en ese momento Licer le parecía el depravado más grande del universo.

A la media hora regresó a la habitación con un hermoso vestido blanco, era más un camisón pero no dejaba de ser una maravilla de ropa.

—Ten, cámbiate y luego métete en la cama. Yo te arroparé y dormiré en el sillón.

Keyla comenzó a quitarse la ropa y en ese instante Ian se dió vuelta para evitar mirarla, ella se rió.

—¡Oh! Vamos, Ian. No hay parte de mi cuerpo que no hayas visto y no me da vergüenza que vuelvas a hacerlo.

Se puso el camisón y se metió en la cama, Ian se aseguró que estuviera bien arropada. La incomodidad que ambos sentían era justificable, lo sucedido la noche anterior... era difícil de superar. Ambos habían descubierto facetas impensables el uno de otro.

—Duerme a mi lado —dijo ella—, sin compromiso de que me abracés o algo. No me siento cómoda haciéndote dormir en el sillón, cuando debería ser yo la que durmiera en una oscura celda.

Ian aceptó después de varias súplicas de la chica, se quitó la armadura y la acomodó en el sillón de cuero, se sacó la camisa que llevaba, las botas y se metió en la cama... en la punta contraria a Keyla para ser más precisos. Durante varios minutos permanecieron inmóviles y callados hasta que comenzaron a hablar de cualquier tema tonto. Mientras, ambos se acercaban más y más... tanto que se encontraron en el centro de la cama.

El estar cerca otra vez los puso nerviosos y silenciosos como nunca.

—¿Qué pasa? —susurró ella mirándolo con una sonrisa enternecida.

—Me siento raro...—contestó algo cohibido, sin duda ella siempre sería la única capaz de reducirlo a un niño tímido.

—Anda, pregunta... sé que estas queriendo preguntar algo.

—Am... Keyla... ¿estuvo mal probar cosas antes?

Ella lanzó una risa divertida, lan se sonrojó frunciendo el ceño, gesto que causó aun más gracia en la chica. Controlándose un poco, la zacha se acomodó más en la almohada y lo miró sonriente. No esperaba esa pregunta, pero estaba mucho más cómoda con eso que hablando sobre su recién descubierta raza y rango.

—¿Probar cosas antes? ¿A qué te refieres? —preguntó maliciosa.

—Sabes bien de qué te hablo... no te hagas la puritana ahora.

—Y tú no te hagas el mojigato. Estás hablando de sexo, ¿tan difícil es decirlo?

—Ya...

—¿Estás preguntando si estuvo mal tener sexo? —lan asintió—. ¿Por qué preguntas algo así de repente? ¿Te arrepientes?

—¡No! Claro que no... es sólo que... no sé... el otro día, una chica trató de, bueno, casi pasa algo... pero yo no pude...

—No me mientas con el discurso de la fidelidad, tienes dieciséis años, eres una bomba de hormonas andante—rió ella.

—Más allá de eso... yo no pude porque... se sentía raro, me... me asusté.

Keyla sonrió conmovida, se acercó un poco más hasta que sus narices se rozaron, acarició el rostro de Ian y depositó un suave beso en aquellos nerviosos labios.

—Quizás me precipité cuando empezamos a estar juntos... pero no pude evitarlo y tú tampoco. Te asustaste porque quizás conociste cosas muy pronto, quizás porque soy la única mujer que has conocido bien y con la que has estado... además...

—¿Además?

—Además eres mío, no vas a reaccionar ante el toque de nadie más porque eres mío. Voy a matar a la zorra que se haya atrevido a seducirte.

—Celosa—rió él más animado.

—Infiel.

Rieron juntos una vez más hasta que el silencio se apoderó nuevamente de la atmósfera.

—¿Por qué tiemblas? —preguntó Keyla refugiándolo en sus brazos.

—Porque... porque ya terminó la batalla—contestó enterrando el rostro en la curvatura del hombro de ella.

Keyla lo abrazó con más fuerza y maldijo en silencio. A sabiendas de lo que iba a sucederle a su niño después de una primera batalla así dirigió su mano hasta la mano derecha de Ian, la cual tenía los dedos agarrotados...

—Lo siento...

—Shh, no es tu culpa—le dijo con ternura besándole los dedos—. Sucede siempre, haz estado asustado y tenso, y con

un arma en la mano... el estrés se acumula aquí. ¿Tienes miedo?

—Mucho...

Ella no dijo más, lo obligó a no abrir los ojos ni separar el rostro de su hombro, y ella misma le cubrió con una mano la oreja descubierta y con la otra lo abrazó.

—Nunca voy a dejarte...

~oOo~

Licer despertó con los primeros rayos del alba como ya era costumbre, la mañana de un nuevo y maravilloso día se extendía. En cuanto la ciudad estuviera en buenas condiciones sería enviado un mensaje para que los Atlantes sobrevivientes regresaran. De modo que las criaturas de todas las razas trabajaban ardua y velozmente para limpiar y ordenar Etnalta. Ya llevaban casi un mes desde la batalla que diera comienzo a una nueva época.

Luego de tomar un pequeño y rápido refrigerio, Licer se puso a trabajar como los demás. Había varias estatuas y fuentes rotas, las calles estaban sucias, el castillo en muy malas condiciones, había que abastecer la ciudad de comida y bebidas para el banquete de festejos que tenían pensado dar al anochecer pese a las replicas de Ian.

Los elfos montaban en los pegasos y elevándose por encima de las casas, reparaban sus techos y demás. Los lincen ayudaban a los duendes a reparar las estatuas y fuentes. Los unicornios usaban la magia para hacer desaparecer la mugre y la basura de cada rincón.

Con la ayuda de un pegaso, Néud se encargó de rociar toda la ciudad con las raras y escasas semillas que los duendes guardaban como un tesoro preciado. Tras horas de esparcir las adoradas semillas, el corcel se elevó muy alto, y Néud, lanzando un suspiro se quitó la gema que tenía en la frente, la levantó y apretó en el puño hasta sentir como se convertía en polvillo que al ser liberado y esparcirse por doquier dió inicio a un crecimiento masivo, mágico e increíble de vegetación: árboles, plantas, flores, pasto... la ciudad se poblaba del dulce verde de antaño en un abrir y cerrar de ojos.

~oOo~

Había volado.

Algo había cambiado en él, era como si parte de si hubiera despertado tras haber muerto y renacido de sus cenizas.

Y volar no le había costado nada, no había tenido que practicar, no se había caído ni hecho fracasados intentos... no, había volado como si toda su vida hubiera consistido en ello. Aquello le hacía indagar cada vez más en esos sueños que tenía, en esos sueños que parecían recuerdos de un pasado tan distante que por ello se presentaba en sueños y no en reflejos de la memoria.

—Oye pato—llamó Ian dándole un empujón para obligarlo a avanzar hacia el castillo—. Me chilla la tripa del hambre que tengo. ¿Hablaste con Iris?

—No sé cómo se toman tantas molestias—contestó devolviéndole el empujón—, pero vamos a almorzar en el

comedor, y las hadas nos servirán comida que ellas mismas hicieron.

—¡Ujú! —festejó—. Entonces cuando vivamos aquí ellas nos atenderán.

—¡lan no seas maleducado!

—Era un chiste, eres un histérico. ¡Ah! Por cierto—metió una mano en su bolsillo y le entregó una larga pluma roja—. Se te cayó esta mañana, no hace falta que lo hagas a escondidas. Ganso miedoso.

Entró al astillo dejando a Licer con la bella pluma en la mano, una pluma idéntica a la que María le había mostrado después del incidente en la cueva... una pluma idéntica a las que ahora decoraban sus alas...

Cluic...

Cuando todos terminaron de comer se levantaron de la mesa y salieron del castillo, tenían dos horas libres antes de volver al trabajo, así que cada uno las utilizaría de la mejor manera posible.

Nara había llegado esa mañana; salió al jardín buscando pensar tranquilamente lejos del alboroto de los soldados, de modo que se dedicó a pasear por los nuevos y recientes jardines que rodeaban el palacio. Realmente Néud había hecho un excelente trabajo: los árboles y plantas eran casi los mismos que existían en el Bosque, todos hermosos y sanos. La pequeña parece se puso a cantar con la esperanza de que por segunda vez su enamorado se viera atraído por el sonido de su voz. Miró hacia arriba y vio que los pájaros descendían hasta su

altura, entonces levantó sus manos para que se posaran en ellas... pero para su sorpresa los bellos pájaros siguieron de largo. Decidió seguirlos, antes en el Bosque su canto había atraído a todas las criaturas vivientes.

Atravesó un corto camino lleno de hermosas plantas y mientras avanzaba comenzó a escuchar que alguien cantaba suavemente, una dulce y delicada voz femenina. Al llegar al lugar vio con desprecio a una muchacha rubia sentada en el pasto, con aquellas aves en sus hombros y en el suelo cantando con ella; algo en la parte se accionó, su instinto felino le dictaba una repentina desconfianza hacia aquella chica. Se acercó hasta estar frente a Keyla, quien al verla dejó de cantar para mirarla.

—¿Puedo ayudarte? —dijo acariciando a uno de los pájaros.

—En realidad sí puedes —contestó Nara con ojos curiosos—. ¿Quién y qué eres?

—Eres un tanto bruta para preguntar las cosas, michi. Mi nombre es Keyla.

Al oír aquel nombre los ojos curiosos de Nara se llenaron de odio e ira. Claro, porque Ian ya le había advertido ni bien llegara que SU novia estaba allí. Y que SU novia tenía nombre y este debía ser respetado.

—Entonces, tú eres la ex de Árekel —dijo blanqueándole los ojos.

—¿Ex? Si lo quieres ver así... —se puso de pie y miró con gracia a la chica de cabellos rojizos—. Y tú debes ser la que anhela convertirse en la nueva, supongo.

—Con competencia como tú, creo que cualquiera puede.

—¿Ah sí? —sonrió la zacha notando que estaba manteniendo una discusión con una niña— ¿Y eso es por qué...?

—Pues porque... porque... tienes todo en contra. Empezando porque eres rubia.

Keyla no pudo contener una carcajada que se le escapó con el ultimo “insulto” de la felina, quizás Nara fuera cronológicamente mayor que ella, pero mentalmente definitivamente era una niña inmadura. Ambas se miraron fijamente hasta que Nara no pudo contenerse más y lanzó un golpe a la cara de Keyla, quien ágilmente lo esquivó y tomándola del brazo la tiró de espaldas contra el suelo, algo que la parece no pudo entender.

—Veo que sabes defenderte, rubia —dijo levantándose—. Pero eso no te servirá de nada.

Se puso en guardia y esperó el ataque de Keyla, quien gustosa atacó. Pelearon de una forma sorprendente durante varios minutos, no era esa clase de peleas que suelen tener las chicas comunes, no estaban tirándose de los pelos ni arañándose, ¡no!

Hasta que Nara se tiró encima de su oponente de frente, esta siguió el movimiento echándose para atrás hasta rodar por completo y quedar encima de Nara, entonces velozmente sacó una navaja de su cinturón y la puso contra la garganta de su contrincante.

—Conozco mis razones para lastimarte —dijo cansada—, pero no sé por qué tú me has atacado.

—¡Porque lastimaste a Árekel! —contestó Nara sin temor a la hoja de acero—. No sé cómo son las cosas de donde vienes,

pero aquí, a las mujeres como tú que corrompen a nobles como él se les da el peor de los castigos. Deberías arder en una hoguera. Y créeme que morirás en una hoguera que el mismo Árekel encenderá.

Keyla se tentó a soltar una carcajada pero sólo rió brevemente, y después con una sonrisa se apartó el cabello del cuello con la mano izquierda. Tenía una marca roja, no era muy grande, sí muy vistosa, creo que todos conocemos lo que significa tener una manchita roja y redonda en el cuello.

—Entonces si él me odia tanto, dime qué es esto —dijo señalando la marca—. Esto es de anoche, yo dormí en el castillo, en su piso, en su cuarto, en su cama y en sus brazos. Esto que ves es la marca que siempre dejan tanto hombres como mujeres. Especialmente Ian, siempre lo hacía en la isla, donde vivimos juntos durante diez años. Es hombre, sí, los hombres son todos iguales... pero Ian es una curiosa excepción a la regla.

—Porque es un niño... te aprovechas de que no tiene más experiencia de la que tú misma le has dado.

—Descarta el sexo, gata. Ian me ama como yo a él. Y si lo conocieras un poco sabrías echarte a un lado.

Nara se quedó callada.

—Sabes moverte—la consoló la zacha sonriendo con picardía—. Pero que algo te quede claro, gatita, soy igual o más fuerte que Ian, si valoras tu vida no se te ocurra levantarme el tonito otra vez ¿está claro?

~oOo~

Aunque a Ian le pareció estúpido en un principio, un mes después de la batalla, con el castillo en plenas condiciones y los Atlantes revitalizados, se celebró una fiesta de alguna manera; una cena abundante y una noche llena de esplendor... pues realmente esa batalla merecía un broche de oro.

Capítulo 7

LA SEMANA DE MAYO

El baile comenzó exitosamente. Licer permanecía de pie junto a su padre hablando y hablando; mientras que Ian bailaba con su madre.

—No sabía que supieras bailar Árekel, —dijo Idnalde.

—Tampoco yo —contestó sonriente.

Se detuvieron al lado de sus parientes justo cuando terminó el vals, todos los presentes aplaudieron con fuerza a la fabulosa banda que pronto volvió a tocar otro vals. Ósagep sacó a bailar a su hermana, sin siquiera tomar en cuenta a Ian que estaba al lado.

—¿No bailas, Licer?

—No... es que no sé... aparte no hay con quién —contestó Licer un poco nervioso.

—¿No hay con quién? Estás loco o ciego, mira a las Atlantes, ¡están buenísimas! Vamos a sacar a bailar a alguna. ¡Mira! Ahí hay cinco que están solas.

—¡No, mejor no! Me sentiría incómodo.

—De acuerdo cobarde, ¡como quieras!

—¡Minuto! Me lo dice el que sólo ha bailado con su madre en toda la noche, ¿por qué no sacas tú a una chica a bailar?

—Porque espero a una en particular. ¡No me mires así! Sabes perfectamente que estoy esperando a Keyla. ¡Y ahí esta! Vale la pena esperar tanto.

Keyla entraba por la gran puerta, tenía un bello vestido color plata con un chal azul entre los brazos, su cabello estaba recogido y dos mechones le caían delante de las orejas hasta la cintura. El vestido le dejaba descubiertos los hombros y realzaba la belleza de su piel.

—Tienes que terminar de explicarme cómo es que tú puedes estar con alguien así—le susurró Licer sin poder quitar la mirada de aquella muchacha.

—¿Disculpa?

—Es mayor que tú, es muy hermosa y no sé cómo puede soportarte. Tampoco sé cómo le hace para estar aquí; cualquiera que llegara traído por esa cosa de negro... bueno, está muy calmada ¿no?

—Si... pero eso es porque es aún más rara que yo —rió viéndola emblesado.

Keyla caminó indiferente a la conmoción que causaba su presencia, todos los que la veían se cautivaban por aquella belleza y hacían comentarios llenos de halagos. Atravesó el salón hasta estar frente a frente con Ian, quien se inclinó, tomó su mano y la besó.

—¿Me haría el favor, Su Majestad, de bailar conmigo? —dijo ella con una radiante sonrisa.

—Claro que si —contestó él—. ¡Licer, mira! Allí está Nara, no creo que te de vergüenza bailar con una amiga.

Licer los siguió unos segundos con la mirada hasta que al desviarla se percató de la presencia de Nara en el lugar. En verdad estaba muy hermosa, se veía como una verdadera dama: tenía un vestido dorado con un chal rojo entre los brazos. ¡Y su cabello! Cielo santo, estaba peinado

maravillosamente y para variar se veía limpio y brillante. El vestido no era escotado, tenía una sola manga y la espalda quedaba al completo descubierto.

—¡Guauuu! Te ves hermosísima Nara, en verdad estás muy hermosa, es decir... si busco en el diccionario la palabra “hermosa” estarás tú, porque en verdad te ves hermosa... no es que antes no lo fueras, sólo que esta noche estás más hermosa.

Nara se rió de él y luego le sonrió para tranquilizar la vergüenza y los nervios por los que el joven estaba pasando.

—Veo que no eres un chico muy elocuente para estas ocasiones —le dijo—. Pero eso no tiene importancia, dime Némok, ¿dónde está Árekel?

—Árekel esta ahí —señaló la pista de baile—, está bailando con Keyla.

—¿De veras? —la expresión simpática y amable de Nara se convirtió en rencor y venganza, sentía la necesidad de vengarse de Keyla a toda costa. Y de pronto se le hizo la luz, ¿por qué no? Humillar a aquella zorra (como ella la llamaba) en su propio terreno, miró a Licer un instante—. Némok, ¿me harías el honor de bailar conmigo?

—Pues, Nara es que yo no sé... —su mirada se posó en la pista de baile, en el rostro de Ian que lo miró cómicamente—. De acuerdo, vamos...

La escoltó hasta el centro de la masa danzante y allí imitando a todos los que veía, tomó la mano izquierda de Nara, quien colocó la derecha en su hombro. Luego, nuestro muy nervioso galán la rodeó por la cintura y comenzó lenta y tímidamente el movimiento de vaivén hasta que se armó de

confianza y empezó a desplazarse con más libertad. Había visto películas donde se hacían bailes como ese, había visto actores bailando con destreza y gracia, claro que en la tele se veía fácil, en la realidad era un tanto más complicado... sin embargo lograba aprender con rapidez y en un instante ambos se defendía considerablemente en el arte de danzar.

—No te mentiré Némok... —dijo Nara.

—Antes de que empieces —interrumpió él—, no me llames así, llámame Licer.

—Licer... la verdad es que quiero humillar a esa estúpida zorra que baila con Árekel.

—¿A Keyla?... ¡Oh! Está bien, yo quiero humillarlo a él, así que por mí, está bien.

—No es difícil convencerte ¿eh?

—Tampoco me cae bien la relación de esos dos, además lan está un poco insoportable.

Apresuraron la danza, giraron y giraron por toda la pista hasta alcanzar a lan y a Keyla, quienes estaban sumergidos en su propia conversación; esto alteró a Nara, quien procuró que Licer la hiciera girar hacia delante. Cuando se desenvolvió golpeó con el brazo a Keyla en la espalda, arrancándola de la agradable plática que llevaba con su amado.

—¡Oye! ¡Cuál... ah! —exclamó al descubrir que su atacante había sido Nara — ¡eres tú! No me extraña que una gata rencorosa no sepa ni bailar algo tan delicado como un vals.

—¡Keyla! —replicó lan—, seguramente fue un accidente. ¿Rencorosa dijiste? ¿Por qué?

—Nada en especial, sigamos...

Reanudaron su baile y sin embargo las miradas de ambas jóvenes se chocaban constantemente. Keyla era perversa y provocadora, Nara era impulsiva y rencorosa. La primera encontró el modo perfecto de molestar a la joven parce: ya que tenía el chal en el cuello para bailar, se lo corrió lentamente con la mano izquierda y allí Nara notó la marca rosada que ya había visto con anterioridad... pero se llenó de odio al ver que tenía una nueva debajo de la primera, ¡más grande y vistosa! La cosa no terminó, Keyla dirigió a su compañero de modo que quedó de perfil hacia la otra pareja y en esa posición soltó unos momentos la mano de Ian diciendo que se arreglaba el vestido. Nara la miró con atención ¿qué clase de artimaña sacaría ahora a relucir? El resultado casi hace que resbalara y cayera al piso, por suerte Licer la sostuvo. Keyla se había bajado unos centímetros el escote, mostrando un pedacito de su busto, ¡donde tenía otra mancha colorada! Parecía tan reciente como la última del cuello. Los pelos de las orejas de Nara se crisparon, haciéndola apretar con firmeza la mano de Licer.

—¿Viste las marcas? —murmuró.

—¡Sí! —dijo Nara conteniendo un grito—. ¡Es una maldita asquerosa y exhibicionista! ¿Viste dónde las tiene?

—Dos en el cuello y una en el busto.

—¿Cómo lo sabes? ¡Ya sé! ¡La muy desgraciada es tu amante también!

—¡Claro que no! Ojalá fuese así... Cuando la vi esta mañana, el viento corrió su cabello y me reveló la primera y única hasta ese momento, luego la vi después del almuerzo y bueno, noté la segunda. La tercera la vi por error, quería ver antes del banquete si Ian ya estaba listo, por eso entré sin

llamar a su habitación, ella llegó a cubrirse con una sábana pero digamos que la mitad de su busto estaba descubierto.

—¿Y cómo sabes que él es el responsable?

—¿Te cabe duda? Nara... lo cierto es que ni tú ni yo la conocemos bien, tampoco conoces bien a mi hermano. Pero si te puedo decir que Ian es extremadamente posesivo.

—Ya veo, pero yo sé que le gusto bastante, así que sólo debería ponerlo celoso... de ese modo dejaría a la zorra.

—Te estás comportando como una niña tonta ¿sabías? ¿Qué edad tienes si se puede saber?

—La suficiente como para conseguir lo que quiero.

En ese momento el vals terminó, los músicos debían tomarse un receso para comer y airear tanto pulmones como manos.

Los invitados fueron a sentarse al comedor en donde se había dado el banquete antes del baile. Licer y Nara se sentaron uno al lado del otro, Ian y Keyla hicieron lo mismo. La primera pareja planeaba su próximo movimiento de ataque para causar celos ocultos que podía tener Ian y humillar el orgullo de Keyla. Sin embargo, estos dos no prestaban atención a las miradas atacantes que se les lanzaban, estaban pendientes el uno del otro, sumergidos en su propio entorno.

Por fin la banda estuvo lista para reanudar el baile, Licer y Nara franquearon la puerta que llevaba al salón antes que nadie más lo hiciera.

—¡Queridos amigos! —habló un elfo que llevaba algo muy parecido a un acordeón—. Creo que es hora de intentar algo más fuerte para energizar esta velada. Haciendo honor a la

cultura de los párcenes, quienes están dispuestos a intentar bailar acérquense a la pista de baile.

Y entonces comenzó la música, el acordeón seguido desde muy cerca por un piano que cantaba en los momentos indicados... a Licer le sonaba muy conocida esa música, no sólo por la experiencia propia sino por aquellos recuerdos manifestados en sueños.

—¿Tango? —preguntó mirando a su compañera—. ¿Eso es un tango?

—¿Uh? No, no sé qué sea eso que dices, pero eso es Luwa: baile tradicional de los párcenes. ¡Dime por favor que sabes bailarlo!

El nombre que fuera, eso sonaba como un tango y nadie podía discutirlo. Licer no sabía bailar tango, en su vida lo había intentado y todo su conocimiento se basaba en haber escuchado algunas canciones en la radio... pero tenía palpitando en el pecho una fuerte sensación de ir a la pista de baile. Puede que nunca hubiera bailado... pero sentía lo contrario.

—Puedo intentarlo.

Se puso de perfil frente a Nara, la tomó de la cintura y ella a él del rostro. Acelerado y tranquilo a la misma vez, el ritmo sensual y erótico por los cantos de los violines y violas intimidaban a la mayoría de las parejas. Tan sólo eran Licer y Nara desplazándose por la pista con movimientos suaves, cuidadosos y a la vez cargados de lujuria como correspondía. La falda de ella se movía con gracia cada vez que él la levantaba o la hacía girar con velocidad. Una química increíble había surgido entre ambos, si bien Licer era de los que aprendían

muy rápido, Nara era una excelente maestra, como toda parece respetable bailaba muy bien su danza tradicional y había sabido guiar de forma fantástica a su compañero.

Por un momento, Nara olvidó el propósito de aquel baile, olvidó por completo quiénes eran Keyla e Ian, olvidó el mundo a su alrededor y sólo estaba ella con aquel joven maravilloso que recién empezaba a conocer. Sólo sentía ese cuerpo varonil contra el suyo, sólo sentía su aliento cansado y excitado a la vez, sólo veía esos ojos verdes esmeralda que antes no había apreciado, sólo sentía esa piel trigueña tan suave en su mano y en su pierna... sin embargo, el embrujo llegó a su fin con la ola de aplausos y gritos de felicitaciones de toda la conmovida multitud. Se separaron tomados de la mano, todos los invitados aplaudían y gritaban admirados por tan espléndido espectáculo. La pareja hizo una reverencia en agradecimiento; Ian y Keyla se acercaron a ellos cuando estaban por retirarse al comedor.

—¡Licer, Nara! ¡Esperen! —exclamó Ian—. Licer, no sabía que supieras bailar así. ¡Fue increíble!

—Bueno —dijo Licer tomando aire—, no se hubiera podido sin mi compañera aquí presente. Fuego en las manos...

—Eso me describe —rió Nara mirando con osadía a Keyla.

—Claro, nos vemos mañana supongo, y... ¡ah!, Licer, ven— continuó Ian, se alejaron unos metros de sus compañeras—. Veo que estás bastante... acaramelado con Nara, digamos, y bueno, espero que no hagas nada curioso esta noche ya que el castillo está muy lleno... pero para una próxima ocasión —sacó de su bolsillo una cajita verde que tenía un dibujito muy

curioso de un pájaro en llamas y que alrededor de este estaba escrito en letras blancas: “FENIX, para situaciones fogosas”.

—¡lan! —exclamó Licer guardando la caja en su bolsillo para que nadie la viera—. ¿De dónde los sacaste? ¿Tienes idea de lo que es esto?

—Más que tú, seguro. Cuado estábamos en casa pasó una de esas promotoras que hacen campaña de prevención contra el SIDA, y me dio la cajita...

—¿Y cómo se te ocurrió traerlos? Supuestamente veníamos a una guerra y ¿tú te traes protección? ¿Qué acaso pensabas que ibas a envolver a los ejércitos zachas con cuatro preservativos? ¿O que los ibas a asustar diciendo que las gomitas eran bombas disfrazadas?

—¡¡NO!! Los metí en la mochila por instinto cuando los tuve, es la mochila que uso para todo... y cuando llegamos aquí los encontré.

—Vaya instinto el tuyo.

—Además son seis, no cuatro.

—¿Estás queriendo que te golpee?

—No seas mojigato. En fin, ya me voy, úsalos sabiamente, ya sabes, son seis, de seguro eres un tanto torpe por ser virgen.

—¡Yo no soy...!

—Seguro, seguro—rió palmeándole la espalda—. Me voy, tú deberías hacer lo mismo.

—Ya tendremos una charla de esto a solas, piojo promiscuo.

Keyla y Nara no habían hecho otra cosa que discutir entre ellas; Licer se llevó a su compañera, pensando mucho en lo que había pasado entre los dos y lo que le había dado lan, no creía

de ninguna manera que en Lang y mucho menos en el Bosque se conocieran la protección y los métodos anticonceptivos... pero, ¿qué estaba pensando? ¿Qué le hacía suponer que pasaría algo con Nara?

Se retiraron al comedor, allí se quedaron unos minutos planeando su próxima estrategia y aunque ninguno de los dos parecía muy concentrado en esto, quedaron en que Nara dormiría en la habitación de Licer simplemente para despertar los celos de Ian. Por educación se quedaron hasta el final de la velada ya que Licer era uno de los anfitriones; cuando por fin todos los invitados se hubieron retirado ambos hicieron lo mismo.

Cuando llegaron a la habitación, Licer le prestó a su amiga una camisa blanca para que durmiera. Se volteó a petición de ella, lo que le pareció raro ya que siempre había sido tan desinhibida y salvaje, ahora parecía de repente un poco avergonzada y pequeña. Por fin, cuando Licer se volvió a verla, se conformó bastante al notar que la camisa le tapaba escasamente la ropa interior. Sonrojada, ella se metió rápidamente en la cama de donde vio sin vergüenza cómo Licer se quitaba toda la ropa para ponerse únicamente un pantalón corto para dormir.

Nunca había dormido con una chica, además Nara... es decir... la mayoría de los chicos empezaban con mujeres mayores o con chicas tan inexpertas como ellos... Nara era... demasiado, podría decirse, ¿cómo controlarse a pesar de la inexperiencia? Al igual que Ian nunca había conocido lo de las gatitas y conejitas, así que el que Nara tuviera orejas y una cola

no era lo que provocaba aquel deseo. Nara era alguien muy natural: no tenía ninguna parte de su cuerpo operada y no usaba ningún tipo de maquillaje, sus ojos eran hermosos sin usar delineador, sus labios brillaban sin usar brillito labial, sus cabellos eran suaves y hermosos sin usar acondicionador; era alguien tan pero tan hermosa sin ayuda de ningún objeto externo... además esa personalidad abrasadora que tenía la hacía mucho más especial.

Nara pasaba por una situación similar, entre tantos pretendientes que le había presentado su madre había rechazado a medio Bosque. Licer no era de su misma especie, era todo lo contrario a lo que ella buscaba en su pareja... sin embargo esos ojos verdes la tenían hipnotizada, ese cabello rebelde, esa piel trigueña como la suya, ese cuerpo y esa personalidad intrigaban...

—¿Nara? ¿Ustedes pueden prevenir los embarazos? —dijo Licer pensando que se le vendría una almohada por la cabeza.

—Claro. Comemos una fruta muy pequeña que crece en el Bosque; las jóvenes de mi edad, por ley, debemos comerla hasta ser mayores de edad. Curiosa tu pregunta.

—¡Perdona! Además ustedes no deben estar con muchos en muchas ocasiones.

—No comprendo. ¿Insinúas que una mujer sólo debe pertenecer a un solo hombre?

—¡Pues sí!, a menos que seas una prosti... olvídalos.

—¿Una cualquiera, una fácil? Terminología de humanos, como dice mamá. No te entiendo todavía ¿En el planeta de donde vienes son así las cosas?

—Bueno, sí, así es.

—¿Y en el lugar de donde vienes los hombres también son sólo de una mujer?

—No, nosotros podemos estar con varias en varias ocasiones y después serle fieles a una sola mujer, con la que nos casamos, claro.

—Suenan muy... ilógico —comentó sin poder entender.

Licer se encogió de hombros, la verdad era que de donde él venía era ley que el hombre que se acuesta con muchas era un campeón, pero la mujer que hacía lo mismo era una puta; esa ley la había escuchado con bastante continuidad considerando que se había criado en una comunidad muy cerrada.

—Oh ya—sonrió Nara luego de la retrospectiva—. Es un mundo algo atrasado ¿cierto? Digo... si no todos son medidos con la misma cinta, es porque tienen serios problemas evolutivos.

Licer asintió bastante sorprendido, había que recordar que se había criado en un campo, todo lo que sabía sobre el sexo opuesto se limitaba a un cabello largo, dos cosas notables en el pecho, una voz más fina y un carácter peligroso e inestable.

Nunca había sentido deseo por nadie, nunca había experimentado siquiera amor por una mujer... quizás ni tenía muy en claro en qué consistía una mujer de verdad. Diego muchas veces le había enseñado revistas y en ocasiones habían sintonizado en la casa de otro amigo algún canal erótico, por ello le habían parecido la gran cosa las rubias de ojos claros. Por ello, Nara era todo un mundo nuevo.

Licer se metió en la cama, se sentía bastante azorado, le ardía la piel y el corazón le latía demasiado rápido.

—¿Qué te pasa? —susurró la parce en medio de las sombras.

—Me siento raro...

~oOo~

Ian y Keyla, exhaustos por la larga velada se dirigían a la habitación. Al caminar por el pasillo se toparon con Lilu y Húriko que habían estado en el cuarto durante toda la noche ya que no tenían ganas de estar despiertas viendo y escuchando a los adultos; ahora que había terminado la fiesta salían a recorrer el castillo como niñas molestas y curiosas que eran. La pareja aceptó llevarlas al cuarto y ahí contarles historias para que les diera sueño.

Eran más de las tres de la mañana, las pequeñas se sintieron fascinadas con las historias escuchadas hasta el momento; Ian y Keyla tuvieron que narrarles su propia historia romántica para complacer el insaciable deseo curioso de las niñas. Finalmente estaban tan cansadas como para irse a dormir; Ian quiso acompañarlas pero ellas prefirieron regresar solas para no seguir siendo una carga para su hermano.

Caminaron unos pocos metros por el pasillo, cuando Lilu se detuvo.

—No hemos visto a Némok en todo el día —dijo—; al menos pasemos a darle las buenas noches.

—Am... ¿no es un poco tarde para molestarlo? —replicó Húriko algo indecisa.

—Nah, ¿qué puede estar haciendo? De última, lo peor sería despertarlo.

Abrieron sigilosamente la puerta del cuarto, sin tocar previamente, niños en las casas... en los palacios... son un peligro siempre.

Ian y Keyla se preparaban para dormir de una vez por todas. Keyla se volvió a poner el camisón blanco que le había regalado Ian, mientras que él se quitó el traje y lo colgó en el armario con cuidado, se desató la cinta que había sujetado su cabello y lo desordenó con ambas manos, se quitó el cinturón con su preciada espada y la dejó sobre un sillón.

—Estoy exhausto —gimió dramáticamente aplastándose en la cama—. Esto es peor que los días de pesca en el buque de Samit.

—No seas exagerado —rió Keyla sentándose a su lado mientras se cepillaba el cabello.

—No, de verdad. No fuí criado para esto.

—Ay Ian, nadie es criado para vivir en enormes palacios y estar rodeado de gente que te adora, pero créeme, te adaptarás.

—Convenida.

—Quisquilloso.

De repente, tras gritos y exclamaciones entraron Lilu y Húriko rápidamente. Hablando y gritando las dos a la vez, haciendo señas hacia afuera y movimientos cómicos como si hubieran visto a un terrible monstruo. Cuando su hermano pudo tranquilizarlas, Lilu habló.

—Es que entramos a la habitación de Némok para decirle buenas noches...

—¿Y qué pasó? —le preguntó Ian palmeándole la cabeza para tranquilizarla.

—Bueno... estaba sin ropa con una parce debajo de él y hacían ruidos y se movían como...

—¡Ya te entendí! —exclamó Ian—. ¡No es nada niñas! Es... es... un juego que hace la gente grande, ahora no lo entienden pero cuando crezcan lo entenderán. Ahora vengan... yo las llevaré a su cuarto.

—¿Un juego? —dijo Húriko horrorizada—. ¡Yo no quiero jugar nunca a eso!

—Seguro, seguro. Es más, yo me encargaré de que ningún chico siquiera te lo proponga.

~oOo~

A la mañana siguiente, Licer abrió los ojos, algunos rayos de luz se filtraban por la ventana iluminando un poco la habitación. Al recordar la noche anterior rió para sus adentros, no lo podía creer, algo tan nuevo y maravilloso había pasado por su vida sin siquiera haberlo planeado y finalizaba de la manera más romántica al estilo Hollywood: despertó con su chica entre los brazos. Esperó hasta que ella se despertara para poder vestirse ambos a la vez. Así lo hicieron, Nara se puso un sencillo vestido color cámel que le llegaba hasta las rodillas mientras que Licer tomó las ropas más sencillas e informales del armario. Salieron del cuarto y bajaron a desayunar al comedor, donde todos los invitados ya estaban comiendo.

Cuando vieron bajar a la pareja hubo una reacción extraña: todos los del sexo masculino sonreían a Licer y le gritaban cosas como: “¡¡Bien hecho, tigre!!”, las del sexo femenino miraban a Nara con gracia y algunas disimuladamente le decían “¿Cuál es tu secreto?”. Claro que ninguno de los dos entendió un pepino de lo que ocurría así que tomaron un poco de comida matinal muy incómodos. Cuando terminaron se retiraron del castillo rápidamente, Licer buscó por todas partes a Ian hasta que por fin lo encontró en uno de los jardines, apoyado contra un árbol y escribiendo.

—Hola Ian... —le dijo agitado.

—Licer, ¿dormiste bien? —contestó él aún concentrado en sus manuscritos.

—Sí, muy bien.

—Me imagino, casi me quedo ciego cuando te vi “durmiendo” anoche con Nara.

—¿Nos viste?!

—¡Claro que sí! ¡Y Lilo y Húriko antes que yo! Cuando te dije anoche que no hicieras nada curioso porque el castillo estaba repleto, ¿tenías una papa en la oreja?

—¿Lilo y Húriko? ¿Nos vieron? ¿Y por qué todo el mundo nos mira y dice cosas?

—Porque las niñas se encargaron de contarle a todo el mundo. Tu pequeño jueguito fascinó a todos.

—¡Oh! ¡No! ¡Cuando mi padre se entere me matará!

—Quizás, por lo menos hubieras cerrado la puerta con llave. ¡Principiante! En fin, eso ya no tiene importancia, antes del almuerzo todas las criaturas del Bosque regresarán para allá.

—¡Pero aún quedan los Atlantes!

—¡Por supuesto! ¿Quieres echarlos sólo porque saben de tu aventura? Ellos no hablarán más de esto. Por lo único que debes preocuparte es por tu padre y por Lira.

—¿Lira? ¿La líder de los párcenes? ¿Qué con ella?

—Bueno, a mí no me gustaría que toquen a mi propia hija debajo de mis propias narices, pero allá ella.

Licer empalideció, se acostó sobre el pasto y trató de relajarse pensando en que todo saldría bien, después de todo Lira lo estimaba mucho; en todo caso se la agarraría con su hija.

—¿Qué escribes? —preguntó después de una larga pausa.

—Cosas —contestó Ian—. Me descargo así al menos.

—Es un tipo diario entonces.

—Algo así.

Un momento de incómodo silencio se sucedió entonces. Esos silencios no le agradaban a Licer, pensaba que considerando la relación que tenía con su hermano no era coherente que tuvieran momentos como ese.

—Así que... ¿tú y Keyla? —optó por comentar.

—Keyla y yo...—rió Ian, algo tonto. Típico enamorado—. Licer... ella es la hija del rey zacha que derrocamos.

—¿En qué momento me perdí de ese dato?

Ian le explicó todo aquello que el difunto rey zacha le había narrado momentos antes de su muerte. Era una terrible ironía que Keyla fuera hija de esa persona. Pero a Licer eso no le preocupaba mucho, estaba claro que la muchacha estaba perdidamente enamorada de Ian, su linaje no significaba nada

a fin de cuentas. Lo que realmente le preocupaba era que la cosa de negro había buscado a Keyla para encontrarlos a ellos.

—Tenemos que averiguar más sobre Lasylar—dijo seriamente.

—Estoy seguro de que todos, absolutamente todos saben algo—asintió Ian—. Simplemente... no sé por qué nadie se molesta en explicarnos sobre ello.

Licer asintió. Llegado el momento deberían abordar a sus padres y exigir explicaciones.

—Ya, dejémoslo ahí. ¿Cuándo partes a Nógard?

—El lunes.

—¿Lunes? ¿Hay días aquí? —preguntó sorprendido Licer.

—Bueno, supongo que si el sol sale y después se oculta, ¡entonces sí! No sé cómo se llamarán aquí, pero... tenía una agenda en mi mochila, conté los días y hoy es lunes 18. Tenemos una semana de descanso antes de partir otra vez. Lilo me dijo que el Consejo del Bosque nos acompañará con un ejército aún más preparado para ir a las otras ciudades, pero hay que darles tiempo a prepararlos.

—¿Hoy es 18? ¿Son los mismos meses? ¿Doce meses?

—Mi madre me dijo que si, quizás varíe el que aquí es de día y en la Tierra es de noche, pero si, es 18 de Mayo.

—Faltan seis días entonces... será el primero después de diez años.

—Lo sé, los días pasaron rápido. Pero bueno, tenemos que aprovechar al máximo estos siete días que nos quedan. Te aconsejaría que busques a Nara para que hablen de lo que pasó. Además si quieres invitarla a que se quede toda la semana, mejor ve ahora.

—¿Tú dices?

—Yo digo y afirmo. Te gusta ¿no? Entonces vuela, pichón.

Sonriendo, Licer salió del jardín y comenzó a buscar a Nara por todo el castillo, pero no la encontró por más que estuvo dos horas en la empresa de hacerlo. Así que desgraciadamente se veía en la necesidad de recorrer la inmensa ciudad.

Etnalta era demasiado grande como para encontrar a la chica, aunque un par de orejas y una cola rayadas fueran características que no todos tenían era complicado tratar de encontrar una aguja en un pajar. Justo cuando iba a resignarse vio que una gran multitud de Atlantes y criaturas del Bosque se amontonaban en la Plaza Principal. Corrió hasta allí y se abrió paso hasta el centro del escándalo. Nara y Keyla peleaban con espadas y cadenas.

—¡Zorra! —gritaba Nara.

—¡Histérica! —gritaba Keyla.

Por el momento era divertido y gracioso ver aquella peleita de espadas entre chicas. Licer no veía la necesidad de interferir... excepto cuando la cosa se puso fea. Estaba claro que Nara tenía habilidad, pero Keyla era una zacha... y ya habían comprobado que por naturaleza la raza era fuerte y hábil sin necesidad de entrenamiento, exactamente como Ian y Licer.

Keyla manejaba un sable y una cadena con tal destreza que podría haber matado a cualquier elfo en un segundo. Y así enredó la cadena en el cuello de Nara y la tensó con fuerza.

—Ríndete michi —le dijo sujetando con fuerza la cadena—. Acaban de limpiar la ciudad, no querrás hacer un enchastre con tu sangre.

—¡Jamás ante ti!

—Creí haberte dicho que no me levantarás el tonito.

Tiró de la cadena de forma que esta hizo un movimiento de ondas que al llegar a Nara le hicieron elevarse en el aire, luego Keyla jaló la cadena hacia ella haciendo bajar a toda velocidad a su oponente y cuando la tuvo lo suficientemente cerca la atravesó con su espada. Se hizo un silencio sepulcral... nadie, jamás hubiera imaginado que eso que en un principio era gracioso terminaría de esa manera.

Licer corrió en su ayuda mientras que Ian, seguido por Ósagep e Idnalde pasaban la multitud.

—¿Qué ocurrió aquí? —exclamó Ósagep muy enfadado.

Licer le contó todo a su padre, desde donde él había visto, claro, mientras que ninguno de los demás sabía el motivo por el cual se había originado la pelea.

—Empezamos insultándonos —confesó Keyla al ver la cara de confusión de Ian—; no recuerdo quién empezó pero sé que ella lanzó el primer golpe. Es la segunda vez que me ataca, no pensé en matarla, le di la opción de rendirse y ella no hizo caso.

Licer tomó la espada de Nara y cortándose un poco la muñeca izquierda dejó caer su sangre sobre la profunda herida, que al instante sanó por completo. Cuando Nara recobró el conocimiento comenzó a hacer acusaciones hacia Keyla.

—¡Ya basta! —exclamó Ósagep—. Sin duda, de no ser por mi hijo, esta joven estaría muerta, sería como dejar impune un asesinato. Debe haber justicia.

—La justicia se retrasó con ella, mi señor —dijo Nara con tono sombrío—. Ella es una zacha, mejor dicho, es la hija del Rey zacha.

Hubo una gran conmoción en todos los presentes; Ian sintió que todo estaba por arruinarse, había pensado que nunca se revelaría aquel crudo secreto, pero ahora gracias a Nara, el secreto salía a la luz.

—¿Una zacha? Esta cosa ha vivido entre nosotros. ¡Y ha osado tratar de matar a la hija de uno de los líderes que nos ha ayudado tanto! ¡Esto es inconcebible, será ejecutada ahora mismo! ¡Guardias, préndanla!

Varios elfos salieron de entre la multitud y con torpeza ataron a Keyla y la hicieron arrodillar con la cabeza baja. Luego Ósagep se acercó desenvainando su espada y la levantó lista para decapitar a la víctima. La espada bajó rápidamente pero de repente voló de las manos del Rey, una flecha había atravesado la hoja y la había dejado clavada contra un árbol.

—No te permitiré que le pongas un dedo encima —dijo Ian acercándose. Tenía el arco en la mano y el carcaj lleno de flechas colgando en la espalda—. ¡Te prohíbo que te le acerques!

—Ya nada me sorprende de ti, Dragón —dijo Ósagep en voz alta para que todos pudieran escucharlo, con ese tono venenoso que siempre empleaba con Ian—. Primero me humillas frente al Consejo del Bosque y ahora defiendes la vida de una de ellos.

Entre la masa de gente comenzaron a surgir comentarios de los Atlantes. Licer estaba cansado de todo ese misterio alrededor de ambos.

—¿Por qué hemos de perdonarle la vida? —continuó Ósagep al ver la reacción que había causado—. Hay más de

diez razones para matarla: es una zacha, heredera seguramente del trono de los mismos, trató de matar a Nara...

—Porque ella la provocó —dijo Ian sin perder la paciencia—. Una vez me dijiste que yo era un asesino a sangre fría. ¡Pero ahora tú la ibas a matar aquí! En medio de esta plaza, atada, sin posibilidad de defenderse. Ahora dime Alteza, ¿quién es el asesino?

—¡Padre! —intervino Licer—, ¡es suficiente! Discutamos en el castillo.

Regresaron al castillo mientras que los Atlantes se quedaban con una horrible duda en sí.

En tanto se encaminaban, Ian tomó la mano de Keyla con fuerza y miró con desprecio a Nara, jamás pensó que podría llegar a sentir semejante rencor por un habitante del Bosque, su actitud había sido tan infantil, tan estúpida y desconsiderada. Nara sabía a la perfección lo que Keyla significaba para él, sin embargo no le había importado en lo más mínimo.

Al llegar al cuarto donde Licer había estado con Ian antes, trabaron la puerta; Idnalde, Ósagep, Nara, Licer y Keyla se sentaron en los sillones, Ian permaneció de pie como la primera vez que había estado en aquel cuarto.

—¿Por qué insistes en provocarme, Dragón? —preguntó Ósagep respirando profundamente.

—¡Ya basta! ¡Hermano, es suficiente! —exclamó Idnalde—. ¡Deja de tratarlo así!

—Está bien—dijo Ian mirando los cuadros—; quiero saber por qué lo hace, ya sé que en parte es porque soy Dragón, pero ¿por qué tienes un particular odio hacia mi?

—He notado que las personas les temen—agregó Licer—. ¿Por qué?

El rostro de Ósagep pareció alegrarse levemente, fue como si estuviera feliz de poder contar finalmente su historia.

—Como quieran. Han pasado muchos años pero aún recuerdo todo. Cuando tu abuelo gobernaba Etnalta, las tres razas vivían en forma pacífica, éramos aliados y compañeros. Los Fénix no eran muchos, dado que ese maravilloso don de la inmortalidad tiene su precio, muy pocos pueden tener hijos, pero aún así... en fin, tuvieron que irse; también los Dragones que nos habían visitado por un tiempo regresaron a sus montañas. Unos años más tarde nos atacaron, llegaron desde el cielo con esa forma de bestia, mataron a muchos de los nuestros y se llevaron a varios también. Dejaron la ciudad hecha un caos y en ruinas.

—¿Los atacaron? ¿Así sin más? No sé por qué no te creo nada —replicó Ian.

—Árekel... yo sé que hubo un motivo—interrumpió Idnalde—. Tu padre nunca llegó a decirme lo que ocurrió, pero sé que hubo un motivo para que nos atacaran así.

—¿Y qué sucedió después? —demandó molesto por esa repentina alianza de su madre con su tío—. ¿Ustedes que hicieron?

—¿Acaso piensas que después de atacarnos no íbamos a hacer nada? —sonrió Ósagep—. Los zachas se ofrecieron a vengar nuestra pérdida. Nos unimos y marchamos a Nógard juntos, y juntos matamos a cada Dragón que vimos. Ádemord fue el único que no alcanzamos a matar pero no importaba ya que era sólo él quien quedaba con vida. Lo volví a ver cuando

nos escondíamos en las cuevas, el destino es muy caprichoso... cuando nos escondíamos de los zachas, él estaba allí... después de que naciste y fuimos capturados tengo entendido que se le dio un castigo muy especial por haberte engendrado. Aún no concibo cómo es que tú pudiste amar a esa cosa —dijo mirando a Idnalde que permanecía callada y con los puños apretados en su vestido—. Ahora sabes por qué odié a tu raza, la seguiré odiando mientras viva, es decir mientras tú respires.

Se puso de pie y a paso rápido salió de la habitación, Idnalde con una expresión muy extraña lo siguió.

Licer se quedó mirando a su hermano y se sorprendió al ver que no tenía la expresión de dolor y sorpresa que él esperaba, no, en vez de eso tenía el semblante lleno de duda, de no haber creído todo lo que había escuchado.

—Sé que debe ser difícil, Ian —se animó a decir—. Sé que no era lo que esperabas... ser el último no es agradable, seguro que no. Además el descubrir la razón del odio de mi padre debe ser terrible, lo siento muchísimo.

—Sé que algo me escondió Licer —contestó Ian mirándolo a los ojos—. No me dijo toda la verdad... eso no me aflige mucho... me odia a mi en especial, más allá de lo que pasó hace años, es a mi a quien odia.

—No veo que te quite el sueño—dijo poniéndose de pie.

—No es la mayor de mis preocupaciones lo que sienta o deje de sentir tu padre hacia mí. Lo que me molesta es que nos escondan las cosas. Piensa conmigo ¿quieres? ¿Por qué le darían un trato especial a mi padre por haberme engendrado? Además... ¿no escuchaste? Algo sucedió que provocó la guerra, y estoy seguro de que los Dragones no empezaron. Oh

coincidencia que los zachas estaban dispuestos a marchar a la guerra con los atlantes.

Salieron del cuarto juntos y en el salón se encontraron con Keyla y Nara, quienes les pidieron disculpas y aseguraron que nunca más volverían a pelear de esa manera. Claro que no fijaron el alcance de la expresión “de esa manera”

Al llegar el medio día, los ejércitos de todas las criaturas del Bosque estaban ante las puertas de Etnalta. Sus líderes se despidieron de los reyes y de los príncipes, prometiendo volver dentro de siete días para marchar junto a Licer a Xínef. Las grandes tropas comenzaron a moverse, avanzaron con paso cada vez más rápido hacia el Bosque que los esperaba con ansias.

Nara se quedaría en Etnalta los siete días, con la aprobación de su madre, claro, quien no armó ningún escándalo por lo sucedido la noche anterior.

Por la tarde nadie descansaba o dormía una merecida siesta, todos los ciudadanos de Etnalta se preocupaban por reorganizar sus hogares.

~oOo~

Keyla salió del castillo. Caminó tranquila y pensativamente por el jardín de la fuente. Había llorado toda la noche y por ello tenía los ojos hinchados y rojos; se sentía molesta, molesta con

todo el mundo... en especial con ella misma por alguna vez haber conocido y prestado atención al niño que su padre le prohibido desde pequeña.

Cuando llegó al lugar donde estaba la fuente vio a Ian apoyado contra uno de los árboles. Estaba sentado, escribiendo o dibujando, con los dedos manchados de negro, las ropas andrajosas de siempre; a su derecha tenía un pedazo de tela en el cual había varios lápices de colores bastante viejos y gastados y al lado de estos un cuchillo común y corriente.

—¿Qué haces? —dijo ella sentándose a su lado.

—¡Oh! Hola, Keyla —exclamó él al oírla. Se acercó y le dio un beso en los labios—. ¡Buenos días! Lamento no haber vuelto al cuarto anoche, es que...

—Sé por qué lo hiciste —interrumpió ella—. No hablemos de eso, ¿qué dibujas?

—Pues, ¿recuerdas que tenía la manía de dibujar muchas veces a las personas que nos rodeaban?

—Con todo ese estilo japonés horrendo que no me gusta.

—Mira.

Tenía un cuaderno de hojas de dibujo en el cual escribía y dibujaba, lo abrió en una página donde había un dibujo a color. Era claramente el retrato de Nara, ahí con colores simples y no bien utilizados, sentada en una roca con sus ojos grandes y estirados, con esa sonrisa pícara, con su cabello increíblemente largo y con sus características orejas y cola.

—No soy ningún experto—dijo él—. Pero creo que se parece un poco, claro, hablando en términos...

—¡No! Está muy lindo— dijo Keyla con tristeza—. Siempre dibujaste con ese estilo raro.

—Más tarde veré si me sale Licer, ya sabes, siempre he dibujado a la gente que me importa.

—¿Aun te duele la mano? —cortó ella.

—De noche se me contraen un poco los dedos—contestó enseñándole la parte mencionada—. Pero creo que se está pasando, ya no los tengo tan fríos. Gracias.

—De nada, me alegro que estés mejor. Escucha Ian... quiero que me digas dónde dejaste a los zachas.

—¿Qué? ¿Para qué quieres saber algo así?

—Te guste o no, soy su líder más cercano... su Rey ha muerto y sus herederos no saben nada al respecto. Están solos, desunidos, divididos, debo ir en su ayuda. Es mi deber y lo sabes.

Él quedó pasmado ante la determinación de Keyla, si bien sabía cuán decidida y perseverante era, en ese momento se veía un tanto agresiva.

—¿Por qué? —jadeó angustiado—. Dijiste que no te importaba, nada de esto te importaba...

—Cambié de opinión ¿de acuerdo? —exclamó molesta poniéndose de pie—. Este es tu mundo, no el mío. No tengo nada aquí, al menos tengo que respetar mi linaje.

—Eso... Keyla, no tiene sentido lo que estás diciendo.

—Sólo... sólo dame un mapa al medio día y asunto terminado.

Ian se quedó con la palabra en la boca, de repente... de repente su felicidad se estaba desmoronando. Keyla... Keyla le estaba ocultando algo, porque no era posible que de repente le surgiera esa gran responsabilidad por su raza y el legado que

había dejado atrás su difunto padre con quien jamás había tenido relación alguna.

Cuando se hizo el mediodía ella regresó al jardín, él la esperaba de pie con el dichoso mapa hecho a mano. Lo había hecho pese a todo, porque esperaba que ella riera y dijera que todo había sido una broma de mal gusto. Sin embargo, ella tomó el papel y sin siquiera verlo lo metió en su bolsillo con cuidado.

—Gracias —dijo después de un momento de silencio—, sé que no se lo hubieras dado a cualquiera.

—¿Dejarás de esconderme las cosas aunque sea hoy? Hoy, por ser el día en que me dejas ¿me dirás todo?

—Una vez te dije que eso a mi no me correspondía. Ahora, levanta la cabeza jovencito y regresa a casa. No tengas miedo.

—¡No tengo miedo! —replicó.

—Claro...—sonrió como quien le concede el capricho a un niño—. No tengas miedo.

—¡Espera! —la tomó de los brazos mirándola con desesperación—. Por favor... Keyla... ¿Por qué haces esto?

—Shh, tranquilo... no puedo decírtelo.

—¡¿Por qué siempre me escondes cosas?! ¡¿Por qué?!!

Keyla sonrió con tristeza.

—No lo entenderías, créeme que el quedarme es peor. Perdónalo y ya no me necesitarás.

—No puedo... no puedo hacerlo...

—Sí que puedes, te hace falta.

—¡No puedes irte! ¡Al menos dime por qué! ¡Explícame por qué me haces esto, por favor!

—lan—susurró ella acariciándole los cabellos—. Quiero alejar a esa cosa de ti, no puedo decirte más ¿de acuerdo? Perdona a tu hermano y no estarás solo... yo, yo volveré. No sé cuándo, no sé cómo... pero volveré, amor.

Y se fue... se marchó sin siquiera mirar atrás

lan se abrazó a sí mismo, hacia tiempo que no sentía ese frío recorrerle la espalda y anidársele en el pecho. No tenía miedo, claro que no, su refugio se marchaba, ella lo dejaba para no volver jamás y como siempre sin dejar una buena explicación o un simple beso de despedida...

~oOo~

Al despertar, los rayos del sol aguijonearon los ojos de Licer. Había dormido bastante bien por la noche envuelto en oscuridad y ahora la mañana del cuarto día de descanso sólo lo cegaba por completo. Comenzó a contar los días que llevaba en Etnalta y los que faltaban para marchar a Xínef, se sorprendió al notar que según lan era jueves 21, faltaba poco para el domingo. Se vistió rápidamente con las mismas ropas andrajosas que tenía, bajó rápido las escaleras y después de sacar algo de comida de la cocina salió corriendo del castillo hasta llegar al jardín donde obviamente encontró a lan contra el mismo árbol, dibujando; se sentó junto a él, recobró el aliento y comenzó a comer despreocupadamente.

—¡Licer! ¡Me llenas de migas las hojas! —exclamó lan empujándolo.

—Lo lamento —replicó Licer—. ¿Te das cuenta que día es hoy?

—Jueves 21, en teoría. ¿Qué con eso?

—Faltan tres días para el domingo.

—Eres un genio en las matemáticas ¿Por qué te aflige? Habrá un baile el domingo para despedirnos, dos por uno, dos pájaros de un tiro. Les fascinan los bailes a la gente de aquí.

—Lo sé, pero creo que deberían estar Lilo, Néud y los demás, ese es el tema que me preocupa.

—¿Y qué otra cosa te preocupa?

—La música, no me molesta la clásica, que aquí es lo único. Pero que tal algo de Rock, Pop, Cumbia ¡No sé! ¿Qué opinas?

—Opino que eres un tanto quisquilloso. ¡¿Y qué demonios es la cumbia?! Olvídalo, no me expliques nada. Pareces una nena próxima a su fiesta de quince. ¿No crees que estás exagerando?

—No, no lo creo. Ian, será el primero después de diez años separados, no te hagas el frío y tampoco me digas que no significa nada para ti.

—¡Bueno ya! Puedes llegar a tener razón con respecto a Lilo y a la música. Me sigue pareciendo algo estúpido y muy ñoño pero...

—¿Eh perdón? ¿Acabas de decir “ñoño”? ¿Qué en nombre de todos los espíritus es eso?

—¿Qué es “cumbia”? Deja de histeriquear por nada y dime qué tienes pensado. Te ayudo si quieres, pero dejemos de discutir terminología científica.

Aunque a Ian todo le parecía de lo más estúpido, su hermano estaba muy emocionado con la idea de hacer el

domingo muy especial. Lamentablemente, Licer tenía esa cualidad de transmitir su entusiasmo a cualquiera, de modo que pronto Ian se vio envuelto en todo un plan de ir de excursión a la Tierra sólo por un par de horas para traer unas cosas que, según Licer, ayudarían mucho a la hora de elegir música.

—Osea... ¿te piensas que esto es Star Gate?—replicó Ian quitando la vista del cuaderno—. Vamos y volvemos de mundo en mundo como si nada, esa es tu idea.

—Tú fuiste el que me convenció de aceptar lo que somos y en lo que nos metimos. Acepta lo que tu influencia provoca.

—Ay... he creado un monstruo. No, no y no.

—Pero...

—¿Sabes a qué me suena esto? A excusa barata para que te des una vuelta por la Tierra.

—¿Eh? ¡No! ¡Na-ah! No es eso.

—¿Ah no?

—¡No! —replicó Licer indignado.

—Entonces no hay ninguna NECESIDAD de regresar ni por casualidad.

Licer no pudo decir más.

~oOo~

—Estábamos buscando algunos manuscritos que guardé aquí hace mucho tiempo —dijo Idnalde cierto día sacando cajas y cajas llenas de libros de un oscuro rincón de la biblioteca—. Tengo un libro donde se cuenta la verdadera

historia de la guerra entre los Atlantes y los Dragones. Y en alguna parte un cuadro de tu madre, Licer.

Ni Ian ni Licer habían reparado en la existencia de toda una biblioteca en el castillo, por lo que les sorprendió de repente encontrarse asomados por la puerta con Idnalde llenándoles las manos con cajas cuyo tremendo peso estaba basado en libros. Pasaron el resto de ese día buscando y organizando los libros de Idnalde. Cuando llegó la noche tenían dos cajas, pero hasta entonces no habían encontrado el cuadro de la madre de Licer. La Reina les dio a cada uno una caja con los libros grandes y pesados, al menos uno debía tener lo que buscaban.

Al día siguiente, Ian seguía despierto. Se alegraba de la llegada del día, la luz de las velas ya no le era buena para los ojos y los rayos del alba eran todo un alivio para la vista.

Eran las seis de la mañana cuando el Príncipe Árekel salía del castillo y se instalaba en su árbol preferido del jardín. No había parado de leer en toda la noche, le quedaban aún bastantes libros. No importaba, tomaría el tiempo necesario, prefería enfocarse en eso para no tener que pensar en el paradero de Keyla y en su... motivo para marcharse.

Comenzó a leer los que quedaban. A mitad de la mañana había leído la gran mayoría y todavía no encontraba nada acerca de la versión de Ósagep de la guerra.

Estaba exhausto y harto por no encontrar lo que quería, tiró el libro que había estado leyendo y miró de reojo la caja llena de los que le faltaban, hasta que su mirada se concentró en una tapa azul que tenía escritas palabras en otra lengua con tinta dorada. Se acercó y lo sacó instintivamente: era un libro

muy viejo, cubierto de polvo y con las puntas de las hojas corroídas por la humedad.

Harite na Isiltey Ádemord

Estaba escrito con dorado en la tapa... Ian quedó sin aliento, era la lengua de los Dragones.

—“Diario del Rey Ádemord”—leyó sin problemas—. Ádemord... Ádemord... ¿Dónde he escuchado ese nombre? ¡OH MIERDA!

¡Era el diario de su padre!... quería abrirlo de una vez y leerlo pero sentía miedo ¿Por qué? ¿Acaso temía que Ósagep le hubiera dicho la verdad? Y si fuera cierto, ¿qué haría él?

—Minuto... ¿Rey...? Entonces no es mi padre.

Quizás, Ádemord era un nombre común entre los Dragones, pero... ¿Qué hacía el diario íntimo de un Rey Dragón en el palacio Atlante? No le dio mucha importancia a pesar de causarle muchas dudas, y si lo pensaba bien el diario de alguien así debía tener algo diferente a lo que Ósagep había dicho.

Demasiadas dudas azotaban el corazón de Ian. Se decidió de una vez, abrió el diario y lo leyó con mucho cuidado. Las primeras páginas hablaban de toda la niñez del Rey de Nógard, describía la civilización y la cultura Dragón y por último hablaba de cómo era la ciudad. Ian estaba maravillado, de ninguna manera aquella magnífica civilización podría haber sido una sociedad de asesinos a sangre fría, era inconcebible. Y por fin llegó a la parte que más lo intrigaba.

“Hace dos meses llegaron gentes extrañas de otro mundo, dicen llamarse zachas. Los Atlantes los han recibido con los brazos abiertos; huelo cobardía y desconfianza en esas criaturas, de ninguna manera les permitiré entrar en Nógard.”

“Idnalde me ha estado contando todo lo que ocurre en el palacio de Etnalta. Según ella, su padre, el Rey Némok, a renunciado al trono y ahora se lo cede a su hijo Ósagep, es mayor que yo pero se comporta como un niño malcriado; las veces que he visitado la ciudad para mantener mi amistad con ellos he notado que me mira con odio y rencor... Idnalde dice haber averiguado la razón. Quizás no tenga pruebas, quizás Ósagep es así de imbécil siempre, pero siento que Ógirdor, el hijo del líder de los zachas, le vive envenenando la mente... habla idioteces de los Dragones. Ósagep quiere que su pueblo sea el más poderoso sobre toda Lang y ahora que los Fénix han emigrado, sólo quedamos nosotros como raza superior”

—Hasta de joven era un idiota—murmuró Ian pasando las páginas —. Bueno, si un Rey lo dice, ¿Quién soy yo para contradecirlo?

“Han pasado ya cinco meses desde que los Atlantes nos declararon la guerra. Llegaron de la nada y tomaron a mucha de mi gente como prisioneros; los mensajeros me dicen que han sido mutilados sin piedad.

Nógard está cayendo, si bien los hemos atacado tratamos de no matar a nadie, pero ellos estaban ciegos, la venda que les ha puesto Ógirdor parece de metal... nos odian sin saber por qué... aunque, al menos puedo entender el odio de Ósagep,

debe haberse enterado de mi relación con Idnalde... quizás piense que puede llegar a quedar embarazada si yo continúo viéndola. Sé que a eso es a lo que más le teme.”

Ian notó con espanto que las páginas siguientes estaban manchadas con sangre y un poco quemadas.

“Nos atacaron sorpresivamente ¿por qué no los vimos o los percibimos antes?, no lo sé. Esto es obra de los Hechiceros, algo nos hicieron... tomaron a los civiles como prisioneros, los soldados y yo fuimos encerrados en el castillo, no podemos salir en esta forma, ya no nos importa nada... todos pagarán por lo que nos han hecho... ya no dudaremos más en transformarnos, escribiremos con su sangre el futuro de Nógard... además no permitiré que mi hijo muera antes de salir del vientre de Idnalde.”

—¡Ah! —exclamó Ian soltando el libro tras leer las últimas líneas—. Mentira... mentira...

“...no permitiré que mi hijo muera antes de salir del vientre de Idnalde.”

—O... o Idnalde me mintió...—dijo nervioso mirando el diario como si fuera algún arma tóxica—. O esto es cierto... ¡ah Dioses! ¿Por qué a mí? Yo no fui criado para esto.

Ya no había más páginas escritas... ahora lo sabía todo: desde que Ósagep se había dejado cegar por Ógirdor, el rey

zacha, y por esto había regalado ceguera a todo Atlante, hasta que... el Rey de Nógard era su padre.

Todo era claro ahora, Ógirdor había sido más listo que nadie, quería todo el poder y para ello debía acabar con quien podía detenerlo.

Ian trató de calmarse, trató de asimilar todo lo que había leído, luego se lo echaría en cara a su querido tío. Comenzó a leer las páginas anteriores, puesto que si bien lo que quería saber ya estaba claro... aún le quedaba una duda que le hacía latir el corazón a mil: Ádemord narraba sobre sus escapes a hurtadillas para ver a Idnalde; también hablaba de sus visitas juntos a los Bosques donde conocieron a los magníficos párcenes, mencionaban a Lira y a otras Criaturas del Bosque.

Leyó durante horas con mucha atención, no podía quitar los ojos de aquel diario, de algún modo sentía que era su padre en persona quien le contaba todo, sentía que Ádemord estaba sentado a su lado narrándole sus historias de la niñez.

—¡Ian! —Licer llegaba corriendo, tan típico en él. Se sentó a su lado, traía un libro de tapa roja en sus manos—. Pensé que estarías durmiendo, yo me acabo de despertar, leí hasta las cuatro de la mañana y luego me quedé dormido. Pero bueno, no encontré el retrato de mi madre, sí este libro, lo escribió su padre, en él cuenta cómo era Xínef y la describe a ella parte por parte. ¿Qué hay de ti?

—Bueno... encontré el diario de mi padre, dice cómo fue en realidad. ¡No hagas ojos de carnero degollado! Porque no te diré la verdad ahora... tú venías a pedirme algo, ¿verdad?

—¡Ian! ¿Acaso no puedo venir a saludarte sin que creas que es para pedirte algo? —dijo con tono ofendido.

—No.

—Tienes razón, escucha. Quiero que leas la descripción de mi madre y con eso la reconstruyas en tu mente y la dibujes para mí... ¿quieres?

—Uhm... Licer, sabes que no hago retratos... sólo... ya sabes, el estilo que sé dibujar.

—Lo sé, y con eso me basta y me sobra. Auuunnnque, si te esfuerzas un poquito y haces su rostro te estaré eternamente agradecido.

—Bien, pero que te quede claro algo: eternamente no es descabellado considerando qué somos y en dónde vivimos. Pero si hago esto no tendré tiempo para organizar nuestro cumpleaños.

—¡No te preocupes, yo me ocuparé de todo! Además tu mamá y Nara me ayudarán.

—Este asuntito de la fiesta te tiene muy emocionado ¿eh?

—Yo tengo sangre en las venas, piojo.

Licer se marchó como quinceañera enamorada, lan blanqueó los ojos... tanto escándalo por una tonta fiesta. Cerró el diario de su padre y tomó el del abuelo de Licer, dispuesto a hacer el dichoso retrato.

Antes de asentar el lápiz releía varias veces la descripción de Aika, la hermosa Reina Fénix.

—¡Wou! —exclamó arrojando el libro como lo había hecho con el diario de su padre horas atrás—. Es un chiste... si, es un chiste. ¡Ah! ¡Cursi, cursi, y diez mil veces cursi relato de magia! Esto... esto es demasiado, aún para mi... es muy... ¡ah! ¡Irreal!

Mientras el más pequeño se dedicaba a criticar al maldito destino que se había encargado de crearles un panorama

especialmente fantástico y demasiado “noble”, Licer había reunido a la servidumbre del palacio. Les señalaba cómo debían hacer los adornos y discutía con su tía lo que debía usar.

Al caer la tarde, Ian seguía dibujando y leyendo a regañadientes, el interpretar correctamente las palabras y poder volcarlas al papel en una forma de mujer era un verdadero reto para su creatividad, y el que la palabra “Reina” se le cruzara por la mente a cada segundo no ayudaba mucho a su concentración.

Al anochecer regresó al castillo, la agitación que había tenido por la tarde había desaparecido. Se dirigió al salón donde toda su familia lo esperaba para empezar la cena, se sentó y todos comenzaron a comer en silencio. Hasta que Ósagep decidió romper la tranquilidad de la velada.

—Árekel —dijo con el mismo tono arrogante que usaba siempre que se dirigía al chico—. Mi hijo me ha comentado que estás tratando de reproducir un retrato de su madre, basándote en descripciones de un libro.

—Así es —contestó Ian si darle mucho interés, aún le revolvía el estómago lo que había leído en el diario de su padre y sobre la madre de Licer.

—Te tomará mucho tiempo ¿sabes?, más allá de nuestras discordias debo decir que te será imposible dibujar a Aika tal como era...

—Bueno, de hecho lo terminé hace unos minutos... sólo espero que sean sinceros... hice lo que pude y es probable que ni siquiera se parezca.

Sacó de su cuaderno una hoja y se la entregó a su madre.

—Lamento que esté tan desprolijo, no soy muy bueno con los colores y los lápices que tengo son de mala calidad. No es excusa, es la falta de... bueno. Lo lamento mucho, Licer.

Idnalde se quedó un largo rato mirando aquel dibujo, luego se lo pasó a Ósagep, quien de muy mala gana lo aceptó. Al verlo quedó totalmente pálido y para sorpresa de todos, los ojos se le llenaron de lágrimas... pasó su mano por la hoja, acariciando el rostro del dibujo.

—Una pobre reproducción, sin duda —dijo—. Pero bastante acertada para haberla hecho en una tarde.

Licer tomó el dibujo y lo miró con cariño. Así de hermosa era su madre, no podía creerlo, si le dijeran que era su hermana lo habría creído sin dudar una sola vez... se quedó un largo rato contemplando aquel retrato, miró con atención los claros ojos que había heredado... cerró los suyos y de pronto escuchó en su mente una voz muy dulce... La imagen de aquellos hermosos ojos aparecía frente a él mientras escuchaba una bella voz femenina: la voz de su madre... lo poco que había vivido con su madre a los tres años en aquella oscura caverna revivía en su mente...

—Recuerdo su cabello en mis manos —dijo suspirando—: era largo, muy largo... e increíblemente suave. Recuerdo sus alas, grandes y cálidas... me envolvía en ellas en la noche para que no tuviera miedo ni frío. Recuerdo su voz... diciéndome siempre que todo estaría bien... su voz, cantándome canciones de su pueblo... de su gente y... por último recuerdo sus manos... Gracias Ian, de no ser por tu dibujo no habría logrado recordarla.

Ian quedó sorprendido... no sentía haber hecho un buen trabajo y tampoco creía que un dibujo ayudara a traer semejante recuerdo de regreso... pero cambió de opinión al ver el rostro feliz de su hermano... bueno... podía ser que si había hecho algo pasable después de todo.

La cena fue más agradable con lo sucedido; misteriosamente Ósagep era más amable con Ian, lo trataba como a un igual, como su sobrino. Era lógico para quien conocía bien al Rey, se transformaba completamente cuando estaba con Aika. Ósagep era una persona completamente diferente cuando estaba con ella: se lo oía reír muy seguido, se convertía en una persona amable y simpática, de buen carácter, se diría que Aika había sido el alma del Rey.

~oOo~

Llegó el sábado, la mañana era fría aunque los rayos del sol como siempre llegaban para bañar a toda la ciudad. Los habitantes habían vuelto a las vidas tranquilas y apacibles; volvían a arar los campos, a enseñar en las escuelas, a preparar el pan, a cocinar las carnes, a repartir las verduras, a trabajar para todos. Licer veía a Etnalta todos los días florecer desde el castillo, realmente el ver a la ciudad de oro desde lo alto lo llenaba de felicidad y de una tranquilidad que terminaba por embriagarlo.

Bajó a la cocina y desayunó tranquilamente, luego como era costumbre se dirigió al jardín, donde encontró a Ian: en el mismo árbol de siempre, esta vez no escribía ni dibujaba, leía aquel libro azul. Licer se sentó a su lado y ojeó las páginas,

estaban escritas en letras que él comprendía, en el alfabeto común pero las palabras en sí eran de otra lengua.

—¿Qué quieres para tu cumpleaños? —preguntó dejándose caer sobre la cómoda alfombra de pasto.

—¿Qué? ¡Ah! No, nada. No quiero nada, Licer.

—¡Vamos! Algo tengo que darte, después de todo tú me diste un regalo que atesoraré por siempre: el dibujo de mi madre es muy importante para mí.

—Pero no quiero nada. En serio, está todo bien. En serio, no quiero nada.

—Podemos contratar bailarinas que salgan de un pastel— bromeó evitando que el más joven continuara con su lectura.

—Eso es cuando cumples dieciocho, y tu serías capaz de hornear un pastel de verdad... con las bailarinas dentro— replicó con una sonrisa divertida—. Además tu padre te mataría por depravado.

—Ah si... y seguro que él es un santo.

—Créeme que un monje del templo budista perdido en medio del monte Fuji tiene más chispa que tu padre.

—Creí que ya se llevaban mejor.

—Soy rencoroso—explicó recargándose más en el árbol—, además hasta no tener una explicación convincente y razonable por su... emm... “misteriosamente desaparecido odio sólo por ver un dibujo”, no daré el brazo a torcer.

Ese día se sirvió un plato muy extraño, no era carne pero sabía como tal... más deliciosa que todas las que habían probado antes. Lilu y Húriko no paraban de contar todas las graciosas cosas que habían hecho en la mañana, tenían nuevos

amigos y amigas en las casas cercanas al castillo que no dejaban de preguntar por los Príncipes que habían salvado la ciudad.

—Todos tienen diferentes versiones de la profecía de Lasylar—dijo Lilu como si hablara del clima—, y cuando les conté que...

—¿Profecía? —interrumpió Licer adelantándose a Ian—. ¿Qué profecía?

—¡Ay! perdón... se me salió...—se lamentó mirando a su tío.

—¿Qué profecía, padre? Por favor, no es la primera vez que escuchamos ese maldito nombre. Todo el tiempo. Desde que somos niños voces extrañas nos han susurrado ese nombre... como llamándonos a conocerlo... y otras cosas...

Ósagep suspiró con resignación mientras que Húriko clavaba el codo en la costilla de su hermana por abrir la bocota.

—Lang fue bendecida por los Dioses desde el momento en que las Tres Razas sellaron a los Baara que reinaban la tierra —explicó el Rey, Ian y Licer intercambiaron una mirada, ambos sabían que lo que escucharían les sonaría a cuento fantástico... como todo lo que venían viviendo—. Aquellos que fueron nuestros primeros gobernantes lucharon por purgar este planeta de toda maldad manifestada en forma de soldado. Lo lograron después de muchos años de guerra. Así que, en cuanto las ciudades se levantaron, los Dioses empezaron a expresarse... mediante profecías. Así las llamamos al menos.

—¿Declaraciones de un futuro cercano? —lanzó Ian recordando la cantidad de novelas fantásticas que había leído.

—Cercano o lejano, no podía saberse. Son... palabras que se aparecen de repente en un muro especial... siempre en la piedra. Son anuncios, si, de cosas que pueden evitarse a tiempo si se descubren, a veces aparecen casi en poemas, acertijos o más claras que una oración para niños de primaria. Pero todas, toda profecía se iniciaba de alguna forma, era detenida, si, pero se demostraba que lo que en ella estaba escrito podría haber sucedido. Nosotros no le damos un nombre a estas divinidades de las cuales les hablo, porque no sabemos qué o quiénes son... simplemente que están por encima de nuestro entendimiento y que de vez en cuando nos extienden una ayuda a través de estas marcas en la pared.

—Hace setenta años una nueva profecía apareció— continuó Idnalde—. Una que hablaba de la destrucción de nuestro reino y el de nuestros vecinos... una guerra entre las Tres Razas iniciada por extraños de tierras lejanas.

Licer sintió que el corazón se le aceleraba.

—Nos hablaba de nuestro final—continuó ella—, pero también de nuestra salvación.

—Hijos de la Nobleza de los Tres Grandes—dijo Licer frotándose las sienes con cansancio.

—Exacto... ¿cómo...? ¿Cómo supiste?

—Me ha taladrado la cabeza desde niño. ¿Por eso es tan increíble que hayamos vuelto...? por eso hay esperanza de ganar ¿verdad? Así está escrito.

—Hay esperanza por el hecho de que están vivos. Es cierto que lo que está escrito influye, pero nunca, nunca una profecía se ha cumplido en su totalidad. El destino no está escrito, Licer,

las profecías no son más que el marco general... lo que ocurra depende de ustedes.

Licer asintió al saber al menos que no eran títeres del Destino.

—¿Pero quién es Lasylar?— interrumpió Ian impaciente—. ¿Por qué ese nombre nos persigue? Porque es un nombre ¿verdad? ¿Qué tiene que ver esa persona con las profecías?

—La famosa profecía de Lasylar—sonrió Ósagep—. Todo el mundo habla de ella pero nadie sabe lo que dice exactamente. Según se dice: aquella fue la primer profecía que apareció y los únicos que la leyeron fueron los Cuatro Grandes en su momento, es decir los primeros soberanos de nuestros reinos.

—Creí que eran Tres.

—En aquella época eran cuatro los reinos poderosos, cuatro los que ayudaron a sellar a los Baara.

—Wou. Despacio que es mucha información. Punto uno: ¿Qué eran los Baara? Punto dos: ¿Cómo es eso de que ERAN cuatro? Y punto tres, explica lo de Lasylar.

Ósagep suspiró con cansancio, viendo que no podría zafarse de esa explicación y de la curiosidad de sus niños que había sido alimentada por demasiadas preguntas por mucho tiempo.

—Los Baara—empezó ordenando sus pensamientos—, son, no eran. Son una raza que reinó mucho tiempo cuando Lang eran joven. Poderosos pero despiadados, eran lo que los humanos llamaron después “demonios”. Los Cuatro Grandes: los elfos tenían un Reino, pero después de muchos años se dividieron en colonias y el reino desapareció. ¿Vamos bien? — los dos jóvenes asintieron impresionados—. La profecía de Lasylar: como les dije, sólo fue vista por los reyes de esa época,

y quién sabe por qué fue cerrada al público después de unos meses, nadie más podía leerla ni saber qué profesaba.

—¿Y por qué tanta gente habla de ella si ni la conocen?

—A eso voy. Porque todas son conjeturas, claro, nada es concreto. Supuestamente, alguien llegó a leer algo, y se lo contó a quién sabe cuántas personas que distribuyeron la información que se habrá deformado con los siglos. Pero lo que es seguro es que la primera profecía se refiere a una persona que convertirá a nuestros reinos en un Imperio.

—Y que encontrará las llaves y traerá un Paraíso a Lang—saltó Lilu incapaz de contenerse más tiempo.

—Eso se dice... pero como les digo, nada es claro, y por ello todo son conjeturas, puesto que quienes alcanzaron a transmitir el mínimo conocimiento de la profecía también trajeron datos no muy alegres.

—Como que Lasylar sería un monstruo por ser hijo de razas opuestas y el resultado de una concepción casi imposible y sobrenatural—agregó la pequeña emocionada—. Y que como cargaría con el peso de traer el Paraíso sería una persona solitaria, llena de odio y rencor.

—Pero como les digo son sólo conjeturas—interrumpio Ósagep cortando el hilo de emoción de su sobrina—. Es una profecía que tiene milenios de antigüedad y su repentina desaparición todavía deja margen de duda si alguna vez existió. El punto de todo esto es que: la gente debe estar asociando la llegada de ustedes con Lasylar.

—¿Qué tenemos que ver?—replicó Licer—. Hay un periodo muy grande entre una profecía y otra.

—Hijo... es una gran coincidencia, claro. Ustedes son hijos de nobles, son hijos de Reyes y Reinas de cada raza, en ello se parecen a Lasylar... son el resultado de algo que se creía imposible. En teoría jamás tendrían que haber nacido. Y es la primera vez que una profecía anuncia a personas después de Lasylar. Lasylar fue la única persona nombrada específicamente en una profecía, las demás quizás mencionaban sujetos pero nunca con características especiales para identificarlos, todo era muy general. Ustedes han sido la excepción después de milenios de silencio. Por ello la gente se alborota.

—Osea que... ¿hay una profecía sobre nosotros? —recapituló Ian. Sus hermanas, su tío y su madre asintieron lentamente—. ¿Y dónde está?

—En el Templo del Fénix—contestó Ósagep—. En la ciudad de Xínef. Allí es donde toda profecía aparece.

Todo sonaba tan increíble y fantástico que parecía imposible que fuera cierto, sin embargo ahí estaban ambos, escuchando lo que alguien de carne y hueso les narraba.

—Si no están satisfechos con lo que les hemos explicado, me temo que no hay nada más que pueda decirles.

En realidad no podían esperar más ciertamente, todo punto de duda había quedado aclarado... el por qué escuchaban aquellas voces, el por qué la gente los contemplaba sorprendidos y también por qué Lang siempre había demandado su presencia durante tantos años. Aunque... algo no terminaba de cerrarles... algo seguía palpitando en cada uno creando incertidumbre.

~oOo~

Las decoraciones del castillo estaban terminadas. Toda Etnalta estaba invitada al cumpleaños de los Príncipes, aunque toda la ciudad no era gran cosa que digamos. Durante su encarcelamiento en las catacumbas muchos Atlantes habían perecido y además aquel encierro no era el lugar más apropiado para tener hijos. El número de habitantes con el que Etnalta contaba en la actualidad no compensaba el que fuera llamada “ciudad”. Aún así el enorme salón del castillo se ganaba su nombre.

Ósagep e Idnalde recibieron a los invitados con alegría al igual que el resto de la ciudad, salían de las casas y se asomaban por las ventanas para ver a las grandiosas Criaturas del Bosque. Esa noche los líderes dormirían en el castillo mientras que sus grupos en las casas que no tenían habitantes, las cuales, por cierto, eran muchas.

La cena fue muy alegre y placentera para todos, principalmente por el buen humor de Ósagep. Luego se retiraron a sus lugares de reposo. Licer se quedó varias horas en el jardín hablando con Donray, si, efectivamente hablando... era claro que el pegaso podía entenderlo y siempre mostraba interés por escucharlo, mientras que el chico comenzaba a entender a lo que Lilo se refería con *saber* escuchar.

Mientras tanto, Ian miraba por su ventana. Algo lo perturbaba desde la misma mañana de ese día, podía decirse que presentía la cercanía de una amenaza... algo estaba por suceder, quizás, era como sentir el filo de una espada a punto

de herirlo... saber de la presencia de alguien que emana deseos de herir.

Debería irse a dormir... tenía que dormir para lucir sonriente y contento para todos en la fiesta de su cumpleaños.

No podía dormir.

No podía dormir pensando si acaso... Keyla estaría al día siguiente. Y entonces... se mordía el labio inferior y cerraba los ojos con una horrible expresión de dolor... Keyla no regresaría, no, Keyla: su refugio, su amor, su vida en sí se había marchado, lo había dejado, lo había abandonado... para siempre quizás.

Sentía... se sentía abandonado, tan dolido y perturbado que no tenía palabras para expresarlo, no podía dejar de pensar... ¿por qué? ¿Por qué se había ido Keyla? ¿Por qué se había marchado con tan mediocre excusa? ¿Por qué lo había dejado? ¿En verdad lo amaba? Si en verdad lo amara no lo habría dejado...

Dolía... dolía como nada en el mundo... era una presión tan fuerte en la garganta, una angustia tan filosa rasgándole el alma... que no parecía provenir de sí mismo.

—¿Qué está pasando? —jadeó llevándose las manos a la cabeza.

No podía parar, algo no le permitía dejar de fustigarse con esos pensamientos, algo le impedía darle un alto a tanto dolor... no podía dejar de sufrir.

Todos te abandonaron...

Se llevó las manos los oídos, asustado... era cierto, sus padres adoptivos, Samit, Keyla... su hermano... todos...

Las velas se apagaron, no con viento, no... con frío, como si dos fríos dedos hubieran apagado simultánea y sutilmente las llamas. La habitación se sumió en sombras... Ian dejó de respirar.

Él estaba allí.

—No...

Jadeando asustado tuvo una reacción instantánea: huyó.

—No—gimió asustado saliendo al pasillo—. No me encontrarás otra vez...

Salió al pasillo también a oscuras, pero aunque quiso salir corriendo en busca de Licer se detuvo lanzando un gemido de dolor... una garra esquelética se había cerrado en torno a su pecho.

Todos te abandonaron...

Se dejó caer de rodillas al suelo con los ojos semiabiertos mirando el oscuro techo del pasillo, las luces decaían lentamente. Ian quedó envuelto en oscuridad y desesperación; ¿por qué le importaba tanto? No lo sabía, era como si el haber acumulado tanto dolor y liberarlo en un solo pensamiento hubiera activado una fuerza escondida que no convenía despertar.

Se mantuvo arrodillado con la cabeza hacia arriba por varios minutos, sólo veía sombras y más sombras, pero escuchaba los gritos y llantos... y en su corazón todo era igual, sólo había oscuridad y dolor.

—Está pasando de nuevo— gimió temeroso encogiéndose y abrazándose a sí mismo sintiendo cómo por detrás alguien lo envolvía—. Por favor... no de nuevo... no me hagas daño...

De pronto se vió años atrás, en un recuerdo que había dejado muy sepultado en su mente... tanto que jamás lo había traído de regreso, hasta ese momento. Cuando tenía cuatro años, aquella madrugada en que había salido corriendo de su habitación por la horrible sensación de vomitar... había devuelto sangre en vez de comida, había llorado sintiendo como esa cosa lo abrazaba por la espalda y le susurraba atrocidades al oído... y cuando se había negado a lo que le pedía había terminado completamente herido en el piso del baño... llorando y pidiendo ayuda... Licer había llegado a presenciar la horrenda escena que con el tiempo llegaría a reprimir en su memoria.

Había gritado con el alma y con ello, alertado a quien no debía enterarse de su existencia...

De pronto, escuchó que alguien golpeaba dos veces las palmas y con esto se encendían todas las luces en las antorchas del pasillo de izquierda a derecha. Ian bajó la cabeza para mirar al frente, ¿ahí de pie estaba Licer? Los ojos bien abiertos por la sorpresa al igual que la boca, corrió hasta Ian, hincó la rodilla en el piso y esto fue oportuno ya que el joven se desmoronó en sus brazos, lo hizo girar sobre sí para ver su rostro.

—Licer... ayúdame, no me dejes solo... por favor... —dijo con voz muy débil.

—¿Árekel? —dijo Ósagep—. ¿Qué te pasa?

No obtuvo respuesta durante varios minutos. Después de ponerse más pálido y de retorcerse unos momentos de dolor mientras se agarraba el pecho, Ian comenzó a hablar en una lengua extraña... no era la de los Dragones, Ósagep la hubiera reconocido...

Se había horrorizado al encender las luces y ver por un segundo a Ian arrodillado en el pasillo, mirando perdidamente hacia arriba mientras que en su espalda... se abrazaba alguien... alguien corpulento completamente envuelto en harapos negros... pero había sido solo por un segundo, no podía saber si acaso era cierto o si había sido una horrenda jugada de su imaginación.

—Licer... ayúdame... —susurraba el adolorido muchacho con debilidad. Los ojos se le inyectaron en sangre, esos hermosos ojos celestes se teñían de un rojo carmesí—. Por favor...

De pronto Ósagep entendió lo que sucedía, a su ver, Árekel había pasado por un momento muy fuerte en el que ponía seria y decididamente en duda su existencia...

—*Lasylar no es un mito entonces*— pensó con el miedo agolpándose en su cabeza.

Idnalde salió corriendo de su habitación, la presencia de un Baara era increíblemente fuerte de un momento a otro, pero al encontrarse con aquella escena de su hermano sujetando a su hijo todo cobró un espantoso sentido. Se arrodilló junto a Ian y le tomó con fuerza la mano pero él no dejaba de llamar a su hermano pidiendo auxilio como si fuera un niño asustado.

Idnalde comenzaba a desesperarse y a ponerse histérica, su hijo comenzaba a morir de la peor de las formas, una muerte sin descanso ni fin. No sabía cómo salvarlo, tampoco Ósagep sabía, por más que hubiera leído todos los libros de Lang no sabría cómo salvar al hijo de su hermana.

Lo levantó y lo llevó a su habitación, al depositarlo en la cama notó que Ian trataba de agarrarse entre los gemidos de dolor, el pecho. Ahí estaba de nuevo... esa espantosa imagen de alguien envuelto en harapos, ahora recostado a un lado del chico con su garra esquelética aferrada al pecho trémulo del niño.

De un tirón, Ósagep le abrió la camisa arrancando todos los botones. Idnalde se sostuvo de la baranda de la cama para no desmayarse mientras que su hermano sólo pudo horrorizarse y contenerse para no gritar y alarmar a todos. Ian tenía una quemadura en el centro del pecho, la insignia de la oscuridad, el símbolo que representaba a todo Baara dónde y cuándo fuera.

—¡Ósagep! —dijo ella ya llorando—. Perdí a mi hijo cuando lo recuperé.

—¡No! Esto aún no se acaba —exclamó él—. Debe volver, nadie puede hacerlo, sólo él. Sólo necesitamos llegar a hablarle...

Ósagep sabía muy bien que era imposible que Ian pudiera llegar a escuchar el más mínimo sonido además de sus propios gemidos de dolor y el sonido de la piel cocinándose por la marca que anhelaba salir a la luz, Ian no podía escuchar nada más.

Porque se encontraba cayendo en un profundo vacío, un vacío lleno de oscuridad.

No escuchaba nada, no había dolor, no había nada, no sentía nada... ¿así se sentía morir? ¿Qué era eso? Alguien lo esperaba de pie al final del vacío, ¿qué era? Una persona, parecía serlo al menos... estaba cubierta por una enorme túnica negra. Le daba miedo, sentía miedo, algo le atravesaba el corazón... el individuo se corrió la capucha que le cubría el rostro... ¡lan sintió que el alma se le salía del cuerpo! No quería bajar pero no podía evitarlo, lo estaba esperando. ¡No!

—*Ven a mí, hijo de los Dioses... no tengas miedo...*

Las siguientes dos horas fueron las más horribles que los hermanos Atlantes jamás hubieran vivido. lan comenzaba a recitar una especie de juramento a los Baara; la quemadura echaba humo y sangre marcándose más y más.

Vaya cumpleaños, eran las dos de la mañana, lan ya había cumplido los diecisiete años, quién pensaría que algo así pasaría.

Lasylar es mío...

~oOo~

Llegó el alba, Licer entró lentamente a la habitación de su hermano para espantarlo como solía hacer de niños. Sin embargo, se extrañó al ver que lan no se encontraba en el cuarto. Salió de allí muy confundido, mayor fue su sorpresa al ver un diminuto pero visible rastro de sangre por el pasillo,

bastante asustado siguió las gotitas carmesí hasta la habitación de su padre.

Idnalde dormía en un sillón, tenía la mano derecha bañada en sangre que no era de ella; Ósagep estaba sentado en el piso, con la cabeza y los brazos apoyados en la cama mientras sostenía la mano de Ian con fuerza. Al ver a su hermano en la cama, Licer se acercó y observó entonces que tenía un paño un poco quemado y completamente manchado con sangre en el pecho. Esto lo impactó y asustó, sacudió un poco a su padre, este de un sobresalto se despertó.

—¿Padre? —dijo Licer en voz baja—. ¿Qué ocurrió anoche?

—¡Oh, por los Dioses! —exclamó Ósagep levantándose. Notó con sorpresa que Ian seguía en la cama, tocó su cuello para sentir su pulso. ¡Estaba vivo! Muy débil, pero vivo—. ¡OH! Gracias. Hijo, no tienes idea la pesadilla que pasamos anoche. Quitá el paño que tiene Árekel en el pecho, yo no me atrevo.

Licer tomó aire y luego lentamente comenzó a retirar el lienzo estropeado. Se encontró con una marca muy extraña que parecía una quemadura. Los bordes estaban bien marcados como hechos por el filo de un cuchillo. Medía por lo menos cinco centímetros de ancho y siete de largo, el grosor era demasiado. Licer no quería ni imaginar cómo había ocurrido tal atrocidad.

Después de abrir todas las ventanas de par en par y respirar el puro aire matinal, Ósagep le contó todo a su hijo, desde cómo había encontrado a Ian hasta cómo se había manifestado la horrible marca en su pecho.

—Lamento que se haya arruinado tu sorpresa —dijo Ósagep.

—Supongo que es lo que menos importa. No comprendo... no comprendo lo que ha sucedido...

—Si... yo también estoy bastante confundido—murmuró frotándose la nuca—. Feliz cumpleaños, hijo —lo abrazó muy fuerte. Estaba feliz, como si se sintiera afortunado de que su hijo no corriera la misma suerte que Ian.

Licer sabía con pesar quién, o más bien qué... le había hecho eso a su hermano. Tenían que buscar la manera de entender quién era y por qué buscaba hacerle daño a Ian, porque siempre había buscado eso.

~oOo~

Idnalde abrió los ojos al mediodía, descubrió con sorpresa que se había quedado dormida y la sorpresa se le transformó en horror al ver que Ian no estaba en la cama. Salió corriendo de la habitación, revisó cada una de las demás pero su hijo no aparecía. Desesperada, bajó rápidamente las escaleras y comenzó a recorrer cada sector de la planta baja y por esto se topó bruscamente con Licer y Lilo.

—¡Tía! ¿Estás bien? —dijo Licer.

—¡Némok! —exclamó ella—. ¡Árekel no está, no está!

—¿Cómo que no está? —dijo Lilo—. Por la mañana temprano pasé por el cuarto y allí estaba con usted, Alteza.

—Me quedé dormida, ahora desperté y no estaba. Por favor, ayúdenme a encontrarlo.

Así llamaron a toda la servidumbre y comenzaron a registrar cada rincón del castillo, también varios soldados salieron a la

ciudad y todo atlante enterado quién sabe cómo, se dedicó a ayudar.

Licer llevaba cerca de una hora buscando sin resultados hasta que abandonó los interiores del castillo y corrió hacia el jardín donde siempre había encontrado a Ian escribiendo... y así, más o menos fue: Ian estaba arrodillado frente a la fuente, bien erguido parecía mirar algo en el agua. Licer se acercó y notó que Ian miraba su propio reflejo en el agua cristalina. Tenía la ropa hecha jirones, los pantalones, la camisa, incluso las botas. Licer se frotó los ojos creyendo ver una ilusión y muy mala jugada de su mente... allí en el reflejo del agua se veía la borrosa imagen de Ian con alguien lúgubre abrazado a su espalda. Moviendo la cabeza como queriendo recuperar la razón se sentó en la fuente al lado de su hermano.

—¿Ian, qué te paso? Mi padre me explicó todo pero no puedo entender...

—Tampoco yo...—dijo apartando la vista del agua—. Estuve perdido, cayendo hacia la oscuridad. Había un hombre o al menos eso parecía en un principio. Me estaba llamando en una lengua diferente, que yo entendía. Licer, él... esa cosa... ese hombre se quitó la capucha y pude ver por qué la marca que tengo es como es. Su cara esta plasmada en mí ahora, esa calavera horrible con cuernos esta en mí... él está conmigo todo el tiempo ahora... esperando.

—¿Qué... qué está esperando?—preguntó algo nervioso por las lúgubres palabras.

—A que yo ceda... a que acepte estar de su lado y me entregue... porque no puede obligarme, sólo mostrarme el

camino... pero no puede obligarme a estar de su lado... yo tengo que decidir... yo tengo que entregarme...

—Ilan... no sé bien qué pasó anoche...

—Grité a todo pulmón que estaba vivo y él vino a mí...

—¿Quién? ¿Lasylar?

—No lo sé, pero no lo creo... si te aferras a lo que dijo Lilu... que Lasylar es un monstruo, entonces sí. Pero creo que era algo así como un demonio... no sé por qué vino a mí... sólo sé que me marcó y que ahora me sigue... y espera a que yo ceda. Como cuando era niño...

—¿Cuando eras niño? —preguntó aún más confundido.

—No podrás recordarlo, yo tampoco podía hasta anoche.

—Sigo sin entender nada, ¿me estas diciendo que de la nada esa cosa te encontró, te marcó y se abraza a tu alma esperando que te unas a él?—Ilan asintió sonriente, escucharlo de esa forma hacía que en verdad sonara ridículo—. Hasta esa cosa nos relacionan con Lasylar ¿eh?

—Creo... creo que es un... ¿Baara? Ya no importa... estoy cansado de pensar en eso ¿sabes? Estoy cansado de mentiras y secretos... sólo quiero... sólo quiero decirte feliz cumpleaños y... y eso, Licer.

—Gracias, igualmente.

Se quedaron allí, en silencio... a pesar de que momentáneamente el peligro había pasado y que ahora todo estaba en calma como si lo sucedido la noche anterior no hubiese tenido relevancia, como un incidente aislado. Pero los dos hermanos sabían que la noche anterior era más grave de lo que Ósagep contaba. Ilan lo sentía, no recordaba mucho de lo ocurrido, no podía más que vislumbrar el terrible dolor y el

espantoso miedo que le había sacudido el cuerpo; pero sabía que no podía ser tomado a la ligera el hecho de tener una marca hecha a fuego en el pecho, fuego salido de la nada... no era posible que nadie se detuviera a explicarle cómo un Baara que supuestamente estaba sellado, prácticamente muerto pudiera llegar a él de semejante forma. ¿Cómo ese mismo Baara los había perseguido en la Tierra? Porque era el mismo.

Ian sabía, a pesar de todo que esos miedos de la infancia, esas voces que todos habían creído producto de la esquizofrenia, sabía bien que esos miedos ahora cobraban fuerza en verdaderas manos esqueléticas que le presionaban el pecho... como la noche anterior.

~oOo~

Al llegar la noche la fiesta dio inicio con grandes y clásicas melodías. Se horneó un pastel gigante de cuatro metros de alto y dos de ancho, bizcochuelo con dulce de leche y chocolate bañado con la deliciosa y tradicional *“Crema de las Nieves”* Atlante.

Los invitados estaban radiantes, no llevaban ropas demasiado formales y aún así eran increíblemente magníficas y fuera de todo lo que uno conocía. El decorado del salón era sensacional: había banderas colgando del techo, telas blancas que lo atravesaban de un lado a otro, bellísimos candelabros por todas partes, todo un deleite.

A las diez en punto los cumpleaños ingresaron al salón rodeándose de gente y estruendo; feliz cumpleaños por aquí y por allá hasta el hartazgo. Ataviados con ropas hermosas,

radiantes como sólo ellos podían estarlo ante los maravillados ojos de todos, los Príncipes resultaban un espectáculo.

Hubo música, un banquete, felicitaciones y finalmente el baile.

Al sonar el reloj a las doce la banda decidió tocar puros lentos y así el Príncipe Némok permaneció en la pista de baile acompañado por su Princesa parce. Ian fue a sentarse entre los taburetes que habían sido colocados alrededor de la pista. Veía con nostalgia cómo las numerosas parejas se susurraban cumplidos o declaraciones, veía cómo hasta la más mínima caricia era un tesoro invaluable para cada amante; una tristeza terrible le inundó el corazón, el dolor que sintió fue mucho peor que el de la quemadura del Baara... ¿qué tortura podía ser peor que eso? Durante diez años había festejado su cumpleaños con personas queridas, pero con odiosas que lo arruinaban; ahora que lo festejaba como siempre había querido, no lo disfrutaba como esperaba. Algo, sólo algo se lo impedía, algo demasiado fuerte para él, la base por lo que luchaba y se mantenía en pie... sólo algo le faltaba.

La banda comunicó que tocarían su último lento, en ese momento Ian sintió que una mano de dedos largos se posaba en su hombro y al darse vuelta sintió ganas de gritar y saltar por todo el salón.

—¿Me haría el favor de bailar conmigo, Su Alteza? —dijo Keyla.

—Por supuesto —contestó él poniéndose de pie y tomándola de la mano.

Se encaminaron al centro de la pista y comenzó la música, suave y hermosa melodía que llenaba y regocijaba el corazón

de todos los amantes. Era sólo instrumental, toda una exquisita combinación de flautas y violines y algunos instrumentos que tanto Ian como Licer no conocían.

Ian sostenía la cintura de Keyla con una mano y con la otra su pequeña y suave mano blanca; ella lo miraba perdidamente, consciente de que ese sería su último momento de felicidad pues sabía que sus acciones en el futuro arruinarían todo lo que los unía. Sintió miedo, miedo que todo terminara, miedo de que la canción terminara y tuvieran que separarse, pero no quería, ¿por qué no podía durar para siempre la canción? ¿Por qué la noche no se hacía eterna? ¿Por qué la luna no tomaba por primera vez la determinación de no cederle el imperio al sol? No se podía.

Colocó los brazos alrededor del cuello de Ian mientras que él se aferró a su espalda y cintura.

—No cedas —dijo ella con los ojos a punto de estallar en lágrimas—. No cedas a lo que él te propone, Ian. Nunca nos abandones.

—Me dijo que jamás volvería a sentir miedo—dijo él hundiendo el rostro en la curvatura del hombro de Keyla—. Que él sería el único que jamás me abandonaría.

—¿Y tu le crees? Lo único cierto, mi amor, es que seguirás sintiéndote así hasta que las voces se detengan. Y las voces sólo se detendrán cuando descubras por qué regresaron.

—Para salvar a nuestros pueblos...

—¿Lo crees? ¿Crees que por eso Lang demandó tu presencia por tanto tiempo?

—N-no... no lo sé...

—Probablemente lo descubrirás al final del viaje.

Por el resto de la melodía permanecieron abrazados, inseparables por el poco tiempo que les quedaba. La promesa de no olvidarse seguiría en pie por siempre e inconscientemente en ese momento hicieron el sólido juramento de amarse toda la vida y después de esta, sin importar el no verse o que alguien nuevo apareciera en sus vidas, sin importarles se amarían.

Capítulo 8

LA TRAVESIA A XINEF

La mañana se extendía lentamente, no había nubes sólo los pálidos rayos solares que anunciaban el momento de partida para los Príncipes y sus ejércitos.

Licer fue el primero en despertar, como tantas veces ya había estado socavando en su memoria y en su propia razón para encontrar una respuesta a lo que le había ocurrido a Ian dos noches atrás, pero con lo poco que sabía sobre prácticamente todo no podía encontrar muchas respuestas.

Se levantó aún con todas las ideas frescas en la cabeza listo para preparar todo para el viaje. Buscó silenciosamente en su armario las ropas que necesitaría. Se puso una camisa marrón de mangas largas, un pantalón grueso de tela negra, botas de cuero de algún animal desconocido, un chaleco de tiro largo y una larga bufanda alrededor del cuello. Se colocó su cinturón y colgando de este su grandiosa espada, la idea de tener que blandirla una vez más y muy probablemente matar a alguien con ella le provocaba náuseas... no había disfrutado en lo más mínimo con quitar una vida y dudaba que en algún momento llegara a acostumbrarse, a decir verdad el simple pensamiento de que uno podía acostumbrarse le revolvía el estómago.

Sin hacer ninguna clase de ruido salió de la habitación dejando a Nara dormida en la cama. Se dirigió a la habitación de su hermano, tocó la puerta tres veces y entró. Ian estaba terminando de vestirse. Tenía una camisa blanca de mangas

largas, un pantalón marrón oscuro, botas como las de Licer y un sobretodo negro sin mangas. En el cinturón negro de hebilla de plata colgaba Nógard, porque así se llamaba aquella hermosa espada.

Licer volvió a ver la quemadura en el pecho de su hermano ya que tenía la camisa a medio prender. La miró con atención unos segundos, no era algo que pasara desapercibido pero de alguna manera Licer sentía algo extraño al estar en presencia de aquella marca. Era sencillamente horrorosa, en un perfecto círculo se presentaba una calavera que esbozaba una morbosa sonrisa, en vez de dientes esgrimía colmillos y a los lados de su cabeza se desprendían cuernos...

—Como el Asesino del Tiempo.

—¿Qué? —preguntó Ian.

—¡Ah! ¿Qué? ¿Dije algo? Eh... nada, olvídalo —exclamó confundido—. Em... ¿cómo te sientes?

—Un poco pesado...

—¿Comiste tanto anoche?

—¡Qué gracioso! Es como si cargara con pesas desde anteanoche. Y me duele aquí—replicó frotándose el pecho—. Pero estoy bien... no te preocupes.

—¿Cómo vas a estar bien después de lo que ha sucedido? —replicó bloqueándole el paso—. Honestamente preferiría que no viajaras así.

—Si lo dices en serio, cómo se nota que no me conoces—espetó empujándolo.

Bajaron juntos al comedor. No había casi nadie, con la excepción de Lilo, Néud y Lira. Tenían un mapa sobre la mesa y parecían estar discutiendo al respecto. Ian y Licer se sentaron

junto a los tres líderes y estos les explicaron el por qué de la discusión.

El tema en cuestión era la ruta que se debería tomar para llegar a Xínef, lo cual era muy estúpido, ¿cómo no habían discutido algo tan importante el día anterior? Lilo decía que la ruta más segura era la de Inam: un paso extenso que daba muchas e innecesarias vueltas por varios caminos pero que no estaba custodiado por ninguna clase de criatura. Néud sostenía que era una pérdida de tiempo, con el paso de Inam tardarían meses en llegar a su destino, de modo que en su opinión era mejor ir por el paso de Onreda: que iba en línea recta desde los terrenos de Etnalta hasta los Portones de Xínef. Por este camino llegarían fácil en pocas semanas si mantenían un paso constante y rápido, el único defecto de este plan era la posibilidad altísima de estar custodiado por varios centinelas apostados por los zachas. Lira decía que el camino más corto, rápido y seguro era el Paso del Cielo: estaba marcado por una bandada interminable de pájaros Mariposa, pájaros que median más de un metro de largo y de todos los colores habidos y por haber; por qué marcaban una especie de senda permanente en el cielo era un misterio, las nubes y las mismas aves evitaban que cualquier ojo enemigo o amigo viera a quien volaba sobre ellos; el único problema de este maravilloso camino resultaba ser que no hubiera suficientes pegasos para transportar a todos los soldados, así llegarían a Xínef en uno o dos días máximo, sin ser avistados, pero con menos de la mitad de las tropas originales.

Sin duda todas las opciones eran tanto buenas como malas en cualquiera de los sentidos que se las viera. Lilo insistió en

que Licer debería ser quien decidiera, después de todo sería él quien dirigiría a las tropas, era el capitán y por lo tanto caía en él la responsabilidad de la primera de las más importantes decisiones. Licer volvió a mirar los mapas con cuidado y repasó las explicaciones de sus amigos una y otra vez. Finalmente, decidió que no podían tardar tanto tiempo en llegar, tampoco irían con pocas tropas, en síntesis tomó la decisión de marchar por el paso recto y peligroso de Onreda que había sugerido Néud.

Una hora más tarde, las tropas estaban siendo ordenadas y ubicadas como Licer creía necesario en las puertas de la ciudad. A los flancos marcharían los duendes sobre los unicornios, la magia habría de proteger a los demás. En el centro irían los párcenes sobre los lincen, atrás algunos elfos con pegasos y en el frente el resto de estos, con Licer sobre Donray y Lilo sobre Ágleg.

Antes del mediodía, Licer, Ian y todas las tropas salieron de Etnalta con la bendición y esperanza de los reyes y de sus ciudadanos Atlantes.

~oOo~

La enorme compañía avanzaba velozmente. Licer iba en el lomo de Donray, ambos se habían tomado mutuo cariño y ahora eran compañeros inseparables; a la izquierda de ellos iban Lilo y Ágleg, el elfo ejercía cierta tranquilidad sobre el unicornio, es esa reacción que provocan los seres maravillosos sobre los animales místicos. Y a la derecha de Licer corría Ian sobre Ébok.

El paso de Onreda consistía en un amplio camino de tierra seca con una que otra piedra atravesándolo, fuera de este se encontraba la hierba del campo y enormes pastizales que cubrían varias hectáreas, y más allá con la agudísima vista del mejor de los elfos podían verse muy distantes las montañas que pertenecían a las tierras de Nógard: altas como gigantes de tierra, roca y plata, y en el centro estaba lo que quedaba de la ciudad Dragón. A la izquierda del camino se erguía, imponente y poderoso, el Bosque.

Los descansos eran prudentes pero escasos. Xínef estaba bastante lejos, a pesar de que el camino atravesaba grandes distancias y cortaba otras, sin importar en qué planeta se encontraran nunca era fácil llegar de un país a otro. Licer y Lilo conversaban y debatían constantemente, debían decidir cuántos de sus soldados se desviarían dentro de pocas semanas en el Paso del Colmillo para acompañar a Ian a Nógard.

Durante muchos días no se encontraron con nada extraño ni con algún centinela que pudiera delatarlos. No era extraño ya que no se habían alejado mucho de las tierras de Etnalta, faltaban demasiados kilómetros para llegar al país de Xínef. Sin embargo, Ian y los unicornios percibían algo raro en el aire, el viento traía consigo una amenaza que se acercaba hacia ellos; y a menudo escuchaban voces en ecos que les susurraban palabras en lenguas desconocidas. Esas horas fueron muy inquietantes para el ejército del Bosque, inclusive los lincen que se creían y tenían fama de valientes por sobre las demás criaturas, se sentían inseguros e inquietos durante aquellos momentos.

~oOo~

Cierto día, al dar la media noche la compañía se alejó unos metros del camino para descansar entre la alta hierba como hacían siempre. Comieron unos aperitivos que los dejaron satisfechos y repartieron los turnos de guardia. Licer, Lilo, Néud, Ébok, Ágleg y Lira permanecieron despiertos, hablando de distintos temas para que el tiempo transcurriera más rápido. Licer mandó a dormir a su hermano como si fuera un bebé, no había pasado desapercibido para el mayor el hecho de que Ian se sobara el pecho varias veces durante todos aquellos días... además... tampoco había pasado desapercibido el hecho de ver en ocasiones a esa cosa abrazándose a su hermano...

—Ahora... tengo una duda—dijo másticando una ramita seca—. Mi padre ya me lo ha explicado, pero nunca está de más buscar una opinión diferente. ¿Qué saben de Lasylar?

—La primera profecía— sonrió Lilo recostado a su lado—. Una gran leyenda.

—¿No le temen?

—¡Claro que no! Y ahora menos que nunca, después de todo Lasylar es...

De repente, Néud guardó silencio y se quedó quieto. Esto alarmó a los demás ya que el duende había estado hablando a la par de Lira tratando de explicar a Licer.

—Néud, ¿qué ocurre? —preguntó este.

—¡Shhh! —exclamó—; escuchen...

Colocó la mano detrás de su inmensa oreja y aunque los demás intentaron no escucharon nada fuera de los grillos y el

sonido del viento. Era claro que fuera lo que fuera, se movía casi sin hacer ruido de modo que sólo la gran audición de un duende podía oírlo.

—Son pasos —susurró—, pasos de alguien que se mueve sobre dos patas. De bestias, bestias enormes. Ahora son aleteos, aleteos pertenecientes a gigantescas alas... gruñidos, palabras en una lengua que no conozco o no distingo...

Los compañeros, asustados se pusieron de pie y desenvainaron las espadas, garras y cuernos. Néud continuó diciendo todo lo que escuchaba, y pronto hasta los demás lograron escuchar con claridad. Sin duda algo se estaba acercando, algo que alertó al resto del ejército; se pusieron en guardia y escuchando con temor a lo desconocido. De pronto, Lilo comenzó a mover los ojos y la cabeza de un lado a otro, Licer notó entonces que el resto de los elfos hacían lo mismo.

—Néud tiene razón —dijo el elfo un poco pálido—: son personas o al menos tienen esa forma, están encapuchados y cubiertos con capas muy largas. Tienen bestias enormes, no distingo lo que son pero tienen alas, algunos las agitan en señal de desafío, típico comportamiento de los... oh por los Dioses...

—Baara...—susurró Néud.

—¡¿Demonios?!—exclamó Licer desconcertado... oh cielos, ya era suficiente con todo lo que había visto, no podían seguir agregando más cosas.

Ébok husmeó el aire y lanzó un gruñido de asco, Licer miró al lincen.

—Huele a muerto —repitió... si, repitió—; traen muerte consigo o se han bañado en sangre. El olor a muerte está impregnado en ellos.

Ágleg comenzó a golpear el suelo con sus cascos y luego pasó el hocico por la tierra seca.

—La tierra tiembla —continuó—, puedo sentirlo, teme y aborrece a esas patas y pies malignos que la hacen temblar.

Por fin algo, no lo que precisamente esperaban... la niebla se disipó un poco revelando a un jinete que parecía estar vestido de negro, montado sobre una bestia extraña que no llegaban a distinguir. El animal tenía una armadura en ciertas partes del cuerpo que lo tapaba completamente, lo único que podía verse con claridad eran las gigantescas alas que tenía: negras, desgarradas en algunas partes y escurriendo sangre en otras. Licer ahogó un grito... ¿acaso esa cosa que se abrazaba a lan había decidido presentarse?

El jinete se apeó de la bestia, y en ese momento todos pudieron apreciar que no estaba vestido de negro, sino que estaba cubierto de cenizas... o más bien hecho de ella. Mientras caminaba o ante cualquier movimiento que realizaba, el polvo de ceniza iba quedando atrás como una prenda que se deshace.

No obstante, las cenizas cubrían parte de su cuerpo, el rostro y manos estaban descubiertos. Era un joven aparentemente normal. De cabello castaño claro hasta los hombros, de piel blanca y ojos celestes, bien parecido, su única imperfección era una cicatriz en la mejilla izquierda, un tajo muy largo que atravesaba la carne.

Sin guardar su espada, Licer se acercó unos pasos seguido muy de cerca por sus compañeros.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Xélfay —contestó tranquilo.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? —agregó Néud.

—Soy libre de andar por donde me plazca, en cuanto a mis intenciones no son asunto suyo, señor duende.

—¿Son tus gentes las que nos rodean?

—Sí, lo son —contestó Xélfay sin mucho cuidado—; queremos saber adónde se dirigen.

—A Xínef, vamos a la ciudad Fénix —contestó Licer sin preocupación, varios de sus compañeros se golpearon la frente.

—Eso pensé, el Príncipe Némok debe reivindicar su trono y el de su madre.

—¿Cómo sabes quién soy? —exclamó.

—Lo he visto, todos los míos lo han visto... pero usted y su tropita no me importan, tienen a un Dragón con ustedes y quiero que lo entreguen.

—¡Jamás! ¿Crees que soy tan estúpido de entregar a mi hermano al primer loco...—lo miró tratando de definir de qué estaba hecho—que se me cruza? ¿Qué eres?

Lilo le dio un codazo en la costilla, aparentemente el único que desconocía la raza de aquella persona era él... pero... no podía entender qué veían los demás que él no. Miró al muchacho una vez más...

—Eres... pero... no comprendo...

El hombre sonrió. El simple hecho de mirarlo a los ojos le había bastado para saber su raza, pero sólo por ello no entendía qué hacía allí, tan pálido, tan demacrado y lejos de su ciudad... ¿qué hacía allí en vez de defender a su pueblo?

—Te salvaste la primera vez, Árekel —exclamó Xélfay—. Pero debes venir como debió haber sido, desde ahora ya no puedes viajar con ellos. Ya no eres como ellos... ¡y lo sabes!

—¿Qué insinúas? —gritó Licer perdiendo la paciencia—, ¡lan es como nosotros ¿o me vas a decir que es como tú?

Xélfay alzó una mano, deslizó los dedos por las cenizas que se desprendieron de su piel hasta que el pecho le quedó descubierto. La impresión de todos fue inmensa al ver que tenía la marca Baara.

—Creímos que era tarde —continuó—. Creímos que estaríamos condenados a esto de por vida, pero todavía podemos pelear... si él está aquí es porque aun podemos salvarnos.

lan emergió de la multitud, Licer lo tomó del brazo antes de que el chico saliera de la línea segura.

—¿Qué crees que estás haciendo? No te iras con el primer desconocido que sepa tu nombre. '

—Es por mí que están así. ¿No lo entiendes? Tú te salvaste porque no gritaste como yo lo hice, ellos... ellos están así porque él me busca a mí... porque son Dragones...

—Ni siquiera sabes lo que estás diciendo. No irás, ¡y se acabó! ¡No me mires así, maldita sea! ¿Quieres espantarme como lo haces con todos? ¡Pues se acabó! Soy tu hermano te guste o no. Y te guste o no, no vas a alejarme ¿entendido?— lan quedó paralizado—. No me iré a ningún lado, voy a estar aquí. Así que no temas y no intentes alejarme.

Sintió perfectamente cómo el brazo de su hermano temblaba y sintió una fuerte puntada en el pecho. Jamás le había hablado así, escupiéndole todo lo que sentía y pensaba

de su absurda forma de protegerse... pero al menos así Ian entendería.

—No necesito alejarte, Licer—contestó con odio recuperando su brazo—. No eres quién para juzgar o no lo que hago o dejo de hacer. Me voy con ellos.

Y diciendo esto dio media vuelta y emprendió el camino hacia Xélfay. Licer se quedó pasmado unos segundos, respirando agitado y con la impotencia acumulándose en su pecho. Esta vez no cedería tan fácil. Corrió hacia su hermano y volvió a tomarlo con fuerza del brazo, pero cuando el menor se volteó fue directo con un golpe... y antes de que los demás se dieran cuenta los dos se encontraban forcejeando en el piso.

—¡No irás! —exclamó furioso Licer colocándose sobre Ian al sujetarlo firmemente—. ¡Eres mi responsabilidad!

—¡No! —contestó furioso—. ¡Hace tiempo que dejé de serlo! ¡Acostúmbrate a la idea, idiota!

—¡¡Lamento no haberte buscado!!

Y se hizo el silencio. Todos observaron confundidos y concentrados cómo de la nada con esas palabras la pelea había llegado a su fin. Ian estaba perplejo e inmóvil observando a Licer que también lo miraba fijo con una expresión abatida.

—¿Qué...?

—Lo siento— continuó avergonzado—. Lamento mucho no haber ido por ti. Prometí ir a buscarte y no lo hice. Nunca quise abandonarte. Lo planeé muchas veces y casi llegué a intentarlo... pero entiende que yo también era un niño. Lo siento mucho, de verdad... Ian...

El Dragón lo observó confundido, tantos años habían pasado... tantos esperando por nada, y al final al menos

obtenía una disculpa. Al menos sabía que Licer no lo había olvidado.

—No puedo esperar hasta el Paso del Colmillo—dijo finalmente con un hilo de voz poniéndose de pie—. Tengo que ir...

—Ilan, por favor... ¿te das cuenta de lo que haces?

—Si... ahora soy yo el que abandona.

Mirándolo una última vez con tristeza se volteó, sacó sus alas y miró a Xélfay.

—Voy con ustedes si vamos a Nógard.

—Cumplimos tus órdenes, Alteza—contestó el muchacho subiendo nuevamente a la bestia.

—No... Ilan—trató de objetar una vez más Licer, pero Lilo lo detuvo por el brazo—. No...

Pero el muchacho ni se inmutó, sólo se sujetó la muñeca izquierda con más fuerza de la habitual y alzó vuelo con el desconocido. Cada movimiento de sus alas fue como una lenta y horrible tortura para Licer, que al verlo elevarse con tanta indiferencia no pudo más que soltarse del agarre del elfo y correr... correr tras su hermano que volaba por los aires.

—¡¡ILAN!!

Pero los Dragones son veloces y más cuando desean escapar de aquello que los atormenta. Sólo unos metros de carrera fueron suficientes para que Licer se detuviera jadeante, observando a su hermano perderse en la oscuridad total.

—Lo siento... lo siento mucho—susurró apretando la mano derecha.

Cluic...

~oOo~

Cierta noche, cuando ya no hubo luna ni estrellas que pudieran iluminar un poco el camino, la compañía se hizo a un lado a descansar. Esa noche Licer y Lilo tampoco consiguieron dormir, así que sólo se quedaron despiertos en la inmensa oscuridad charlando.

—Lilo —dijo un poco temeroso de quedar como un tonto—, ¿qué significa la marca que tenía Xélfay en el pecho?

—No temas por Árekel —contestó sonriendo comprensivo—. Él estará bien, y quizás solucionen sus problemas cuando vuelvan a verse. En cuanto a tu pregunta, me sorprende que no lo sepas ¿Tu padre no te habló de los Baara?

—Como introducción a la primera profecía, sí. Me dijo que este planeta estaba dominado por demonios hasta que los Tres Grandes se levantaron contra ellos.

—En efecto, cuando Lang era joven y las criaturas del Bosque no habíamos nacido, este mundo era hogar de los Baara. No eran como te los imaginas, eran gente bella, increíblemente poderosa y cruel; su líder los marcaba siempre como si fueran cosas para que todo ser vivo temblara ante ellos.

—¿Es decir que todos los Baara llevan esa marca?

—Se dice que pocos. Hasta hace unos cuantos milenios se extinguieron los últimos Baara.

—Am.... no quiero sonar increíblemente ignorante, pero... ¿qué son exactamente los Baara?

—Una raza como cualquier otra, pero con una perspectiva de vida muy diferente al común de nosotros. Te confunde el saber qué son porque los llamas con el nombre que les dieron los humanos. Supuestamente en sus religiones, aquellas criaturas siniestras que van en contra del bien son llamados así.

—Si, eso lo sé. Me crié entre humanos. Pero... mi padre me dijo que los reyes del pasado habían acabado con ellos... con los Baara.

—No, tu padre debe haberte dicho que los sellaron, lo cual es muy diferente. Si bien eran millones, se dice que un país en especial de esa época contaba con los más poderosos, los que verdaderamente eran una amenaza. Los reyes de antaño los sellaron en un paso.

—¿Un paso? ¿Paso qué? No comprendo.

—Un camino. A muchos kilómetros de aquí hay una cadena montañosa llamada “El Mar Blanco”. Los Baara más poderosos están sellados allí. Con “sellados” entiende que si bien no están muertos, no pueden hacer nada. Es como estar dormidos... muy pero muy dormidos. Aunque su líder, no me preguntes dónde está porque eso si que es un misterio, su líder es el poder en persona.

—¿Por qué marco a esos chicos?

—En afán de encontrar a tu hermano, supongo. Todo aquel que gritó con el alma...—se interrumpió al ver el rostro repleto de confusión del chico—. ¿Explico? Es una expresión, los Hechiceros la usan para definir el llanto del ser. Es decir, algo tiene que afligirte en extremo como para que tú mismísima alma llore. Se le dice gritar con el alma porque hasta los espíritus pueden escuchar tu lamento.

—Osea, que ese tipo o cosa o lo que sea... estaba buscando a Ian... y a sabiendas de que era un Dragón atacó a todo Dragón que... ¿gritara con el alma?

—Ya viste que sí.

—¿Buscaba a Ian como podría haberme buscado a mi? Digo, por lo de la profecía y esas cosas.

—Lo dudo. Al menos en su lugar yo no habría buscando un Fénix si quisiera hallar a Lasylar.

~oOo~

Los días de viaje continuaban a toda marcha como los anteriores. Llevaban muy buen tiempo y si seguían así llegarían en menos de dos días a la ciudad tras meses de travesía. Pero algo preocupaba a los líderes, fuera de los pseudo Baara, no habían sido interceptados por otra cosa y supuestamente ese paso era custodiado en muchos puntos por centinelas zachas, sin embargo ya habían recorrido más de la mitad del camino y no habían encontrado nada que pusiera en peligro su ataque sorpresa.

Licer y Donray echaron vuelo y avanzaron varios kilómetros por el aire, pero por más que miraron con atención no encontraron nada fuera de lo común. Regresaron a tierra firme y volvieron a encontrarse con su ejército, tanta tranquilidad en tantos kilómetros ponía nervioso a cualquiera.

Después de tres horas de marcha, llegaron a escudriñar en el camino manchas rojas, no sabían si era por el sol que los acaloraba y les producía visiones o si había flores en el camino seco. Al acercarse descubrieron que ninguna de las dos teorías

se acercaba a la realidad, encontraron restos de reptiles en el camino. Licer y Lilo se apearon de sus corceles y comenzaron a analizar los cuerpos y huellas, las cuales pertenecían a algún tipo de felino grande, y parecían más grandes que los lincen, pero de alguna forma más livianos ya que las huellas no eran muy profundas. Los cadáveres eran muchos, cientos de animales hechos jirones; no era posible que hubieran sido atacados de la nada, era comprensible que hubieran atacado a un adversario más fuerte y que éste los hubiera matado sin piedad por ser tan insolentes y molestos.

—Lo que haya sido —dijo Licer—, no los mató para comérselos, sólo mira, los hizo pedazos pero no parecen haber sido comidos en alguna parte ¿No sabes lo que pudo haber hecho esto?

—No, la verdad. Fuera de los lincen, pero es sólo lo que yo sé. Fuera del Bosque no conozco otro tipo de felinos —contestó Lilo rascándose la cabeza.

Continuaron con el camino con más precaución que antes. Los duendes podían escuchar con mucho trabajo que algo los seguía desde los altos pastizales. Los lincen husmeaban el aire y pocos podían percibir un olor diferente pero no podían reconocerlo. Los elfos, por más que algunos tuvieran una vista excepcional aún entre los de su propia raza, no podían distinguir ninguna figura clara. Lo que sea que los estuviera rodeando se movía demasiado rápido confundiendo así los ojos élficos.

Licer ordenó posición de defensa después de varios minutos de impaciencia. Junto a Donray, Lilo y Ágleg se posicionaron en

el frente desenvainando sus espadas y esperando a los malditos predadores con toda la paciencia que les era posible.

La espera se hacía insoportable, y ni un mosquito se asomaba enfrente de ellos. Los pastos permanecían inmóviles, el silencio se convertía en amenaza y aliado de la sorpresa. Si el suspenso continuaba podían ser tomados de improviso, asustarse y romper la línea de defensa que Licer había ideado con tanto empeño.

De repente, el viento sopló con fuerza poniendo nubes debajo y alrededor de los que estaban en el cielo; en cuestión de segundos la compañía terrestre escuchó que se libraba una batalla en el aire, y justo cuando Licer y Donray se disponían a averiguar, todos los pegazos y elfos cayeron en seco delante de ellos. Tenían profundas heridas por todo el cuerpo hechas por aparentes garras. Licer se apeó de Donray y examinó a todos sin preocuparle nada más; afortunadamente seguían vivos pero gravemente heridos. De pronto, mientras ayudaba a uno de los elfos notó una sombra en el piso, rápidamente le gritó a Lilo quien sin pensarlo dos veces tomó su arco y lanzó hacia el cielo cubierto de nubes una flecha que voló a toda velocidad. Se escuchó un fuerte alarido y un enorme cuerpo cayó al suelo. Licer se acercó sigilosamente mientras su compañía atendía a los demás heridos.

—¿Qué demonios es eso...?—exclamó el Fénix acercándose con cautela.

Era un enorme león sin melena y pelaje dorado, alas blancas en su espalda y una flecha clavada en el hombro, más grande que un lincen, pero no tan fornido ni musculoso. Su pelaje era completamente dorado, excepto en el cuello, donde parecía

tener un collar blanco, y por último las alas níveas doblaban el tamaño de su cuerpo.

Licer notó entonces que de todas partes comenzaban a llegar varios como aquel león y siguiendo sus impulsos se abalanzó sobre la bestia herida colocándole su espada contra el cuello. La manada de aquellas bestias se agrupó frente al ejército de Licer, algunos les gruñían y otros mostraban los poderosos colmillos pero Licer apretó un poco la espada contra el cautivo haciéndolos callar de una vez.

Entre la multitud de cuadrúpedos podían distinguirse con algo de esfuerzo algunas personas, que luego de unos segundos de amenaza salieron. Apenas eran veinte de ellos... y “ellos” sin duda que era un buen calificativo. Similares a los párcenes, pero podría decirse que de colores diferentes, los cabellos eran grises o platinados, más rebeldes y desprolijos; las pieles más bronceadas y curtidas; los ojos verdes muy claros; mientras que las orejas y las colas rayadas entre gris y negro.

Un joven bastante alto avanzó un paso, tenía el cabello rebelde y una marca muy curiosa atravesándole el rostro; iba vestido casi con harapos y tenía el aspecto de alguien que lleva toda la vida viajando en pésimas condiciones.

—Les ordeno suelten al prisionero —exclamó furioso.

—Olvídalo, michifuz —replicó Licer—, ustedes nos atacaron sin razón. Debería matarlo para hacer justicia por lo que le hicieron a mi ejército.

—¡¡Mugroso zacha!! —gritó el chico con su voz áspera y rasposa—, no tienes derecho a hablarme así, ¡los mataré a todos!

—¿Zacha? Estás confundido ¡Mi ejército está compuesto por Criaturas del Bosque! —sacó sus alas admirando a toda la manada que retrocedió un poco—. Yo los dirijo, yo pertenezco a la raza de los Fénix —se puso de pie envainando su espada y luego rápidamente sacó la flecha del hombro de la bestia—. Mi nombre es Licer, he venido desde Etnalta. Creí que todo lo bueno y justo de estas tierras sabía de nuestro viaje a la ciudad de los Fénix para salvarla así como se hizo con las Tierras Atlantes.

Los párcenes grisáceos se miraron entre si muy confundidos.

—¿Dices venir de Etnalta? —dijo el muchacho mirándolo con curiosidad—. ¿Y que eres, Fénix? ¡Oye! ¡Yo sé de esto!

Sorpresivamente, el ánimo del joven había cambiado totalmente; lo que en un principio había sido un semblante amenazador y bravo ahora era simpático y... ¿juguetón?

— “Con investidura de los fieles del Bosque...” bla bla bla... ya saben. ¡Dioses! ¡Entonces es cierto!

—Disculpa —dijo Licer muy confundido—, am... ¿vas a atacarnos...?

—¡Qué va! Estamos con ustedes. Estos son la ultima manada de zornas que queda, y nosotros los párcenes del Sur que quedamos libres. ¡Hola primos! —dijo saludando a los párcenes del ejército que le miraban azorados.

Ante la atónita mirada de todo soldado del Bosque, el muchacho se presentó al Príncipe y empezó a hablar de lo que venían viendo y haciendo en los últimos meses como rezagados. Al parecer el Bosque era el último punto de conquista de los zachas, prácticamente los dos países que en su

época habían sido dominados por los Dragones y los Fénix ahora estaban bajo el mando de los hijos de Ógirdor. Los zornas habían vivido cerca de los territorios de los Fénix; mientras que los párcenes del Sur, oriundos de los territorios donde solían predominar los Dragones habían sido capturados. El grupo que estaba en presencia de Licer resultaba ser el único que había logrado escapar.

—Así que estamos con ustedes— sonrió el joven.

Con un considerable número de nuevas criaturas extrañas sumándose a su compañía, Licer ordenó el continuar la marcha luego de curar a los heridos.

El camino recorrido después de ese equivocado atentado no fue mucho, ya que al llegar la noche tampoco hubo ni luna ni estrellas, por lo que naturalmente tuvo que ordenarse un alto.

—Claro que los vimos —dijo Hao, el muchacho que lideraba al grupo recién integrado al ejército. Licer le había preguntado por la gente encapuchada y de aspecto ceniciento—. Hace tres semanas merodeando por todas partes, parecían espectros. Ahora sé qué hacían: los estaban esperando a ustedes, claro está. Mal augurio, si señor, tanta gente con ese aspecto no es sano.

—Ahora lo que me preocupa es este camino, no hemos encontrado obstáculos zachas.

—Y no los encontrarán, no hasta llegar a los Portones, ahí sí que hay vigilancia.

—¿Los Portones? —preguntó extrañado.

—Sí, así es, son portones hechos de Aivalf y oro macizo, deben medir quince metros de alto y sus murallas se extienden

varios kilómetros. Son como la entrada a los territorios Xínefianos.

—Probablemente llegaremos mañana al atardecer pero no será difícil derrotar a la seguridad, iremos bastantes. ¡Con la suma de tu manada somos muchísimos! Sólo hay que evitar que den cualquier clase de señal para alertar a la ciudad.

—¡No te emociones, pichón! No llegaremos a los Portones hasta dentro de un buen trecho y eso con demasiada suerte; mañana pasaremos por los Acantilados que no son fáciles de atravesar, créeme.

—¿Los Acantilados? Néud no mencionó nada al respecto.

—Bueno, se formaron hace sólo treinta años, es normal que nadie sepa si han estado marginados en el Bosque. Los Acantilados son una serie continua y peligrosa de profundos precipicios, no hay puentes y si te caes no creas que aterrizarás bien, abajo hay una maraña gigante de espinas muy gruesas y largas. Xínef esta más lejos de lo que crees.

—Ahora es cuando en verdad lo pienso.

—Biro me habló de ti, pero jamás te imaginé así, o... en realidad jamás me imaginé que fueras de verdad.

—¿Biro? ¿Quién es Biro?

—Un elfo malhumorado y serio, no viene mucho al caso. Am... Una duda: ¿viniste solo?

—Ilan vino conmigo a Lang, si a eso te refieres. Pero nos separamos hace una semana, él se desvió a Nógard.

—Osea que... Ilan... ¿es hijo de la nobleza de los Dragones y de los Atlantes?

—Si... creo. ¿Por qué tantas preguntas?

—Nah nah... curiosidad.

Hao era una persona extraña, le caía muy bien sin duda. A pesar de los tiempos difíciles en los que estaban el parece siempre se veía contento y dispuesto a hacer algún chiste ridículo para levantar el ánimo, aunque siempre muy interesado en Ian... eso a Licer no le gustaba mucho, en su experiencia toda persona interesada en su hermano, sin conocerlo, no se traía nada bueno entre manos.

Las horas pasaban de una forma diferente desde que llegaran a Nelka, el país de los Fénix; el clima cambiaba bruscamente de cálido a helado, el viento a veces soplaba demasiado fuerte trayendo consigo polvo y basuritas que raspaban los rostros de todos los soldados. A menudo escuchaban el rumor de pasos y voces siniestras, trataban de hacer oídos sordos, pero les era imposible ignorar lo lúgubre de la situación.

~oOo~

La mañana llegó ténue y con el fino rocío tan frío como el hielo. Apenas si tomaron un breve y liviano desayuno y comenzaron nuevamente a caminar. Esta parte del viaje se presentaba más complicada. Quién hubiera pensado que en un planeta tan bello como Lang podía haber lugares así. La amplia vegetación comenzaba a verse muerta y a medida que avanzaban el camino verde se volvía seco y árido; a menudo se formaban pequeños tornados de arena; había rocas enormes apiladas formando extrañas figuras y el panorama sólo podía darles una idea previa de los Acantilados. El clima recordaba a

Licer el invierno en la Tierra, así que supuso que Lang estaba atravesando por aquella estación.

Al pasar la mañana, el sol se puso en lo alto secando todo rastro de la llovizna anterior, no había modo de que algo o alguien lograra sobrevivir en aquella selva de tierra y rocas. Muy a menudo se encontraban con huesos extraños, en su mayoría muy grandes: vértebras, costillas y cráneos aplastados...

La marcha continuó a un paso moderado. Licer en el lomo de Donray, Lilo en el de Ágleg y Hao sobre el de un zorna, iban conversando fluidamente para matar un poco el silencio y las horas de viaje que parecían interminables.

—Estaba pensando— decía Licer buscando las palabras adecuadas—, ustedes no conocen la electricidad, las máquinas, combustibles, todo referido a la tecnología. En la Tierra eso está muy avanzado... y... ¿de qué te ríes Hao? —replicó viendo como el parce se retorció de risa.

—¡Dioses, niño! —sonrió secándose las lagrimillas que habían escapado de sus ojos—. Hasta yo conozco esa parte de la historia, y eso es decir mucho.

—¡Lilo! ¡Dile que acabo de llegar y para tú información...!

—Ya ya, dejen de pelear—cortó el elfo—. A ver, Licer, el mundo en el que creciste te ha cerrado por completo la mente, ¿verdad? Aquí también conocimos la tecnología hace muchos años: la electricidad, las máquinas, etc. Sólo que decidimos renunciar a ella y acordamos que en Lang jamás se la usaría del modo destructivo que supongo se la ha usado en la Tierra. A diferencia de los humanos sabemos cuándo parar. Amamos nuestro mundo y no lo dañaremos de ninguna manera. Sé que

debes pensar en las comodidades de las que nos privamos, pero como ya te dije: amamos nuestra tierra y creo que empiezas a sentirlo. Créeme, no perdemos nada evitando todos esos adelantos, por el contrario, ganamos más de lo que puedes imaginar.

Licer pensó que aquellos que habían renunciado a todo esto por amor a su planeta se los recompensó con otras cosas, como alas en varias razas para transportarse sin autos, velocidad y resistencia, inteligencia diferente y superior a la vez, amor por la paz para no crear armas innecesarias que sólo matan al planeta, habilidades curativas sobrenaturales y mucho más.

—Pero, no entiendo...—replicó Licer sintiéndose en el colegio una vez más.

—¿Cómo nos pusimos de acuerdo? —sonrió Hao—. En ese entonces ocurrió por primera vez, quizás por última, que todas las razas y especies existentes mandaron a sus líderes y gobernantes a una reunión única en el Templo del Fénix. Todos estaban allí, no faltó ninguno, incluso los humanos. Allí llegaron al acuerdo: descartar toda posibilidad de implantar esa tecnología en cualquier parte de Lang, y así se hizo. Loco ¿eh?

~oOo~

Licer estaba acostado en la tierra, los brazos detrás de la cabeza le servían como almohada, las piernas estiradas y cruzadas y un pasto seco y largo entre los dientes. Las lunas brillaban con una intensidad increíble, tanto que daba la impresión de que iban a explotar.

Licer sonrió y después de levantarse miró el cielo y levantó los brazos hacia él; algunos soldados reían, otros estaban preocupados y los demás ni siquiera hablaban. Al instante una intensa pero mágica lluvia cayó sobre toda la región. ¡Era increíble! parecía que Licer había percibido el momento en que llegaría la tormenta porque en esto se convirtió la lluvia, resonaron los truenos y explotaron los rayos. Sin embargo, no se veía una sola nube en todo el extenso cielo, los astros seguían firmes y brillantes, nada los cubría, nada. ¿De dónde caía la lluvia entonces? No había necesidad de ponerse a pensar en ello. Así era Lang.

Hao y Licer se refugiaron a la una gran roca junto a Donray, aunque el pegaso extendió sus alas sobre Licer para protegerlo del viento helado y el frío. Allí permanecieron, inmóviles, contemplando la misteriosa agua que caía de la nada.

—Lluvia ciega —dijo Hao sonriente contemplando el cielo—. Así se llama a este fenómeno. Aunque caiga como caiga sigue siendo lluvia y moja igual.

—Una persona me dijo una vez —dijo Licer— que este es el color de los sueños.

—¿Este? —exclamó confundido—. ¿Cuál? ¿El de la tierra? Si es así tienes sueños muy sucios, cochino.

—¡No! —rió—. La lluvia, el agua...

—Pero entonces... esta persona te dijo que los sueños son incoloros.

—Más o menos... nuestra mente es un mar incoloro de sueños, pero si reflejas la luz indicada... ese mar incoloro se volverá un torrente de colores... es gracioso, después de tantos años recién lo entiendo.

—Es cierto, así se forman los Arco iris... es un gran pensamiento, ¿quién te lo dijo?

—No lo sé, en una noche como esta, en que las lunas se pusieron de acuerdo, en que la lluvia caía sin razón ni lugar alguno... siempre he visto cosas así... recuerdos que llegan como sueños durante las noches. Cosas que en mi vida he visto, personas que no conozco... sólo sé... que esta persona...

Cluic...

—Esa persona está muerta...

~oOo~

Licer despertó antes de que saliera el sol y allí sentado vio a Hao mirando el horizonte. Se sentó a su lado y después de estirarse un par de veces miró al joven con atención. El semblante era serio pero triste.

—¿Qué te sucede? —preguntó Licer alegremente—. ¿No dormiste bien?

—Dormí más que bien —contestó Hao—. Pero tengo un mal presagio.

—¿Se puede saber por qué?

—Nunca veas un espejo fijamente en la oscuridad o una sombra a través de un cristal.

—No creo entenderte, Hao. ¿Qué viste?

—En un charco de la lluvia... je... —se frotó los ojos con cansancio pero a la vez tratando de borrar la imagen—. Un niño... vi un niño hecho un ovillo llorando.

Licer contuvo el aliento... sólo esperaba que Hao no continuara, que le dijera que no había visto más que eso.

—Con una sombra abrazada a su espalda, envolviéndolo... oprimiéndole el pecho. Es una pésima señal.

—S-si... supongo que si.

—Has visto eso antes ¿verdad?

—Te dije que desde pequeño veo muchas cosas. Una vez vi eso... en el espejo del baño de mi casa... estaba oscuro y no sé por qué no encendí la luz... por eso siempre he tratado de protegerlo.

—¿A tu hermano? ¿Hablas de Árekel?

—Ajá... ese día, yo era muy pequeño pero sé lo que vi. Esa cosa abrazaba a mi hermano... Ian lloraba y decía que tenía miedo... mucho miedo...—suspiró mirándose las manos—. Por eso... siempre traté de que se hiciera fuerte, de que no tuviera miedo, de protegerlo... pero... todo me salió mal. Ian no es el mismo que una vez fue cuando éramos niños.

—La gente cambia, y el cachorro no es la excepción—Licer lo miró sorprendido por el reciente apodo a su hermano—. Además... ustedes están destinados a hacer grandes cosas aquí. No temas por él.

Los Acantilados estaban a un día de camino si se daban prisa. El paisaje no cambiaba: la tierra, el viento y las rocas seguían a cada paso de la compañía, al igual que las enormes y extensas montañas de Nógard.

Al llegar nuevamente la noche, la oscuridad envolvió completamente todo, no se veía nada alrededor; las lunas y las estrellas estaban inexplicablemente ausentes. Así era Lang.

Néud escuchó con atención.

—Las corrientes de aire vienen desde abajo —dijo un poco confundido.

Luego Ébok husmeó el aire.

—Cenizas, polvo, carne muerta —dijo Licer mirando al tigre.

Lilo escudriñó en la oscuridad.

—Es cierto, está... vacío. Todo lo indica, estamos en Los Acantilados.

Capítulo 9

LA TRAVESIA A NÓGARD

El sol se asomaba, la noche volvía a su descanso. Las enormes figuras cenicientas volaban por la fría mañana. Entre ellas también volaba Ian y a su lado Xélfay en el lomo de la enorme bestia cubierta de harapos grises. Ian miraba a su alrededor pero no veía a nadie más. Podía sentirlos: cientos de seres montados en tristes bestias; los oía respirar, sentía el roce de las cenizas en su rostro, veía las sombras oscilando entre las nubes, la muerte que arrastraban y percibía el aire infectado por esta.

—¿Por qué te sorprende? —susurró Xélfay acercándose un poco.

—¿Me sorprende? ¿Qué cosa? —preguntó Ian confundido y a la vez sorprendido de que el joven le hablara.

—El que no puedas verlos a tu lado, pero sí percibirlos de distintas maneras. Sabes lo que somos, lo que tú estuviste a punto de ser.

—¿Cómo es posible que tantos sufrieran lo mismo?

—Bueno, fue durante la guerra. Cada quien gritó por algo diferente... pero gritó. Fuímos descartados, Majestad. A él nunca le servimos para nada.

—¿Y por qué permanecen así?

—Porque esta es una maldición irreversible, quizás. Una especie de conversión.

—¿En qué cambia? Quiero decir, ¿cuál es la diferencia con la vida que tenían antes?

—No recuerdo la vida de antes, si te sirve de algo. No veo la diferencia entre masticar comida a cenizas, no hay dolor, no hay alegría... nos transformó en espectros. Somos nada, porque ya no somos Dragones... pero tampoco somos auténticos Baara.

Ian no quiso saber más, una horrible sensación le heló el corazón... era su culpa, esa cosa, lo que sea que fuera lo había estado buscando... a él y solo a él.

—El joven que trató de detenerte—continuó Xélfay sin quitar la vista del frente— ¿Es el otro?

—¿El otro? —repitió confundido, bastante aturdido estaba y la condición aumentaba si le traía a Licer a colación—. No comprendo.

—La profecía habla de niños hijos de la Nobleza de los Tres Grandes. Muchos lo interpretaron como herederos de cada raza, es decir: tres niños... hasta que se supo del romance de los reyes. Por ende son dos. Ahora... ¿es el otro?

—S-si... lo es—se humedeció los labios y tragó con dificultad—. Es mi hermano...

—Ya veo. Lamento haber provocado tan trágica separación.

—No, iba a suceder tarde o temprano... gracias por esforzarte en sentirlo.

El sol estaba en lo alto, el calor era infernal, las bestias que llevaban a los jinetes ocultos transpiraban y se los escuchaba resoplar con dificultad pero nadie pedía un alto, nadie se quejaba. Por debajo de ellos se veían los pastizales verdes y

amarillos, pero pronto ya no vieron más ese camino por el cual avanzaba la compañía de Licer. Para acortar distancia volaron directamente hacia el anillo de montañas de Nógard, a vuelo no tardarían más de unos dos días en llegar. Ninguno esperaba las complicaciones que se presentaron después.

Llegado el mediodía se detuvieron y descendieron en un extraño pantano que parecía un oasis entre tanto pasto seco. Los Dragones aparecieron misteriosamente, sacudiendo las cenizas de sus cabezas revelaron bellos y pálidos rostros juveniles, eso era lo triste: eran adolescentes; en términos humanos ninguno debía tener más de veinte años. En cuanto a las bestias, no fue sorpresa descubrir que también eran Dragones, pero tenían ojos rojos; las patas, caras y espaldas llenas de profundas cicatrices -como si los hubieran azotado toda su vida-; las alas estaban hechas jirones y en algunas podían llegar a verse los huesos, que estaban sucios o astillados.

Un pequeño grupo desenvainó las espadas y se dedicaron a cazar el almuerzo, más por costumbre que por necesidad. Una hora más tarde estaban asando ratas de pantano, serpientes y lagartijas.

Mientras Ian comía, notaba que nadie conversaba, nadie hablaba y comían en silencio; él mismo se preguntaba si acaso era posible salvarlos de alguna manera, se preguntó lo mismo una y otra vez, ¿acaso su sangre podría tener alguna clase de efecto? ¿Podría ser posible...? ¿Quién podía negarlo? A fin de cuentas ya había tenido efectos curativos.

Por fin se decidió, buscó a Xélfay y cuando lo encontró quiso hablarle pero de repente la tierra comenzó a temblar. ¿Un terremoto acaso? No, no lo era.

Fue un impulso común el que todos se hicieron a un lado y se escondieran tras unos árboles caídos llenos de hongos, ya que veinte enormes pelotas pasaron derribando todo a su paso. Se detuvieron justo enfrente de la compañía y para sorpresa de todos esas enormes pelotas comenzaron a desenrollarse, salieron cuatro patitas y una graciosa cabeza redonda con pequeños cuernitos.

Ian no daba crédito a lo que veía, enormes... ¿animales? Al menos la cabeza con cuernos y el fino pelaje castaño recubriendo el enorme cuerpo indicaban eso. El muchacho jamás pensó que podían existir bestias semejantes, altos como fuertes árboles y enormes como colinas. Eran bestias gigantes, gordas y aparentemente hambrientas, pues comenzaron a desplazarse por el pantano olfateando y comiendo cuanta planta verde se les cruzara en el camino. Rodaban y se deslizaban volteando árboles y destruyendo todo a su paso para llegar al alimento. A Ian le pareció escucharlos hablar, pero más que palabras en cualquier idioma le sonó a balbuceos de voces pesadas y densas, como una enorme vaca tratando de modular.

—Golems—dijo Xélfay por detrás, inmóvil mezclándose con su entorno.

—¿Qué hacemos?

—Nada, comen todo lo que se les cruza, a menos que ellos entierren el hacha primero, nos quedaremos quietos.

Ian asintió, aunque se le hizo complicado conservar la calma observando a esas enormes bestias pastar tan cerca haciendo temblar la tierra. Pero claro, habiendo despojado de toda vegetación al pantano sólo les quedaba por inspeccionar el rincón del escondite. “Quietos” ordenó Xélfay aún cuando las veinte cabezas gigantes estuvieron encima de la compañía. De repente los animales comenzaron a olfatear con mucha fuerza y por esto algunos soldados se elevaron un poco del suelo por la increíble succión; si seguían así, serían absorbidos por las narices de esas cosas. Ian colocó cuatro flechas en el arco y tensó la cuerda, al soltarlas salieron disparadas a una gran velocidad y se clavaron en el interior de las fosas nasales de uno de los enemigos, el cual dio un salto hacia atrás. Gritando se tiró al suelo, sus compañeros hicieron una ronda a su alrededor para ver que le sangraba demasiado la nariz. El más grande, indignado y lleno de furia se dio vuelta para aplastar a los microbios que habían lastimado a su amigo. Cuando se dirigió al escondite no encontró a ninguno, miró hacia todas partes, trató de guiarse por el olfato pero no encontraba nada. Regresó con su grupo y examinó como pudo la herida de su amigo, pero no era lo suficientemente listo o capaz como para saber qué hacer o pensar.

De pronto, en medio de la horrible conmoción escucharon un fuerte y escalofriante rugido que les heló la sangre y paralizó el cuerpo. Escucharon varios a su alrededor y de las sombras de los árboles salieron lentamente los enormes Dragones, todos negros y dejando a su paso el rastro de cenizas; parecía que se deshacían con el mínimo movimiento y sin embargo se mantenían en una pieza.

Enfrente de las redondas criaturas apareció un Dragón que superaba en tamaño a todos los demás, lo extraño era su hermoso color azul, sus alas sanas y sus escamas brillantes. A su lado se paró otro color negro como los demás.

La advertencia fue dada cuando los Dragones rasgaron la tierra con las garras, sin embargo los Golems gruñeron también y como luchadores de sumo azotaron el sueño con fuertes pisadas.

Sería una lucha de titanes, o más bien fue una masacre de animales. Los Golems podían ser enormes, pero los Dragones además de letales por propia cuenta... eran demasiados.

Los Golems se pusieron en guardia, aún protegiendo a su compañero caído, parecían jugadores de rugby en posición de defensa. Los Dragones avanzaron un paso y de inmediato fueron a embestir a los Golems. Las colas parecían látigos, las garras parecían espadas y los colmillos parecían púas. Atacaban con tanta ferocidad que asustaban a sus oponentes, tanto que los dejaban inmóviles. Agitaban sus alas levantando polvo de ceniza que cegaba a sus enemigos y de este modo se abalanzaban sobre ellos.

A la fecha no hay poemas que tengan el contenido suficiente como para hacer imaginar a la gente el nivel de matanza de aquella tarde de cielo rojo; sólo el recuerdo de aquellos que fueron partícipes se tiñe de un carmesí más intenso la escena final de ese atardecer.

El pantano se bañó en sangre y cadáveres cuando la contienda hubo terminado. Al final, de pie estaba el hermoso Dragón azul y detrás de éste se habían reunido los Dragones negros, los cuales comenzaron a brillar con una luz pálida y

ténue; al finalizar este brillo se mostraron los jóvenes. El Dragón restante movió un poco el cuello como queriendo acomodar las vértebras y de repente brilló con intensidad, transformándose en lan. Trastabilló un poco y Xélfay le ayudó a sostenerse, el cambio de cuerpo no era sencillo y no podía pretender hacerlo sin problemas por ser su primera vez. Cuando recuperó la conciencia levantó la mirada y contempló el paisaje que había creado, miró horrorizado lo que acababa de hacer... si, claro, no podía negar que se había divertido pero no quería llegar tan lejos... no quería...

~oOo~

—No tardaremos en llegar a Nógard, ¿verdad? —dijo lan.

—Bueno... eso pensé —contestó Xélfay—, pero los espías que envié a vigilar el paso mientras estábamos en el pantano me dicen que hay pequeños pueblos cincuenta kilómetros más adelante. Son guerreros, cazadores, mercenarios, etc.

—¿Cuál es el problema? Si los pasaremos volando.

—No es tan fácil, joven —replicó Xélfay—. Cincuenta kilómetros más adelante hay una pared invisible hecha de energía, cualquiera puede pasarla excepto los Baara y sus allegados. Osea: nosotros. Repele nuestra sangre, cuerpo, lo que sea que intente pasarla recibiría un fuerte golpe eléctrico... por tal razón debemos ir por tierra. Dar un rodeo es imposible, la muralla mágica se extiende casi por todo el continente.

—De acuerdo, entiendo, pero... ¿por qué te preocupan esos pueblos?

—Son sólo poblaciones humanas, no me preocuparían de no ser porque practican la hechicería y para variar: magia blanca. Y como podrás imaginar, eso a nosotros... es el único tipo de magia que nos afecta.

Guardaron silencio el resto del viaje, cuando llegó la noche aminoraron la marcha, la oscuridad reconfortaba mucho a aquellos Dragones, incluido Ian. La noche era larga y silenciosa. Las brisas frescas y a veces heladas, la oscuridad impenetrable y el silencio inquietante, todo era hermoso para ellos.

Ian miraba las estrellas recostado en un árbol, hubiera apreciado más el manto nocturno de no ser porque constantemente debía golpear los puños contra el tronco o aun las piernas. La mano derecha que había empezado a mejorar en Etnalta había empeorado notablemente, tenía los dedos en una posición espantosa, completamente fuera de lugar y no conseguía entender por qué. Apretó los dientes tratando de ahogar un gemido de puro dolor, pero le fue imposible; abrazándose a si mismo gritó lleno de sufrimiento, el dolor físico se mezclaba con la desesperación de no saber lo que ocurría con su cuerpo.

Una leve brisa le hizo abrir los ojos y así ver la lúgubre figura de Xélfay en cuclillas observándolo con frialdad.

—Tranquilo—le dijo en voz baja— ¿Fué tu primera vez?

—Si...— asintió con un hilo de voz— ¿Qué... ah? ¿Qué me está pasando...? ¡AH!

—Es perfectamente normal—lo consoló tomándole la mano derecha—. Siempre nos enseñaron gradualmente a transformarnos y a volver a la normalidad. Es un proceso de años de aprendizaje que evita lo que ahora estas sufriendo.

—¿Qué...? ¿Qué haces...? ¡¡AHH!!

Sin previo aviso Xélfay había acomodado sus dedos de un solo movimiento; el sonido de los huesos reacomodarse y el dolor que lan sintió le arrancaron un desgarrador grito. Se quedó temblando sin atreverse a moverse y sintiendo rebeldes lágrimas surcando sus mejillas.

—Pasar de un enorme cuerpo a esto no es cosa que puedas hacer de un momento a otro sin estar preparado— continuó su compañero tomando su otra mano para con ágiles movimientos de sus propios dedos hacer masajes rápidos en la palma, brazo y llegar así al hombro; acomodaba nervios y huesos a medida que subía sin inmutarse por las horribles posiciones de cada uno—. Podrías haber terminado con un hueso atravesado en el cráneo, créeme que lo he visto, tuviste mucha suerte. ¿Cómo te sientes?

—Mejor... gracias... ¿alguna vez te pasó?—preguntó avergonzado cuando Xélfay le quitó las botas sin preguntar para continuar con su profesional tarea en los magullados pies.

—Cuando era niño—contestó sonriente—. El proceso empieza con las manos, te duelen al principio. Mi padre tenía que acomodarme los dedos cada mes.

—Eso es feo—rió lan, más animado.

—Lo fué... pero también fue maravilloso, saber que... bueno, que te conviertes en un verdadero Dragón y que puedes unirte a volar y cantar con los demás en las montañas.

lan lo miró confundido, ¿cantar? ¿Parte de pasar de un niño a un Dragón era cantar? Levantó la cabeza y observó impresionado a los demás Dragones negros posados en las ramas más altas y resistentes de los imponentes árboles. Con

las cabezas en alto emitían un extraño pero hermoso sonido que parecía imposible pudieran reproducir bestias tan grandes. Una melodía tan dulce y calma... sonaba como... como una ocarina...

Ian sonrió dejando caer dos lágrimas... eso siempre había sido cierto... siempre había tarareado aquella bella melodía... siempre había sabido...

~oOo~

Por la mañana se encontraban flotando en el vacío del aire, sin embargo Xélfay estiró la mano y pareció apoyarla en un muro invisible, y al hacer esto una fuerte chispa explotó en su mano que quedó quemada. Entonces Ian señaló el suelo, y ante la señal del Príncipe se descendió a unos campos de pastos muy verdes, bien cortados y parejos. Ian escudriñó el paisaje que se le presentaba delante. Los que estaban cerca de él vieron cómo la pupila se le dilataba y con esto podía ver lo que les esperaba.

La compañía avanzó rápidamente, no tomó mucho tiempo llegar al pequeño poblado de humanos. El escenario era completamente diferente al paisaje que los rodeaba; las pobres casas eran de paja y madera vieja; las huertas tenían los vegetales podridos y las frutas secas a pesar de que vivían en medio de un campo verde y fértil que no había sido tocado por el invierno; tenían los caminos secos, pedregosos, descuidados y sucios. No había un sólo árbol o un poco de verdor en aquella aldea.

Todo indicaba que atravesarían esa etapa del viaje sin ningún problema hasta que de una de las viviendas salió una

joven rubia de ojos verdes, el cabello lacio le llegaba a la cintura, tenía un vestido oscuro arruinado y viejo y estaba demasiado delgada, casi desnutrida. Al ver al siniestro ejército no gritó, pero corrió hasta una de las casas más cercanas e hizo sonar una campana que resonó en todo el diminuto pueblo. Al instante, Ian y sus compañeros se vieron rodeados por hombres con lanzas, espadas y arcos. Eran muy robustos, sucios y andrajosos (lo que sorprendió a Ian, considerando que la joven estaba demasiado flaca) gruñían y maldecían a los recién llegados pero ninguno se acercaba demasiado.

Después de unos minutos, los hombres abrieron el círculo y dejaron pasar a un hombre alto, de cabello castaño claro que caía en ondas hasta sus hombros; los ojos color miel, muy tristes y profundos, tenía una capa blanca muy larga y debajo de esta una túnica roja con un cinturón blanco con el emblema del sol en el centro. El hombre se acercó unos pasos, miró un momento a la compañía, examinándolos, y luego con una graciosa sonrisa dibujándose en el rostro levantó la mano derecha y con el dedo índice estirado dibujó en el aire una estrella de cinco puntas, la cual asombrosamente se materializó delante de él con un brillo blanco. Cuando la estrella estuvo completa, él abrió la palma y el símbolo desprendió una poderosa luz que no era cegadora pero tuvo un efecto muy extraño sobre Xélfay y los demás dragones, que cayeron de rodillas al suelo agarrándose el pecho, gimiendo y gritando de dolor. Los humanos se reían a carcajadas, señalando con el dedo, incluido aquel que había dado lugar a tales burlas, pero cuando la luz se disipó todos quedaron en silencio al ver a Ian de pie.

—Baja la mano, a menos que quieras que te la corte —dijo desenvainando su espada.

El hombre bajó la mano lentamente, como si las palabras de lan hubieran resonado en su cabeza como un látigo en la espalda desnuda.

—¿Quién y qué eres, extraño? ¿Y qué te trae a circular mis tierras sin permiso? —dijo el hombre después de una larga pausa.

—Soy Árekel, soy un Dragón y hasta donde yo sé estas son las tierras de Neru—contestó lan con un tono amenazante—. Su turno, señor.

—Eres muy insolente, así como mentiroso —dijo el hombre—. Soy Ednoc, Hechicero y jefe de estas tierras, hijo del poderoso Hechicero Ayeis.

—¿Me llamas mentiroso, hechicero?

—Te llamo mentiroso por lo que dices ser y no eres.

—No tengo necesidad de mentir.

En el momento en que Ednoc se disponía a contestar, se escuchó un cuerno a lo lejos y los hombres miraron a su líder con pánico. Este tratando de parecer tranquilo les hizo una seña con la cabeza y con esto los hombres se movilaron rápidamente.

—Después terminaremos con esto —dijo Ednoc—. Por ahora me ocuparé de otro asunto, ¡escondase rápido!

Xélfay -que ya estaba bien- estiró el brazo y con la palma totalmente abierta la movió lentamente de izquierda a derecha y así una densa niebla se formó alrededor de ellos; el ambiente se hizo pálido y gris, de modo que la niebla no era algo muy llamativo. La compañía se sentó y permaneció inmóvil en el

piso y observaron entonces que a lo lejos algo se acercaba volando. Lo que fuere venía a una velocidad extraordinaria y además era bastante grande.

Al cabo de unos momentos se distinguieron tres figuras, lan casi se desmaya al ver qué era la del medio.

Ednoc estaba de pie esperando, hasta que descendieron tres bestias con jinetes en sus lomos. Los de los costados vestían armaduras doradas hechas de Aivalf, eran rubios, de ojos grises, muy altos y montaban enormes pájaros verdes que traían riendas negras muy sucias apresándoles las cabezas, unos hierros oxidados en los picos mientras las monturas estaban fuertemente sujetas puesto que las aves no tenían casi nada de plumaje en las zonas donde pasaba la fina cincha, la piel estaba morada y las venas se marcaban demasiado. El jinete del medio era un poco más bajo que los demás, traía una armadura negra muy brillante, tenía el cabello lacio, rubio y le llegaba hasta la cintura; sus ojos eran celestes muy claros, tanto que la pupila negra le resaltaba muchísimo... pero más el anillo escarlata a su alrededor. La sorpresa era lo que montaba, un enorme Dragón azul que al igual que los pájaros sufría el maltrato de las riendas y de la montura, pero sin embargo se paraba erguido y soberbio. A diferencia de lan o de los demás soldados, era más delgado, con una figura más estilizada y más delicada de no ser por las incontables cicatrices. Se veían las huellas de azotes por casi todo el cuerpo y en la frente tenía marcada una x. Era una criatura fascinante, a pesar del maltrato aún podía apreciarse ese aspecto majestuoso. lan lo contempló maravillado, un verdadero Dragón, por más que Xélfay y los demás también lo fueran su aspecto era

completamente diferente... aquel Dragón era muy parecido a él, lan por fin veía a alguien de los suyos.

El jinete se apeó del Dragón y tomándolo de las riendas caminó hacia Ednoc con una sonrisa malévola.

—Buenos días, Ednoc. ¿Está todo listo?

—Buenos días, Alteza —dijo Ednoc haciendo una reverencia—. Sí, está todo preparado, empezaremos cuando usted quiera.

—Bien, primero déjame ver el juguete.

Ednoc hizo una señal con las manos y de una de las chozas dos hombres trajeron arrastrando a la joven que lan había visto en un principio. Ahora llevaba un vestido muy corto hecho de seda blanca que marcaba la delgada figura de su cuerpo. Sin mucho trabajo los hombres la empujaron hasta donde estaba Ednoc y el joven. Este la miró de abajo a arriba, le recorrió cada parte del cuerpo lentamente con aquellos ojos fríos e hizo un gesto de aprobación a Ednoc quien ordenó que se la llevaran hasta que desapareció de la vista de los presentes. El joven montó en el Dragón y seguido por sus escoltas fue detrás de ellos. Ednoc bajó la cabeza, se tapó la cara con las manos y trató de respirar hondo y despacio.

Xélfay dispersó la niebla pero ni él ni sus soldados se movieron del lugar, sólo lan se acercó a Ednoc, quien lo invitó a su casa para poder hablar tranquilos. Con el completo desacuerdo de Xélfay, el Príncipe siguió al hombre. La casa estaba un tanto más cuidada que las demás y dentro de su pobreza era acogedora, muy hogareña, con un fuego crepitando en la sala donde se sentaron. Al principio Ednoc

prefirió guardar silencio, luego preguntó a Ian nuevamente qué era y este volvió a responder lo mismo.

—Me resulta extraño... los Dragones no tienen el cabello de ese color y mucho menos los rasgos faciales con los que tu cuentas.

—¡¡Ange!!—exclamó una vocecita detrás del sillón del hombre—. ¡Tu e u Ange!

—Discúlpala—rió Ednoc alzando a una linda niña pelirroja con hermosos y extraños ojos violetas—. Es mi hija. Nena, ve a tu cuarto.

—¡Adio chico ange!

Ednoc la vio marcharse con pasos lentos e inseguros, entonces recapacitó en los intentos de palabras de su hija y miró fijamente a Ian.

—¿Tú...?

—Si vas a decirme esa estupidez de la profecía, no empieces. ¡Si, ya! Mi padre es Dragón y mi madre Atlante.

Ednoc sonrió complacido y aun algo aturdido... nunca creyó vivir para ver aquello y mucho menos estar junto a aquel chico al cual había imaginado muy diferente.

—No creí que volvería a ver a un Dragón... después del que monta el Príncipe Salo...

—¿El Príncipe Salo? —preguntó Ian—. El jóven con el que hablaste, supongo. ¿Qué clase de Príncipe es?

—De Nógard.

—¡Y una mierda! No pretendo un trono, pero ese tipo no tiene derecho de poner un pie en las tierras de mi padre.

—Tranquilo—sonrió sorprendido adaptándose a la idea de que aquella leyenda aun era un niño—. Hemos vivido

cincuenta años bajo el reinado de este hombre. Pero si estás aquí, he de suponer que piensas reivindicar todo.

—Supones bien. Entonces, asumo que Salo es uno de los hijos de Ógirdor, ¿verdad?

—No precisamente, es el nieto de Ógirdor. Es el hijo de Sofle.

—Adoro la creatividad que tiene esa raza para con los nombres.

Ian le contó rápidamente la historia que hasta ese momento había vivido, en realidad, todo lo que tuvo que decir fue que Etnalta había sido salvada y que Ógirdor estaba muerto.

—¿Qué hace ese príncipe de mármol aquí? —preguntó tras finalizar su historia.

—Como se aburre en el castillo—contestó Ednoc aun sin poder recuperarse de lo que el chico le había narrado—, se le ocurrió hacer juegos con nosotros. Nos hizo construir un coliseo para su entretenimiento. Toma a una joven de dieciocho a veintidós años para que sea la jugadora. Se la coloca en la arena donde debe sobrevivir tres minutos peleando contra su Dragón, si lo logra se le perdonará la vida. Salo se la llevará al castillo y la convertirá en su amante, si no lo logra (lo cual pasa siempre) lógicamente muere; todos los meses desde hace cinco años ha ocurrido así. Como hechicero de magia blanca no puedo hacer nada, mis poderes sólo afectan a las fuerzas o artes oscuras, como son tus soldados... que por cierto son toda una sorpresa.

—Dímelo a mí. Es un larga historia... tiene mucha imaginación de por medio.

Al llegar el mediodía se escuchó el sonido varios cuernos desde la parte trasera del pueblo. Ian siguió a Ednoc hasta el coliseo, dejando a su ejército orden estricta de permanecer invisibles a todo.

El coliseo no estaba muy lejos, tampoco era la gran cosa, no debían entrar más de doscientas personas allí, ahora Ian podía entender por qué el pueblo era tan miserable: debían haber gastado todo lo que tenían en construir esa obra. Además Ednoc le decía que Salo los obligaba a cosechar frutas y vegetales sólo para arrojarlas al Dragón en la arena.

Ednoc entró y subió al palco principal donde lo esperaba el Príncipe con sus escoltas. Mientras, Ian se dirigió a una de las tribunas que estaban repletas y lo peor era que la gente estaba entusiasmada e impaciente porque empezara el juego. Así de extraños eran los humanos.

Por fin, Salo se puso de pie, golpeó dos veces las palmas y de un portón que había en la base de una de las tribunas salieron los dos hombres con la joven encadenada de manos, brutalmente la arrojaron de rodillas al suelo.

—Señores y señoras —dijo Salo en voz alta—. ¡Por fin han llegado los juegos! Hoy, esta bellísima mujer probará su valor, ¡denle una espada!

Le quitaron las cadenas y le dieron una espada de hierro que de no haber sido tan pesada les habría rebanado las cabezas a esos dos bárbaros. Esto le demostró a Ian cuán injusta era la cosa, ninguna mujer podría levantar una espada de ese porte y pelear con un Dragón a la vez.

—Dicen que la belleza es un don—continuó Salo—, pues hoy será una maldición, no serán tres minutos, serán diez los que tendrá que permanecer en la arena.

La gente comenzó a gritar de alegría y emoción. A una señal de Salo se abrió un enorme portón y así poco a poco el enorme e imponente Dragón ingresó en la arena. Ian lo miró con mucha atención, notó de inmediato que el animal estaba siendo controlado ya que tenía la mirada fija en la presa pero también los ojos estaban perdidos, como si una parte de él no estuviera allí.

Un hombre muy fornido de piel negra golpeó un gong, iniciando el juego. El Dragón se abalanzó sobre la muchacha con una velocidad increíble y aterradora, nadie podía creer que una cosa tan grande se moviera tan rápido. La joven conseguía esquivar trabajosamente los ataques de la bestia hasta que esta le lanzó un golpe con las enormes garras, hiriéndole todo el brazo a la pobre y asustada muchacha; sólo habían pasado cinco minutos... antes hubiera sido todo un récord.

Con el brazo hecho pedazos, los pies lastimados por la arena y las piernas raspadas, la joven tropezó en un escape. Todos veían llegar el final. El Dragón se frenó justo delante de ella y levantó la pata derecha con las garras listas para atravesar a la mujer. Lanzó el golpe final, todos, absolutamente todos cerraron los ojos asustados y cuando volvieron a abrirlos, se encontraron con una gran sorpresa.

Era una imagen aterradora y al mismo tiempo increíble y gloriosa. El Dragón de Salo estaba inmóvil y furioso, enfrentándose a su igual, pero que ante el esplendor de este último llegaban a lucir como dos razas diferentes. El Dragón

que le hacía frente era más grande, con un porte tan magnifico que inspiraba la necesidad de admirar cuanto movimiento hiciese.

Enfrentadas, ambas bestias se gruñían enseñando los dientes, arañaban la tierra y permanecían con las alas extendidas mostrando el armamento que el otro debería combatir en caso de ninguno ceder. Y en una batalla normal el maltrecho y pequeño Dragón hubiera cedido y se hubiera retirado ante la grandeza del otro; pero no estaba en sus cabales gracias al poderoso hechizo que lo ataba a la voluntad de Salo.

Rugiendo, el más pequeño enbistió contra su oponente. La multitud se puso de pie, pero en lugar de acercarse a contemplar la pelea retrocedieron asustados ante la magnificencia de los dos animales.

Ambos Dragones tenían los cuernos enlazados, empujaban y torcían los cuellos buscando desestabilizarse entre si mientras gruñían y agitaban las alas.

La multitud observaba atentamente cómo el cuello del animal más pequeño cedía despacio, cómo las patas le temblaron tratando de contener la terrible fuerza que poco a poco lo doblegaba. De repente, se escuchó un chasquido y así el animal maltrecho lanzó un rugido de dolor cayendo desplomado al piso. Respiraba agitado en una mezcla de miedo y dolor, indefenso como nunca más podría estarlo a merced de su victorioso adversario.

—Quiero a ese animal, es perfecto—dijo Salo a uno de sus soldados—. Lo quiero ahora.

Sin esperar una próxima orden, los soldados zachas bajaron al coliseo con sus pájaros listos para atrapar al fascinante animal. Sin embargo, este no tuvo que hacer mucho por defenderse ya que de un momento a otro, llegados de la nada con una nube de polvillo grisáceo aparecieron los soldados de lan. Las aves respondieron a su instintivo miedo al sentir el leve aroma a Baara, apartándose agitaron las alas y retrocedieron hasta agazaparse en un rincón.

El público estaba mudo y pálido de la impresión, en cuestión de segundos el Dragón de Salo había sido sometido y sus soldados se habían ganado la peor de las muertes. Ni aun el hermoso brillo de la metamorfosis que dio paso al adolorido cuerpo de lan pudo sacarlos del transe.

—¿Estás bien?—preguntó mirando de reojo a la muchacha que se sujetaba el vientre.

—¿Qué?

—A tu bebé ¿Crees que lo has perdido?

—No, está bien...—sonrió ella.

Cuando caía la noche todo estaba terminando. El coliseo sería destruido al día siguiente, los pájaros estaban en recuperación y Salo preso en una jaula esperando saber qué harían con él. lan no podía creer lo simple que podían ser las cosas, aquel monstruoso juego podría haber terminado antes de empezar cinco años atrás si tan sólo alguien hubiera ido en auxilio de aquellas personas. Si las criaturas del Bosque hubieran sabido de aquello antes, mucho antes de que él y Licer llegaran, quizás todo se habría solucionado. Aunque, Ednoc le había explicado que la muralla de secretísimo que

Ceros había mencionado era algo mucho más tácito de lo que sonaba, había magia involucrada.

Ian fue ubicado en un granero para permanecer con el Dragón, que estaba encadenado ya que esa misma tarde el chico le había curado las heridas. La criatura estaba histérica, trataba de liberarse desesperadamente de las cadenas que le impedían acercarse a Ian, quien estaba a sólo un metro exacto del animal embravecido.

Hasta la media noche no se calmó, estaba echado, despierto y atento, exhausto por todo lo que había forcejeado durante el día. Ian lo miraba con curiosidad, era realmente una criatura hermosa, delgado, sería acaso por la falta de comida... no, imposible, estaba bien alimentado, era pequeño de por sí. La verdadera pregunta era ¿cómo quitar el encantamiento que lo impulsaba a seguir las ordenes de Salo? Entonces recordó lo que había querido hacer en el pantano, cuando fue interrumpido por los Golems. Tomó a Nógard y se cortó una vena de la muñeca derecha, luego se acercó mucho al Dragón y estiró la mano hacia este. La bestia olió la sangre desconfiando, al principio sólo olfateó la muñeca ensangrentada, luego pasó rápido la lengua y por último se acercó cerrando las distancias con Ian para beber el líquido carmesí que caía en el piso. A los pocos segundos todo el enorme cuerpo brilló con intensidad, dejó de beber y se transformó a su forma de persona. Era una bellísima muchacha: cabello castaño claro hasta los hombros que caían en ondas, ojos celestes y piel morena brillante; Ian se sacó la capa y se la colocó alrededor de los hombros para cubrir su desnudez. Se quedaron inmóviles, mirándose muy atentamente... sería el hecho de que Ian por fin había

encontrado a alguien de su propia especie, no lo tenía muy claro, pero el corazón de ambos latía muy rápido y las emociones estaban al tope.

Ella lo miró silenciosa, tomó la muñeca herida de Ian y pasó la lengua dos veces por la herida y por último colocó sus labios sobre esta, empezó a beber nuevamente. Él se estremeció y cerró los ojos dejándola hacer lo que quisiera.

~oOo~

Xélfay entró en el granero al amanecer y allí encontró a Ian durmiendo.

—Oye, Príncipe—llamó moviéndolo un poco de los hombros—. Es de día, despierta.

Ian se despertó de un salto, se frotó los ojos con cansancio para reconocer a su compañero y luego miró a su lado descubriendo que estaba completamente solo.

—¿A dónde...?—preguntó confundido mirando su muñeca ya cicatrizada.

—Anda, levántate y despabílate. Hay que ir a al coliseo.

—Si... ya, dame un segundo.

—¿Cómo esta tu cuerpo? ¿Te duele algo?

—Pues... siento esta pierna entumecida y... sigo con los dedos agarrotados en la mano derecha.

—Lo de tu mano es más psicológico que físico.

En todo el trayecto Ian no podía parar de pensar en dónde estaría la chica, pero tuvo que detener el pensamiento por

unos momentos, todas las personas del pueblo estaban en el coliseo para ayudar en la demolición.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó Ian a Xélfay.

—Lo quemaremos—contestó sencillamente—. Tú no hagas nada, no es recomendable.

—Pero...

No pudo protestar mucho, antes de lo esperado los soldados de Xélfay se transformaron en aquellos tenebrosos Dragones.

El pueblo festejó cuando las bestias escupieron fuego y este comenzó a arrasar con aquel edificio de torturas. Ian permaneció inmóvil apretándose los dedos de la mano derecha, observando con extraña aprehensión cómo el enorme monstruo ardiente consumía todo cuanto se cruzaba en su camino. De alguna forma podía ver algo de un futuro cercano entre las lenguas de fuego que bailaban en las cenizas... algunas sombras cobraron forma mostrándose como la figura de una persona.

—Una muerte en hoguera de Dragones—susurró extrañado—. No comprendo...

Prefería irse de allí, miró al cielo buscando a Xélfay... pero en lugar de su compañero su mirada se fijó en una figura entre las nubes, al acercar la vista se dio cuenta de que era la joven Dragón de la otra noche. Sacó sus alas y rápidamente emprendió vuelo hacia ella. Cuando estuvo cerca se fascinó ante tanta belleza: lucía un vestido blanco de algodón, sus alas eran del mismo tamaño que las de Ian, aunque estaban llenas de cicatrices y golpes, y en la frente se le podía ver la x que tuviera en su forma de animal.

—Gracias —le dijo—, por liberarme de lo que me ataba a Saló.

—No fue nada —contestó él—. ¿Por qué desapareciste? Desperté esta mañana y no estabas, me preocupé mucho.

—Lo lamento, es que si me quedaba hubiera pasado algo más, no quiero causarte problemas.

—¿Algo más? ¿Qué sería?

—Ya sabes, algo más—sonrió con picardía acercándose lentamente.

—No sé, ¿algo como qué? Algo, ¿cómo algo más?

—Algo como esto... —le tomó el mentón con dos dedos, le inclinó el rostro y comenzó a besarlo.

Ian tembló ante el extraño contacto que resultaban ser unos labios completamente diferentes a los de Keyla, nuevamente lo invadió aquel miedo como cuando Nara lo había llevado a su cuarto. No obstante, a pesar de estar temblando y nervioso... correspondió al beso.

Ninguno de los dos jamás había sentido tal deseo por otra persona, mucho menos tanta pasión al besar a alguien; para ambos era algo demasiado repentino, nuevo y extraño más que nada.

~oOo~

En la casa de Ednoc estaban solamente Ian, Xélfay y la joven Dragón. El resto del ejército se encontraba fuera de la aldea. El tema en cuestión era cuándo podrían marcharse de aquel pueblito pues el hechizo de magia blanca que había utilizado Ednoc sobre los Dragones el día anterior no terminaba de

mortificar a su ejército. Aún les dolía el pecho, les costaba moverse y se cansaban después de caminar una corta distancia. Era más que obvio que en ese estado la compañía no podía seguir adelante en por lo menos tres días, pero el asunto era que Ian no podía esperar tanto tiempo, su deseo era partir a la mañana siguiente, no importaba si era acompañado o solo. Xélfay no estaba de acuerdo con esto, por supuesto, su misión y deber era acompañar al Príncipe todo el tiempo y la idea de que se marchara solo a una ciudad infestada de enemigos no le hacía ninguna gracia.

—¡De ninguna manera lo permitiré! —exclamó Xélfay—. ¡Es mi deber y deseo acompañar y ayudar al Príncipe!

—Olvídalo —dijo Ian—. Cada minuto aquí es un tiempo valioso perdido y tres días es demasiado desperdicio ¡Debo llegar a Nógard lo antes posible! No puedo perder más tiempo aquí.

—De todas formas, Príncipe —interrumpió Ednoc—, convendría que esperes estos tres días. Más adelante el viaje a Nógard se divide en dos partes antes de llegar a las montañas. Dos partes que serán más que difíciles de superar; yo mismo podría instruirte acerca de estas etapas, mejor prevenir que lamentar.

Ian asintió de mala gana, poco sabía sobre lo que le esperaba en ese empedrado camino y el tono sombrío de Ednoc le hacía pensar que ir prevenido no era mala idea.

—Juraría que algo te preocupa —dijo Xélfay mientras Ian se recostaba en un sillón de la sala de Ednoc.

—Algo —contestó mirándolo—. Siento que estoy traicionando a... alguien que amo.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, sé que la amo más que a nada en este mundo, pero estos dos días comencé a tener un deseo muy fuerte por alguien más... te juro que jamás había sentido algo así, supongo que es mi instinto despertando o algo parecido.

—Bueno tal vez, pero dime, un deseo lo puede tener cualquiera. Dime en qué piensas cuando estas con esta persona.

—Pienso en arrancarle la ropa y en hacerle el amor donde quiera que esté. Ups... perdona, no quise... no quise ser tan específico.

—No te preocupes, está bien así. Habría que saber si puedes entrar en celo.

—¡luhg! No digas estupideces... no soy tan... tan animal. No puedo entrar en celo.

—Bueno... pero tienes ganas de andar procreando en todos los rincones de la tierra. Después de todo apenas si eres un cachorro, que no te extrañe el que tus instintos te controlen. En fin, tal vez deberías dormir, enfría la mente y tu anatomía. Buenas noches.

—Buenas noches...

Se dejó caer sobre los almohadones y cerró los ojos con la esperanza de que podría soñar con Keyla y sólo con Keyla. Con la esperanza de que podría quitarse esas ideas “impuras” de la cabeza, con la esperanza de olvidar aquel ardiente deseo que le recorría todo el cuerpo al recordar el rostro de Ástrid, Ástrid... ese nombre le dijo la bella joven Dragón cuando él se lo preguntó.

Por fin se había quedado dormido y sus sueños no se relacionaron ni con Keyla ni con Ástrid, sólo con la idea de ver Nógard y a su gente, era todo lo que ocupaba su mente perturbada.

De repente, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, al despertar se encontró con el rostro de Ástrid y con su cuerpo encima de él. En otra época quizás la hubiera arrojado a un costado, ahora estaba inmóvil, totalmente petrificado; una parte de su cabeza le decía que se la quitara de encima pero la otra le decía que él se pusiera encima.

—¿Qué ocurre? —susurró Ástrid—. ¿Te comió la lengua el lincen?

—¡Claro que no! —consiguió contestar Ian en susurros.

—¿Y si lo hago yo? —rió ella.

Se inclinó para dar inicio a un ardiente beso y antes de que Ian pudiera hacer o pensar en una salida, ya tenía las manos sobre ella y correspondía. Así estuvieron unos minutos, hasta que Ástrid se levantó, le extendió la mano y lo ayudó a levantarse. Salieron corriendo de la casa, se alejaron volando un kilómetro del pueblo y descendieron en los altos pastizales.

—¿Estas bien?—preguntó ella tomando el rostro del chico entre sus manos para verlo con cuidado—. No lo pareces... pero eres un cachorro.

—¡No soy un niño! —replicó molesto—. Y si eso piensas entonces eres una... asalta cunas.

Ástrid rió con ganas dejándose caer el pasto, se recostó mirando hacia el cielo y le hizo una señal al más joven para que se recostara a su lado. Ian obedeció tendiéndose junto a ella.

—Se nota que estás enamorado ¿sabes?—susurró ella volteándose para mirarlo.

—¿Cómo debo tomar eso?

—Como... como— pensó con cuidado—. Como “no te beses con alguien y te excites hasta el tope si no vas a poder terminarlo porque te pesa la conciencia”

—Trataré de recordarlo—rió divertido—. Aunque... no me arrepiento.

—Eso es bueno, no hay que arrepentirse de cosas como estas. Anda, dame la mano, te acomodare los dedos.

~oOo~

Lasylar...

Ian iba caminando hacia la casa de Ednoc, quien recibió con mucho gusto a su nuevo estudiante.

Mientras desayunaban, Ednoc comenzó a instruir al Príncipe con respecto a la primera etapa del viaje. Dentro de tres días partirían y dentro de otros tres llegarían a una pequeña selva en donde residía una tribu de humanos: Los Hechiceros, sólo eran personas tontas con muy poco conocimiento del mundo que los rodeaba, sin embargo al estar encerrados en esa selva habían desarrollado habilidades increíbles.

—Necesitas un escudo que te represente —dijo Ednoc—. Le llaman escudo de armas. De lo contrario no te permitirán ni siquiera combatir. Esperemos que los dejen pasar pacíficamente, pero considerando que llevas a toda una hueste

de semi Baara... en fin, en el peor de los casos necesitas un escudo.

—Pues, en ese caso —contestó Ian—, ya tengo uno —se desprendió unos cuantos botones y le enseñó al maestro la marca tenía en el pecho.

Incluso el mismo Ednoc conocía esa marca, cosa que lo confundió muchísimo, sin mencionar cuánto lo alteró.

—No es que la considere mi bandera ni mucho menos... pero no tengo otra cosa por ahora. Y si así van a vernos...

—Prefiero que no tengas escudo de armas, entonces.

El mediodía llegó más rápido de lo pensado; Ian no comió mucho en la mesa de Ednoc, sin embargo envolvió la mitad de su comida y salió de la casa en busca Xélfay y Ástrid. Suponía que debían estar en las afueras del pueblo por lo que se encaminó hacia allí. Sin embargo, mientras caminaba concentrado en sus dedos vendados escuchó claramente cómo alguien lo llamaba chistándolo. De niño siempre le había enfermado eso.

Al voltearse se encontró con Salo haciéndole señas desde la jaula a la que había sido confinado.

—Hey, niño. Me estoy asando, ¡muéveme a la sombra!

Ian parpadeó un par de veces, sencillamente no daba crédito a lo que había escuchado; ese lunático todavía se creía en condiciones de dar ordenes. Pensó en ignorarlo cuando de repente los dedos acomodados la noche anterior se le tensaron bruscamente y sintió cómo aquella mano esquelética a la que tanto temía le apresaba los dedos y el pecho mientras le susurraba atrocidades al oído.

—Seguro —contestó entonces—, moveré la jaula con mucho gusto.

No tengas miedo, hijo de los Dioses... yo te cuidaré... te daré el poder que buscas y no habrá más temor...

Ian estiró la mano derecha con la palma abierta. La pesada jaula comenzó a elevarse, alto y alto subió en el aire hasta estar a más de diez metros del suelo; Salo esperaba a que la moviera hasta la supuesta sombra, pero esto no ocurrió. Ian sonrió al prisionero, y luego lentamente comenzó a cerrar cada dedo. A medida que esto pasaba los barrotes de la jaula se contraían hacia Salo haciendo la jaula cada vez más estrecha y estrujando al cautivo. Antes de que el zacha muriera aplastado, Ian se detuvo, miró a su víctima a los ojos y sonriéndole bajó la mano... así la jaula cayó de un golpe sordo al suelo.

La gente de las casas cercanas salió para ver qué había sucedido pues el ruido producido por la caída se había escuchado por doquier. Salo estaba desmayado por el golpe y su cuerpo enredado con los restos de la jaula. Parecía un muñeco desarticulado.

Ante la conmoción, Ian se alejó del lugar del incidente completamente perturbado como si hubiera vuelto en sí y no reconociera quién era ni lo que había hecho. Caminó y caminó hasta que sin darse cuenta se encontró frente a frente con Ástrid.

—Yo... no quería... te juro que no...

—No mientas— cortó ella—. Querías verlo muerto ¿verdad? —Ian negó desesperado con la cabeza tratando de

explicarse, pero ella sólo le sonrió—. Pero sé que no querías hacer precisamente eso. No tienes que ceder a lo que él te ofrece, Árekel.

—¿Cómo sabes...?

—Así se dice... todos alguna vez hemos escuchado sobre eso. ¿Qué fue lo que sucedió? —preguntó finalmente observando cómo de un momento a otro los dedos que ella misma había curado lucían peor que antes... esta vez tenían marcas, como si algo lo hubiera arañado.

—Yo... sólo miré a Salo... y sentí odio, iba a asustarlo con la espada o algo— confesó él—. Pero... de repente sentí a esa *cosa* otra vez abrazándome, despertando ese calor en mi mano... y ahora no sé... duró sólo unos segundos pero de alguna forma me incentivó a hacer... lo que viste.

—Ya veo—suspirando se dedicó a vendar nuevamente la mano—. Cuando estemos en la selva se te curará. Entre tanto... si te habla de nuevo, escúchalo, pero no hagas caso.

—No entiendo.

—Escúchalo, o al menos aparenta hacerlo... pero no sigas el camino que te muestra.

—¿Por qué? En realidad no deseo escucharlo.

—Lo sé, pero si te niegas a hacerlo te lastimará. Lo sabes ¿verdad?

El chico asintió con pesar bajando la mirada, intentó mover los dedos sin éxito ya que aun sentía el hormigueo que había provocado la magia en su brazo.

—Según lo que escuché en el castillo—comentó Ástrid después de unos minutos de silencio—. El rey Ádemord fue encerrado en un lugar conocido como Los Acantilados, no me

preguntas qué es o qué hace porque de eso no sé nada. Pero escuché que estaba vivo.

—¿Y me lo dices porque...?

—Porque aunque quieras verte serio y firme, por dentro mueres por saber de él.

~oOo~

Ian regresó a la casa de Ednoc, esta vez por otro camino ya que quería ahorrarse la noticia si Salo había muerto o no.

Al llegar a la casa de Ednoc se topó con que el Hechicero tenía listos varios libros con algunas páginas separadas para que leyera inmediatamente.

—Ednoc—dijo sorprendido una vez sentado en el sillón—. ¿Voy a aprender magia?

—Exactamente—sonrió el hombre sentándose enfrente—. Pero magia que tú mismo crearás y utilizarás, nada de influjos oscuros.

—¿Por qué todos saben más que yo de ese tema?

—Aunque te lo dijera me dirías que es una estupidez y no me creerías. Ahora, presta atención, tenemos tres días y quiero que aprendas cosas muy difíciles.

Así siguió la lección. Aunque Ian mismo no podía creer lo que hacía, leer tantos libros, comics y ver películas siempre lo había ilusionado con tres hechos simples pero imposibles: hacer magia, volar y estar seguro de que las cosas que veía no eran producto de su imaginación. Y ahí estaba, creando fuego con las manos.

—Los hechizos son magia—explicó Ednoc en determinado momento en que Ian prácticamente jugaba con los hechizos.

—Brillante, Ednoc, jamás lo habría deducido sin ese comentario—rió el joven.

—¿Y qué es la magia?

—Eh...

—Calla y escucha. Como decía, los hechizos son magia, es decir: energía que puede o no ser destructiva. Mientras que los conjuros son algo más complicado: se deben recitar y memorizar frases para poder realizarlos, sirven para encantar objetos o personas, invocar criaturas o enfermedades; y por último pero mucho más importante: para materializar los pensamientos. Pocos Hechiceros, Brujos y Magos son capaces de materializar cosas, es un acto descabellado que sólo los expertos intentan y que sólo los grandes y poderosos consiguen. Es un acto que requiere un poder muy grande, más mental que físico, esto quiere decir que se necesita ser una persona con estabilidad y control mental sobresaliente para poder lograrlo, de lo contrario el cerebro no puede con tanta carga y explota.

—¿Pretendes que aprenda un conjuro?

—Quiero que aprendas un par de conjuros en especial.

—A sabiendas de que puede explotarme el cerebro.

—Son para casos extremos. He escuchado muchos rumores que curiosamente coinciden, y los rumores jamás coinciden entre si. Lo que te espera... es mejor estar preparado.

Ednoc entendía que Ian era muy intrépido y el hecho de que se salvara por un pelo de las garras del Baara sumaba puntos a su favor. Ya no le era permitido tener demasiadas dudas, si

bien era un adolescente en medio de una bomba de tiempo de hormonas, tenía que madurar para ciertas ocasiones, de ello dependía mucho más que su vida.

~oOo~

—Bubuja.

Un chisporroteo y la risa feliz de la niña.

—Fufume.

Una luz brillante y la pequeña aplaudió complacida. Ian jamás pensó que terminaría practicando hechizos con la pequeña hija de Ednoc, quien resultó ser un maestro más perezoso de lo que parecía. Mientras él jugaba a una especie de ajedrez con Ástrid, Kirara (la pequeña pelirroja) se encargaba de probar las habilidades de Ian. Aunque la niña no podía hacer mucha magia tenía un cerebro que absorbía conocimientos cual esponja y que quizás tenía más conocimiento que el propio Dragón.

—Gané —exclamó Ástrid.

—¡No puede ser! —gritó Ednoc—. Espera... esa pieza no estaba ahí. Juro que esa pieza no estaba ahí.

—Mira, Kirara—sonrió Ian juntando una mejilla a la de la niña—. Papá es un pésimo perdedor.

Ian continuó leyendo muy concentrado. Los gritos y exclamaciones que hacían los otros no conseguían distraerlo y además la pequeña pelirroja sobre su regazo mostraba igual interés.

—Apuesto a que ni en Hogwarts los hacen estudiar antes de ir a alguna guerra con Voldy—mascullaba frunciendo el ceño al no entender un párrafo.

Tras unas buenas horas de aprendizaje y practica de magia, Ian y Ástrid se fueron a caminar y se encontraron con sorpresa la jaula aplastada aún rodeada por toda la multitud de personas. Algunos trataban desesperadamente de sacar al pobre Salo que aún vivía pero estaba lleno de heridas mortales. Otros sólo lo miraban con indiferencia.

Ian se acercó a la jaula, se arrodilló frente a esta y se quedó mirando al mal herido zacha.

—Tu padre debe saber que su reinado está por terminar —le dijo con un tono muy tétrico—, así que es mejor mandarle una pequeña señal, sólo para que se entere... claro.

Metió la mano rápidamente entre los barrotes y se apoderó del brazo de Salo. El joven lanzó un alarido de dolor que no detuvo a Ian.

—¿Qué dices? ¿Un dedo, la mano o el brazo entero?

Salo temblaba y lloraba desconsoladamente pero sólo podía tratar de zafar el brazo pese al dolor.

Sonriendo, Ian tiró con muchísima fuerza del brazo y arrebató al prisionero de la jaula llevándose consigo uno que otro barrote. Salo cayó al suelo mientras que su brazo ya parecía un jirón de ropa.

—Mejor te enviaré a ti enterito, o lo que queda de ti —rió Ian—. Pero no te preocupes, yo me encargaré de que tu papi sepa quién te hizo esto.

Tomó uno de los hierros del piso, recitó un pequeño hechizo y así el extremo se convirtió en una punta que parecía

una pluma pero que estaba hirviendo por un calor celeste. Sujetó a Salo de los cabellos, inclinándole la cabeza con fuerza hacia un lado y sin el menor de los escrúpulos comenzó a pasarle con crueldad la punta caliente por la frente. Salo pataleó y gritó, lan no titubeó ni se detuvo, el hierro hirviendo pasaba como una pluma por la delicada piel. Cuando terminó todo este martirio quedó la horrible quemadura, el símbolo de los Baara que lan tenía en el pecho, aquel emblema espantoso ahora se resaltaba ostentoso en la frente del Príncipe zacha.

Temblando, el jóven se llevó una mano a la marca que escocía y derramando lágrimas comenzó a retorcerse gritando como undesquiciado.

—¡¿Cómo pudiste?! ¡Eres un monstruo!

—Denle un caballo—dijo lan arrojando el hierro a un lado—. Que se largue de aquí.

No pasó mucho antes de que un bien dispuesto poblador entregara un caballo y subiera a Salo sobre la precaria montura.

—Todos los Atlantes tenían razón sobre los ti—jadeó el zacha mirando a lan—. Ibas a ser un monstruo... y en verdad resultaste serlo.

Espoleó al animal que con un relincho salió galopando hacia las afueras del pueblo rumbo a la riesgosa Nógard.

—¿Crees haber hecho bien? —preguntó Ástrid acercándose.

—Para que nos teman como jamás le han temido a algo debes sembrarles el miedo de a poco, créeme que sé de eso.

Llegó el día esperado.

Ástrid se levantó con los primeros rayos del sol y cuando fue a la sala encontró a Ian sentado en el alféizar con la ventana abierta de par en par.

—¿Tuviste una pesadilla? —preguntó ella dejándose caer en el sillón.

—Algo así...—contestó con la mirada perdida—. Soñé con algo que me pasó de niño... lo cual si, fue una pesadilla.

—¿Tiene que ver con el Baara que te marcó? —Ian asintió—. Has estado pensando mucho en eso. Es decir, sé que es imposible no pensarlo... pero, deberías dejarlo de lado.

La puerta rechinó y ambos se voltearon encontrándose con Xélfay. El dragón pasó por la sala y fue hasta la cocina, regresó después de unos minutos de silencio trayendo dos tazas con café y le entregó una a la muchacha quien sonrió agradecida.

—He notado —comentó Ástrid mirando al recién llegado—, que todos los marcados son hombres.

—Estás siendo bastante ignorante ¿no crees? —contestó Xélfay algo molesto—. Es bastante obvio. Siempre se anunció que Lasylar sería hombre.

—¿Pero qué tiene que ver Lasylar conmigo? —preguntó Ian.

—¿De verdad no lo sabes? —exclamaron los otros dos a la vez.

—Pues no... si me lo explican quizás pueda.

—Árekel, es increíble que no lo sepas. Lo que pasa es que Lasylar...

—¡Buenos días, señores y señorita!—interrumpió Ednoc entrando en la sala—. Rápido, rápido, el día es corto y hay mucho que hacer antes de que se vayan.

Como si el mismísimo Rey hubiera dado la orden, Ástrid y Xélfay dejaron las tazas en una mesa y fueron directo a prepararse tal y como lo mandaba el Hechicero, a quien Ian miró bastante molesto ya que gracias a su entrada sorpresa su pregunta quedó sin respuesta.

Llegó el momento de la partida, todo el pueblo se reunió en las afueras para ver partir a la compañía y al Príncipe que los había salvado de tantos martirios.

Antes de partir, Ástrid e Ian se despidieron muy respetuosamente de Ednoc. Ian más que nadie le debía mucho y le ofreció su servicio para cuando lo necesitase. Depositó un beso en la frente de la pequeña Kirara y se marchó.

El ejército se elevó, el Príncipe y sus soldados extendieron las alas y se alejaron rápidamente buscando recuperar el tiempo perdido en esos tres días detenidos.

Volaron sin parar dos días seguidos. No entendían por qué estaban tan retrasados, era como si las alas les pesaran y como si las corrientes de viento los frenaran. Algo les estaba impidiendo avanzar tan rápido como hubieran querido. Ante tanta lentitud tuvieron que descender y empezar la marcha por tierra. El campo de magia blanca no les permitiría elevarse por un largo tiempo.

Tal como Ednoc había dicho, deberían avanzar cincuenta kilómetros a pie para llegar a la selva. Avanzaban rápidamente durante la noche y descansaban un poco durante el día.

Y finalmente llegaron con los susurros del viento a la frontera de aquella espesa selva...

Lasylar...

Capítulo 10

LOS ACANTILADOS

En medio de la impenetrable oscuridad, el ejército del Bosque y Licer permanecían inmóviles. Habían llegado a Los Acantilados, y por ello no podían saber si al avanzar un paso más caerían en un abismo sin fondo.

Decidieron esperar hasta el alba y cuando ella estuvo allí, agradecieron la prudencia de la noche anterior al decidir no moverse durante las horas de oscuridad. A sólo un paso, a sólo un pequeño paso estaba el primer precipicio y debían ingeniarse en la forma de pasarlo. Lógicamente los pegastos, zornas y Licer volarían por encima, aunque en un momento el viento les complicó el trayecto: misteriosamente cambiaba en forma brusca de dirección. Los duendes y unicornios se las arreglaron para crear un puente de energía sobre el vacío, y ahí estuvo el problema: tardaron muchísimo en terminar de pasar todos, cientos y cientos de soldados pasando por un estrecho puente que apenas se veía.

Cuando estuvieron todos a salvo, miraron con atención alrededor pero ni siquiera los elfos vieron otro precipicio. Licer no podía creer que Hao hubiera hecho tanto escándalo por un tonto precipicio que pasaron con facilidad. Así que se elevó junto con Donray para investigar un poco, pero desde el aire tampoco se veía nada amenazador.

—No veo nada—comentó sujeto del cuello del pegasto—. Tampoco entiendo nada.

Sin embargo, la calma que se sentía en los cielos no duró mucho, ya que de un momento a otro escucharon gritos que venían desde tierra firme y del mismísimo ejército. Descendieron rápidamente y vieron a varios duendes aferrados a las paredes de un profundo abismo. Licer y Donray descendieron en su auxilio, por suerte todos habían logrado sujetarse de varias grietas que tenían las rocosas paredes.

Al alcanzar el suelo firme nadie entendía lo que había ocurrido, pues nadie había visto el abismo. Donray y Licer desde el aire sólo habían divisado tierra y más tierra, ni un sólo hueco, ni una sola quebrada, cañada o grieta. ¿Qué había ocurrido entonces? Los duendes que habían caído sólo decían que había aparecido de la nada, de pronto el suelo había desaparecido bajo sus pies, pero no había ni niebla ni plantas que les impidieran ver lo que pisaban.

No quedaba más que seguir avanzando, no había otro camino próximo para llegar a Xínef y ya era tarde para rodear ese territorio. Esta vez, todos llevaban cuerdas con ganchos en los brazos y espaldas en caso de que el suelo se esfumara nuevamente. Al momento de avanzar vieron asombrados que el enorme abismo donde antes habían estado a punto de caer, ya no estaba. Licer iba tanteando el camino, se lo sentía firme como una roca pero no obstante continuaron con mucha desconfianza.

Licer iba junto a Donray, intercambiaban palabras que Licer empezaba a escuchar sobre lo que había ocurrido, hasta que de repente, nuevamente la tierra que pisaban ¡desapareció de golpe! Cayeron irremediablemente, ambos al poder ponerse en buena e indicada posición lograron agitar sus alas y subir. Y

mientras lo hacían trataban de salvar a los que podían y los pegasos y zornas bajaban a toda velocidad para hacer lo mismo. La desesperación era mucha, no todos lograban sujetarse y las corrientes de aire comenzaban a entrar en cólera, hacían perder la estabilidad a todo aquel que tuviera alas.

Licer movía las alas lo más rápido y fuerte que podía; de sus pies colgaba Néud, y de él dos elfos se sujetaban. El Fénix, como todos los de su raza, tenía la capacidad de soportar grandes cargas y volar a toda velocidad con ellas, pero el viento parecía cientos de espadas cortándole todo el cuerpo; lo curioso era que sólo él era atacado mientras sus soldados sólo tenían la preocupación de sujetarse.

Donray y un zorna se elevaron, pero cuando se disponían a bajar el viento los empujó con una fuerza impresionante que parecía tener vida propia. Estaba formando una pared que se convirtió en un monstruoso tornado que si bien amenazaba con tirárseles encima, no se movía de su lugar.

Licer debía subir sin ayuda alguna y aunque las corrientes y ráfagas no se detenían, él no paraba de agitar las alas. Cuando estuvo sobre los extremos, el tornado se esfumó como si nunca hubiera estado allí; el viento cortante se detuvo y Licer y los soldados cayeron exhaustos al suelo. El Fénix estaba herido, eran sólo cortes superficiales pero los tenía en todo el cuerpo. Con un poco de concentración logró cerrar las heridas en las alas, piernas y brazos, pero para el resto ya no tuvo energía.

Había sido suficiente acción por ese día, sin embargo ninguno encontró paz alguna mientras descansaban. La constante preocupación de que el suelo desaparecería los

atormentaba en todo momento. ¿Y cómo no? Si no tenían alas para sobrevivir a tal acontecimiento y no siempre los alados estarían ahí para salvarlos.

La noche transcurrió con tranquilidad, sin embargo los párcenes varias veces aseguraron haber escuchado el susurro de un río debajo de ellos pero no tenían forma de confirmarlo, después de todo no había o podía haber agua en medio de ese desierto.

Con el llegar del día las cosas se animaron un poco y durante horas no sufrieron ningún ataque. Licer caminaba a la cabeza como siempre; Lilo y Donray iban a su lado y notaban cómo a veces se masajeaba el pecho.

—¿Te duele el pecho? —preguntó Lilo muy preocupado.

—¡No! Sólo son unas puntadas —contestó Licer—. No sé qué es.

—¿No habrá sido por los cortes que te hiciste ayer?

—No lo creo. Creo que es por lan... pero no estoy seguro.

Demasiadas horas de calma era mucho pedir, pues enormes rocas puntiagudas del tamaño de personas emergieron abruptamente del suelo. Como empujadas desde abajo por una fuerza invensible. Salían en cada lugar donde se agrupaban los soldados, todos corrían o saltaban para evitarlas lo mejor o más rápido que podían pues las piedras surgían de todas partes alcanzando a herir a casi toda la compañía.

No había manera de detenerse a pensar qué estaba pasando o por qué ocurría cosa semejante, todo sucedía demasiado rápido... pero cuando todos estaban exhaustos y creyeron que las cosas no podían empeorar más el suelo desapareció de repente... y nadie pudo reaccionar a tiempo.

~oOo~

Cluic...

Un frío de muerte cubrió a Licer. Cuando consiguió despertarse se encontró sumergido en agua helada. Nadó hacia la superficie y emergió respirando una gran bocanada de aire. Miró hacia arriba, apenas se podía ver la luz del día y recordó entonces que había caído en un nuevo abismo. Agradecía el hecho de que hubiera un río subterráneo para amortiguar un poco la caída, pero el agua estaba tan fría que parecía miles de cuchillos atravesando su temblorosa piel.

Escuchó voces que gritaban su nombre y al voltearse encontró a algunos de sus soldados en una pequeña isla de rocas. Todos se estaban muriendo de frío, estaban mojados y dentro de aquel abismo corría una brisa helada que parecía estar encerrada entre las paredes ya que nunca paraba de soplar y congelar la piel. El islote era lo único que los mantenía en la superficie, pero no había ramas secas u hojas para hacer un fuego y secarse. Estaban contra una de las paredes, Licer intentó escalarla pero la piedra era muy lisa, no había ni una sola grieta para aferrarse, no parecía tallada por el agua, el viento o el tiempo sino por herramientas y manos expertas que sabían muy bien lo que hacían.

Licer tenía que esperar a que sus alas se entibiaran un poco, las tenía totalmente congeladas y temblorosas, no le obedecían por más que trataba de agitarlas con todas sus energías. Así permanecieron, tiritando del frío que parecía nunca irse. No podían secarse de ninguna manera, el río se agitaba de vez en cuando, la corriente se volvía más turbia y violenta haciendo

que el agua chocara contra las piedras y contra la isla salpicando y volviendo a mojarlos. Un frío sobrenatural.

Pronto el anochecer cubrió con su oscuridad la luz que venía de la cima del acantilado. Así pasaron cuatro tenebrosos días; en ese tiempo todos enfermaron y otros empeoraron. Las alas de Licer estaban al borde del colapso, por más que las mantuviera guardadas las sentía como hielos en la espalda. Había intentado muchas veces saltar hasta el extremo de una pared pero no llegaba a más de la mitad, no tenía fuerzas, y la enfermedad se convertía en una bola de acero arrastrada por pesadas cadenas.

~oOo~

—Alteza, por favor déjeme a mi—replicaba uno de los elfos entre tos y tos—. No puedo permitir que vaya usted.

—Soy el que está en mejores condiciones—replicó Licer quitándose las botas—. Y si algo me pasa no puedo morir, es preferible que yo vaya. No se preocupen, no tardaré mucho.

Se les habían agotado los alimentos que traían en las mochilas, de modo que Licer se lanzó al agua para atrapar algún pez.

El río era muy profundo, por lo que Licer con mucho esfuerzo llegó al fondo. Se vio maravillado por el mundo que allí descubrió: parecía un campo acuático, un valle, había vegetación y fauna, los peces tenían formas extrañas y bellos colores. Buscó lo más rápido posible un pez de un tamaño que él pudiera manejar en su estado actual; nadó hacia un conjunto de rocas que parecían formar una cueva de gran tamaño y

nadando justo delante de la entrada estaba el pez indicado: era regordete y muy lento, de color naranja y dorado; era enorme considerando que Licer sólo había visto peces pequeños en una pecera como mucho en toda su vida.

El Fénix se escondió detrás de unas algas y agradeció el hecho de ser mitad Atlante, de lo contrario el aire se le habría acabado hacía rato. Escondido entre las plantas acuáticas, desenvainó a Xínef e impulsándose con los cansados pies se lanzó a la cacería. Pero a sólo unos centímetros del pez, de la oscura cueva de rocas salió una o lo que parecía ser una serpiente gigante que tragó al pez de un sólo bocado y se llevó por delante al desprotegido muchacho.

Los que estaban ya preocupados en la superficie, vieron cómo el agua se agitaba más de lo acostumbrado y que de ella emergían grandes burbujas de aire, siguiéndolas salió una enorme cabeza de reptil con Licer estampado en su frente. La gran bestia permaneció erguida, y aunque no era una serpiente como Licer había pensado no dejaba de ser lo más grande y atemorizante que había visto.

Los soldados estaban paralizados del miedo. Licer estaba sentado sobre el tabique nasal del animal y aún tenía a Xínef en la mano, podría usarla en cualquier momento y con tan sólo un golpe rápido la serpiente caería sin problemas.

—Un Fénix en medio de los Acantilados —dijo una voz en eco. Una voz grave y muy profunda—. Y con un grupito del Bosque... ¿quién eres? Hace años que no veía a uno de tu especie. Hace años que no veo a nadie en realidad.

Licer miró al animal un momento, pero este seguía inmóvil y calmo, bueno, al menos no era la bestia la que hablaba. La voz venía de las mismas paredes de roca.

—Soy Licer —dijo nervioso mirando alrededor—, y ellos son una pequeña parte de mi compañía. Nos caímos hace seis días, el resto de mi ejército está allá arriba.

—¿Licer? —preguntó la voz pensativa—. Los Fénix no usan ese tipo de nombres ¿Qué edad tienes?

—Veinte años.

—Eres prácticamente un bebé —exclamó—. No es lógico que tengas ese tamaño.

Y entonces lo vió, Licer fijó la vista en un punto muy alto de la pared... allí se veía una forma que sobresalía de la roca pero que no dejaba de ser parte de esta. Una pequeña plataforma, desde donde Licer estaba sólo podía ver un par de manos encadenadas a la pared

—¿Qué eres?—preguntó sin poder contenerse más tiempo. Le resultaba demasiado extraño que alguien estuviera prisionero en un lugar tan... tan, bueno, tan extraño.

—Escoria de esta porquería de lugar, sería una buena definición para mi persona—contestó desganado.

—Y con un humor bastante ácido—se removió en la nariz de la bestia e hizo el amague de bajarse, pero en ese momento el animal estiró el cuello irguiéndose en toda su capacidad hasta que Licer quedó mirando a la persona encadenada—. Oh...

Era un hombre, sentado en la pequeña plataforma con los pies descalzos y magullados encadenados a grilletes sepultados en la roca; las manos colgaban por encima de la cabeza y

permanecían ceñidas por las mismas cadenas. Lucia cansado, lo cual era predecible. Tenía el cabello rubio, largo hasta los hombros, muy desprolijo por suciedad y descuido; la piel trigueña marcada por varios raspones y moretones... y los ojos... tenía ojos celestes, un celeste tan profundo que a Licer le resultaba extraño y conocido a la vez.

—Am... ¿hace mucho tiempo que estás aquí?

—Diecisiete años, cuatro meses y tres días —contestó sin mirarlo—. Un tiempo.

—Un buen tiempo, diría yo. Puedo ayudarte.

—No te molestes, no tiene caso.

—¿Son muy resistentes los grilletes?

—Supongo que cualquiera con una espada puede con ellos... pero soy yo el que no tiene interés en salir.

Licer se puso de pie como pudo y de un salto llegó a la plataforma. Acercándose con cuidado observó al maltrecho hombre, le recordaba a alguien... o le traía el lejano recuerdo de algo...

—Tienes que salir de aquí —insistió colocándose en cuclillas frente a él—. ¿Cómo has sobrevivido todos estos años?

—Magia...—contestó levantando la mirada—. Cuando un Hechicero quiere darte un buen castigo... se asegura que vivas para sufrirlo. Pero... a mi ya no me importa, ya no me importa nada... por nada puedo vivir.

Licer se inclinó para mirarlo fijo a la cara, cosa que ya no extrañaba ni importaba al cautivo.

—¿Qué tanto miras, pajarito?—espetó frunciendo el ceño.

—¿Ádemord?

El hombre se quedó petrificado, hacía tantos años que no escuchaba ese nombre.

—¿Ádemord? ¿Eres tú? —repitió Licer.

—Lo que queda—contestó muy confundido—. No te conozco.

—Claro que no, soy... soy el hijo de Ósagep y Aika.

Ádemord perdió el aliento. Miró fijo a los ojos del chico y en ese momento Licer dudó si realmente era el padre de Ian, pues Ádemord no lo asustaba cuando lo miraba.

—Por los Dioses... ¿Némok? estás vivo... estás aquí... eso quiere decir que...

—Árekel también está vivo y también vino a Lang, ahora debe estar en Nógard.

—Entonces... la profecía... Dioses no...

—Si, ya, todo se cumple si si si. ¿Cómo demonios terminaste aquí?

Costó un poco que el hombre se recuperara de la sorpresa de encontrarse al niño que había visto hacía tantos años ahora como un joven guerrero. Ósagep ya lo había dicho, al igual que Aika, Ádemord no recibió el mismo trato que los hermanos Atlantes. Su castigo había sido muy diferente: con los zachas aliados a los Hechiceros más poderosos, Ádemord se vio confinado a esa prisión de roca, sólo con aquella serpiente, los peces, el viento y el agua como compañeros de cárcel y el recuerdo de haber dejado solas a una mujer y dos hijas... y hasta entonces había creído que Ian estaba muerto.

Licer, feliz como estaba por haber encontrado al padre de Ian, se dedicó a contarle la historia tan larga de dónde habían estado y todo lo que habían vivido. Se sentía bastante estúpido

y extraño hablándole a un hombre encadenado en lo alto, pero a esas alturas ya nada podía sorprenderlo.

—Entonces, dices que Árekel está bien —decía Ádemord muy feliz.

—Claro que lo está —dijo Licer—. Tengo que sacarte de aquí.

Se dedicó a intentar romper las cadenas con fuertes golpes de su espada que resonaba con prolongado eco en aquel extraño lugar. La espada cantaba con los golpes pero la hoja no se abollaba ni parecía perder el filo. Sin duda las amarras eran fuertes y estaban hechizadas de tal forma que Ádemord con su fuerza de Dragón jamás podría librarse por sus propios medios, pero los Hechiceros jamás habían contado con que algún remoto día llegaría a aquel desolado lugar alguien a ayudarlo.

Después de haber golpeado y machacado los eslabones parecía que el metal empezaba a ceder, por lo que Licer dejó a un lado la espada, envolvió con ambas manos una cadena y prácticamente la derritió. Tal como alguna vez había hecho preso de la inconciencia en su campo, sus manos adoptaron tal temperatura que ni el duro metal pudo resistirlo y terminó por derretirse. El proceso cansaba mucho, pero aun así el Fénix liberó a Ádemord de cada grillete.

Finalmente libre, el Dragón se puso de pie con ayuda del muchacho que lo miraba sonriente. El hombre no podía creer ni acostumbrarse a verse libre una vez más, era una sensación tan embriagadora que jamás podría terminar de agradecer aquello al Fénix.

Juntos descendieron de la saliente de piedra y fueron a parar a la pequeña isla donde los soldados del Bosque

quedaron pasmados ante la visión del antiguo Rey. Le entregaron mudas de ropa para que se quitara los estropeados ropajes que había usado durante su encarcelamiento.

—Tiene tus ojos—dijo Licer mientras Ádemord se vestía.

—¿Qué? ¿Árekel? ¿Cómo es él? Cuéntame, por favor. Debe ser un niño, ahora tendría diecisiete años... aunque si tu creciste tanto...

—¡Ádemord! Cálmate, tendremos tiempo de hablar de esto. Ahora cámbiate para que podamos salir de aquí.

Quién diría que gracias a una serpiente moradora del río habrían de recuperarse tan rápido, pues era cuestión de estar secos y sanos, seguros del frío extraño y el agua para poder tener las alas listas y las energías dispuestas. El animal los protegió del viento y el agua el tiempo que necesitaron.

Una vez recuperados, Licer y Ádemord sujetaron al reducido grupo y con sus alas se elevaron en el aire, subieron a gran velocidad por el precipicio y al llegar a la cima pisaron tierra firme pero no vieron a nadie. Ni una pista del ejército del Bosque. Ádemord, como todo Dragón, tenía agudizados los cinco sentidos por lo cual era un excelente rastreador, pero ni con sus increíbles habilidades podía encontrar algún rastro, no había huellas, ni nada. Tampoco en el cielo había pegasos o zornas, todo era escalofriante, estaban completamente solos.

Durante días estuvieron solos, avanzando con cuidado de no ser atacados otra vez. Hasta que, de repente, sintieron un leve pero continuo sismo. Como si algo se estuviera moviendo debajo de ellos, como si una caravana de quién sabe qué cosas corriera por debajo de sus pies. Licer se recostó y pegó la oreja

en el suelo; evidentemente algo estaba por pasar, algo estaba subiendo lentamente hacia ellos. ¿Un topo? Imposible, salvo que midiera diez metros como mínimo; además, ¿a tal velocidad? Salvo que fuera una de esas máquinas con taladro que había visto en la Tierra.

Hubo un silencio, nadie escarbaba y ya no había sismo. Todo era calma e inmovilidad. De repente, donde Licer estaba escuchando, aparecieron varias grietas que luego se rompieron de golpe con el surgimiento de una mano. Estaba sucia, tenía cinco dedos (nunca está de más aclarar) los cuales empezaron a tantear por todas partes. Nadie tenía pensado acercarse, hasta que Licer notó algo muy peculiar en aquella manito: traía un anillo de oro con una piedra azul engarzada en el dedo anular. Se arrojó hacia la mano y la sujetó con fuerza para que no volviera a hundirse. Ádemord y los otros soldados se acercaron y comenzaron a cavar con las espadas alrededor de la mano; no demoraron mucho pues la tierra ya había sido cavada desde abajo, hasta tal punto que un enorme círculo de grietas se marcó y luego se desmoronó. Licer quedó sujetando la mano de Néud, quien colgaba lleno de tierra y debajo de él volaban otros duendes en los lomos de los pegasos y más abajo estaba el resto del ejército dividido en varios islotes de piedra. Habían estado cavando desde el río subterráneo para poder salir; la magia de los duendes demostraba una de sus tantas habilidades especiales: el manejo del viento como una herramienta de excavación, la presión y la fuerza que ejercía como ráfagas o como tornado sobre la tierra era el perfecto taladro excavador.

Una vez todos en tierra firme, Lilo y los demás líderes descubrieron rápidamente la presencia de Ádemord, y antes de que este o Licer pudiera contarles cómo había llegado allí, todos estaban con la rodilla hincada en el suelo y con la cabeza baja reverenciando al Rey de los Dragones.

—Nos trajiste a un Rey de sorpresa, pichón—rió Hao palmeando la espalda de Licer.

—¿Eh? ¿Un Rey? ¿De qué estas hablando?

—¿Eres o te haces? ¿De quién más podría estar hablando? ¡De Ádemord!

—¿A... Ádemord? ¿Ádemord es un Rey?

—Eh... ¡Sí! ¡No puedo creer que no te hayas dado cuenta! ¡Ádemord es el Rey de los Dragones! ¿En... en verdad no sabías?—paró un poco su histeria al ver el asombro y el desconcierto del chico.

—N-no... Te juro que no tenía idea. Ian... Ian no me dijo nada. Qué piojo traidor...

Esa noche fue muy fría; el viento helado les congelaba la piel y la temperatura que bajaba cada vez más les causaba constantes y molestos escalofríos que no podían evitar. Ádemord había encendido una fogata junto a Licer, demostraba mucho cariño por el chico a pesar de no conocerlo bien.

—Ian se parece a tí—dijo Licer recostado entre las mantas.

—Deberías estar dormido—replicó Ádemord arropándolo nuevamente—. ¿Se me parece? Creí que sería igual a su madre... por lo poco que pude verlo cuando nació, tenía el cabello tan negro como la noche.

—Y lo tiene—rió mirándole—. Pero tiene tus ojos.

—Me hubiera gustado verlo crecer —comentó con tristeza—. ¿Recuerdas algo de cuando estabas en la cueva con nosotros? Te cantaba una canción junto a tu madre.

—Lo recuerdo claramente ahora, mi madre y tú siempre me cantaban canciones para que no llorara. Mi padre siempre te miraba de reojo y muchas veces discutías con él. Idnalde estaba embarazada, tan sólo le quedaba un mes... cantabas para ambos...

—Sorprendentes memorias tienen los Fénix. Es verdad, todo lo que dices es cierto. Pero ya basta de plática; duérmete de una vez.

—¿Por qué tú no haces lo mismo?

—No puedo...

—¿Estás pensando en Árekel?

—Siempre he pensado en él... no sabes cómo me carcomía la conciencia cuando lo dejé ir... no creí que viviría mucho...

—Tienes ese cargo de conciencia desde que Idnalde te dijo que estaba embarazada ¿verdad?

—Nada se te escapa ¿eh?—sonrió con tristeza—. Si... siempre sentí esa culpa. Siempre creí que había engendrado un hijo que moriría... no creas que este tipo de unión nunca había ocurrido. No es nada fantástico ni extraño el amor entre razas diferentes. Ya había ocurrido, Fénix con Atlantes, Dragones con Fénix... lo vi cientos de veces... así como a los recién nacidos muertos y los abortos espontáneos. Simplemente, nuestros genes no se complementan, explotan, se autodestruyen...

—Y aun sabiendo eso, tú...

—Lilu y Húriko... bueno, son producto del primer matrimonio de Idnalde, no resultó bien, y el padre de las niñas desapareció del mapa mucho antes de yo conocerla.

—Pero... Idnalde no le dijo nada a Ian sobre eso.

—Bueno, no es para menos. Las niñas no conocieron a su padre. Es un buen ejemplo de por qué los matrimonios arreglados no funcionan. En fin, siempre tuve miedo de lo que le pasaría a nuestro hijo. Uno no elige de quién enamorarse, algún día lo vivirás. Pero es verdad, yo podría simplemente haberme alejado o... no haberla tocado. Soy culpable... cuando Árekel nació... ambos lloramos, entre felicidad porque naciera vivo y pena porque su vida no duraría mucho. Al verte a ti crecer hasta los tres años contemplamos un milagro... pero no esperaba lo mismo para mi hijo. Y entonces...

—Ógirdor llegó a la cueva...

—Su llegada si bien me separó de mi hijo... me trajo un poco de esperanza. Si él estaba ahí era porque creía que ustedes eran los niños de quienes se hablaba en la profecía... por lo tanto mi hijo viviría. Y ahora llegas y haces mi sueño realidad... no tienes idea lo feliz que soy al verte convertido en hombre. Sólo quiero verlo, no importa lo que suceda si puedo verlo al menos una vez.

Capítulo 11

BAARA



En la impenetrable oscuridad, los Dragones observaron la selva con mucho recelo; aquellos árboles elevados, la maleza, las lianas y plantas peligrosas deban la impresión de ser un lugar inhabitable, y eso sin tomar en cuenta las bestias salvajes que debían vivir allí.

Desenvainaron las espadas y comenzaron a avanzar cortando la maleza que obstaculizaba el paso. La selva no podía verse bien, y las lunas tampoco ayudaban estando escondidas tras nubes privando a todos de su codiciado brillo. Escuchaban ruidos continuamente, el zumbido de los mosquitos que a menudo los picaban con aguijones que parecían largas y filosas agujas. El canto fuerte y constante de los grillos que hacían eco en todas partes y de vez en cuando el llamado de algún animal desconocido que se movía furtivamente por los árboles. Mientras que la compañía de Dragones no provocaba ni un solo sonido, ni el más leve ruido venía de su andar al caminar veloz y ligero; las espadas cortaban rápido y preciso los pastizales y malezas mientras que la noche era un manto oscuro que los envolvía y protegía de miradas enemigas.

Después de horas de marcha se detuvieron y levantaron un pequeño campamento. Ian extendió una frazada sobre el piso y se recostó cruzando los brazos por detrás de la cabeza para mirar el cielo. No había estrellas ni lunas, la oscuridad reinaba esa noche gracias al encapotado cielo de nubes.

Cuando empezó a cabecear, escuchó un aleteo muy curioso, abrió los ojos y sobre sí vio una lucecita roja, una bolita luminosa con alitas muy cortas moviéndose a gran velocidad. Ian se puso de pie y se dedicó a mirarla con curiosidad para después percatarse de que esa no era la única. Había muchas

más luces voladoras de distintos colores que revoloteaban por encima de la compañía como si buscaran algo en especial.

Ástrid se acercó a él, juntos observaron con gracia a las pequeñas luces que bajaron y comenzaron a recorrer a cada uno osadamente; se metían entre la ropa y antes de ser atrapadas salían velozmente; eran más insolentes y molestas que los mosquitos. Cuando pensaron que se marchaban, la de color rojo que Ian había visto al principio agitó las alas a una velocidad impresionante provocando un silbido que fue un llamado para las demás que descendieron velozmente hasta donde estaba su compañerito rojo. Cuando estos extraños seres estuvieron reunidos se acercaron hasta Ian y Ástrid. Los rodearon y allí se quedaron flotando hasta que la lucecita roja estuvo frente a frente con Ian, agitó las alas con velocidad de modo que la camisa del joven se abrió un poco por el aire dejando al descubierto la marca Baara. Al verla, todas las luces comenzaron a revolotear alrededor del chico, moviéndose en círculos a toda velocidad. Ian estiró la mano y la pequeña luz se sentó en ella, curiosamente los dedos tensos comenzaron a llenarse de una agradable calidez que poco a poco fue distendiendo los nervios y devolviendo libertad a los huesos. Ian sonrió y la luz se elevó rápidamente con las demás alejándose de allí.

—¿Qué crees que estarían buscando? —dijo Ástrid.

—A nosotros, claro está —dijo Xélfay acercándose—. Debieron aplastarlas cuando tuvieron la oportunidad.

—El soldado perfecto ha hablado—rió Ian sentándose una vez más—. Me sorprende que le temas a unas cuantas luces, señor del deber.

Irritado por las burlas de a quien servía pero que ya empezaba a considerar como un crío, Xélfay dio media vuelta y regresó con el resto de sus compañeros.

—Qué mal carácter tiene—rió moviendo los dedos—. Oye ¿qué fue lo que pasó?

—Esas luces son curativas—contestó Ástrid—. Liberan un polen que se filtra por los poros, por eso los humanos las atrapan y se sirven de ellas.

Cuando llegó la mañana siguieron avanzando, Ástrid aún sentía los pelos de punta al no poder ver más que cenizas desplazándose cerca de ella en lugar de cuerpos normales. Aquello dio pie al menos para poder conversar y a Ian no le extrañó que ante un mínimo incentivo por parte de una señorita, los cenicientos Dragones se dignaran a hablar.

—En ese tiempo pensamos que la Era de los Dragones terminaría para siempre —decían al haber salido a colación el tema de la invasión Atlante, aquel momento que el Baara aprovechó para meter sus garras y conseguir que todos gritaran con el alma.

—Pero ya ven que no es así —decía Ástrid—. Árekel ha retornado para iniciar una nueva Era y finalmente un nuevo mundo se nos presentará. Los zachas van a pagar todo lo que nos hicieron, ninguno se salvará.

—Quizás la tierra de Gálaca no sea un mito después de todo.

—Si la profecía es cierta, ya ves que no.

—¡Wou! —interrumpió Ian completamente confundido—. ¿La tierra de qué? ¿De qué están hablando?

—Pues, siempre nos han enseñado—explicó Ástrid—, que llegará el día en que Lang tenga su recompensa, que no tengamos que temer por el regreso de los Baara, y llegará a nosotros La Tierra de Gálaca. Los humanos lo llamaban y describen como “El Paraíso”. La tierra prometida...

—¿Me estás diciendo que de la noche a la mañana se abrirá la tierra, se dará vuelta y quedará el Paraíso? Suena increíblemente estúpido y fantasioso.

—Pues si, pero no puedo creer que algo te suene fantasioso teniendo en cuenta todo lo que has vivido.

—Bueno si... pero es diferente, es decir, esas tonterías del Paraíso nunca me las he creído.

—No es el paraíso, es la tierra que los Dioses habrán de separar para nosotros. Además, te conviene creer lo que te digo.

—¿Por qué si se puede saber? —rió divertido.

—Porque es la misión de Lasylar traer la tierra de Gálaca a nosotros. Ya que estás vivo, la profecía es cierta.

Finalmente llegaron a un camino que estaba rodeado por flores muy bien cuidadas, parecían encantadas ya que se movían y tenían un brillo muy curioso. Los árboles estaban inclinados de modo que las copas se tocaban y formaban un hermoso techo esmeralda sobre ellos, y el camino comenzaba a volverse de piedras bien pulidas.

Pronto estuvieron allí, frente a la puerta de madera de la tribu de Hechiceros. Una puerta de cuatro metros de alto y dos de ancho, por el resto del perímetro se extendían troncos cortados en líneas rectas separando la selva de su aldea. Tallado en la puerta y bordado en las banderas que flameaban

sobre aquella, lucía el escudo de guerra que Ednoc había mencionado: una mano con un ojo en la palma.

Algunos Dragones la empujaron con todas sus fuerzas pero no se movió ni un poco; gritaron y llamaron pero nadie se acercó. Deberían haber previsto que la entrada a un pueblo de Hechiceros no sería tan sencilla.

Ian se acercó a la puerta y miró con mucha atención el dibujo del escudo. Cada línea era una oración escrita con palabras muy pequeñas, todo el dibujo era un tremendo aviso para los extranjeros.

“Con palmas vacías deben estar, para a la Tribu de los Hechiceros poder pasar.

Con palmas vacías podrán visitar, la magia que los ha de esperar.

Con palmas vacías podrán contemplar, la magia que los ha de aguardar.

Con palmas vacías podrán llamar, y así las puertas se abrirán”.

—Además de mágicos son poetas—rió Ian.

Por supuesto, después de tan simpático poema venía una larga referencia acerca de los hechizos y maldiciones que reposaban en la tribu. Para Ian parecía más territorio de poetas que de Hechiceros pero sólo se lo susurró a Ástrid, puesto que Xélfay no estaba de humor para nada. Ian guardó su espada y ordenó a los demás que hicieran lo mismo.

“Con palmas vacías deben estar, para a la Tribu de los Hechiceros poder pasar”. Era una instrucción muy clara para poder pasar las puertas. Ian aplaudió dos veces y así la puerta se abrió lenta y pesadamente hacia atrás: *“Con palmas vacías podrán llamar, y así las puertas se abrirán”*

—Ridículo—másculló Xélfay—. Por este tipo de cosas odio la magia.

Cuando la puerta terminó de abrirse mostró a muchos guerreros vestidos de blanco (similares a Ednoc) que no portaban armas. Él más alto de todos avanzó un paso, miró a todo el ejército de reojo y luego enfocó su mirada en el joven que estaba de pie frente a él.

—¡Buenos días! —dijo Ian haciendo una reverencia—. Lamento esta interrupción, pero necesitamos pasar por su territorio para llegar a nuestro destino.

—Buenos días a ti, Dragón —contestó el hombre—. He oído rumores. Eres Árekel, hijo del Rey Ádemord, antiguo Rey de Nógard. Escuché que con el otro Príncipe habían liberado Etnalta, echando y matando a los zachas. Se dice que tú mismo mataste a Ógirdor. ¿Es así?

—Puede que si —contestó precavido—. Permítenos pasar pacíficamente y no tendremos problemas.

—No puedo hacer tal cosa. Somos aliados de los zachas y se supone que evitemos el paso de extraños, y al ver lo que le hiciste al pobre Salo... dudo mucho que no tengamos problemas.

—¿Salo? ¿Sigue vivo?

—Sí, lo está. Pasa con tu ejército y decidamos cómo arreglar esto.

—Será una bellísima trampa—susurró Ástrid al oído de Ian.

—¿Tienes un mejor plan?

—No, por eso te sigo.

Les abrieron paso muy lentamente y los guiaron al interior de la tribu. Había muy pocas casas que casi ni podían llamarse así, todas hechas de paja y madera. Los moradores vestían harapos, parecían desnutridos y enfermos mientras que los guerreros Hechiceros estaban bien vestidos, sanos y alimentados.

Fueron guiados hasta una casa de dos plantas (la única que había), a simple vista parecía una locura que quisieran hacer entrar a tan grande ejército en tan reducido espacio. Pero a medida que entraban pasaban a un espacio totalmente blanco y brillante, enorme considerando que entraron todos y hasta el último de los Dragones. No era una casa, ni siquiera parecía tener paredes y sólo era un vacío blanco, totalmente desolado.

Xélfay y sus soldados comenzaron a agarrarse el pecho, unas fuertes puntadas los atacaron sin cesar y pronto todos estaban de rodillas o inconscientes en el suelo brillante.

Por supuesto: una trampa. Ednoc les había hecho ese mal de magia blanca rápidamente una sola vez, pero otra cosa era estar en ese lugar donde existía una fuerza constante y poderosa que los hería. Ian y Ástrid aún seguían de pie, sanos y sin dolor alguno.

—No creí que lo que decían las Luces fuera verdad —dijo el Hechicero—. Un Dragón con la marca Baara, pero que no es uno... ¿Quién lo creería? En parte tienes poder y actitud perversa, pero la magia blanca no te afecta.

—Estuve a punto de convertirme en uno de ellos. Ahora que lo sabes, dime, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Algo muy sencillo —dijo el Hechicero frotándose las manos—. Ahora que comprobé lo que eres, tengo más deseos de proponerte una idea. Escucha con atención: Ednoc te habrá dicho que para pasar por aquí tendrías que someterte a distintas pruebas, es un cuento de niños eso. Normalmente masacramos a quienes se asoman a la aldea. Pero... considerando quién eres tengo muchos deseos de probarte.

Ian retrocedió un paso... algo en ese hombre le estaba provocando un miedo terrible cuando tendría que ser a la inversa. Él era un Dragón, él tenía que provocarle miedo a ese sujeto...

—*Terminarás cediendo...*

Y diciendo esto se marchó dejando a todos en aquel infinito espacio blanco.

Así los Dragones quedaron prisioneros en aquel lugar. Ian colocó ambas manos en el piso y recitó unas cortas palabras en su lengua, el brillo del recinto pareció disminuir un poco, los demás fueron capaces de sentarse ya que la magia blanca había menguado un poco su poder, pero no duraría mucho.

Pasaron de la impaciencia por entrar a la desesperación por salir... pero ahora no sabían cómo.

~oOo~

No podían saber cuándo llegaría la noche ni cuándo se terminaría. No había ni ventanas, ni orificios por dónde se filtrara la luz del sol o de las lunas.

Pasadas unas cuantas horas, unos guardias escoltaron a Ian fuera del recinto blanco. Ástrid lamentó no haber prestado atención a las enseñanzas de Ednoc sobre hechizos, si lo hubiera hecho tal vez hubiera sabido cómo traspasar la puerta o cómo encontrarla y abrirla.

Ian fue llevado a un lugar apartado de las casas. Enfrente se extendía un páramo desolado donde sólo había tierra pero a pesar de la fuerte brisa que soplabá, no se levantaba polvo. Una estrella de cinco picos estaba marcada sobre el piso y a su alrededor un círculo, Ian aprendería después que ambas cosas eran llamadas “Círculo Mágico”. Este círculo era bastante grande, toda una arena de batalla... y allí de pie en uno de los picos lo estaba esperando el Hechicero.

Guiaron a Ian hasta otro de los extremos para que luchara de la forma que quisiera contra el líder de los Hechiceros. Galandra, el mejor de todos, experto y conocedor de todos los hechizos y conjuros.

—Esto parece más cuento para niños, más de lo que Ednoc me dijo—dijo Ian mirando al Hechicero.

—No te confundas, cualquiera en mi situación haría lo mismo. No tengo opción así como tu tampoco... *hijo de los Dioses*.

—¿Qué...?

Uno de los soldados hizo sonar un cuerno y así la pelea comenzó. Ian no desenvainó a Nógard, pero sí se puso en guardia. Galandra ni siquiera se movió, estaba allí, quieto con las manos colgando a los lados del cuerpo. Ian se quedó en su lugar también. Podía sentir entre la fascinación y el temor el gran poder que emanaba de ese cuerpo. Gran parte pertenecía

a Galandra en si... pero un aura maligna llena de hostilidad lo rodeaba... abrasando cuanto poder de raciocinio tuviera el hombre.

—No puede ser—susurró Ian—. Es...

Galandra desapareció de la vista de todos, y en el preciso momento en que Ian pestañeaba apareció a sus espaldas con la mano hecha una bola de fuego. En el instante en que planeaba asestarle un golpe, Ian se dio vuelta con una velocidad impresionante y de la misma manera sujetó con ambas manos el puño de su enemigo, el cual se convirtió en una bola de hielo. Galandra, sorprendido y atónito, quedó inmóvil sin saber qué hacer.

El Hechicero no era el único sorprendido, todos los espectadores estaban con el mismo semblante. Nunca un rival había sobrevivido al primer ataque de un Hechicero líder.

Ian desenvainó su espada buscando defenderse de la atemorizante imagen que el hombre le presentaba... Galandra se irguió luciendo su gran estatura, levantó la mano congelada y en un abrir y cerrar de ojos el hielo saltó hecho trizas. Ian se cubrió la cabeza con los brazos que se ganaron varios astillazos, y cuando se descubrió ahogó una exclamación de sorpresa al tener al Hechicero a centímetros de su rostro. Galandra lo sujetó del cuello levantándolo en el aire, y al ver complacido cómo el chico trataba de zafarse del agarre le tomó la mano derecha sonriendo con cinismo.

—*No recuerdo haberte permitido sanarla... ¿o si?*

—¡Suéltame!

—*No pregunté eso.*

Ian abrió los ojos desmesuradamente al sentir cómo sus dedos se tensaban y agarrotaban gracias a una terrible corriente que pasaba de la mano de Galandra hasta su muñeca.

—*¿Quieres que pare? Cede y lo haré.*

—¡¡Nunca!!

—*Te romperé hueso por hueso hasta que recapacites.*

Ian lanzó un alarido cargado de dolor al sentir cómo dos de sus dedos eran dislocados sin piedad, como si una mano se los hubiera arrancado. Lo que seguía sería romperlos hasta hacerlos trizas, pero no... no estaba dispuesto a dejarse torturar.

Sacando fuerzas del odio y el temor levantó velozmente el brazo izquierdo aferrando el cuello del Hechicero que borró su sádica sonrisa del rostro. Del brazo del Dragón comenzaron a desprenderse pequeños pero potentes rayos que chamuscaron la manga de la camisa. Galandra gruñó unos minutos hasta que lanzando un grito de dolor fue arrojado varios metros soltando a su presa. Ian cayó tosiendo al piso, tomó su espada con la mano izquierda y aun tembloroso y jadeante se puso de pie. El Hechicero estaba recostado boca abajo, reía a carcajadas aunque no podía levantarse.

—*¿Por qué no lo mataste?*—habló nuevamente aquella horrorosa voz que le producía un terror que le comprimía el pecho, varias personas hablando al mismo tiempo—. *Te está ayudando y lo menos que puedes hacer es matarlo.*

—¡¿Qué quieres de mí?!—exclamó mirándolo en una mezcla de odio y pánico.

—*A ti, por supuesto. Ven a mí y no habrá más miedo... ya no tendrás miedo...*

Antes de que aquella cosa u hombre o lo que fuera siguiera helándole la sangre, se marchó de ese lugar. Corrió y corrió hasta que los pulmones le reclamaron un descanso. Lo que había ocurrido era demasiado... no era posible que esa cosa se presentara allí... en ese hombre...

—No tengo miedo... no tengo miedo...

Tuvo que apoyarse en una pared y concentrarse en detener el rápido palpar de su corazón. A pesar de las miradas que le dirigían los lugareños y de la atenta vigilancia de los aun espantados guerreros, a pesar de todo debía calmarse.

Levantó tembloroso la mano derecha, observó con aprensión la obra de aquella bestia... los dedos agarrotados y dos de ellos dislocados...

En aquel momento sólo pudo deslizarse por la pared hasta estar en el piso, se abrazó como pudo las rodillas y enterró el rostro entre estas. Sin reprimirse dejó escapar un sollozo mientras cerraba la mano izquierda sobre un agarre inexistente. Allí permaneció, sintiéndose tan pequeño e indefenso como cuando era tan sólo un niño.

De repente, sintió unos calidos brazos rodeándolo y así brindándole protección, hubiera dado el mundo porque fuera Keyla... pero no le costó identificar la fragancia de Ástrid.

—Hizo lo que quiso...—dijo finalmente—. Si Ednoc no me hubiera enseñado Magia Blanca... hubiera cedido...

—Lo sé, no pienses en eso ahora—lo consoló abrazándolo con fuerza—. Dame la mano.

—No...

—Shh... muérdeme el hombro—guió la cabeza del muchacho a la parte mencionada y colocó la mano sana en su espalda—. Muérdeme y aráñame si te duele.

Ian no tuvo tiempo para replicar, de un momento a otro las hábiles manos de Ástrid se encargaron de iniciar el proceso de colocar los dedos en su lugar y aliviar la tensión en el resto de la mano. El chico ahogó un grito clavando los dientes en el hombro de ella y ensartando las uñas en su espalda.

—Se nota que fue él quien hizo esto—dijo Ástrid con serenidad—. Es como un pequeño cúmulo de magia negra en cada uno de tus nervios. Pero no te preocupes... sé sacarlo de a poco.

La siguiente hora equivalió a la peor sesión de dolor a la que Ian jamás se había sometido. Llegó a morder con tal fuerza que sintió la sangre recorrer su paladar... la sangre de Ástrid, pero ella nunca se quejó ni detuvo su tratamiento.

—Shh... ya pasó, ya pasó.

—Lo siento... de verdad lo siento...

—No pasa nada, cuando estés listo regresaremos con los demás.

~oOo~

Afortunadamente para la salud mental de Ian, pasaron unos cuantos días sin que fuera llamado de regreso a la arena. Aunque no por ello la tranquilidad volvía a su alma, se había enfrentado cara a cara con la peor de sus pesadillas. La mano aun no recuperaba toda su movilidad a pesar de que Ástrid casi era una experta en lo que hacía.

Por desgracia, cierto día los soldados entraron y ordenaron a Ian que los acompañara nuevamente al círculo mágico. Por segunda vez, allí estaba Galandra de pie en uno de los cinco picos de la estrella; por segunda vez Ian se paró en otro y esperó. Tenía ganas de salir corriendo de allí, simplemente no se sentía capaz de enfrentarse a esa cosa.

—Tendremos tantas sesiones como sean necesarias—sonrió Galandra—. Quiero que sepas que a pesar de todo estoy tratando de ayudarte.

—¿Ayudarme? —replicó Ian—. ¡Sabes lo que sucede y aún así dejas que haga contigo lo que quiera! ¡No entiendo nada! No entiendo qué clase de manera de ayudarme es esta.

—Quiero ayudarte a que expulses al Baara de este plano y salves a tus compañeros. Salvaste a Camil, mi esposa—contestó débilmente—. La joven que iba a ser sacrificada para los juegos del Príncipe Salo. Y con ello salvaste a mi hija que aún no ha nacido.

Camil había desaparecido de la vista de Galandra en cuanto él formó alianza con los zachas. No había tenido noticias de ella hasta que uno de los guardias le informó de cómo había sido salvada de una muerte segura gracias a Ian.

—No es excusa, podrías simplemente ignorarlo y cumplir con el deber que te han dejado los zachas.

—Si lo hago... entonces tú cederás y este mundo morirá—Ian lo miró confundido—. Lasylar nunca fue una mentira...

Ian dio media vuelta dando por terminado el encuentro como la vez anterior. Mientras regresaba le caía el frío sudor por su espalda y se deslizaba por su frente, respiraba

agitadamente y veía cómo todo giraba a su alrededor. Tuvo mucha suerte de desmayarse justo enfrente de Ástrid.

A media noche, todos dormían tranquilamente a pesar de la incesante y molesta luz blanca. Sólo Xélfay permanecía despierto y pensativo.

—¿En qué piensas? —dijo Ian de repente.

—Deberías estar dormido, mañana probablemente también seas llevado —contestó.

—¿Eso te preocupa?

—Me preocupa el hecho de que sabes lo que es Galandra —lo miró fijamente—. Lo que se mueve en su interior una y otra vez. Pero vacilas en matarlo.

—No es su culpa ser lo que es. Pero para matarlo tengo que usar un conjuro muy complicado. Ednoc me dijo que si pudiera lo evitara, pero hoy me di cuenta de que será imposible.

—¿El *Naca*? Si, lo supuse. Los primeros gobernantes de Xínef se pasaron siglos pensando ese hechizo.

—Eso no estaba en los libros que me dio Ednoc—dijo Ian sorprendido.

—¿Aún no lo adivinas?—medio sonrió viendo el desconcierto del chico—. Teniendo en cuenta la primera profecía, teniendo en cuenta lo que Lasylar significaría para Lang, los primeros sabios pensaron que quizás... sólo quizás, el líder de los Baara podría bajar a tierra firme y tratar de llegar a él.

—Pero Lasylar no está aquí.

—Pero sin embargo esa *cosa*, como tú lo llamas, si. Está aquí y su presencia no es grata en este mundo. Tú deber es eliminarlo por más que Lasylar tenga la culpa.

“*Naca*” es un conjuro muy pero muy antiguo. Creado única y exclusivamente para expulsar a un Baara del plano físico. Todo eso Ednoc se lo había explicado muy bien, así como las consecuencias de usar semejante conjuro... se necesitaba mucha energía para usar algo así, quizás demasiada. El *Naca* casi drenaba toda la energía vital del cuerpo que lo empleaba para poder ser efectivo. Aun siendo hijo de dos razas poderosas nada le aseguraba la supervivencia.

—No tienes que hacerlo—continuó Xélfay al ver cómo meditaba su Príncipe—. Actúa a través de un Hechicero poderoso, si, no niego que eso es mucho. Pero no tiene otro interés que no seas tú, ¿entiendes? No irá por allí destruyendo ciudades.

—Pero tengo que hacerlo—contestó Ian llevándose una mano al pecho—. No soporto tener un lazo con él... desde niño ha sido lo mismo... si logro expulsarlo de este plano entonces quizás... quizás deje de temer. Y entonces... él podrá descansar.

—¿Quieres darle descanso a ese monstruo?!

—No, a él no... A Glandra.

~oOo~

Había llegado la mañana de lo que se creía sería el último combate.

Ian ya estaba frente a frente con Galandra, quien desde el principio no era el agradable y predispuesto hombre que cada vez que se reunían le sonreía. No, ahí estaba esa cosa desde el principio, queriendo enseñarle el poder, todo el poder que

podría tener y deslizarse entre sus manos si cedía... si se entregaba voluntariamente...

Aquel día había decidido que le daría un descanso al Hechicero y un final a sus miedos, aquel día el monstruo estaba dispuesto a tenerlo, por lo que la velocidad, la fuerza, la habilidad, todo estaba a un nivel muy lejano del que Ian podía manejar. Fue golpeado quién sabe cuántas veces, llegaba a defenderse pero no veía momento o forma de contraatacar. Era presa fácil en todo momento sin desearlo.

—*¿Qué pasa Árekel?*—reía su enemigo azotándolo con lo que parecía un látigo de fuego—. *¿Te sientes débil? No es agradable ¿verdad? Eres débil, tan débil como cuando eras un niño y te escondías debajo de la cama para que tu secuestrador no te tocara. ¡Eres débil!*

Ian trataba de no escucharlo, trataba de concentrarse en ganar... pero no soportaba la idea de sentirse débil, de serlo en realidad.

Lasylar...

—*¡Lasylar es mío!*—rió desquiciado levantando una vez más el látigo.

Pero antes de que pudiera dar otro azote al ya maltrecho cuerpo del jóven, este desenvainó su espada y con una velocidad impresionante y la clavó en la tierra. La espada brilló y ¡todo a su alrededor explotó! El círculo mágico voló en pedazos dejando un enorme cráter humeante.

Ian había quedado en la única elevación de tierra que quedaba. Galandra estaba de pie frente a él, allí abajo en el cráter sonriendo con cansancio.

—Mátame ahora—dijo con una extraña sonrisa—. Es mi última ayuda.

Ian extendió ambas manos, sacó sus alas y la marca en el pecho ardió. Con la mano derecha comenzó a escribir letras y símbolos extraños que se materializaron en el aire con una luz dorada.

Los espectadores vieron con espanto que encima de su amo se estaba formando una especie de sol negro. Flamas oscuras bailaban ansiosas y crecían a medida que Ian se concentraba.

Galandra miró la bola negra sobre sí, y de inmediato esta se abalanzó feroz y velozmente sobre él tragándolo por completo. Por momentos se veían sus pies, manos y cara queriendo salir pero las llamas lo atrapaban como horribles tentáculos.

La bola se elevó en el aire y comenzó a expandirse y contraerse, haciendo retumbar la tierra y sembrando temor en los espectadores ya que la energía que desprendía era increíble. Descendió por última vez dejando caer de su interior el pesado cuerpo del Hechicero, ya despojado de toda vida. El sol negro volvió a elevarse mientras en su núcleo parecía removerse aquello que había sido extraído del cuerpo de Galandra, pero las oscuras llamas no le permitieron liberarse. La bola se contrajo y se expandió explotando como un pequeño astro frente a todos los presentes.

Esto no ha terminado, me volverás a ver, Lasylar...

Ian cayó de rodillas al suelo, se sentía extraño, aturdido y temblando de pies a cabeza. En ese momento llegaron Ástrid y Xélfay. Este último se detuvo al sentirse extraño. Sentía un enorme calor en el pecho que luego se dispersó por todo el cuerpo provocando que el color pálido en su piel oscureciera y las cenizas que cubrían su cuerpo fueran llevadas por el viento hasta dejarlo sin esa desagradable suciedad que por tantos años había anidado en su piel.

Corrió hacia Ian, quien levantó la mirada y sonrió, le mostró su pecho donde también se había borrado la marca, y en su lugar se encontraba una diferente. Pero no era una cicatriz o una quemadura, más como un tatuaje. Una estrella de cinco picos, con extraños dibujos dentro y alrededor y rodeada por un círculo, más que un símbolo mágico parecía un *mapa*.

Xélfay no pudo decir nada, quizás porque no sabía qué o por qué estaba demasiado impresionado como para hacerlo, se limitó a abrazar a Ian junto con los demás que llegaron a su encuentro.

Por más extraño que parezca, la tribu entera aplaudió y alabó la victoria de Ian. Les había quitado a un líder, cierto, pero a un Baara a la vez. Ian lo había conseguido, había expulsado a esa cosa, al Baara que lo perseguía de ese plano y con ello había erradicado la maldición que aquejaba a tantos dragones.

—Al final...—decía Xélfay poniéndose de pie ayudando a Ian—, todo resulta más cierto de lo que pensaba.

—No entiendo nada... pero parece que todo salió bien ¿eh?—sonrió Ian cayendo lentamente en la inconciencia.

—Muy bien.

No podía existir más felicidad aquel día. La tribu les juró nuevamente lealtad a los Dragones y se puso al servicio del Príncipe Árekel y toda su familia.

Esa misma tarde la compañía se puso en marcha. Algunos no dejaban de mirarse las manos, de tocarse los rostros, de mirar el cielo... Otros no podían contener las lágrimas. Sus manos ya no eran frías, su piel ya no era áspera y sus ojos ya no miraban con indiferencia alrededor. Todo volvía a la normalidad en una milésima de segundo... volvían a vivir.

Xélfay llevaba a un dormido Príncipe en su espalda, cargándolo como a un niño que se ha cansado de caminar, pero lo cierto era que el chico aun no se recuperaba del susto, del aturdimiento y la falta de energía que le había provocado efectuar el conjuro de ese día. Los demás hubieran preferido descansar en la tribu antes de partir una vez más, pero él había insistido en seguir sin pensar en las consecuencias.

Cuando la oscuridad los envolvió les cayó la tan esperada lluvia. Fina y refrescante como la querían y la selva mostró con ella toda su vida. Las hojas y plantas bailaban de felicidad con las gotas que les caían y los extraños animales que vivían allí salieron al descubierto.

Mientras Xélfay corría sintió perfectamente cómo Ian levantaba la cabeza mirando la lluvia, mirando el cielo.

—Se llama Lluvia Ciega—creyó adivinar lo que Ian pensaba—. Es un fenómeno muy común aquí.

—Licer...

Xélfay y Ástrid, que habían llegado a escuchar ese nombre con un tono tan triste intercambiaron una mirada pero no dijeron nada. Ian volvió a apoyar la cabeza en el hombro de su

amigo y trató de creer que lo que había sentido no era cierto... Licer se quedaría... él se lo había prometido... Licer se quedaría...

Capítulo 12

LOS PORTONES DE XÍNEF

La mañana llegó fría como el invierno que en ese entonces reinaba.

La compañía de Licer desayunó lo mejor que pudo y luego se puso en marcha. Sólo había veinte kilómetros por recorrer y pronto saldrían de los tortuosos Acantilados. Ádemord y Licer iban como siempre a la cabeza y a su lado marchaban todos los líderes del Bosque. Curiosamente iban más rápido que otras veces, el paso que llevaban era ágil y relajado, algo que sin duda les costaba creer. Hasta que Ágleg miró hacia el Sur y Lilo sonrió acariciándole las crines.

—Galandra ha muerto —dijo con un extraño tono en su voz.

Al escuchar esto, los demás miraron hacia la misma dirección. Algunos parecían tratar de entender un cómo y un por qué, otros recordaban y reflexionaban acerca de lo que esto significaba.

—¿Quién es Galandra? —preguntó Licer matando el silencio.

—Galandra es un Hechicero, el líder de la tribu de los Hechiceros —explicó Lilo—. El viento traía el rumor de que un Baara lo poseía para llevar acabo ciertos actos en esta tierra. Creímos que sólo era un rumor, pero... ¿Notas ahora que caminas sin problemas? ¿Que respiras mejor?

—Se dice que la presencia de esas criaturas entre nosotros—agregó Ádemord—acarrea un peso tanto físico como mental. Si Galandra ha muerto, entonces el Baara se ha marchado de nuestras tierras.

—¿Quién lo habrá matado?—dijo Hao con una pícara sonrisa.

Licer miró hacia el Sur, parecía estar reflexionando sobre aquellas palabras.

—Árekel y su compañía tenían que pasar por allí.

Ahora que una amenaza desaparecía, tenían nuevas esperanzas que les reconfortaban el corazón. Podían avanzar más rápido que antes y gracias a eso habían conseguido atravesar lo que quedaba de los Acantilados en muy poco tiempo. Lo que siguió fueron cortos días de desértico y monótono paisaje hasta que el territorio de los Acantilados quedó lejos y a sus espaldas.

Una noche, Licer se deslizó gateando hasta la bolsa en donde dormitaba Ádemord.

—¿Podemos hablar un momento?

—Claro—sonrió el rey—. ¿Qué sucede?

Licer no contestó de inmediato, se humedeció los labios y jugó con sus dedos antes de alzar la mirada hacia su tío.

—¿Qué le ocurrió a mi madre? Mi padre me dijo que la llevaron a Xínef, pero que la apresaron de una forma diferente.

—Ah si...—suspiró Ádemord—. La noche que nos encontraron en la cueva, después que Samit y Ceros huyeron con ustedes, Ógirdor llegó a nosotros con varios soldados. Luchamos lo que nos fue posible pero al final nos sometieron... lo que yo recuerdo es que Ógirdor apuñaló a Aika—Licer

contuvo la respiración—, y cuando ella resucitaba de sus cenizas un Hechicero la capturó; verás: los Fénix son muy vulnerables cuando se están regenerando. La hechizaron, la capturaron y escuché a Ógirdor ordenar que la llevaran al Templo del Fénix.

—Entonces... está viva.

~oOo~

Los líderes de cada raza presente se reunieron en un pequeño círculo donde Lilo sacó un mapa. Los Portones estaban a unos pocos días de allí y según el mapa, el paso de Onreda estaba bien custodiado antes de llegar a las puertas de Xínef.

—A lo sumo debe haber cinco puestos de vigilancia —explicó Lilo—. Pero quién sabe con cuántos guardias cada uno.

—No podemos permitir que sepan de nuestro ataque a la ciudad —dijo Ádemord—. Somos demasiados, nos verán a dos kilómetros de distancia.

—Los pegasos y los zornas irán volando de aquí en adelante —dijo Licer poniéndose de pie—. Y llevarán a cuantos puedan cargar. Quiero a todos los arqueros en el aire. Volarán por encima de las nubes, y no permitan que se los vea.

De inmediato comenzó la organización. Licer, Lilo y Néud se habían puesto a cargo de todo esto, mientras que los demás se concentraban en repartir las armas y víveres.

—Seguimos siendo demasiados a pie —dijo Licer haciendo cálculos.

—Los unicornios pueden usar su magia—opinó Hao—, pueden hacerse invisibles y al ser muchos pueden ampliar el campo de invisibilidad. Cubrirían a los que se necesite, claro que por un determinado tiempo.

—Hecho. Nos moveremos invisibles durante el día y descansaremos por la noche.

Así terminaron de organizarse y empezaron la marcha. Los pegasos y zornas se elevaron llevando en sus lomos a cuantos cabían y podían cargar. Por debajo y avanzando a gran velocidad iba la compañía en forma invisible. Adelante marchaban orgullosos Ébok y Licer; Donray se había separado de muy mala gana del Fénix, pero así debía ser, ahora volaba enfrente de su compañía llevando a Lilo como su jinete.

El paisaje era muy diferente al de antes. Todo era seco y arenoso, los árboles estaban cortados, todos muertos y quebrados. A menudo encontraban escombros desparramados por todo el camino, y otras veces encontraban armas melladas. Todo un desalentador escenario; Licer imaginó que varios Fénix habían intentado ir en ayuda de las demás ciudades.

El rocío previo al alba llegó helándoles los huesos, pero fue como un despertador automático para Licer ya que había llegado el momento de partir. Una vez comido algo ligero y sencillo, todos se pusieron en marcha de inmediato.

Llegado el mediodía se encontraron con los primeros obstáculos que tanto habían estado esperando. Delante de ellos se levantaban cuatro pequeñas torres grises, dos a cada lado del camino, y delante de las dos primeras había una

puerta de madera que bloqueaba el paso que era custodiada por seis soldados.

Los únicos visibles eran el hermoso tigre blanco Ébok, Licer sobre su lomo y el unicornio Ágleg que caminaba a su lado siendo llevado por una soga en su cuello. Fueron detenidos por los guardias que no tardaron en demandar explicaciones.

—Traigo un regalo para el rey Sorbe—fue la respuesta de Licer.

—¿Qué podrías traer como regalo?

—Este unicornio —contestó señalando a Ágleg—. Sé que Su Majestad adora a estos animales y éste es un pura sangre del Bosque de Nalsa. Quiero que sirva como muestra de la aún perdurable alianza entre los Hombres y los zachas.

El guardia se acercó a Ágleg y lo miró con cuidado, no se necesitaba ser un experto para saber que aquel animal era un pura sangre. Un corcel deslumbrante y bello sin ninguna duda.

—Hermoso en verdad es tu regalo, humano —dijo el guardia abriendo la puerta—. Puedes pasar, enviaré un ave a la ciudad anunciando tu llegada.

—Muy amable —dijo Licer y Ébok franqueó la puerta.

Los cercos apenas si se extendían diez metros a los lados, por lo que la compañía invisible sólo tuvo que hacer un pequeño rodeo para seguir con su sigilosa marcha. Aunque bien crearon a un nuevo supersticioso ¿Qué más pensaría el zacha? Después del paso del unicornio una nube de polvo se levantaba de la nada.

El paisaje ya les parecía hartante, durante muchas semanas venían observando nada más que cosas áridas y secas. Las Criaturas del Bosque morían por un poco de verdor en el

ambiente; además el mismo aire les traía una desagradable sensación de sequedad en la boca y en los ojos.

Mientras avanzaban los pegasos y zornas por el aire, los elfos agudizaban la vista y con esto lograban ver que ya no faltaba mucho para los Portones. Ya podían verlos: altos, grandes y extensos. Pero detrás de estos parecía haber algún tipo de asentamiento. Los penetrantes ojos élficos distinguían unas casitas muy pobres. Lilo contaba con una visión mucho más aguda que los demás, por lo que las personas que parecían hormigas, eran observadas sin problemas por el elfo. Parecían adultos y estaban envueltos en harapos, completamente sucios y hambrientos.

Al caer la noche, toda la compañía aérea descendió a tierra firme y fue ahí cuando Lilo tuvo la oportunidad de contar a los demás lo que había alcanzado a ver.

—Creo que eran Fénix —dijo mirando a Licer—. Las características del cuerpo estaban un poco deterioradas, pero seguían siendo las de tu raza. Además, había plumas rojas tiradas en la puerta de cada casa.

—Es más grave de lo que pensé. No podemos retrasarnos más, debemos llegar mañana—replicó Licer.

—Más deberíamos preocuparnos por lo que los mantiene así —dijo Ádemord—. El Fénix es una criatura poderosa por naturaleza, ¿como es posible tener sometidos a tantos? Porque es obvio que no están muertos.

—Magia Negra—bufó Hao moviendo la cola con impaciencia—. He dicho: toda persona con magia bailando en la mano es peligrosa.

Esa noche, Licer tampoco consiguió conciliar el sueño, aunque cuando llegaba la hora de levantarse no se sentía cansado y por el contrario: estaba tan despierto y acelerado como si hubiera estado tomando café toda la noche. Se pusieron en marcha de inmediato. Aunque estaban ansiosos por llegar, aún mantenían la estrategia inicial ya que no convenía que fueran vistos y causaran conmoción antes de tiempo.

Avanzaron tranquilos y serenos, tratando de no levantar nubes de polvo por donde pasaban, y así pronto llegaron a los Portones que se alzaban frente a ellos. Licer jamás había tanta belleza, la descripción que le había dado Hao se quedaba corta, demasiado corta ante tanto esplendor. Las enormes rejas eran negras y estaban adornadas por anillos de color oro, mientras que los extremos eran formas puntiagudas como de puntas de flechas doradas. Entre las dos grandes hojas que se mantenían cerradas había un par de laureles dorados y en medio del hueco que dejaban estaba la figura sobresaliente de un hermoso Fénix de esplendoroso tamaño, muy bien esculpido y trabajado para las dimensiones en las que estaba hecho. Brillaba con una luz misteriosa, mágica, puesto que todo lo dorado estaba hecho de aivalf, el segundo metal más valioso de Lang por sus propiedades mágicas y resistente material, obviamente no conocido en la Tierra. Por último, en la parte más alta de las puertas, estaba de pie la magnífica estatua de Aivalf. La figura de un Fénix en su forma de hombre, vistiendo una magnífica armadura y ciñendo una larga capa; tenía el cabello corto pero rebelde, los ojos grandes con esa expresión tan noble; mientras que en su espalda estaban bien extendidas

las hermosas alas. Su cuerpo se encontraba de perfil, con la mano derecha estirada hacia delante sosteniendo la espada en forma horizontal. Aquel noble Fénix era conocido y renombrado como Aivalf, uno de los primeros reyes de Xínef y quien había descubierto el metal que ahora llevaba su nombre. Él había sido quien iniciara la construcción de los portones

La pregunta era cómo atravesarlos, puertas tan grandes debían estar manejadas por un poderoso mecanismo.

—Supongo habrá que llamar—dijo Licer acariciando la cabeza de Ébok para que no perdiera la paciencia.

Golpeó las palmas que hicieron un eco considerable en aquella soledad. Después de unos segundos de silencio un zacha salió de una de las casas, trayendo consigo un látigo que parecía estar manchado con sangre. Se acercó a las puertas y prácticamente los escaneó con la mirada.

—Eres el que trae al unicornio como regalo para el Rey.

—Así es —contestó Licer—. Por favor, abre las puertas para que pueda continuar con mi misión.

El muchacho azotó el látigo contra el piso tres veces, y así rápidamente todas las personas que estaban en las casas corrieron hacia los Portones. Sujetaron las rejas y comenzaron a tirar hacia atrás con todas sus fuerzas. Estaban todos sofocados por el esfuerzo que estaban haciendo mientras que el joven azotaba a varios para que se dieran prisa, hasta que después de unos minutos hubo un pequeño espacio por el cual Ébok pasó y Ágleg lo siguió. Licer se apeó del tigre y caminó hacia el joven.

—¿Quiénes son? —preguntó mirando a las pobres personas.

—Esclavos. ¿Qué otra cosa parecen? —contestó el zacha mientras se dirigían a la casa de donde había salido—. Si quieres saberlo, son Fénix. Hay más en las catacumbas, pero los necesitábamos aquí para abrir los Portones. No sé cómo los abrían antes. Pronto te llevaré con mi padre, antes debo terminar un asunto importante.

Entró a la casa mientras que Licer se quedaba esperando afuera con sus dos amigos. Sintió un gran dolor al comprobar que las palabras de Lilo eran cierta: su pueblo era ahora un esclavo más para esas inmundas criaturas que se hacían llamar soberanos de Xínef.

Pronto el hombre volvió a salir, y esta vez traía arrastrando a una joven cubierta con jirones de ropa sucia y malgastada, con excepción de la espalda que no tenía absolutamente nada más que unos enormes tajos sangrantes. La arrojó al suelo, ella levantó la cabeza y miró a Licer.

—¿Te retractas? —dijo el joven pisándole la espalda, la chica no contestó—. Muy bien, aprenderás a no rechazarme.

Y así comenzó a azotarla. Típico de los zachas creerse grandes y poderosos, y más aún, cuando creen que son nobles y majestuosos Príncipes con derecho a hacer lo que se les da la gana. Aquel zacha era el Príncipe, el hijo de Sorbe, a su vez hijo de Ógirdor.

Por más que el sonido del látigo causaba dolor incluso a los que escuchaban y el daño que provocaba en la piel de la joven era increíble, ella ni gritaba ni mostraba gestos de dolor; no se movía, tan sólo permanecía callada, seria e inmóvil, algo que enfurecía cada vez más al zacha. Descansó un momento y luego se preparó para asestar otro golpe más fuerte. Antes de

que el látigo bajara, Licer lo tomó por detrás y lo arrojó lejos. El zacha lo miró furioso y luego intentó recuperar su arma, pero lo que obtuvo fue un puñetazo que le rompió la nariz y lo dejó inconsciente. Ágleg y Ébok parecieron reír, mientras que Licer ayudaba a la joven herida; todas las demás personas miraban asombradas desde los portones, era la segunda vez que veían que alguien golpeaba al hijo del Rey y como supongo adivinarán, la primera había sido aquella joven. Licer la ayudó a sentarse, luego con cuidado examinó sus heridas.

—Puedo curarte, no te muevas, esto no te dolerá.

Desenvainó a Xínef y se hizo un pequeño tajo en la muñeca, vertió la sangre en las heridas y estas cicatrizaron rápidamente. La gente comenzó a acercarse al ver lo que había ocurrido. Mientras que la joven se puso de pie, tanteó hasta donde pudo su espalda y miró a Licer sorprendida.

—¿Esa espada es tuya?—le preguntó acercándose—. ¿Un Rey? ¿Eres nuestro Rey?

Al escuchar esto, las demás personas se adelantaron rápidamente hasta donde estaba Licer, lo rodearon y comenzaron a hacer las mismas preguntas una y otra vez.

—¡Tranquilos! —exclamó—. Déjenme explicarles —todos guardaron silencio y trataron de lucir pacientes—. Soy Némok, hijo de Ósagep y Aika. Vine a ayudarlos.

—Los rumores eran ciertos —dijo la joven—. ¡No puedo creerlo!

Nuevamente el brillo de alegría y esperanza volvía a los ojos de aquellos decadentes Fénix, luego empezaron las mil y una preguntas tradicionales que Licer no tuvo problema en escuchar y responder con atención.

—¿Con qué ejército salvarás Xínef?

Licer sólo sonrió y no dijo nada, señaló en principio a Ágleg y luego al piso, curiosamente había muchas sombras; después señaló hacia arriba, sopló un viento muy fuerte que movió las nubes del cielo y dejó al descubierto a toda la compañía aérea. Después de esto no hubo más preguntas por parte de los Fénix, ahora era el turno de Licer. Sabía muy bien por medio del mapa que no faltaban muchos kilómetros para llegar a la ciudad, lo que no sabía era con qué resistencia se encontrarían en el camino y dónde estaban los demás prisioneros. Por supuesto todos comenzaron a responder al mismo tiempo, hasta que todo fue un total griterío. Hubo que usar mucho tiempo para calmar a todos y luego obtener la información. Averiguaron entonces que antes de llegar a la ciudad no había ninguna clase de defensa, pero en ella había un ejército de miles de soldados. Con seguridad, era el ejército que hacía meses esperaba la señal desde Etnalta para moverse y atacar el Bosque como Ógirdor había planeado, era claro que la muerte de este no era conocida y mucho menos la recuperación de la ciudad que él regía. Podía llegar a ser una ventaja, aunque en realidad parecía más una desventaja. Si bien el ejército era bastante numeroso y hábil, no sabían cómo era el de los zachas, habían conocido a uno muy grande y complicado en Etnalta, no podían saber cómo sería el que estaba en Xínef. Sin embargo, Licer sostenía que el elemento sorpresa sería su aliado al momento de atacar.

Por el resto del día el ejército descansó de tanta marcha.

La mayoría de aquellos Fénix habían vivido en la época de guerras y dominación de los zachas, había dos o tres que eran

los más jóvenes: los pocos nacidos con éxito durante aquella época. Varios niños y bebés habían muerto durante la invasión de los zachas a Xínef, considerando que son pocos los que nacen cada miles de años, ahora no había ninguno. Los Fénix cuando nacen son como cualquier ser mortal, es decir, que aún no desarrollan por completo la habilidad de la inmortalidad, recién a los diez años son completamente fuertes y aptos para sobrevivir por sí solos.

—Los Hechiceros ejercen una magia que desde que nos invadieron no nos permite defendernos—explicaba la joven que Licer había salvado—. Desde que nos invadieron un poder cae sobre nosotros... es lo que les deja fuerza a ellos y nos desvive a nosotros.

—Creo saber lo que es.

Al caer la noche se pusieron en camino hacia la ciudad, probablemente llegarían con los primeros rayos del sol. Licer seguiría pretendiendo ser un humano con un presente para el rey, eso les ahorraría problemas y les permitiría atacar la ciudad si se organizaban bien; todo ese asunto quedó en manos de Ádemord.

Esa noche las lunas parecían soles nocturnos. Mientras avanzaban se fijaron en el amplio paisaje que tenían alrededor: se veía que estaba en pleno deterioro, pero aún conservaba el esplendor de años pasados y perdidos. Toda la tierra estaba cubierta de pasto y tréboles de cuatro hojas; había árboles levantándose orgullosos a pesar del mal que llevaban encima; había colinas aún verdes, unas altas y otras bajas que se coronaban con graciosas y pequeñas flores color rosa. Sin embargo no escuchaban el zumbido de insectos o algún pájaro

nocturno, todo era silencio a su alrededor y lo único que escuchaban era el paso de la compañía invisible y el agitar de las alas de la compañía aérea.

Tal como habían dicho las personas del poblado, no se encontraron con ningún tipo de resistencia. Después de varias horas de camino apareció ante ellos una de las señales que habían estado esperando: la senda por la que venían se convirtió en un camino ancho flanqueado en ambos lados por estatuas grises, altas y hermosas: eran las figuras de todos Reyes de Xínef. A la derecha estaban las reinas y a la izquierda los reyes. La última en aquella línea era Aika, reina por derecho propio al ser la heredera del último gobernante. Licer notó entonces que todos los reyes que había visto llevaban una misma espada colgando en el cinturón o blandiéndola en las grandes manos. Esa espada era Xínef, aquella que Licer portaba desde hacía un tiempo y que había heredado de sus antepasados.

—Esa espada es el símbolo que representa el poder del soberano de Xínef—le comentó un invisible Hao a sus espaldas—. Ustedes no llevan corona.

~oOo~

Llegó el alba y tal como habían planeado estaban a tan sólo unos metros de la enorme y resplandeciente ciudad. En medio de esta resaltaba el enorme castillo, rodeado por un foso lleno de agua. El castillo era increíblemente hermoso, aún más alto y bello que el de Etnalta; las torres y techos tenían cúpulas rojas que brillaban de una forma magnífica con la luz del sol; los

ladrillos eran de un tono amarillento pero no se veían ni sucios ni gastados; había mástiles en todas y cada una de las siete torres que tenía, pero ninguno tenía una bandera o un estandarte. La torre más alta estaba hecha completamente de vitrales; era toda una pintura cristalina en la que se veía la figura imponente de un Fénix sobre una hermosa colina llena de flores color rosa. Por detrás de él había dos símbolos que Licer nunca había visto antes: una figura blanca resplandeciente que parecía tener alas, aunque no podía saberlo por el reflejo del sol y la otra era de un tono azul, mucho más difícil de entender que la anterior.

A medida que avanzaban, la ciudad comenzaba a verse con más claridad. A diferencia del castillo estaba muy descuidada y padecía los vestigios de una gran batalla. Las casas estaban deterioradas, con las paredes agrietadas; las calles en estado de abandono, y las hermosas fuentes que caracterizaban a la arquitectura de los Fénix estaban secas, el agua ya no bailaba por los aires y ahora sólo corría sin su hermoso tono cristalino. Había hogueras por todas partes, las cenizas y polvo danzaban por el aire que había perdido completamente su pureza.

Así aceleraron el paso mientras que el sol los observaba desde lo alto. La compañía de los cielos preparó y tendió los arcos, listos y tensos para cuando se diera la orden y empezara la batalla. Se dividieron en cuatro grupos; cada uno se dirigió a los puntos principales de la ciudad, hacia los “Cuatro Pilares” que dividían a Xínef, donde se encontraban los puestos más importantes de vigilancia y resistencia.

La compañía terrestre hizo lo mismo, dejando únicamente a Licer, Ébok y Ágleg en la entrada de la ciudad.

Capítulo 13

LA BATALLA POR XÍNEF

Licer se adentró en la ciudad junto con Ébok y Ágleg a su lado. Al poco tiempo dos guardias le interceptaron el paso para escoltarlo al castillo, sabedores que el unicornio que transportaba era un obsequio para el rey.

Ahora caminaban por la ciudad; doloroso fue en verdad para Licer ver de cerca toda la destrucción y el dolor que inundaban su tierra. Veía por doquier a los habitantes zachas, pero ninguno parecía estar haciendo algo útil o productivo, todos dormían y holgazaneaban. No había ciudad que pudiera mantenerse con gente que no ponía empeño en ello.

Después de una larga caminata llegaron a los pies del castillo, que más grande y magnífico les pareció a los tres intrusos al verlo de cerca. La puerta de madera muy oscura no estaba tallada, pero la adornaban hierros con formas de plantas y flores muy hermosas y en el centro, la figura de un maravilloso Fénix con las alas bien extendidas.

Los escoltas golpearon con fuerza, la madera resonó en un largo y profundo eco y luego se abrieron lentamente las pesadas hojas. El interior del castillo parecía ser muy similar al de Etnalta; un largo pasillo muy amplio se abría ante ellos, de un lado había varias puertas, del otro enormes ventanales, y por delante se extendía una alfombra roja.

Se los guió hasta el final del pasillo, allí había una enorme estatua blanca adherida a la pared que lógicamente era un

Fénix, pero ni Licer ni Ébok, ni mucho menos Ágleg, habían visto tal precisión y parecido volcado en mármol: los ojos eran profundos pero a la vez impenetrables y poderosos; las plumas y la cola tenían un aspecto de suavidad y magnificencia que daban deseos de tocarlas. La figura era tan sublime y perfecta que provocaba el deseo de arrodillarse y así reverenciarla. Debajo de la estatua había tres asientos: el trono real. Y allí en el sillón del medio estaba Sorbe, hijo de Ógirdor, el nuevo (desde hacía tiempo) soberano de Xínef.

Licer sintió mucho dolor al ver aquel hermoso trono ocupado por el falso rey, que traía puesta una corona dorada incrustadas de joyas rojas. Sorbe tenía las manos llenas de anillos con piedras preciosas de todos los colores y un tapado de piel color marrón de quién sabe qué tipo de animal.

—Me dicen que traes un obsequio —dijo con aire importante.

—Así es, mi señor —dijo Licer apeándose de Ébok—. He traído este unicornio como recuerdo de nuestra alianza.

El zacha se puso de pie y caminó hacia donde estaba Ágleg. Caminó a su alrededor mirándolo fijamente, luego, osado, le tocó las crines, el lomo y el cuerno al que le prestó más atención que a ninguna otra cosa. Lo acariciaba y le tocaba la punta mirando con mucho cuidado.

—Es de sangre pura —dijo mirando a Licer con una expresión de sorpresa—. Hacía tiempo que no veía uno así; los que tenemos aquí en los establos son ordinarios, de todos colores, más petisos y gordos: unicornios de la selva. Este ha de ser del Bosque, supongo.

—Lo es, en verdad lo es. Lo cual me recuerda y perdone mi falta de educación, pero, ¿acaso tiene ejércitos aquí?

—¡Hace meses! —exclamó regresando a su trono—. Pero mi padre no me ha enviado ningún mensaje, se suponía que atacaríamos a los habitantes del Bosque pero hace tiempo que no tengo noticias de Etnalta. Quizás el ataque se pospuso.

Ágleg fue atado en un rincón, mientras que Ébok fue llevado a la fuerza a los establos. Licer fue con el Rey al jardín del castillo donde se le sirvió una copa de vino mientras Sorbe quería saber de los humanos y Licer trataba de inventar y a la vez averiguar todo lo que podía. Mientras el Rey hablaba, miraba el jardín con cuidado: estaba repleto de árboles secos, al igual que las plantas y el pasto. Lo único que parecía pasable era un estanque que se encontraba un poco más lejos, alimentado por el río que en realidad tendría que ir por el canal que proveía a toda la ciudad, y que Sorbe había desviado para su capricho personal. Lo que parecía caracterizar a esa raza fuera donde fuera, era destruir todo cuanto tenían en su poder. Se habían apropiado de dos ciudades hasta donde Licer había visto, pero ni siquiera se habían molestado en desarrollarse en ellas... no, sólo... las desgastaban pretendiendo que las ciudades se regeneraran y les sirvieran como perros esclavos.

Licer trató de encausar la conversación al tema de los Acantilados. Al principio Sorbe no estaba dispuesto a soltar nada de información, pero la cautivadora personalidad de Licer comenzó a interesarlo poco a poco, de modo que fue relajándose hasta el punto de hablar con un tono más familiar y tranquilo.

Terminó por describirle lo que esperaba: desde que Ógirdor capturara a Aika junto con los Hechiceros, había sido llevada a la ciudad y en el Templo del Fénix fue puesta como prisionera gracias a un poderoso hechizo.

—Acompáñame y te mostraré —le dijo—. No suelo mostrar mis tesoros a humanos comunes y corrientes, pero pareces un chico inteligente que sabrá apreciar el arte.

Lo guió entonces fuera del castillo, por un callejón muy angosto y oscuro de la ciudad, luego subieron por unas amplias escaleras blancas. Llegaron así hasta el final de una colina en la que se posaba un enorme templo de forma rectangular sostenido por hileras de columnas de gran porte. Era una edificación magnífica, la única en toda la ciudad que estaba intacta y muy bien conservada. Aquel era el Templo del Fénix, el templo donde fuera concebido el primer Fénix, el templo donde luego se había realizado una de las reuniones más grandes e importantes de Lang.

Sorbe franqueó a zancadas el portal y Licer lo siguió. No había habitaciones o puertas, sólo aquel enorme y frío espacio.

Cluic...

Ha venido.

Licer giró sobre sí mirando alrededor algo asustado. Ese condenado sonido lo seguía hasta allí, pero tuvo tanto eco en ese momento que el corazón del Fénix se aceleró en un segundo. Y esa voz, una voz de mujer, una voz que sonaba somnolienta, cansada... pero era tan hermosa. Se oyó un

suspiro y con este, todas las antorchas alrededor se encendieron al mismo tiempo. Las paredes estaban llenas de escrituras extrañas que a pesar de todo Licer parecía reconocer. Sorbe continuó avanzando hasta que se encontró frente a dos enormes columnas blancas que tenían extraños símbolos y marcas. Licer se vio obligado a cerrar los ojos cegado por la intensa luz que había entre ambas columnas.

La profecía se cumple...

—Siempre hablando de lo mismo —dijo el rey—. Drapa intentó por todos los medios callarla, pero no hay forma, sigue diciendo las mismas estupideces en las que por desgracia mi padre y Drapa creen.

Las paredes del templo estaban casi repletas de escrituras en el alfabeto y lengua de los Fénix. Licer apreció entonces el lugar que su padre le había mencionado, el lugar en donde toda profecía enviada por los Dioses se presentaba. Detrás de las columnas y por ende de la bola de luz se hallaban unos escritos que no llegaban a cubrir toda la pared, era quizás la única que no estaba repleta de aquellas escrituras. Licer rodeó las columnas para ver con atención aquella pared... que en sueños tantas veces se le había presentado. Esas palabras, esa profecía cuyos fragmentos aparecían fugazmente en sus sueños, viajando en susurros con las voces... hijos de la Nobleza de los Tres Grandes: Ian y Licer.

El rey zacha se encontraba muy confundido. Todas esas frases brillando en blanco, anunciándole aparentemente la próxima llegada de tres niños, uno de cada raza que

terminarían con todo el sufrimiento de sus pueblos. Pero luego pensó que era imposible, hasta dónde él tenía entendido las profecías eran más que exactas y ésta decía que en ese año (cincuenta años después de la guerra) llegarían esos niños. Dentro de poco llegaría el Año Nuevo y aún no estaba ninguno de los tres allí. Rió con toda tranquilidad, se dió vuelta y tomando del brazo a Licer se dirigió hasta las columnas.

La bola de luz menguó y Licer vió lo que tanto temía. Allí estaban flotando su madre, las ropas gastadas y rotas, envuelta por alguna energía extraña. Todo su cuerpo tenía unos símbolos negros que Licer no conocía, pero que eran muy parecidos a los de las columnas. Seguía siendo tan bella como siempre y su hijo sentía al verla que el corazón se le partía en mil pedazos. Sorbe le explicó entonces que tanto las columnas como las marcas, eran obra de los Hechiceros que él tenía bajo su mando; las marcas eran sellos mágicos que controlaban el poder y voluntad de Aika, a co justamente ese poder era lo que había provocado la creación de los Acantilados, ese poder mantenía con vida a muchos de los zachas y sostenía a toda la ciudad prolongando su caída.

Hablaba con orgullo, satisfecho de haber capturado a la más poderosa Fénix y de usarla a su antojo, burlándose de la caída de aquella raza y del poderío que la suya mantendría por mucho tiempo.

—Asumo que Galandra goza de excelente salud—dijo Sorbe—. ¿Eres familiar de él?

—¿Por qué lo pregunta? —contestó conteniendo la ira.

—Es logico—rió divertido—. Un humano común no podría pasar los Acantilados de no poseer magia. Así que... tenía

entendido que planeaba ser padre, eso fue hace bastantes años. ¿No serás su hijo?

—No... está muerto, así que dudo que haya dejado hijos.

Sorbe ahogó un grito, no sólo por el miedo sino porque antes de que se diera cuenta tenía el cuello apresado fuertemente por la mano de Licer, quien lo levantó y puso contra la columna.

—¿Cómo la bajo de ahí?

—No... no lo sé, los Hechiceros son los que saben todo —contestó muy asustado, temblaba y comenzaba a transpirar de los nervios—. ¿Quién... eres?

—Advina—bufó molesto.

—Uno de los niños de la profecía, supongo. ¿Pero cuál?

Por algún motivo, Licer pensó que sería buena idea disfrzar temporalmente su identidad.

—Soy el Dragón del que habla la profecía —contestó—. Y tú me vas a llevar con los Hechiceros ahora, antes de que pierda la paciencia. ¡Y no querrás que eso ocurra!

—El Dragón.... o sea que tú... no... n-no puede... no puede ser...

—¡¿Quieres que pierda la paciencia con tus balbuceos?!

Sorbe no se atrevió a contestar, tan sólo guió nuevamente a su opresor al castillo, subieron hasta una de las torres hasta que por fin se encontraron frente a una puerta de madera; varios escalones atrás Licer venía sintiendo una presencia extraña.

Sorbe golpeó la puerta cinco veces de formas diferentes, e inmediatamente ésta se abrió rechinando y crujiendo. Había una pequeña habitación toda iluminada con velas y perfumada

con incienso muy fuerte. Adelante, una ventana redonda y debajo de ella un altar. Arrodillado en un sillón de paja estaba un hombre de unos cincuenta años, cabellos rubios con varios mechones blancos le llegaban hasta la cintura en forma de ondas, la cara era alargada pero no mostraba signos de vejez muy marcada, para Licer fue difícil explicar el rostro de ese hombre, sabía que era viejo, pero de alguna manera no podía verlo como tal.

El hombre abrió los ojos y miró a Sorbe y al extraño joven que estaba detrás de este. Sus ojos eran negros y profundos, llenos de cansancio y cargas de la vida. Se puso de pie y esperó que se dijera algo, pero lo que recibió fue que Licer azotara la puerta, arrojara a Sorbe con fuerza al piso y lo tomara del cuello pero con ambas manos rápidamente.

—¿Cómo bajo a la reina de las columnas? —dijo apretando con fuerza.

El hombre estaba demasiado impactado y sorprendido como para contestar, comenzó a mirar para todas partes hasta que clavó su mirada en los espejos que reflejaban la figura de Licer, el reflejo desapareció y se convirtió en la profecía escrita en las letras Fénix. Recuperó la cordura, y los ojos negros le brillaron muy fuerte de modo que el joven quedó ciego temporalmente, soltó al hechicero y quedó con una rodilla en el piso refregándose los ojos. El hechicero recuperó el aliento, levantó las manos y Licer quedó estampado contra la pared, ciego e inmóvil, trataba de zafarse de la extraña fuerza que lo sujetaba pero no podía hacer nada, mientras más se movía, más sentía que lo apretaban contra la pared.

—Uno de los niños de la profecía —dijo el hombre ayudando a Sorbe a levantarse—. Y tú no le creías a tu padre. ¿Qué es?

—Es un Dragón, Drapa... ¿entiendes lo que significa? ¡Un Dragón con esas características no existe! Osea que... que...

—Que gastas saliva inútilmente, eso es. Solucionaré esto ahora mismo.

Sacó un puñal del cinturón y se acercó a Licer, lo tomó con fuerza de los cabellos y velozmente le cortó la garganta. Frío y ardiente, ¿qué era lo que le habían pasado por el cuello? Licer sólo sintió algo frío y caliente a la vez que lo degollaba, luego no sintió más...

Cayó al piso tiñéndolo con su sangre.

—Llama a tus comandantes, y al resto de los Hechiceros —dijo limpiando la cuchilla con una servilleta—. No creo que haya venido solo.

—¿Acabas de... ? ¿Cómo...?

—¡Deja de perder el tiempo!

Así salieron pronto de la habitación, bajaron apresurados las escaleras y se encargaron de llamar a todos los que necesitaban. Mientras tanto, Licer ya se había quemado, convertido en cenizas, cobrado forma, resucitado y buscado algo de ropa en aquel cuarto. Agradeció entonces el haber mentido al principio, de lo contrario las cosas no le habrían sido tan fáciles en ese momento. Antes de hacer cualquier otra cosa miró con cuidado los espejos, evidentemente no le mostraban su reflejo, sino las escrituras que había en el templo.

Escuchó extraños sonidos, como si alguien caminara de un lado a otro de la habitación. Se volteó, miró hacia un lado y

hacia el otro, pero sólo estaba él en aquel cuarto... no había nadie más... nadie que pudiera ver al menos.

Cluic...

—¿Piensas quedarte allí todo el día?

Se volteó bruscamente con el corazón en la garganta... y vió en uno de los espejos algo muy similar a su propio reflejo pero con algunas diferencias. Podría haber pasado por su hermano mellizo. Sú réplica en el espejo usaba ropas que eran más señoriales, tenía dos trenzas de macramé que se le caían detrás de las orejas hasta el pecho, y dos aros de piedras en forma de rombos rojos.

—El Príncipe tiene miedo a un reflejo parlante —reía.

Licer contuvo el aliento. Vió cómo aquel joven, cuyo reflejo le devolvía el espejo en lugar del propio, estaba de pie en lo que parecía ser agua.

—¿Quién demonios eres?—dijo nervioso retrocediendo un paso—. ¿Quién y qué eres?

—Alguien que va a ayudarte.

—¿Cómo podrías? No has hecho nada más que instalarte en mi cabeza desde que soy un niño. ¡¿Por qué me sigues?! ¿Qué quieres de mí?

—Tú madre será el motor que mueva a los ejércitos zachas.

Licer permaneció estático en su posición mirando incrédulo a aquella persona. En verdad la presencia que lo seguía a todas partes tenía rostro... un rostro casi idéntico al suyo. Quizás... entonces... aquella presencia no era más que un retazo de su conciencia. ¿Podía ser? No... imposible...

—Lasylar no llegará a tiempo para bajarla. Van a usarla para derrotar a tu intento de ejército—dijo el joven del espejo.

—¿Lasylar? ¿Vive entonces? ¿Se encuentra en camino?

—A paso lento e interrumpido, pero viene hacia aquí. Lasylar es el único, y escúchame bien: el único que puede bajar a la reina de las columnas... para hacerlo debe destruirlas.

—Pero...

Licer se mordió los labios, era increíble estar hablando con un reflejo, pero más lo era estar viendo a esa presencia que lo guiaba y torturaba desde siempre.

—Pero si él no llega a tiempo y piensan usar a mi madre, ¿qué puedo hacer yo?

—Corre hacia el centro de la ciudad y activa la Carpa y Canaleta de Lenay.

—¡¿Qué?!

—Ahora no lo entiendes, pero sé bien que conoces esta ciudad pese a jamás haberla pisado antes. Date prisa, ya reúnen sus tropas.

Y sin decir nada más, el joven se esfumó con ese misterioso sonido de una gota de agua, devolviendo al espejo el verdadero reflejo de Licer, quien no daba crédito a sus ojos tras haber presenciado todo aquello. Quizás después pensaría en lo que había pasado, pero por el momento tenía que obedecer. La ciudad entera dependía de Aika y de su poder, no sería extraño que los soldados la usaran como arma en contra de su propio hijo.

Asomó la cabeza por la ventana, tenía que ver la forma de poder salir de la torre y llegar a donde quería sin ser visto, pero no podía hacerse invisible y no era muy discreto a la hora de

moverse sigilosamente para esquivar miradas enemigas. Entonces estiró la mano y en esta se generó una bola de fuego que lentamente comenzó a crecer hasta que pronto tuvo el tamaño de una persona. Licer la lanzó con todas sus fuerzas por la ventana y la masa ardiente voló muy lejos por encima de la ciudad hasta que cayó en un cobertizo de paja y madera. El fuego y el humo se levantaron bien alto y quienes estaban cerca corrieron a intentar apagar el fuego pero no encontraron la manera de hacerlo, pues el canal que recorría la ciudad estaba completamente seco y toda su agua alimentaba el estanque del castillo. La gente corría hasta sus casas y volvía trayendo cántaros con agua y cubos con tierra, pero el esfuerzo era en vano, el fuego nunca se acababa, y por el contrario incrementaba su tamaño.

Mientras tanto, Licer ya había descendido de la torre y ahora salía sigilosamente del castillo. El jóven le había dicho claramente una verdad que Licer no podía negar: pese a ser su primera vez en la ciudad sabía exactamente hacia dónde se dirigía, y mientras más se acercaba a su destino la adrenalina subía... como si el lugar que le esperaba fuera realmente determinante en su vida... y Licer no sabría sino hasta el mismo final de esta historia cuán importante era ese lugar.

Llegó a un obelisco muy alto, un enorme pilar completamente recto en cuya punta se erguía una cuña. Tallado por doquier con letras y símbolos, estaba ubicado exactamente en el centro de la ciudad, y esto lo convertía en uno de los puntos de Xínef.

“Lasylar”. Así lo llamaban los Fénix. Al verlo, Licer descubrió años y años de vida y sucesos que el lenguaje no alcanzaba a

explicar; tendría que esperar mucho para fascinarse a su antojo, lo importante era alertar a su propio ejército e iniciar de una buena vez el ataque.

Después de meditar unos segundos, sacó sus alas y se elevó hasta la punta del pilar para pararse en ella. No sabía cómo, pero tenía muy en claro lo que estaba por hacer. Se inclinó hasta estar de cuclillas, en medio de todas las escrituras y dibujos había una mano. Licer colocó su mano izquierda en el dibujo, éste brilló con luz blanca que luego se esparció como agua por todos los demás símbolos. El Fénix volvió a elevarse y se hizo hacia un costado esta vez, pues de la punta del pilar salió un rayo de luz que subió varios metros hacia el cielo, allí quedó fijo y recto como una larga vara brillante. Y eso fue lo único que el fuego no pudo distraer. Los zachas corrieron hasta el pilar y al llegar quedaron impactados de tanta confusión, jamás habían sabido de esa curiosa característica del obelisco y al ver a Licer descender de los cielos con sus reveladoras alas de Fénix comprendieron lo que estaba a punto de ocurrir. El hechicero que le había cortado la garganta quedó totalmente paralizado, mientras que el rey Sorbe trataba de sobreponerse.

—¿Qué has hecho?! —gritó temeroso—. ¿Por qué brilla de esa manera?!

—¿Sabes? Si vas a tomar una ciudad, podrías al menos averiguar más de la misma —contestó Licer dándole la espalda y caminando hacia la cara frontal del pilar—. Creo que has notado los cuatro pilares que rodean la ciudad.

—¡Claro que sí!

—El pilar del Norte es *Nalsa*—dijo Licer apoyando la mano derecha en una de las palabras que tenía enfrente. Esta se

encendió de un color dorado y desde el lado Norte de la ciudad un rayo se unió con el extremo del rayo blanco de *Lasylar*—. El pilar del Sur es *Neru*—continuó, apoyando la mano en otra palabra, y al hacerlo, las letras se delinearon con luz plateada, y del lado Sur un rayo unió su punta con el de *Lasylar* y *Nalsa*—. El pilar del lado Este es *Nelka*—el nombre se iluminó en rojo mientras que del lado Este de la ciudad llegaba un rayo del mismo color—.Y por último, del Oeste *Númina*—finalmente apoyó la mano en la última palabra que brilló de un hermoso tono verde, y del lado Oeste llegó el último rayo—. Y al unirse a *Lasylar*, forman la *Carpa de Lenay*.

Al mirar hacia arriba, los zachas descubrieron que un reflejo extraño se formaba cerca de cada rayo. Sorbe ordenó a los arqueros que tenía cerca que lanzaran flechas. Tendieron los arcos y dispararon flechas que subieron silbando hacia el cielo, pero rebotaron en contra de lo que parecía ser un cristal. Le lanzaron flechas, lanzas y hasta piedras, pero el cristal jamás se rompió o pareció resquebrajarse siquiera.

—¡¿QUÉ ES ESO?! —gritó Sorbe ya al borde de un ataque de nervios.

—Los cuatro pilares —explicó Licer mirándolo de reojo—, son escudos que al activarse crean un cristal que no puede romperse, el pilar del centro es la base de la Carpa que se acaba de formar sobre nuestras cabezas. Nadie puede salir y nadie puede entrar.

—¡Nos ha encerrado! —dijo el hechicero—. Pero así sólo te condenaste, puesto que mis vigías dicen que tu ejército no está ni a diez kilómetros de aquí, no podrán entrar. ¡Nunca nos vencerás, pobre imbécil!

Licer se volteó, caminó unos pasos hacia adelante hasta estar cara a cara con el hechicero, señaló hacia arriba con su dedo índice, y al levantar el hombre la mirada deseó haber sido ciego: cientos y cientos de pegasos descendieron lentamente con jinetes de distintas razas en sus grupas. Licer señaló a la derecha y de una de las calles salieron lincen con párcenes sobre ellos. Licer señaló a la izquierda y de otra de las calles aparecieron unicornios con duendes y elfos en sus grupas. Licer retrocedió un paso y todos los miembros de su ejército tendieron los arcos, prepararon las lanzas y desenvainaron las espadas.

—Crees que has vencido, mocoso—gruñó Drapa—. Pero estás muy equivocado. Prácticamente trajiste a nosotros y por su propia voluntad a los últimos seres que quedaban por conquistar. Eres un iluso. Todos y cada uno morirán aquí... y a tí te tendré como esclavo para cuando tu sucia madre pierda el último aliento de vida.

Licer se hubiera lanzado a atravesarle la garganta, pero Lilo lo detuvo con fuerza ya que detrás del hechicero comenzaba a agruparse rápidamente el ejército que tanto había esperado por masacrar el Bosque.

Así empezó la guerra.

Con los soldados luchando incansables. Los zachas se movían rápidamente con la lluvia de flechas y agujas mágicas que lanzaban los duendes. El ejército del Bosque era casi invencible, su defensa era impenetrable; la poderosa magia de los unicornios no permitía que les pasara nada; los pegasos eran indómitos como relámpagos blancos, sus poderosos cascos hacían retumbar la tierra y sus alas generaban un viento

que volteaba a muchos; los párcenes parecían gatos moviéndose a tal velocidad que mareaban a su oponente, distrayéndolo y luego golpeándolo por sorpresa; los lincen eran magníficos cazadores furtivos, con muy pocos escrúpulos a la hora de terminar con sus víctimas; y los elfos, criaturas hermosas inclusive en un ámbito de sangre y batalla, a penas se movían de sus lugares, con sus arcos y flechas silbantes.

La desesperación de los zachas era cada vez mayor, aunque los hechiceros eran los que más resistían y defendían. Caían los zachas en grandes números como pobres e indefensas moscas, la batalla estaba a punto de perderse.

Licer, quien hasta entonces había estado inmóvil, miró al hechicero a los ojos y le sonrió. Pero el hombre pareció dejar atrás su temor y vergüenza, le devolvió una sonrisa a su enemigo, levantó la mano derecha y de su palma surgió un largo manto blanco que lo rodeó mientras se arrodillaba y unía sus manos como si se dedicara a rezar. Aunque Licer no entendía muy bien lo que estaba pasando, tomaba la actitud y acción de su enemigo como una burla; de modo que desenvainó a Xínef y se lanzó en embestida, tiró el primer golpe pero la espada pareció chocar contra una pared demasiado dura como para atravesarla; intentó una y otra vez, pero el manto generaba alguna clase de campo de fuerza que protegía al hechicero permitiéndole seguir con sus rezos sin preocupación. De pronto, Licer entendió lo que estaba pasando: los pocos soldados zachas que quedaban cobraron misteriosamente una nueva fuerza.

Así cambió la guerra. La luz y energía que generaba el hechicero era alimento de poder puro para sus soldados, inclusive Sorbe era grande y poderoso.

Mientras que la sangre corría por las calles, Licer aún intentaba incansablemente atravesar aquel campo de fuerza, pero por más que perseveraba no tenía éxito. El ejército del Bosque moría lentamente a su alrededor; los gritos de miedo y dolor le helaban la sangre; ver las espadas blandiendo y atravesando la carne de las Criaturas del Bosque le partía el alma; las flechas en enormes lluvias le pasaban silbando por todo el cuerpo, y a pesar del daño que producían a muchos no se conformaban hasta dar muerte a su víctimas.

El manto giró más rápido alrededor del hechicero y Licer sintió asustado el poder aterrador que aquel hombre estaba acumulando, un gran monstruo de energía se estaba formando a su alrededor. Cuando fue grande y oscuro se dispersó entre todos los soldados zachas que al principio se quedaron inmóviles por unos segundos y luego cayeron al piso retorciéndose como peces fuera del agua.

Cuando las convulsiones terminaron, se pusieron rápidamente de pie y tal como era el físico de los zachas de Etnalta, así cambió el cuerpo de los de Xínef; los músculos se ensancharon, la altura se duplicó y las caras se hicieron fieras como de gigantescos monstruos.

Ádemord, que hasta ese entonces había estado mezclado en la pelea, ahora en su forma completa de Dragón sobrevolaba el campo de batalla lanzando fuego a todo zacha que tenía al alcance. Lo primero que llegó a la mente de Sorbe en ese momento fue “El otro niño”.

Ádemord descendió hasta estar frente a Licer y así empezó a pelear con tanta ferocidad que asustó a muchos de los más corpulentos soldados zachas. Como Dragón era enorme y feroz, tenía garras afiladas, ojos fieros y alas tan grandes que con sólo agitarlas lanzaban veloces y peligrosas ráfagas de viento. Pero por mucho miedo que le tuvieran, aún así los enemigos se lanzaron al ataque; toda la energía que tenían en el cuerpo era como un estimulante continuo que sólo les dictaba que pelearan.

El rugido estridente del Dragón heló la sangre de Licer, pero reavivó sus sentidos opacados por la desesperanza. Si había que luchar, así sería hasta convertirse en cenizas miles de veces. Corrió hasta el centro de la batalla y comenzó a pelear ciegamente con todas sus fuerzas, igual que antes, peleó con varios a la vez; con un tanto de dificultad, ya que los zachas de Xínef con tanta energía eran adversarios complicados y hasta casi imposibles de derrotar.

Los Fénix que estaban cautivos en las catacumbas podían escuchar con terror la batalla que se libraba sobre sus cabezas, el polvo caía y el agua podrida se agitaba. Los gritos de dolor y pérdida eran claros; el rugir de las espadas y el silbido de las flechas resonaban en sus asustados oídos; más que miedo por la guerra, temían el por qué y cómo de esta. ¿Quién había llegado para desatar la guerra? Y peor aún ¿Por qué? Lo único que les quedaba claro era que los zachas estaban en guerra, y por lo que creían, una guerra encarnizada que iba muy pareja.

Mientras tanto, en las ensangrentadas calles de la ciudad, la batalla continuaba en contra de las Criaturas del Bosque. Más de la mitad de su ejército había caído, y los zachas no se

detenían. No parecían cansarse por más que se les golpeará muchas veces, se levantaban con más ira que antes, con más sed de matanza y con una fuerza demoledora que dejaba paralizados del miedo e impotencia a sus adversarios.

Ádemord y Licer peleaban lado a lado, la fuerza y velocidad de uno se complementaba con la astucia y destreza del otro; eran grandes compañeros y grandes líderes también, hacían lo imposible para vencer a sus enemigos y salvar a los que estaban en peligro. Aún así no eran los únicos, los líderes de cada raza seguían en pie, algunos heridos y débiles pero se mantenían en la lucha... la cual iban perdiendo lentamente.

Una pequeña ayuda llegó del cielo tras una explosión del lado oeste de la ciudad. Los zornas llegaban acompañados por una nube de humo negro, aquella explosión venía del Fuerte Oeste, donde los zachas almacenaban sus armas y donde estaban descansando varios soldados más. Con sus enormes alas blancas, llegaron los zornas salvando un poco la decadente situación, pero por más que aquellos fascinantes felinos eran una valiosa ayuda, no cambiaron mucho la cosa.

La situación se volvía insoportable con cada hora que pasaba, el sol se estaba ocultando con un tono rojizo en el cielo, inclusive el cielo lloraba sangre por tanta muerte en la ciudad de Xínef.

Cluic...

Licer se volteó aturdido, le parecía increíble que aún en medio de tanto terror, gritos y guerra pudiera escuchar ese maldito y persistente sonido. Entonces fijó la vista en el piso:

estaba lleno de dibujos e inscripciones extrañas que se conectaban entre sí, como si fueran muchas acequias con varias curvas y formas; todas nacían directamente del pilar *Lasylar*. Licer se concentró en encontrar la función de esto, si todas las calles de la ciudad tenían esas pequeñas canaletas era por algo en especial y más aún si nacían del pilar principal.

Cluic...

“¿Qué tratas de decirme? ¡Maldición! ¡¿Qué tratas de decirme?!”

Cluic...

Y entonces todo se volvió lento, con el sonido de aquella gota que caía en más agua creyó entender sin necesidad de palabras. Todo pasó rápido luego, la sangre cayendo en pequeños charcos de las canaletas... la imagen de ese joven en el espejo... la gota de agua...

Sangre que corre como agua, sangre que se arde como fuego.

Fue lo que escuchó en su cabeza, eso y nada más era la respuesta, interpretarla era todo lo que tenía que hacer. Miró hacia arriba y contempló el pilar. Siquiera debía interpretar... sino recordar, pues en su mente estaba escondido ese recuerdo... junto a tantos otros.

Extendió las alas y se elevó hasta la punta del pilar. Con gran equilibrio permaneció de pie allí y aún temblando por lo que tendría que hacer tomó a Xínef y se hizo un profundo tajo en la muñeca izquierda. Después se cortó la derecha y extendió ambos brazos, pero cuidando que la sangre no cayera al vacío, en vez de eso se aseguró que cayera sobre el pilar. La sangre se filtró por los grabados en el pilar, bajó más rápido de lo que nadie se hubiera imaginado hasta tocar el piso, parecía como si supiera lo que hacía, simplemente se filtraba por las canaletas rápido y preciso. Hasta cierto punto ya no era la sangre de Licer, misteriosamente la propia sangre de las criaturas del Bosque, de los zachas, de los zornas... todo vestigio de sangre se unía a la que recorría la canaleta. Debajo de la guerra se movilizaban hilos rojos que nadie notaba.

—De acuerdo —dijo lenta y forzosamente el muchacho—. ¿Qué pasará ahora? Sangre que corre como agua... sangre... que... sangre que arde como fuego.

Aunque no entendía muy bien el por qué de las cosas, pensó y únicamente se concentró en eliminar a los zachas. Para su sorpresa se encontró totalmente sumergido en sus pensamientos, y en estos sólo podía ver una flama muy brillante. *Sangre que arde como fuego*, escuchaba en todo momento, y en todo su entorno. Mientras que en el exterior, su cuerpo movía los brazos hasta que las manos se sujetaron del pilar, prácticamente enterrando los dedos y rasgándose las uñas con la piedra. Abrió los ojos y vio asombrado que todos los hilos rojos comenzaban a brillar, obviamente los combatientes no pudieron evitar el ver lo que estaba pasando debajo de sus pies. La luz se intensificó tanto que cegó a todos,

hasta que de la sangre y como de un volcán en erupción salió un aterrador fuego.

El miedo reinó en todos y cada uno de quienes se batían a duelo, pero los soldados del Bosque descubrieron que las llamas no les hacían ningún daño, eran inmunes al poderoso y despiadado monstruo ardiente y así se fascinaban al levantar las manos y ver las flamas deslizárseles por los dedos, era increíble.

Sin embargo, los zachas no corrían la misma suerte. Las llamas se les prendían como sanguijuelas, les mordían la carne como lobos de mandíbulas más ardientes que el sol, y bailaban a su alrededor como doncellas traicioneras.

La guerra estaba a punto de terminar.

Licer se sostuvo del pilar con debilidad y cerró los ojos deseando que todo terminara de una vez. Descendió lentamente hasta el piso cuando por fin el fuego se apagó y todo fue silencio y quietud. Rápidamente todos los sobrevivientes se reunieron a su alrededor. Eran muy pocos, de los miles que habían partido de Etnalta, sólo quedaban cientos, heridos y exhaustos; pero felices y orgullosos por el final de la guerra.

Aparentemente la *Carpa de Lenay* no era la única defensa de Xínef, la *Canaleta de Lenay* era otra, la más poderosa que sólo podía ser activada por un miembro de la familia real, y ya que la sangre de Licer estaba mezclada con poderosa sangre real Atlante, el efecto de la canaleta había sido más poderoso.

—Hagan un recuento—dijo entonces apoyándose en Hao—. Busquen sobrevivientes de ambos bandos.

A pesar del cansancio y la pérdida, los soldados sonrieron y alabaron al exhausto Príncipe.

—Bien hecho, pichón—sonrió Hao ayudando a Licer—. Bien hecho.

—Sólo quiero creer que esto terminó, Hao...sólo eso.

—Puedo asegurarte que ese fuego no dejó vivo a ningún zacha capaz de alzar una espada.

Licer asintió cansado, ya en sus jóvenes ojos pesaba la amargura de haber vivido días bélicos, pero sólo quería que aquello se terminara, no más sangre, no más muerte... no más nada.

~oOo~

Caía la noche y el ejército permanecía sentado en el campo de batalla. Licer era el único que caminaba de aquí para allá buscando a sus amigos. Encontró a Lilo, Donray y Ágleg junto al pilar, y luego a Ébok y a Lira. Pero no encontraba por ninguna parte ni a Ádemord ni a Néud. Hasta que uno de los elfos hizo sonar un cuerno lejos del campo de batalla, todos corrieron preocupados, esperando que todo estuviera bien, pero se equivocaron...

Ádemord estaba arrodillado junto a Néud, quien estaba tendido en el piso con una espada atravesada en el pecho... Sorbe estaba tirado unos metros más adelante, atado de pies y manos. Licer corrió más rápido y se inclinó al lado del duende, quien abrió lentamente los ojos... tenía la mirada perdida, los ojos verdes estaban muy claros y la pupila prácticamente desvanecida.

—El hechicero y Sorbe intentaron escapar —dijo Ádemord—. Néud los siguió fuera del campo de batalla, pero el humano lo dejó ciego con uno de sus hechizos. Luego el zacha aprovechó el momento y... —guardó silencio y se tapó los ojos con una mano.

El hechicero había muerto a manos de Ádemord, quien también había atado a Sorbe. Para este se reservaba algo mucho peor.

Licer tomó la mano de Néud con fuerza, sentía esa quemazón en los ojos que producen las lágrimas contenidas, quería darle su sangre para que su herida cerrara, pero estaba prácticamente seco y muy débil, sin ningún poder que pudiera salvar al duende.

—No llores, Licer —dijo Néud apretándole la mano—. No es culpa de nadie, mucho menos tuya. No me arrepiento de morir aquí, porque tu pueblo volverá a hacer que mi gente progrese y viva mejor.

—Gracias, amigo —dijo Licer—. Te prometo que los duendes serán...

—¡No prometas! —interrumpió él—. No prometas cosas que tú mismo no cumplirás. Sé lo que piensas hacer una vez que todo esto termine... no estoy de acuerdo, pero después de todo lo que has pasado no me extraña que quieras...

—¡Perdóname! —exclamó bajando la cabeza y sintiendo como si volvieran a cortarle la garganta.

—Todo está bien, a mí no es a quien deberás pedir perdón, sí a Árekel y a tu padre —se sacó el anillo que tenía en el dedo anular de la mano derecha y se lo entregó—. Termina todo y

ve en paz... ve... en... paz... Lasylar vendrá pronto para hacerse cargo de todo.

—No creo en él... nunca vino ¡y nunca lo hará! ¡Es sólo una leyenda estúpida!

—Siempre has creído en él—sonrió el duende cerrando cansado los ojos—, porque siempre ha estado a tu lado.

Y no dijo más... la mano que apretaba la de Licer perdió fuerza y cayó al piso...

—¡NÉUD!

~oOo~

Licer se dirigía nuevamente al pilar, y cuando pasó al lado de Sorbe lo miró con tal frialdad y tal odio que el zacha sintió un miedo terrible invadirle el cuerpo.

—Sólo espera a que todo termine —le dijo—. Yo no te tocaré, ninguno de los presentes lo hará. Pero espera a que venga el verdadero Dragón a quien tanto temes, él se encargará de ti como lo hizo con tu padre.

Al llegar al pilar, colocó su mano en cada uno de los nombres grabados y así los rayos de luz que armaban la carpa fueron regresando a sus lugares uno por uno, y luego la sangre fue absorbida tanto por el pilar como por las canaletas.

Únicamente los líderes de cada raza entraron al castillo. Hicieron una especie de limpieza, todo zacha y todo lo que a este pertenecía era empaquetado y tirado en la plaza principal de la ciudad. Todos los soldados y civiles zachas estaban atados y amordazados, inmóviles y mudos permanecerían toda la noche.

Xínef por fin había sido salvada. Después de cincuenta años de espera, los cautivos serían libres de volver a sus hogares.

Desde ese momento, pasaron cerca de cuarenta y ocho horas de tranquilidad y descanso, los soldados del Bosque habían dormido en el castillo, pero Licer permaneció todo el tiempo en el Templo, observando y hablando con su madre. No sabía si podía escucharlo, pero se conformaba con verla y disfrutar de su compañía en todo momento. Pronto se enviarían mensajeros a Etnalta y a Nógard.

Licer miró el anillo de Néud, nuevamente sintió como si le cortaran la garganta, tragó saliva y se frotó la frente, pero no pudo evitar sentarse acurrucado contra una de las columnas a llorar. Jamás había sentido semejante vacío en su pecho, jamás se había sentido tan, pero tan solo.

—Creo entender quién es Lasylar... y por qué era tan importante regresar para que él apareciera—dijo mirando a su madre y apretando el anillo—. Lasylar es... es esa persona que vi en el espejo. La presencia que ha estado conmigo toda mi vida... pero no entiendo cuándo o cómo aparecerá en verdad para salvarte...

~oOo~

Pasó un mes completo en el que todos trabajaron para reconstruir la ciudad, el esplendor regresó lentamente a las casas y al castillo, las calles y las radiantes fuentes volvían a ser únicas y espectaculares.

En la mañana del 33° día desde que llegaron a Xínef, uno de los párcenes hizo sonar un cuerno anunciando a toda la ciudad

que algo se acercaba desde el cielo. Llegaron las hermosas hadas vestidas con colores opacos y tristes para el funeral de Néud. Más atrás, Licer consiguió ver a una gran multitud de personas, todas vestidas con mantos y ropas blancas, una luz dorada parecía rodearlos... eran los Atlantes. A la cabeza iban Idnalde, Ósagep, Lilu y Húriko. Al haber entrado todos en la ciudad, Licer no pudo evitar seguir mirando, pero no veía a nadie más, Ian y los Dragones no llegarían ese día. El cuerpo de Néud había sido conservado gracias a la magia de los duendes, pero el momento ya no podía retrasarse más.

El funeral tuvo que empezar sin los Dragones, los duendes habían pedido que su líder fuera enterrado en Xínef; y así se hizo. Néud fue sepultado en lo que se conocía como el Parque de la Gloria, un enorme parque lleno de estatuas de célebres personajes de la historia. En medio de dos sauces que serían sus compañeros y guardianes fue enterrado y sobre su tumba se colocó una estatua muy bella que habían hecho las hadas y que era la figura del duende en todo su esplendor.

Los duendes rezaron y cantaron canciones en su honor, y las demás razas escucharon con respeto y tristeza. Al finalizar todo, los únicos que quedaron fueron Licer y su familia. Las dos pequeñas lloraban desconsoladamente, mientras que Idnalde dejó en el cuello de la estatua un medallón de oro con el símbolo de una flor muy hermosa, acarició la tierra y dejó caer unas cuantas lágrimas; Ósagep miró la estatua fijamente a los ojos e hizo una profunda reverencia.

—Tu alma descansará en el paraíso eterno de los grandes héroes... nos veremos en la tierra de Gálaca, amigo. Gracias.

Licer no decía ni hacía nada, había sufrido y llorado bastante aquellas largas semanas, y ahora lo preocupaba el hecho de que Ian no hubiera vuelto después de tanto tiempo.

—Némok —dijo su padre tomándolo de la mano—. ¿Dónde está tu madre?

Licer salió de sus dudas y llevó a su padre lentamente al Templo. Si pudiera describirles la expresión de tristeza en Ósagep al ver a su amada flotando en medio de las dos columnas entonces esta historia no tendría fin; el dolor en el corazón del pobre rey fue terrible, mil espadas atravesaron su alma en ese momento, y al escuchar que nadie podría sacarla de allí creyó morir lenta y dolorosamente.

—No sufras, padre —dijo Licer—. Él... bueno, sé que Lasylar la bajará, y Néud también me dijo antes de morir que él estaba por llegar.

A pesar de las alentadoras palabras de su hijo, Ósagep no podía animarse.

Cuando él llegue todo estará bien... está cerca...

Dijo la voz que inundaba con ecos el Templo. Unas cuantas lágrimas brotaron de los cansados ojos de Ósagep, conocía aquella voz, la voz de su amada y añorada Aika.

Yei tem le voume.

Por un momento una sonrisa pareció asomarse en la expresión de Aika.

—¿Qué dijo? —preguntó Licer.

—No lo sé, no es la lengua de los Fénix —contestó Ósagep.

—Todo irá bien —dijo Idnalde desde la entrada del Templo—. Te habló en la lengua Dragón, dijo: “Todo irá bien”.

—¿Por qué me hablaría en Dragón?

—¿Por qué crees? Incluso atrapada aquí sabe todo el odio que los Atlantes les tienen. A pesar de que nunca nos hicieron nada, todo fue por defenderse de tus estúpidos ataques.

Tulaile guen de naite san.

—“Olvida lo que nunca pasó.” Ósagep, tu odio no tiene fundamento. Tu hijo considera hermano a un Dragón y tu amada también, y yo amo a uno... y por más que pienses lo contrario ninguno llevará este mundo a su destrucción.

~oOo~

El último detalle para dejar a Xínef como antes fue dado por Narissa, la hermana de Néud. Con ayuda de Ádemord sobrevoló toda la ciudad dejando caer las semillas especiales. Pronto la fascinante vegetación emergió, árboles, pasto y plantas brotaron del muerto suelo, lo viejo y quemado renació y dio fruto a nuevas maravillas jamás imaginadas.

El castillo recuperó su esplendor y belleza y la ciudad tenía vida otra vez. Lo único que faltaba era la coronación de Licer, pero para eso la reina Aika debía estar a salvo, y para eso se necesitaba a Lasylar, a quien Licer esperaba ver todos los días en algún espejo una vez más, en el agua o escuchar quizás el molesto ruido que lo perseguía. Pero nada ocurría, su mente

estaba en paz como en muchos años no lo había estado... ¿aquello sería porque Lasylar ya no vivía en su memoria sino que era una persona de carne y hueso? ¿Realmente estaba en camino? No podía saberlo... sólo esperar...

~oOo~

Idnalde y sus hijas se encontraban acomodándose en un cuarto para pasar futuros días en Xínef. De repente, escucharon rechinar la puerta que se abría, y al ver el umbral no reconocieron muy bien a la figura que estaba de pie, pero cuando esta franqueó la puerta quedaron sin aliento. Las pequeñas no podían creerlo, Idnalde lloraba silenciosamente de la emoción que sin embargo no le impidió correr y lanzarse a los brazos de Ádemord quien la abrazó con fuerza y luego la besó suavemente.

—Estás igual —dijo ella acariciándole los cabellos—, igual, igual...

—Tú también —contestó él acariciándole lentamente el rostro—. Soñé con este momento siempre, durante estos cincuenta años...

—También yo... también nosotras.

Lilu y Húriko se acercaron lentamente, Ádemord se inclinó y las miró con ternura, Lilu le pasó la mano por la cara, le sonrió y rápidamente lo abrazó.

~oOo~

—¿Otra vez aquí? —dijo Licer sentándose junto a su padre.

Desde que llegara a Xínef, Ósagep se pasaba los días en el Templo.

—Como siempre. Es muy bella. ¿No crees?

—Sí, lo es, sí que lo es —dijo sonriente.

—Hace años era considerada una de las tres damas más bellas de Lang. Una era y sigue siendo mi hermana y la otra era la madre de Ádemord.

—Era... ¿Acaso ya murió?

—No lo sé, probablemente haya muerto por la edad, o por el encarcelamiento o por quién sabe qué.

—Padre ¿por qué te dejaste llevar por las palabras de Ógirdor? ¿Por qué tuviste que matar a tanta gente inocente?

—Era joven, iluso y ansiaba el poder más que nada —contestó Ósagep con expresión de tristeza—. No creo que sea una buena forma de excusarme de mis actos, pero es lo que tengo.

—Pero aún los odias —dijo Licer después de mirarlo fijamente—, aún los aborreces con toda el alma.

—Némok, cuando atacaron Etnalta mataron a cientos de Atlantes. Como rey me sentí más que impotente y por eso los odié.

—Acabas de decir que eras joven, iluso y que ansiabas el poder, y ahora les echas toda la culpa. Eres muy injusto.

Ósagep se puso de pie, caminó unos pasos y se quedó mirando a Aika. Licer jamás había visto tal amargura y tristeza en alguien después de lan.

—No puedes ponerla de excusa, no puedes decir que sin su consejo te volviste lo que eres. No puedes depender siempre

de ella, por lo menos no para esto. No la uses como excusa, mucho menos cuando está así.

Y diciendo esto, Licer salió rápidamente del Templo.

—No los odio a todos, hijo... lo odio a él... por engendrarlo...

Licer corrió hasta que llegó al jardín del castillo. Cuánto deseó en ese momento poder ver a Ian sentado con la espalda apoyada en un árbol escribiendo o dibujando, listo para quejarse de las migas en sus hojas.

Deseó tanto que Ian estuviera allí, para que él pudiera correr y sentarse a su lado pidiéndole consejo, su hermano con groseras e irónicas palabras lo ayudaría como pocos o ninguno podían hacerlo. Pero no podía ser así, el árbol estaba solo con sus enredaderas y flores, sin embargo Licer se sentó con la espalda contra el tronco y miró el oscuro y desnudo cielo nocturno. De pronto apareció una estrella... una estrella muy particular pues era roja.

—*Ferwin* —dijo Hao asomándose por encima del hombro de Licer.

—¡Ah, Hao! ¡Avisa cuando te vayas a dormir allí! A veces pienso que me sigues. ¿*Ferwin*?

—Antes del Año Nuevo, las primeras y únicas estrellas que aparecen son las que pertenecen a tres constelaciones.

—Constelaciones de las tres razas.

—Si. *Ferwin* se llama la constelación del Fénix, *Anthurias* la del Atlante y *Drínika* la del Dragón. Están en el idioma antiguo. Cuando Lang era joven sólo existía una lengua ya que todas las razas vivían juntas, cuando se separaron crearon tres lenguas distintas. Los Antiguos soñaban con que el futuro fuera igual

que el pasado, por eso dejaron esas constelaciones. Son un mensaje de paz y hermandad entre las tres razas.

—¿Cómo pueden dejar estrellas? ¿Saben lo que son las estrellas?

—Licer—bufó el parce mientras se quitaba la mugre de las uñas—. Es magia. No sé explicar de qué tipo. Pero es magia muy antigua que encanta nuestro cielo hace milenios.

—No resulta raro creerlo.

—Ajá—suspiró— ¿Has pensado qué hacer con los zachas y más que nada con Sorbe?

—No, esperaré a que Ian venga, él sabrá muy bien qué hacer.

Capítulo 14

EL CLAMOR DE LOS DRAGONES

Al despuntar el alba todos los Dragones tenían sus alas listas. Se elevaron muy alto y emprendieron vuelo hacia Nógard, el anillo de montañas no estaba a más de dos horas de vuelo sin descanso y así pronto estarían frente a la ciudad.

—No sé tú—comentaba Xélfay sintiendo su piel ser acariciada por el viento—. Pero desde que mataste a Galandra... se respira mejor...

—Yo respiro igual—rió Ian—. No por sacar a un Baara de este plano vas a tener cuatro pulmones.

—Sabes a lo que me refiero. Aunque puedo entender por qué sigues sintiéndote igual.

—¿Ah? ¿Puedes? Entonces sería genial que me lo explicaras, porque ni yo lo entiendo.

Xélfay lo miro sorprendido.

—¿Me estás diciendo que en verdad no lo comprendes? Árekel, te han hablado del tema desde que llegaste, no puedo creer que aun no te des cuenta.

—Bueno... en realidad... tengo mis conclusiones, pero tengo muchas dudas—contestó algo avergonzado—. Podrías explicármelo con lujo de detalles ¿sabes?

—Es simple, hasta un tonto se daría cuenta sólo con escuchar lo que se dice de ti, tu hermano y Lasylar. Por más que hayas ahuyentado al Baara, siempre te sentirás igual porque tu...

—¡Llegamos!

El grito de Ástrid interrumpió tanto la explicación como la predisposición de Xélfay, ya que pronto se encontraron sobrevolando las montañas. La compañía descendió en la cima de una para observar de frente a la ciudad.

Ian, a pesar de nunca haber visto antes la civilización de los Dragones, sufrió mucho al observar puros escombros, ruinas y vestigios; Xélfay y Ástrid no podían creer que lo que alguna vez fue uno de los reinos más hermosos de toda Lang, ahora era sólo polvo y desastre.

Las montañas formaban un perfecto anillo siendo guardianes inmovibles desde tiempos antiguos. Montañas muy altas y repletas de vegetación y todo tipo de vida que protegían el núcleo del anillo: un verdoso valle en donde estaba asentada la ciudad de los Dragones. Nógard siempre se había caracterizado por sus faros, altos mástiles distribuidos en toda la ciudad en cuyas puntas se ubicaban grandes platos en los que antaño ardían poderosas y brillantes llamas azules. Algunos decían que aquellos fascinantes luceros siempre brillaban para marcar el camino de regreso a casa a todo Dragón que se alejara mucho, otros decían que eran advertencias siempre presentes que dejaban en claro que Nógard era territorio de Dragones; lo cierto era que los altos faroles mantenían ese ambiente cálido, tan propio y luminoso en la ciudad... pero ya no era así, Nógard estaba en penumbras, los fuegos se habían extinguido desde que ningún Dragón regresara a casa.

Después de unos minutos de sufrimiento callado, los Dragones se dividieron en grupos dispersándose entre las

montañas para observar la ciudad desde todas sus perspectivas. Aquí también el castillo era lo único que seguía en pie, un poco derruido pero podía habitarse. En Nógard también estaba asentado un feroz ejército: cientos de zachas armados hasta los dientes.

Lo que más les preocupaba eran los calabozos y si es que en ellos todavía sobrevivían prisioneros, cosa que sería muy difícil de averiguar.

Al anochecer volvieron a reunirse en la primera montaña. En medio de la impenetrable oscuridad, los ojos de los Dragones brillaban como brasas. Nógard parecía un cementerio. Sombría y triste, antes tan esplendorosa y envidiada como ninguna.

—No me explico cómo es que cada ciudad es un desastre— decía Ian moviendo los dedos de la mano derecha— ¿Acaso no les gusta vivir bien?

—Descuidan lo que ellos mismos no han construido ni criado—dijo Xélfay sentándose a su lado.

—Xélfay, yo no dejaría morir de hambre a tú perro por más que te lo robara... por algo te lo robaría ¿no? Son escoria, eso es lo que pasa.

—¿Cómo sigue tu mano?

—Mejor... creo. Ástrid no consigue sacarme toda la tensión de los dedos.

—Descansa entonces, mañana veremos qué hacer—sonrió palmeándole la rodilla para después ponerse de pie.

—¡Xélfay! —llamó antes de que se marchara—. Tú... ¿tú solías cantar en estas montañas?

El joven sólo le sonrió y asintió, luego continuó su camino.

Ian suspiró, se sentía muy a gusto entre aquella vegetación, casi podía decirse que ronroneaba y la garganta le punzaba por cantar por primera vez en aquellas montañas. Pero como muchas cosas... tendría que esperar.

Al llegar el alba, todos se encontraban despiertos y listos para empezar pero Ian no podía permitir que empezara el ataque, el ejército de zachas era demasiado grande y por el momento no tenían ni idea sobre los prisioneros. Dos Dragones dijeron impacientes que se infiltrarían en el castillo como espías y que si eran capturados estaban conscientes de la tortura y por consiguiente de la dolorosa muerte que les esperaba, pero no les importaba, estaban dispuestos a todo por todo. Ian nunca estuvo de acuerdo, les ordenó permanecer en la montaña, de ninguna manera estaba dispuesto a sacrificar una sola vida. Aunque estaba bastante consciente de que si seguía rechazando ideas pronto perdería el control sobre su compañía.

No le correspondía a nadie más que a él mismo infiltrarse y tratar de salvar un poco la situación. Naturalmente al llegar la noche, comunicó a toda la compañía el nuevo y totalmente definitivo plan de espionaje, como era de esperarse a ningún miembro le gustó la idea de que el líder y Príncipe se infiltrara completamente solo en la madriguera del enemigo.

—¡YA BASTA! —gritó Ian—. En primer lugar yo soy quien encabeza desde un principio esta batalla, yo soy quien manda, y por lo tanto quien da las órdenes. Jamás les pregunté si les gustaba mi plan o no, tan sólo les comuniqué cuál era. ¡Ya me harté de esta discusión! ¿Qué clase de líder es aquel que

manda a otros a hacer lo que le corresponde, eh? Ahora me voy, Xélfay quedará al mando en mi ausencia. Si no vuelvo para cuando que salga el sol, podrán hacer lo que les plazca. ¡Por el momento las cosas son como yo digo!

~oOo~

Ian corría y corría lo más rápido que el terreno que pisaba le permitía, jamás había tenido que bajar una montaña a los tumbos, pero iba bastante bien para ser su primera vez. En media hora se encontró frente a la ciudad, allí la oscuridad lo favorecía y el peso que había perdido con el viaje y los gastos excesivos de energía también, en aquel árido territorio casi no dejaba huellas y podía desplazarse con facilidad y mucha agilidad.

Llegó hasta el castillo, saltó y subió hasta el alfeizar de una ventana. Acurrucado observaba con sus brillantes ojos nocturnos, la forma de entrar. La enorme puerta de madera cerrada le obstruía el paso y las ventanas estaban demasiado altas como para que saltara y las alcanzara; se encontró de repente en un gran problema, atravesar la ciudad había sido algo muy audaz, pero de qué servía si no podía entrar al castillo. Como bestia de circo enjaulada se paseaba de un lado a otro frente a la puerta, no tenía mucho tiempo para entrar y averiguar todo lo necesario; lo tenía aterrado la idea de no poder volver al refugio, no quería ni imaginarse lo que los otros Dragones eran capaces de hacer sin una mano dura que los guiara.

De tanto pensar, terminó por sentarse junto a la puerta, una intuición muy extraña le decía que en cualquier momento alguien la abriría, e inconscientemente lo dejaría entrar. Una hora completa e insoportable pasó desde ese momento, cuando de pronto la puerta se abrió. Ian se agazapó entre las sombras y se preparó para golpear a quien quiera que fuera para poder pasar sin problemas, pero al ver al individuo que le daba paso se quedó inmóvil. Con un vestido negro que le llegaba a las rodillas, el cabello suelto y con su misma e irresistible mirada estaba de pie Keyla... ¿Podría ser más injusta la vida? ¡¿Por qué tenía que aparecer ella?! ¡Y justamente ahí! ¡Justamente en ese momento!

—¡Quisao! —llamó ella. Desde las sombras emergió un soldado portando una antorcha—. El rey te llama, date prisa... no está del mejor humor que digamos.

Sobreponiéndose un poco a la sorpresa de haberla visto una vez más, Ian se deslizó rápidamente entre las hojas de la puerta, se escondió detrás de una armadura y esperó a que ella entrara después del soldado. Keyla volvió a entrar en el castillo, Ian la siguió lo más silenciosamente que pudo. La semi oscuridad del pasillo beneficiaba mucho el espionaje, no podía creer las condiciones en las que esa gente vivía. Aprovechó para mirar cada rincón con cuidado. Realmente era grande y espacioso, en otra época debió haber sido radiante y acogedor, pero ahora era frío y húmedo, oscuro y escalofriante.

Keyla entró en un amplía habitación, tenía varias ventanas muy altas, una cama de dos plazas, un tocador y un armario. Ella se dejó caer en la cama habiendo dejado la puerta abierta, detrás de cual Ian permanecía inmóvil sin saber qué hacer.

—Sé que estas ahí—dijo ella con la vista fija en el techo—. No necesito que contestes —lan contuvo el aliento pero permaneció en su lugar—. ¿Sabes? Voy a traicionarte, mi deber es más importante que lo que pueda llegar a sentir por ti. Mi pueblo necesita ver esperanza y unión en sus líderes, por eso me casaré con Salo, al amanecer. He descubierto que mi deber sobrepasa mi amor, mi unión con Salo beneficiará a mi pueblo, probablemente en unos años estaremos de pie nuevamente y las Tres razas, o por lo menos los Atlantes pagarán como nunca lo que nos hicieron.

Ian no podía dar crédito a sus oídos, Keyla se había convertido en una lunática, obsesionada con el dominio de su raza sobre Lang. No la reconocía, aquella era tan sólo una extraña para él, alguien que había salido de su vida, y que ya nunca volvería a entrar. Sentía que el aire le faltaba y que algo muy pesado empezaba a instalarse en sus hombros.

—No te preocupes por tus bestias, ya nadie tendrá que preocuparse por ellos. Mañana durante la boda se hará el último sacrificio, la última barrida de basura. Quedaban unos pocos y ya los llevaron al Cementerio de los Dragones, no sé, a mí no me interesa. Pero mañana por la mañana los colgarán. Y luego los depositarán en el Cementerio al igual que los otros. Lo cual me alegra; a decir verdad es un tanto refrescante que las catacumbas estén vacías.

—¿Por qué me dices todo esto...?—dijo Ian finalmente sintiendo que el alma se le caía a los pies—. ¿Por qué me haces esto?

—Porque quiero.

Un odio increíble recorrió todo el cuerpo de Ian, tenía deseos de estrangular a aquella traidora que en definitiva no merecía vivir, no merecía toda la preocupación y tristeza que había sentido por ella, no merecía nada. Ni siquiera pensó en que ella en realidad jamás le había importado la gente de su raza, ni siquiera pensó en que podrían estar obligándola a actuar de esa forma... Ian no pensó, echó a correr sin importarle nada.

Y ella en su cuarto se dio el lujo de llorar en silencio por él.

Corrió lo más rápido que pudo por el pasillo, logró salir del castillo, pero aún no quería irse. “El Cementerio de los Dragones”, sonaba como algo bastante reciente, tenía que serlo. Por más que sólo fueran lápidas sin nombre, tenía que ver las tumbas para convencerse de todo aquello.

Le quedaba poco tiempo antes del amanecer, escudriñó a su alrededor tratando de encontrar alguna pista que lo guiara a su destino. Con la altura que tenía y desde donde se encontraba no podía ver absolutamente nada. Sacó sus alas ya que con esa oscuridad nadie lo vería. Se elevó bastante del suelo y con sus penetrantes ojos se dedicó a buscar con el corazón a punto de estallar. Giró sobre sí mismo, mirando con cuidado cada rincón de la ciudad, le sorprendió que sus soldados no hubieran detectado el cementerio en el reporte inicial, aunque de pronto notó algo extraño: un espacio totalmente negro, muy apartado de la ciudad.

Al llegar a aquel pedazo de tierra desnuda y oscura guardó las alas. Pasaron varios minutos hasta que Ian descubrió que estaba a sólo un paso de un enorme y extenso pozo; levantó a

Nógard y esta pareció encenderse como una antorcha, su luz iluminó todo aquel espacio, pero aún así no se distinguía muy bien lo que había, formas raras, negras y confusas, ¿qué otra quedaba?, más que bajar a investigar.

Saltó y aterrizó en algo crujiente, al iluminar un poco más deseó haber estado ciego o no haber tenido ojos en aquel espantoso momento, el pozo en sí... era el Cementerio.

Todos los cuerpos y esqueletos estaban allí. Al aire libre, pudriéndose, desapareciendo, convirtiéndose en polvo. Ian no podía creer lo que estaba viendo, todo su pueblo allí tirado, algunos decapitados, otros descuartizados, degollados, ahorcados, incinerados... eran de todas las formas y edades, algunos estaban en su forma de bestia y otros no... No importaba la forma, Ian sólo podía ver los ojos de todos y cada uno de ellos, llenos de sangre, lágrimas, animalejos e insectos repugnantes que terminaban el trabajo del tiempo.

—No...

Se dejó caer sobre sus rodillas sujetando su cabeza con las manos, meciéndose de un lado a otro.

De pronto lo sintió. Esa horrible sensación en el estómago, esa cosa que subía hasta atorarse en su garganta y luego no pudo evitarlo, tuvo que dejar que las lágrimas salieran. Con la mirada perdida, con la mente en blanco por completo. La misma sensación de odio y desamparo desde que pisara la isla en la que el Baara lo había dejado cuando era niño... estaba solo... completamente solo en un pozo de cadáveres. Ni siquiera con Keyla había sufrido tanto, ver semejante masacre lo destruía.

—Al final— suspiró secándose las lágrimas— no cambié las cosas... Fui un idiota. No tendría que haber esperado tanto para venir. Es mi maldita culpa. Si hubiera llegado antes... aún solo —empezó a golpear el piso con los puños, cada vez más rápido y cada vez más fuerte, hasta que se despellejó los nudillos—. Soy un estúpido. Eso es lo que soy. Es mi culpa...

Odiaba estar así, débil, impotente, incapaz de cambiar las cosas. Allí acurrucado con las manos en la cabeza meciéndose como un autista... como el esquizofrénico que sus padres adoptivos alguna vez creyeron que era... como un niño débil que no puede defenderse ni proteger a los demás...

—Basta... no... no... no tengo miedo... no tengo miedo...

Las lágrimas se mezclaron con la sangre y escuchó cómo su llanto se volvía un eco... no, no era un eco... era alguien llorando a la par...

¿El llanto de un niño? se secó las lágrimas con furia y se obligó a moverse de allí. Caminó por sobre los restos de muertos y encontró lo menos pensado... un niño... con heridas en todo el cuerpo y la ropa hecha andrajos. Estaba abrazando el cadáver de un Dragón que había sido ahorcado, lloraba y lo abrazaba con fuerza. Ian se sentó a su lado sin decir nada, hasta que el pequeño se dio cuenta de su presencia, lo miró con curiosidad y luego, secándose las lágrimas rompió el silencio.

—Hola —suspiró—. ¿También buscas a tu mamá? Esta es mi mami, murió hace dos días...

—Lo lamento mucho —dijo Ian—. ¿Y a ti qué te pasó?

—Me torturaron y luego me tiraron aquí, me duele mucho...

El pequeño se desvaneció en los brazos de Ian. Tendría unos siete años, tan pequeño e inocente. ¿Cómo podía alguien con sangre en las venas ser capaz de torturar a una criatura tan joven? Ian lo abrazó con fuerza y luego lo miró a los ojos, llenos de lágrimas, tristes no sólo por la muerte de su madre y por las horribles torturas, sino por tanta duda y tanta indignación. ¿Quiénes eran esos extraños? ¿Qué derecho tenían de lastimar y matar a todos? En los ojos de un niño se encuentran todas las respuestas, suele decirse.

Ian ya tenía los nudillos sanos, las heridas parecían cerrársele involuntariamente por lo que tomó a Nógard y se hizo un corte en la muñeca izquierda, dejó caer la sangre sobre las heridas del pequeño que comenzaron a sanar.

—No eres de mi especie ¿verdad? —preguntó el pequeño al abrir los ojos cansados.

—En parte —rió Ian.

—Tienes los ojos de uno, pero tu cabello y algo de tu rostro es raro —le acarició la mejilla con la pequeña mano—. Parece que brillaras, ¿no? Me recuerdas a las personas lindas que están talladas en el gran árbol. Nosotros no somos horribles, pero tampoco tenemos ese brillo y esas caras bonitas. Eres raro.

—No es la primera vez que me lo dicen.

El niño escudriñó el rostro de Ian y sonrió.

—Yo sabía que eras real. Sabía que vendrías, sabía que vendrías a salvarnos. Todos te han estado esperando.

Ian le dedicó una sonrisa un tanto esperanzada, miró hacia arriba y notó que faltaba poco para el amanecer, era momento de regresar. Tomó al niño entre sus brazos, sacó sus alas y

rápidamente se elevó bien alto, su velocidad (ahora más que nunca) era increíble y en unos minutos estuvo de regreso en la montaña.

~oOo~

Los primeros rayos del sol comenzaron a asomarse. Una mañana siniestra abría el cielo, incluso el mundo de la naturaleza sabía de la masacre que estaba a punto de librarse. Todos los Dragones estaban flotando en el aire, con la mirada fija en la ciudad.

—*Wei dey matakū mercis* —dijo Ian a todos—. *Na nes faier*. Existe un cementerio con los cuerpos de los dragones de Nógard, exterminados sin piedad por estos invasores asesinos, y arrojados sin compasión en un pozo mugroso... ¡Mátenlos a todos! ¿Tenemos fama de asesinos de sangre fría? Bueno, ¿por qué arruinar lo que ya fue cosechado? ¡MÁTENLOS A TODOS! —repitió Ian enceguecido de ira.

Los cuerpos de todos brillaron con la luz de la transformación, hasta quedar convertidos en las bestias aladas que levantaron vuelo en dirección a Nógard.

En la ciudad, los zachas quedaron paralizados al escuchar el intimidante clamor que venía de lo lejos. Un rugido aterrador de mil bestias bramando al unísono.

Los vigías hicieron sonar los cuernos, los habitantes de la ciudad miraron hacia el cielo y ante la enorme y amenazante nube azul que se avecindaba se armaron rápidamente, pero de nada sirvió. El Dragón que la conducía comenzó a lanzar llamaradas de fuego celeste hacia ellos, y los que lo seguían se

dividieron sobrevolando toda la ciudad, calcinando con enormes y ardientes bocanadas de fuego cada rincón.

Los habitantes de Nógard eran soldados, pero aun así no pudieron hacer nada para controlar el aterrador fuego. Esa había sido la orden de Ian: “Báñenlos con fuego”. Pronto la cantidad de soldados se vio reducida a menos de la mitad, los que quedaban vivos estaban paralizados de miedo y fue peor cuando los Dragones descendieron a las calles. Allí continuó la matanza pues se convirtieron en feroces cazadores, arrojándose encima de sus presas y despedazándolas con las enormes garras y colmillos.

Fue un despliegue de violencia indescriptible, una cacería desigual en la que las presas no tenían oportunidad de defenderse.

Cuando la situación estuvo controlada y sólo quedaban unos pocos sobrevivientes mal heridos, Ian y sus dragones volvieron a sus formas normales.

—¡¡Registren las casas!! Sáquenlos atados y conténganlos —ordenó limpiándose la sangre de la boca—. Yo iré al castillo.

Dicho esto, los Dragones comenzaron a revisar cada recodo de la ciudad. Se metieron en las casas como siniestros asesinos y sacaron con crueldad a todo zacha que se encontraba allí.

Ian corrió hacia el castillo y allí se guió gracias a su olfato. Había por lo menos veinte zachas distribuidos por todas las habitaciones, pero esto no evitaría nada. Velozmente sacó a todos a las calles y entre estos se encontraban el rey Sofle, su ya conocido hijo Salo y Keyla...

Salo terminó por desmayarse, y como era de esperarse, su padre corrió en su auxilio, pero este fue atrapado por su

enemigo por el cuello. La filosa espada del Dragón le enfriaba la trémula piel y sólo pudo obedecer lo que se le susurraba al oído, tiró su espada y se quedó quieto. Keyla hizo lo mismo.

—No sé si tu nuera ya te lo contó —dijo Ian—. Pero ustedes son los últimos... Ógirdor está muerto, no me preguntes dónde esta la cabeza, yo sólo me ocupé de cortarla... ¡Ah! Keyla. ¿Lo que quedó de tu pueblo cerca de los territorios de Etnalta? Pronto ya no existirán. Y se me olvidaba decirte: felicidades por tu boda, no te preocupes, aún así te doy mi bendición. ¿No es un poco vergonzoso que tu esposo se desmaye cuando estás en peligro?

—No pretendo más que no se desmaye en la cama— contestó sin dar el brazo a torcer— ¿Por qué no me matas de una vez?

—No aquí —contestó Ian empujando al rey—. Tampoco a esos dos, ya permití que bastante porquería profanara estas calles.

De pronto, Ástrid se acercó al jóven, permaneciendo junto a Ian mirando y con deseo de sangre a los tres prisioneros. Keyla supo en ese momento que había una extraña conexión entre ambos. Ella parecía pertenecerle no sólo por voluntad propia y de alguna manera él estaba ligado a ella. Fue curioso en verdad, que en ese momento en que todo empezaba a caer como un castillo de cartas y en que su vida corría un gran peligro, Keyla sintió unos celos muy fuertes; no importaba que toda relación entre ellos estuviera rota, ella sabía muy bien que Ian le pertenecía, era suyo por derecho y por decisión de él. No podía soportar la idea de una usurpadora.

En un instante el cielo se oscureció con nubes negras; el día había estado muy claro, sin ninguna posibilidad de lluvias, y ahora, misteriosa e inesperadamente caía una fuerte tormenta. Los Dragones lo entendieron como una señal, el planeta mismo se estaba encargado de limpiar las impurezas de Nógard.

Cuando la lluvia pasó, el Príncipe Árekel se paró frente a los sobrevivientes hechos prisioneros.

—Créanme que los voy a matar —anunció—. Pero antes...—
—dirigió su vista a Keyla—. Sé que puedes hacerlo mejor.

—¿Tienes ganas de jugar? —sonrió ella separándose de las filas de su raza para tomar una espada—. Bien, retomemos las clases como antes. Voy a enseñarte nuevos trucos.

Molesto por la actitud altanera que ella seguía manteniendo, se lanzó al ataque. Keyla era como él, nunca en la vida había peleado, pero ante su primera batalla aprendía rápidamente de los errores y aciertos del propio Ian. Keyla era mejor que él, ¿para qué negarlo? No se dejaba llevar por lo que sentía en el momento, fría como un témpano mantenía las emociones a raya y como siempre... le demostraba que era más fuerte, más rápida y más ágil.

Tras un fuerte codazo en la nariz Ian cayó de espaldas al piso. Tosió un poco por la pérdida de aire, se limpió la sangre y miró a su oponente.

—¿Es lo mejor que tienes, corazón?—sonrió Keyla paseándose a su alrededor—. Nunca has podido ganarme, chiquito.

—¡¡Cállate!!

Histérico, se levantó para seguir con el enfrentamiento de espadas que claramente podría perder en cualquier momento,

en realidad... hacía bastante que podría haber perdido pero Keyla parecía simplemente obviar esos momentos en que podía dar la estocada final.

—¡¡Te odio!! ¡¡Me traicionaste!!

—Lo sé...

Un corte rápido y un profundo tajo se abrió en el costado de Ian que a pesar de la dolorosa sensación del acero rasgándole la piel no se detuvo... simplemente ya no pensaba, sólo quería descargarse, reclamarle todo... exigirle, por más tonto y ridículo que sonara un arrepentimiento, una súplica, una razón...

—¡¡Te odio!! ¡¡Te odio!! ¡¡No tenías derecho!!

—Lo sé...

Otro corte, prácticamente todo su brazo había sido abierto por la mitad por lo que le flaqueó la fuerza y soltó la espada. Cayó de rodillas temblando... no podía levantar la espada por más ligera que fuera. Estaba hecho un trapo de sangre que escurría furia y tristeza... no podía más.

—Xélfay... ¿no deberíamos...?—dijo Ástrid tratando de avanzar un paso.

—No... déjalos. Está jugando con él... pero dudo que lo mate.

—¡Lo está humillando!

—Está dejando que se descargue. Y lo está ayudando.

—¿Convertirlo en un jirón de carne es ayudarlo? —replicó indignada llevando una mano a su espada.

—¡No! —la detuvo con seriedad—. Ella sabe, ella puede ver al Baara... va a obligarlo a soltarse, hará que Árekel lo expulse sin darse cuenta.

—Pero... creí que Árekel ya había expulsado al Baara con el hechizo en la aldea—replicó molesta sin poder entender.

—Tampoco puedo entenderlo. Rompió nuestra maldición, pero el Baara aún lo persigue porque sabe en dónde buscarlo—le explicó sin quitar a mirada de la batalla—. Ella hará que lan lo desoriente de la misma manera en que lo encontró.

—Pero, la única forma de... ¡OH Dioses!

Keyla arrojó la espada que había estado usando, se arrodilló frente a lan y tomó a Nógard, colocó la punta debajo del mentón de él y lo levantó para ver su rostro.

—Te odio...—susurró lan.

—Lo sé... y lo siento.

—¿Crees que eso basta?

—No... pero no te preocupes, voy a acabar con tu sufrimiento y con el mío.

Se acercó hasta que sus labios se unieron, Ástrid vió horrorizada cómo Keyla levantaba la espada por detrás de la espalda de lan apuntando y descendiendo...

Quizás el tiempo se detuvo por esos dos segundos, en el momento en que la espada descendía, la carne era perforada, el hueso se quebraba, la sangre se escurría y un grito de dolor se elevaba en el aire. lan con los ojos abiertos de par en par, cargados de dolor y odio; Keyla con una sonrisa de tranquilidad...

—No tengas miedo...

Con un grito desesperado de lan los propios Dragones tuvieron que retroceder ante el aterrador tornado que se precipitó en aquella zona. Fuego que ardió con los gritos y llantos de los zachas que se consumían retorciéndose bajo las

lenguas que incineraron sin compasión. Un monstruo ardiente se elevaba llevando al cielo el olor a carne quemada, las cenizas de alaridos desesperados y el polvo de lo que alguna vez fue vida. Todo un tornado monstruoso de fuego Dragón se había formado desde Ian y se había propagado a los indefensos prisioneros.

Asombrados, los Dragones vieron a Keyla de pie en medio del caos ardiente. Aquella joven quemándose sin expresar dolor... y entonces vieron pasmados la herida profunda y sangrante en su estomago que había dejado Nógard. Fue como ver un fantasma... un fantasma convertirse en polvo humeante que bailó por milésimas de segundos en la hoguera hasta que las llamas se esfumaron con un crepitar veloz...

Los zachas habían sido eliminados... junto con Keyla... y a medida que el viento se llevaba sus cenizas, también se escuchaban los gruñidos del Baara al desprenderse de Ian.

—¡¡Árekel!!—exclamó Ástrid corriendo al que había sido el centro del incendio.

Allí Ian estaba intacto y desnudo, más allá de las heridas inflingidas por Keyla, no tenía rastros de quemazones ni mucho menos de la estocada que había visto antes de que todo ardiera.

—Árekel... ¿no... no te...?

Ian no contestó... cerró los ojos y se dejó caer en los brazos de ella.

~oOo~

Los cuerpos de los Dragones muertos fueron sacados del pozo y puestos dentro del castillo, cubiertos por sábanas blancas. La noche fue aún más triste que el día, la compañía durmió en la montaña inicial puesto que nadie podía descansar en los escombros de Nógard. Por lo menos no hasta que los muertos tuvieran su debido entierro.

Al llegar el crepúsculo con su rocío helado, la compañía regresó a la ciudad, listos para dejar a Nógard tal cual había sido en el pasado. Lo primero que hicieron fue construir un verdadero cementerio en donde el pasto estaba milagrosamente verde. Más de dos mil cuerpos fueron enterrados en féretros que todos se tomaron el trabajo de fabricar, y más de quinientas lápidas sin nombre fueron puestas.

Durante un mes y medio, Nógard estuvo en “reparación”. Afortunadamente todos sabían de todo un poco, de modo que pronto la ciudad estaba recobrando su belleza y antiguo esplendor. Y los faros volvían a encenderse durante las noches esperando que Dragones que siguieran con vida regresaran a casa.

~oOo~

¡Cierto día llegaron a la ciudad mensajeros de Licer! Ian sonrió por primera vez en mucho tiempo al verlos llegar. Ástrid salió a saludarlos, a contarles cómo había terminado su propia batalla y a recibir las noticias que les traían de Xínef.

—Xínef fue rescatada —dijo forzando una sonrisa después de mandar a los mensajeros a descansar—. Tu hermano está

bien, todos están bien en realidad. Nos esperan allá, y además... Debemos ir al funeral de Néud.

—¿Ne... Néud está muerto?

—Por una espada zacha.

Ian la abrazó y dejó que llorara en su pecho... sin embargo él no sintió nada... no había nada, ni dolor, ni tristeza... nada

—Xélfay, reúne a cuarenta Dragones que quieran venir con nosotros a Xínef, el resto se quedará en la ciudad.

Esa noche el castillo y la ciudad estaban radiantes, llenos de vida, iluminados con fuegos celestes y blancos. Y ahora una curiosa constelación comenzaba a formarse en el cielo de Nógard, no había más figuras ni luces en el cielo a excepción de ella.

Ian observaba el cielo nocturno, tenía la mano derecha vendada... pero hacía días que había dejado de dolerle y comenzaba a sanar por su cuenta después de tanto tiempo.

—Árekel —llamó Xélfay por detrás—. Tienes que dormir un poco.

—Tú sabes por qué lo hizo ¿verdad? —fue la seca respuesta—. Por qué Keyla se suicidó...

Xélfay lanzó un suspiro, caminó hasta su Príncipe y lo tomó de la muñeca derecha.

—Ella podía ver al Baara—explicó—. Habrá sido por la conexión que tenían, pero sin duda podía verlo. El castillo tiene libros y libros que hablan sobre el Baara que te perseguía, y hablan de cómo alejarlo.

—No comprendo...

—Árekel... gritar con el alma tiene dos formas: que los espíritus te escuchen y sepan de tu dolor, o que los aturdas y

perturbes tanto que no deseen saber nada de ti. El dolor que ella te provocó fue lo que te hizo gritar de esa forma... lo que te ayudó a alejar al Baara.

—Pero... yo...

Xélfay no dijo más, se limitó a abrazarlo consciente del tormento que su Príncipe atravesaba.

—¡¡KEYLA!!

Aquella noche las montañas se llenaron del triste canto de sólo un Dragón. La figura de aquel glorioso animal pudo verse en una de las torres del castillo con la luna por detrás... el clamor más desgarrador que jamás había inundado Nógard.

Capítulo 15

LASYLAR

Varias semanas habían pasado desde que los mensajeros llegaran a Nógard, y por fin una mañana una falange de cuarenta Dragones esperaba en las afueras de la ciudad con mochilas muy pesadas colgando de sus hombros. Se reunieron con ellos Ástrid, Xélfay e Ian. El resto de la comunidad de Dragones sólo podía contentarse con quedarse en casa.

Partieron inmediatamente, volando con sus formas de bestias. El viento los acompañaba con su canto, el cielo les sonreía y el sol parecía estar dispuesto a anunciar su llegada a la ciudad de los Fénix. Debajo, en medio de los pastos y árboles se veían grandes y numerosas manadas de hermosos animales que iban en la misma dirección.

Tres días después de partir a vuelo, a lo lejos pudieron ver los enormes Portones de Xínef y más adelante la esplendorosa ciudad. Ninguno de los Dragones pudo evitar lanzar clamores al cielo, anunciando su esperada llegada. Xínef pareció despertar entonces, la gente corrió hacia la entrada de la ciudad y desde ahí observaron cómo la mancha azul se disipaba convirtiéndose en una manada de Dragones que hacía años no veían.

Antes de descender se transformaron y bajaron al suelo vestidos de blanco por la magia de Ian. De la enloquecida multitud salieron Lilu y Húriko, que corrieron a recibir a Ian con gran entusiasmo y felicidad.

—Mucho tiempo desde que te dejé ir con un grupo de demonios paliduchos —dijo Licer acercándose—. Y ahora vuelves con un inmenso grupo de Dragones bien bronceados.

—También me da gusto verte, Licer —dijo Ian... y sin poder evitarlo sonrió—. ¡Compañía, saluden a Némok, Príncipe de Xínef!

La compañía de Dragones gritó con fuerza: “ELASS, NÉMOK, SALVADOR Y PRÍNCIPE DE XÍNEF”, y luego se arrodillaron en forma de reverencia.

—Sígueme —dijo Licer después de agradecer a todos su atención—. Tu familia te espera, Lilu y Húriko se encargarán de tu compañía.

Tomó a su hermano de un hombro y lo incitó a caminar a su lado. Apretó con fuerza el agarre conteniendo las ganas de abrazarlo y amasarlo igual que las gemelas, pero sabía bien que Ian rehuía ese tipo de contactos.

—¿Estás bien? —preguntó de repente notando algo muy extraño en el menor.

—Si... ¿no lo parece? —sonrió de una forma forzada.

—Para nada. Ian—detuvo el paso colocándose en frente—. No es por el Baara que derrotaste ¿verdad? Es algo peor, dime qué pasa.

—Ahora no, Licer... quiero ver a los demás. Hablaremos después.

Licer frunció el ceño sintiéndose preocupado, no obstante conocía la dinámica de aquello y si quería sacárselo por las buenas convenía no presionarlo y tomarlo con la guardia baja.

Ian siguió a Licer por la ciudad hasta entrar en el castillo. Pasaron al jardín y allí estaban, bajo la sombra de un árbol

frondoso, Idnalde y Ádemord. Ian ahogó un grito y luego caminó lentamente hacia ellos. Idnalde fue la primera en levantar la mirada, tapándose la boca por la sorpresa, corrió al encuentro de su hijo. Ian sintió que el tiempo se detenía, se detenía para que él pudierara observar con cuidado ese rostro feliz y esos ojos llenos de lágrimas corriendo directo hacia él. El tiempo regresó a la normalidad y para cuando volvió en sí, ya estaba sentado en el suelo con los brazos de Idnalde alrededor de su cuello, llorando y riendo a la vez. La abrazó con fuerza, deseando que todo aquello no fuera un sueño, deseando que el tiempo se detuviera nuevamente.

—Creímos que no volveríamos a verte —dijo Húriko tirándosele encima por detrás—. Creímos que te quedarías con los Dragones y que nunca volverías a casa.

Ian le peinó los largos y oscuros cabellos y luego le acarició el rostro, la miró con dulzura dedicándole una sonrisa fraternal. No pudo evitarlo... sonrió una vez más...

—¿Cómo iba a olvidarme de ustedes? Jamás vuelvas a pensar cosa semejante. Son demasiado molestas como para que se me olviden.

Se pusieron de pie e Idnalde volvió a abrazarlo fuertemente como si pensara que si lo soltaba se iría nuevamente de su lado. Al separarse lo miró a los ojos con una expresión con la que sólo una madre mira, esa expresión dulce, compasiva y amorosa que sólo los más afortunados tenemos la dicha de conocer.

—No volveré a irme... —le aseguró él.

El ambiente se llenó de alegría con ese reencuentro para las pequeñas y la madre que rieron abrazándolo una vez más. Y

entonces la sonrisa de Ian desapareció al ver al hombre que le sonreía detrás de su madre. Se separó lentamente de ella y lo miró a los ojos.

—No te imaginas lo feliz que estoy de verte sano y salvo —dijo Ádemord.

Ian estaba paralizado, el corazón le latía a mil por hora, no sabía bien lo que experimentaba en ese momento... no sabía qué era... quizás el hecho de que en verdad sentía algo en ese momento era lo que lo aturdí tanto. Desde la muerte de Keyla pensaba que había perdido su refugio... y ahora teniendo a ese hombre en frente parecía que el mundo volvía a tener sentido y que las emociones se volcaban sobre él con demasiada brusquedad.

Ádemord sonrió de una manera que expresaba satisfacción, notaba lo confundido que estaba su hijo. Se acercó a él y tomándolo con gentileza por la nuca lo estrechó contra su pecho, abrazándolo con emoción y cariño. Muchas veces pensamos y sólo decimos que las madres son las que sienten más amor por los hijos, pero los padres no se quedan atrás en estas cuestiones.

Quizás Ian sentía deseos de llorar en esos momentos, el escuchar el corazón acelerado de su padre a través de su pecho, le transfería su emoción y ternura. No sabía qué hacer, quería abrazarlo pero de alguna manera no se atrevía a hacerlo; ya fuera por miedo, vergüenza o lo que fuere no pudo hacerlo en ese momento. Vendrían otros, sí claro, pero nunca como ese.

Regresaron con su familia y allí se sentaron bajo la sombra de aquel enorme árbol. Ian se vió acechado con preguntas

durante un largo rato. Las más curiosas eran lógicamente Lilu y Húriko, pero preguntaron más por los Golems que por cualquier otra parte del viaje, por supuesto que Ian jamás le mencionó la matanza que hubo entre Dragones y Golems. Idnalde y Ádemord escucharon con atención la historia de los hechiceros y de los encuentros con Galandra, no se vieron muy sorprendidos al confirmar su muerte.

—Sospechábamos de su reciente final —dijo Idnalde—. El aire es más liviano y el ambiente perdió toda la hostilidad que le quedaba.

—Ednoc siempre nos decía que tarde o temprano sería muy útil lo que su padre le había enseñado— sonreía Ádemord—. Parece que le debo unas cuantas monedas.

Ian les habló de su liberación y de la de sus amigos, se desprendió la camisa y les mostró el pecho: ya no había marca Baara, tan sólo el prolijo y único dibujo.

—Has recibido la bendición de los Dioses, hijo —exclamó Ádemord muy emocionado—. En todos los miles de años que llevamos los Dragones en Lang se ha hablado mucho de esa marca, pero nadie la había recibido.

—Significa que es algo bueno, así que ya relájate— sonrió Lilu

—Si nadie la había recibido, ¿cómo es que todo el mundo hablaba de ella? —preguntó confundido.

—Nadie ha visto la Profecía de Lasylar, pero todo el mundo habla de ella.

Ian no contestó, aún no asimilaba muy bien lo que había pasado el día que Galandra murió, había escuchado tantas cosas y aún no las entendía del todo.

—Oye, piojo —dijo Licer poniéndose de pie—. Ven, quiero mostrarte algo, tienes buen ojo después de todo.

Ian se puso de pie y sin despedirse de su familia (ya que no era necesario, pronto los volvería a ver) siguió a Licer fuera del castillo hasta el Templo. Al ver flotando a Aika sintió algo muy extraño, un escalofrío le recorrió el cuerpo, fue como si ya hubiera estado allí antes, imágenes sin sentido le venían a la mente como un relámpago de recuerdos. Desvarió unos instantes y antes de desvanecerse Licer lo tomó por detrás y le evitó una dolorosa caída. Se sentía mareado y confundido, de pronto el Templo parecía un lugar conocido pero lejano.

—Oye, oye, no te traje para desmayarte. Era sólo para que vieras que tu dibujo no estaba lejos, la hiciste idéntica.

—¿Qué hace ahí? ¿Por qué no la bajas?

—Tenemos que esperar a que llegue Lasylar, él es el único que puede bajarla.

Ya estás aquí...

La voz resonó nuevamente en el Templo, después de tantos días. Ósagep salió por detrás de una de las columnas y miró a Ian con una cierta expresión de alivio, caminó hacia él y le palmeó el hombro para luego quedar de pie junto a Licer.

Ha llegado de dar muerte, de dar muerte al ser amado.

La voz resonaba cada vez más fuerte contra las paredes. Licer frunció el ceño confundido, ayudó a Ian a ponerse de pie y se colocó frente a él. Muchas veces su madre parecía estar

demasiado controlada por aquellas energías, a veces hasta había llegado a lastimarlo e incluso a su padre.

¿Conocerá el dolor?

En ese momento, una fuerza misteriosa elevó el cuerpo de Ian golpeándolo bruscamente contra el techo, con el golpe lanzó un fuerte grito de dolor mientras un poco de sangre brotaba de su cabeza.

Sí, conoce el dolor.

Lo que lo mantenía pegado al techo desapareció dejándolo caer al piso, afortunadamente Licer llegó a atraparlo.

—¡¿Qué demonios está pasando?! ¡Madre, detente!

¿Conoce la angustia?

Ian sintió que alguien le comprimía los ojos, de repente todo a su mirar se oscureció, todo era negro, todo era oscuridad y en medio de todo esto una figura brillante emergió, era Keyla.

—Hubiéramos sido muy felices los tres —dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Los tres? —exclamó Ian, consternado.

—Los tres. Tú, yo y el bebé, nuestro bebé —y diciendo esto, un pequeño bebé apareció en sus brazos—. Si no hubiéramos ardido, hubiéramos sido tan felices, tú, yo y tu hijo.

Ian no supo qué contestar, antes de que pudiera hacer algo, Keyla y el bebé se vieron envueltos en una enorme hoguera de fuego celeste. Ella permanecía inmóvil, mientras que el bebé gritaba y lloraba, mientras ambos desaparecían consumidos por las llamas.

—¡¡No, basta!! ¡¡No, por favor!! —gritó Ian agarrándose la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

Licer y Ósagep lo vieron de rodillas al suelo, con las manos apretadas en la cabeza y lágrimas que se deslizaban por sus mejillas mientras gritaba desesperado.

Sí, conoce la angustia.

Dijo la voz sin ninguna compasión. Ian no pudo levantarse de inmediato, la última imagen lo había destruido por completo; sentía el alma desgarrada, el corazón a punto de detenerse, ese dolor y esa duda lo habían acosado cada segundo desde la ejecución de Keyla. Y ahora volvía a vivirlo pero de una forma mucho más dolorosa.

Después de unos minutos logró volver a pararse con ayuda de su hermano, Licer no entendía qué caso tenía torturarlo de esa manera.

—¡Padre, hay que detenerla! ¡Haz algo!

—No hay nada que podamos hacer. Ella sabe que él puede bajarla—replicó Ósagep.

—Pero... ¿qué hay de Lasylar?

—Árekel puede bajarla, ella lo sabe, por ello lo está probando.

Ian se puso de pie con mucho trabajo, Ósagep tomó a su hijo del brazo alejándolo un poco del chico. El Dragón miró a la columna de la derecha con cansancio, entonces experimentó aquella horrible sensación... se volvió como un animal acorralado por las claras energías amenazantes que emanaban de esa columna.

Lo que ocurrió entonces, para Licer fue como entrar en la pesadilla de una mente enferma. Ver cómo la columna brillaba de blanco y cómo delgadas líneas brillantes se deslizaban como agua por el piso hasta formar un círculo alrededor de su hermano. Sus ojos cambiaron drásticamente, se estiraron, la pupila fue sólo una pequeña línea y sus alas se desplegaron extendiéndose en todo esplendor. No pensó en lo que estaba haciendo, simplemente no pensó pues sentía esas energías agresivas que ya lo habían agredido, y ahora su instinto le dictaba defenderse.

Licer tuvo que retroceder un poco más al ver cómo su hermano cambiaba de forma hasta quedar como aquella bestia, la cual no perdió tiempo y contrajo cuello para después al extenderlo lanzar una llamara de fuego celeste; las llamas se deslizaron hasta una de las columnas que de inmediato sufrió cientos de grietas de las cuales... brotó sangre.

Una parte del brillo que rodeaba a Aika pareció menguar mientras las paredes del templo aún vibraban por la destrucción de la primera columna. Todavía quedaba una, por lo que el animal escupió fuego sobre ella como si la vida se le fuera en hacerlo. El templo sufrió una fuerte sacudida y de repente un resplandor cegó a todos. Algo impactó contra Ian golpeándolo con tanta fuerza que lo dejó aplastado contra la

pared inconsciente y así obligándolo a cambiar de fase. La columna se llenó de grietas y de ellas brotó agua, espesa como si de lágrimas se tratara.

El brillo desapareció y Aika dejó de flotar para descender lentamente hasta los apurados brazos de Ósagep que corrieron a recibirla.

—Ha terminado la guerra —dijo ella con los ojos semiabiertos—. Ahora vendrán nuevos días... el Imperio nacerá...

Licer no salía de su asombro, corrió a auxiliar a su hermano y sólo respiró tranquilo al comprobar que el muchacho estaba inconsciente.

Cluic...

Volteó el rostro sorprendido... detrás de sus padres, a un lado de la columna que había derramado lágrimas estaba aquella persona que había visto en el espejo.

—Lasylar—dijo Licer presa de la sorpresa.

El jóven sonrió, dio media vuelta y se perdió en las oscuridades del Templo.

—¡Espera!

Cluic...

~oOo~

Ian abrió los ojos y se encontró con el rostro de Licer, luego miró a sus costados y descubrió que estaba en una cama de

dos plazas dentro de una amplia habitación. Licer estaba sentado en la cama, con una expresión muy extraña que su hermano no conocía.

—Oye ganso, me estás mirando feo y no me gusta —dijo en un tono muy infantil.

—Es expresión de orgullo —rió Licer—. No tenías por qué ayudarla y la salvaste.

—¿A tu madre? ¿Lo conseguí?

—Ella está bien, cansada pero bien. Te lo agradezco mucho. Quédate quieto, te traeré algo de ropa.

Le alcanzó una camisa que le quedó algo grande y un pantalón marrón, sabiendo lo mucho que gustaba de andar descalzo no le dio ni medias ni calzado.

—Muéstrame la tumba de Néud, por favor —dijo mirando a Licer con seriedad.

—¿Puedes caminar?

—Si me ayudas.

Licer se puso de pie y salió de la habitación con su hermano a cuestas para llevarlo a la tumba de Néud. El Fénix se quedó unos metros lejos de ella, mientras que Ian se arrodillaba delante de la misma y miraba con tristeza la estatua.

—Tantas victorias y guerras tuvieron su precio —dijo acariciando la estatua—; gracias por todo.

Después de decirle unas cuantas palabras en la lengua de los Dragones, regresó junto a su hermano y así ambos se dedicaron a caminar por toda la ciudad. Ian estaba fascinado con las increíbles estructuras de Xínef, y ahora sin la magia de los hechiceros sobre los Fénix, podía verse a estos recorriendo felices su amado hogar.

—En verdad, lo siento por tu pueblo —dijo Ian—. Estoy seguro de que les hubiera encantado tenerte como rey. No me mires con ojos de carnero degollado, lo sé todo desde esa noche de lluvia. Sé que la presión de gobernar todo un reino es difícil, pero... al menos podrías quedarte.

Licer no contestó, tan sólo miraba a su alrededor y husmeaba el aire, el perfume en el aire estaba cambiando, era dulce, pero no empalagoso, fresco pero no frío. El nuevo aroma se estaba dedicando a anunciar la llegada próxima del Año Nuevo.

Mientras caminaban, llegaron hasta el obelisco, allí estaban Aika y Ósagep, quienes los recibieron con mucho entusiasmo y alegría.

—Debo agradecerte lo que hiciste por mí, Árekel —dijo sonriente la radiante reina.

—Está bien, no tiene nada que agradecer, Su Alteza —contestó Ian bajando la cabeza en señal de reverencia.

—Ahora ambos deben decidir algo que ha estado pendiente desde hace tiempo —dijo Ósagep—. Los dos tienen el mismo derecho de nacimiento. ¿Cuál de ustedes será el nuevo rey de Etnalta?

Ósagep había lanzado la pregunta más rápido que una lanza, los hermanos quedaron muy sorprendidos. Sin embargo ambos conocían la respuesta.

—Ian será quien suba al trono —dijo Licer después de una pausa.

Ósagep se sorprendió, pero Aika permaneció tranquila.

—Felicidades entonces, Árekel, serás rey de dos reinos —exclamó.

Realmente sería muy difícil describir la cara de Ian al escuchar este último comentario. ¿Cómo podría ser eso posible?, hasta donde él mismo sabía su padre continuaría siendo el gobernante de Nógard, o tal vez había cambiado de parecer mientras su hijo estaba inconsciente... además... había que pensar las cosas, no era un juego, una novela, o algo tan simple como jugar a ser el líder de un escuadrón, ¡no! estaban hablando de subirlo a un trono y colocarle una corona, gobernar de verdad, ¡no era nada pero nada simple ni chistoso! No se creía capaz, era un niño, no tenía edad ni para mandarse a sí mismo, ¿cómo iba a mandar a un país entero? Sin embargo parecía que ni a Ósagep ni a Aika preocupaban estas cosas.

~oOo~

Licer miraba las constelaciones desde su balcón, sólo faltaban cinco estrellas en cada una para que estuvieran completas. No podía creer todo lo que había vivido en los últimos meses, en tan sólo medio año había conocido, aprendido y vivido más cosas que en todos sus años de vida. Pero terminaba su viaje, no podía creerlo, simplemente no caía en que ya estaba, ya no tenía que seguir peleando, ya no tenía que sufrir, sólo tenía que disfrutar del paraíso. En verdad que Lang era un paraíso.

—Nuestro cielo es bello. ¿No crees? —Aika entró en el balcón y se colocó al lado de su hijo.

—¡Madre! —exclamó Licer sorprendido—, no te escuché llegar.

—Lamento haberte asustado —rió ella—. Falta poco, el Año Nuevo, la nueva Era, todo se acerca...

—Un nuevo rey para Nógard y Etnalta.

—Nógard ya tiene un rey.

—Pero, ayer dijiste que Ian gobernaría dos reinos.

—No le dije cuáles. Sé que no tienes la intención de ser el nuevo rey de Xínef y además, he llegado a la edad en que sólo quiero vivir sin ninguna responsabilidad más que la de cuidar a los que amo; mi tiempo ya pasó y con la llegada de una nueva Era, todo cambiará. Para bien o para mal, es momento de que Xínef tenga un nuevo soberano.

—¿Se puede algo así? Ian no tiene ni un pelo de Fénix.

—Árekel es el indicado para ello, así como tú ya decidiste tu misión... Licer, yo lo entiendo. Son dos, no uno, tú tienes un deber, Árekel tiene otro, los Dioses lo eligieron...

—No creo en Dioses. No creo en algo que no se presenta.

—Bien por ti entonces. Baja pronto, la cena estará lista en cualquier momento.

—¡Madre!—llamó antes de que ella abandonara el cuarto—. ¿Lasylar, al final era sólo una leyenda? Ian será rey de dos reinos, así no se cumple la profecía.

Ella se acercó y lo abrazó con fuerza, le acarició los cabellos y salió de la habitación sonriendo.

—Supongo que eso es un si—suspiró él.

Aunque no lo daba por seguro, el que Ian bajara a su madre de las columnas lo había confundido... pero Lasylar había estado en el Templo en aquel momento...

—Quizás en estos días aparezca.

Cerca de las diez fue la hora de cenar, así que todos se reunieron nuevamente para disfrutar de un magnífico banquete. Estaban presentes todos excepto Ian, quien recién después de una hora llegó un poco impresentable a comparación de los demás; tenía la misma camisa blanca y el mismo pantalón marrón, ahora con algo de suciedad en las rodillas por pasto y los pies también estaban un poco sucios puesto que había estado descalzo todo el día. Se disculpó por todo esto y luego se sentó al lado de su padre y frente a su hermano, todos continuaron comiendo y disfrutando de una excelente comida.

Antes y durante el postre Aika se dedicó a discutir con Idnalde y Ósagep asuntos que los demás no llegaban a escuchar. Antes de que todos se retiraran, Idnalde se puso de pie para dar un anuncio: la coronación del rey Atlante se realizaría en Xínef y así todo ciudadano que quisiera verla tendría que viajar, pero no lo harían solos ya que las Criaturas del Bosque también viajarían. Todos bajo la protección de los Dragones.

—Creemos que Xínef también tiene derecho a celebrar su victoria. Y como el Año Nuevo es más bello para festejar aquí gracias a las tres constelaciones, creo que las coronaciones serán más emotivas—explicó Idnalde.

—Némok... perdón, Licer —continuó Ósagep poniéndose de pie y mirando a Ian que no entendía absolutamente nada—. Él no será el rey de Xínef, eso ya lo sabían, pero ni yo ni Aika subiremos al trono, por tal razón insistimos en que Árekel gobierne Xínef tanto como Etnalta.

Todos quedaron petrificados, lan más que nadie. Cuando pudieron recuperar el habla no les alcanzó el tiempo a preguntar, ya que Licer procedió a explicarse.

—No quiero ningún lazo que me ate a Xínef, de mí dependerían muchos... No me quedaré en Lang después de la coronación.

¿Acaso estaba jugando? ¿Les estaba haciendo alguna broma pesada? Porque en verdad no era nada graciosa.

—No estoy bromeando, me iré. Volveré a la Tierra después de la coronación, lo he decidido hace mucho tiempo.

Nadie habló, todos permanecieron inmóviles y callados, mirando desconcertados al joven.

—Para siempre —concluyó.

—Idiota...

Se voltearon al escuchar el insulto que venía de la misma mesa, su autor había sido lan, quien se levantó bruscamente tirando la silla y luego de mirar a Licer con desprecio se marchó del comedor y del castillo.

Esa misma noche hubo una terrible tormenta que azotó la ciudad durante horas, por ello Licer salió a buscar a su hermano por todas partes. Buscó por toda la inmensa ciudad, pero ni rastro de él, por ello comenzó a desesperarse, no sabía qué hacer, no sabía qué pensar, cualquier cosa podría haberle sucedido. Toda la situación le trajo recuerdos inesperados, aquella mañana de su cumpleaños en que lan había desaparecido... sacó sus alas y voló hasta las alturas del castillo. Allí, en el mástil más alto con gran equilibrio se encontró con su pequeño hermano en cuclillas. Sintió terror al ver la oscura figura oscilando entre la noche, la lluvia y los relámpagos. Las

alas empapadas a los lados del cuerpo y el cabello sobre el rostro lo hacían parecer como un autentico demonio.

—¿Ilan? —dijo acercándose confundido.

Ninguna respuesta regresó, aún así, Licer continuó acercándose.

—Tenemos que hablar —continuó—. Sabes bien que debemos hablar. ¿Por qué no vamos adentro donde está todo seco y cálido?

—¿No te gusta la lluvia? —dijo Ilan con una voz muy calmada.

—Sí, pero...

—¿Pero qué? ¿Te gusta o prefieres estar adentro? Amas el paraíso pero prefieres volver al infierno. No te entiendo. Me rompí el cerebro pensando por qué habías decidido algo así, pero no, no encontré la respuesta. Yo acepto lo que soy, Licer, estoy orgulloso de mi raza. Tal vez por eso también te vas. ¿No? Estás demasiado apegado a los humanos, a la raza de los hombres. Dime algo con sentido, Licer.

—Aquí hasta los truenos y los relámpagos son hermosos— dijo entonces poniendo los pies sobre la atalaya, mirando a Ilan desde abajo—, la lluvia parece mágica. ¿Sientes el olor a tierra mojada? Es exquisito. El aire es puro, no hay un sólo parásito en él. Aquí no hay crímenes, las personas aman el suelo en el que viven y lo respetan, viven para los demás no sólo para ellos mismos. Esto es el paraíso, no hay duda.

—Dime algo que no sepa, Sherlock.

—Quiero todo esto en la Tierra, quiero que sea igual a Lang, quiero y voy a cambiar al mundo. No habrá más guerras, no habrá egoísmo.

—¿Quieres salvarlos?—rió de forma cínica dando un salto y quedando frente a su hermano—. Te diré algo: el mundo de los humanos no fue hecho para compartirlo con los de su propia especie. Ni con ninguna otra. ¿Quién te crees? ¿Cristo? ¿Quieres observar y disolver todos los pecados? Te diré que al idiota no le fue muy bien si en verdad existió, se murió en una cruz y hasta ahora no veo que la raza humana haya cambiado, siquiera mejorado desde entonces. Eres un ingenuo, Licer. ¿Crees que podrás cambiarlos? ¿Crees que podrás detener que el planeta algún día explote? Si es que no lo hacen ellos primero. ¿Sueñas? No, no sueñas, deliras, fantaseas, estás loco, es la única explicación lógica para lo que vas a hacer.

—Tal vez lo esté —dijo Licer sonriendo—. Pero esa es mi misión. La tuya está aquí, debes guiarlos, y yo debo ayudar a la Tierra. Entiende lo que quiero hacer, no soportaría que nos separáramos en malos términos, hemos vivido muchas cosas juntos como para que nuestra amistad termine así.

—¡¡Estás loco!! ¿Oyes lo que dices? ¿Quién te crees? ¡No eres ni súperman ni ningún estúpido superhéroe!

—¡¿Por qué te molesta tanto?!—explotó finalmente—. ¿No me querías lejos? Me tendrás a una galaxia de distancia, ¡¿qué mejor que eso?! Tal vez a ti no te importe, ¡pero a mi sí! Fue nuestro hogar por poco tiempo, pero lo fue y eso es lo que importa.

Ian lo miraba paralizado, Licer notó cómo el chico apretaba los puños y estos le temblaban. Ian descendió de la torre y salió corriendo.

—¡¡Esto no termina aquí!! ¡¡Ian, vuelve!!

Corrió detrás de él, hasta que finalmente logró atraparlo de un brazo, tiró con fuerza y lo estampó contra una pared. Los dos permanecieron frente a frente, jadeando y mirándose fijamente.

—¿Por qué no lo dices de una vez?—replicó Licer conteniéndose para no golpearlo—. ¿Te vas a quedar callado? Sé que pasó el tiempo, sé que nos separamos, sé que no eres el mismo por todo lo que te pasó o casi te pasa... pero no pudiste cambiar tanto. Sigues siendo el mismo piojo molesto, mi carga de toda la vida... el mismo piojo que tengo que cuidar por obligación.

Ian bajó la cabeza enfocando la mirada en los charcos de agua que se alimentaban con la lluvia. Se mordió el labio inferior y apretó una vez más los puños.

—Perdóname...—dijo al fin sorprendiendo a su hermano—. No entiendo por qué quieres hacer esa estupidez, porque me sigue pareciendo la cosa más ridícula del mundo... pero trataré de respetarlo...

—Ian... oye, tranquilo, ya te dije, no quiero que nos separemos en malos términos. El que yo no esté no significa que vayas a quedarte solo. No tienes que temer...

—¡¡No tengo miedo!! Es decir... yo estoy bien, estuve diez años sin ti ¿sabes? Estaré perfectamente bien sin ti otra vez.

—Ian...

~oOo~

Sólo quedaban cuatro días antes del Año Nuevo y por esto cada una de las calles era adornada. Frente al castillo se estaba

construyendo un gran escenario de madera, el telón rojo de terciopelo estaba siendo tejido por un grupo de Fénix que se habían instalado en la plaza; los cinco pilares estaban siendo limpiados y lustrados con mucha energía; la comida desde ya se estaba preparando y almacenando; mientras Aika y Ósagep preparaban con cuidado el proceso de la ceremonia de coronación.

Xínef no era la única ciudad donde había agitación. En Etnalta más de la mitad de los habitantes ya estaban saliendo. El Bosque también se estaba vaciando y casi todas las Criaturas se estaban poniendo en camino.

El sol brillaba a través de las hojas de los árboles. Ian apoyado contra un árbol parecía estar durmiendo, en su falda tenía aquel cuaderno de hojas de dibujo en las que siempre escribía y dibujaba, en la mano derecha tenía un lápiz y los dedos estaban manchados por la mina de color gris. Estaba en un momento de completa relajación; recordaba cada suceso del viaje e imaginaba cómo estaría cada una de las tribus que había atravesado, cuando de repente sus pensamientos se vieron interrumpidos, abrió los ojos y atrapó una piedra que de no haberla detenido le habría golpeado muy fuerte la cabeza.

—Es bueno saber que mis enseñanzas aún están contigo.

Ednoc. Allí estaba con su larga capa y con esa cara de creerse el sabio, se sentó frente a Ian con una sonrisa pícaro de maestro orgulloso.

—¿Y qué tal si tus enseñanzas no hubieran estado? —replicó Ian—. Estaría ahora con una migraña mortal.

—¡No has cambiado nada! —rió el hombre tomándolo de la nuca entre su brazo derecho y rascándole la cabeza rápidamente con la izquierda.

Había venido desde la selva con algunas escoltas para ver la coronación, al igual que muchas personas más.

—¿Por qué tan meditabundo? —le preguntó sin perder la sonrisa.

—Tengo que ir a cumplir una deuda pendiente, me estaba mentalizando.

—¿Una deuda?

—Con el asesino de Néud.

Se había enterado por uno de los guardias que los zachas y el asesino del duende estaban bajo el castillo, evidentemente a Licer se le había “olvidado” mencionar algo tan importante.

Ednoc quiso acompañarlo, pero ni bien Ian puso un pie en las escaleras que descendían a las catacumbas le pidió que esperara fuera del castillo. Sus pasos resonaron en la inmensidad ahuecada de las catacumbas, pasos lentos y cansados que finalmente lo dejaron frente a los últimos zachas... frente a su último pecado.

La puerta se cerró rechinando, llorando ante lo que pronto sucedería. Para quienes pasaran por delante de esa puerta sólo se escucharon gritos, llantos y el rugido de un dragón embravecido. Cuando la puerta volvió a abrirse, Ian salió despacio dejando las catacumbas sumidas en un incendio que lentamente se convirtió en cenizas y polvo... y ningún zacha quedó vivo.

Al salir del castillo, el joven se encontró con Licer, mientras que apartados a un costado lo esperaban Ednoc y Xélfay.

—Ilan, ¿qué hiciste? —preguntó el Fénix.

—Lo que tenía que hacer—contestó sin darle mucha importancia—. Los asesiné. Aunque si estamos hablando de los zachas creo que el término “asesinar” es muy fuerte, podríamos decir que simplemente limpié las catacumbas.

—¡Eres un morbosos! ¿Cómo pudiste?

—Lanzando fuego y mordiendo fuerte, así pude. Si no te gusta lo que hice... te jodes—le espetó deseando dar por terminada la conversación

—¿Así pretenden mis padres que seas Rey? ¿Qué clase de Rey hace algo así? —demandó sujetándolo del brazo.

—¡Gobierna tú en mi lugar si te parece que haré tan pésimo trabajo!

—No tengo ganas de discutir ¿sabes? Haz lo que quieras, sólo te digo que el creerte Jack el Destripador no te va a durar mucho y no va a terminar bien.

—Gracias por el consejo, Freud.

Se separaron allí, mascullando insultos el uno hacia el otro. No era necesario conocerlos a fondo para detectar el por qué del mal humor o nerviosismo en ambos. El separarse no le hacía bien a ninguno, aunque Ilan no lo reconociera y Licer lo negara.

Por la noche, Licer pasó a la habitación de su hermano encontrándolo sentado en la cama cambiándose el vendaje de la mano derecha. Ilan levantó la mirada al escucharlo entrar, pero de inmediato volvió su atención a la tarea que lo ocupaba.

—¿Te ayudo? —preguntó Licer sentándose a su lado.

—Puedo solo, gracias—contestó con sequedad terminando el nudo en su muñeca—. ¿Qué quieres?

—Si vas a estar con ese humor ¡nada!

—¡Mejor!

Ian se levantó y se encerró en el baño. A los segundos Licer escuchó el sonido de la ducha.

—¿Qué estoy haciendo?

Él era el hermano mayor, él debía poner un poco de orden entre ambos y tratar de que las cosas no quedaran así, tan mal. Se levantó de la cama y fue directo al baño, allí en el piso estaban las ropas de su hermano con algunas manchas de sangre, y en la bañera con la ducha lavando su cuerpo estaba Ian, abrazando sus rodillas y el rostro entre estas. Licer creyó que el alma se le caía a los pies... era la misma imagen de casi once años atrás...

—Ian ¿qué haces? —sonrió sentándose en el borde de la bañera—. Tú no te bañas solo.

—Lo hago hace años—contestó con voz temblorosa sin levantar el rostro—. Nuestros padres dejaron de existir para mí... y tú me dejaste solo.

—Hey...—se metió en la bañera sin importar estar vestido y abrazó a su hermano—. Lo siento, de verdad lo siento... Ian, perdóname.

—No... me abandonaste aún cuando prometiste jamás hacerlo... y ahora te irás una vez más...

Licer jadeó con pesar, tenía un nudo en la garganta, un nudo que nunca había experimentado. Se sentía un completo egoísta... un pésimo hermano, no había cumplido nada de lo que había prometido... nada...

—Perdóname...

—Es... ¿es esa presencia lo que te lleva a volver? —preguntó Ian de repente.

—El sonido de la gota de agua—sonrió al ver que el menor recordaba—. En parte, lo es.

Ian se separó del abrazo y lo miró con tristeza, lanzó un suspiro y se quitó el agua que escurría por sus ojos... supuestamente de la ducha.

—Hay cosas que aún no entendemos, pero... esa presencia es una de ellas... y contra eso no podemos luchar—dijo finalmente. Porque Ian sabía que ese sonido no era inofensivo para Licer, muchas veces había influido en sus decisiones y en esa ocasión no era diferente.

—Lo siento...

—No importa, por esta vez te perdono.

—¡Gracias! —sonrió con verdadera euforia—. Ahora... uff, muéstrame esa mano.

—¡Ni loco! —exclamó inflando las mejillas como cuando era niño—. Duele y mucho, y tú eres un bruto.

—Ian.

Rodando los ojos, el Dragón entregó la mano derecha para que el Fénix la analizara. Licer frunció el ceño y procedió a quitar los vendajes, comenzó a hacer presión en determinados puntos de la misma forma en que Ástrid solía hacerlo... pero extrañamente no dolía, y un poco de vapor salía de los dedos que comenzaban a descontracturarse.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? —preguntó Ian sorprendido al sentir la mano como nueva.

—En donde estuve los diez años.

—Ajá...

Dónde lo había aprendido debía ser lo de menos, sino que era él quien lo hacía.

—Oh por cierto, mi madre me pidió que diera esto—dijo de pronto Licer sacando un colgante de su bolsillo—. Ten.

Le colocó alrededor del cuello un pendiente en forma de rombo azul, una hermosa piedra que parecía tener una luz dorada en el centro.

—¡Oh esto es cursi! —exclamó Ian estirándose hasta su ropa—. ¡TÚ madre! me pidió que te diera esto.

Se trataba de la misma pieza pero en color rojo.

—Licer.

—¿Qué? —preguntó sonriente observando ambos colgantes.

—Sólo espero que no te me declares o algo parecido. Osea, está todo bien si eres gay, pero el rollo incestuoso la verdad que no es lo mío.

—¡Piojo pervertido!

—¿Yo? tú te metiste estando yo desnudo, y ahora intercambiamos pendientes. ¡Cursi!

Licer estalló en carcajadas e Ian no pudo evitar acompañarlo. Licer se iría, si, eso estaba más que claro; pero Ian podía entender que Lang aún no podía ser el hogar del Fénix... aún no.

~oOo~

El cielo se estaba aclarando, la noche daba paso al día y así el sol brilló a través de los cristales de las ventanas aguijoneando los ojos de Licer para despertarlo.

Xínef era cada día más hermosa, todo era verde dentro y fuera de ella. Pájaros y otros animales llegaban de todas partes, todos bellos y magníficos hasta que cada día presentaba un desfile de vida y esplendor. Licer había querido ver Nógard, quería volver a ver Etnalta y el Bosque, ya que sabía que todos ellos estarían más bellos y magníficos. Pero si los volvía a ver jamás podría irse, jamás. Tanta belleza y dicha lo tentarían, lo seducirían a quedarse, y él con seguridad, lo haría.

Se levantó, se vistió, se lavó la cara y los dientes y bajó al jardín por el balcón. Allí encontró a muchísimos pájaros de todos colores posados en los árboles y volando por todas partes. Licer jamás había visto tan maravilloso despliegue de colores y belleza. El pavo real se quedaba corto e insignificante al lado de aquellas hermosas criaturas.

—El paso del cielo se disolvió —dijo Hao, había estado recostado debajo de un árbol—. Ellos son los que lo marcaban, jamás había ocurrido algo así. Los pájaros y otros animales hacemos cosas insólitas e incompresibles cuando algo importante va a ocurrir.

—¿La coronación? —exclamó Licer sin poder creer que una ceremonia prácticamente política influyera en el comportamiento animal.

—Todos somos animales. ¿Has notado que no terminan de llegar los espectadores? El Bosque, Etnalta, Nógard, tribus y pueblos de hombres están vacíos; si usaran la lógica sabrían que los Golems, los Leirbags y otras criaturas dañinas podrían dañar sus hogares. Aún así todos están llegando. Estamos haciendo algo insólito e incomprensible porque sabemos que algo importante va a ocurrir. No creo que tú lo sepas, pero el

que Árekel suba al trono es algo increíblemente único... es el comienzo de una nueva Era y el rumor se corre: un Dragón ocupará el trono de un Atlante y de un Fénix. No es sólo que sea un Dragón, es el hijo de Idnalde y Ádemord. ¿Sabes cuán valiosos son ellos para toda criatura de Árgen? ¡Además es tan joven! Será el rey más joven en toda la historia. Y cuando Ádemord muera tendrá otro reino bajo su responsabilidad.

—A Ádemord le quedan muchos años de vida. No envejecerá de un día para el otro.

—No importa. ¿Cuánto tiempo más crees que gobernará? Tú padre y tú madre supieron que ya era tiempo de renunciar... Ádemord debe estar pensando lo mismo.

—Ojalá que nunca... me preocupa, me voy y se le vienen todas las cargas encima... no se suponía que lan cargaría con esto.

—Lasylar estará en la coronación—sonrió el felino.

—¡Ya no creo en eso! Es un verso estúpido, una leyenda ridícula en la que todo el mundo cree porque a pasado de boca en boca, ¿pero dónde está la famosa primera profecía? ¡¿Dónde?! Lasylar no existe, y el que nosotros hayamos vuelto no significa que él aparezca.

Hao sonrió y Licer no quiso hablar más del tema.

Esa noche, lan paseaba por la ciudad encontrándose con todas las calles hermosamente iluminadas con fuegos de tres colores diferentes, resaltaban la belleza de las casas y estatuas; mientras que el agua de las fuentes era cristalina reflejando las luces de las fervientes flamas, la ciudad estaba en su máximo esplendor.

Caminó lentamente hasta llegar al pilar *Lasylar*, allí estaba Licer de pie mirando el enorme obelisco.

—Hao me dijo que... *Lasylar* estará aquí mañana —suspiró Licer—. No entiendo nada.

—¿Por qué estás tan angustiado por ese tema? —preguntó Ian apoyándose en el pilar—. Yo pienso en esa persona pero no tanto como tú.

Licer se tranquilizó un poco, trató de acomodar sus ideas, debía pensar con claridad antes de volver a abrir la boca.

—Néud me dijo que *Lasylar* siempre había estado conmigo, y que por eso yo siempre he creído en él. Además, cuando el viejo trató de matarme hace tiempo... también habló de *Lasylar*, me culpó de cosas y me dijo que *Lasylar* le pertenecía.

—¿Y...?

—Yo vi a *Lasylar*, Ian. Es esa presencia que me ha seguido toda la vida, lo vi. Todo concuerda, por eso Néud dijo lo que dijo... pero no entiendo por qué siempre ha estado en mi cabeza o de forma invisible. ¿Por qué nunca lo vi? ¿Por qué siempre detrás de mí?

—Eso es lo que te preocupa entonces. Tienes miedo de enfrentar a tu peor pesadilla como algo físico—resumió el menor mientras se acomodaba los negros cabellos detrás de las orejas. Ian podía entender el miedo de su hermano, él también había pasado por ese tipo de situación.

—Es sólo que... nunca pensé que tendría un cuerpo al cual yo podría enfrentarme. Empiezo a creer que en verdad existe, y si es así... regresa cuando yo me voy... ¿por qué?

Ian no le contestó... Licer tenía razón en todo lo que decía y una buena pregunta que resultaba bastante escalofriante. Por

el momento sólo el día de la coronación podría poner las cosas en claro.

~oOo~

La esperada noche llegó con aires tibios y las lunas en cuarto creciente de modo que su luz no llegaba a impedir la visión de las tres constelaciones a punto de completarse. Todos los habitantes habían salido a la hermosa pista de baile de madera que parecía un hermoso espejo, estaba rodeada por bellos adornos de flores hechas de porcelana y en las cuatro esquinas había mesas repletas de comidas y manjares nunca antes vistos y pocos probados, también había sillas y banquetas para quienes quisieran descansar.

Empezó a las ocho de la noche. La banda tocaba hermosas canciones y la música era de lo más variada.

Todos estaban muy elegantes, con bellos vestidos y delicados trajes. Las calles, el escenario, la pista, el castillo, las casas, los árboles, todo había sido perfectamente decorado con linternas de bellos colores.

El escenario era magnífico. Adornado con telas, moños, flores y cadenas de oro. El telón estaba cerrado y el suspenso y la curiosidad crecían cada vez más esperando ver qué había detrás de él.

La cena empezó a las nueve en punto. Las mesas se llenaron y el banquete fue servido; Licer estaba sentado en una mesa redonda con su padre, Idnalde, Ádemord, Ceros, Lilu y Húriko. Los miembros del Consejo del Bosque y Ednoc estaban en otra mesa disfrutando de la maravillosa comida.

—¿Dónde está Ian? —preguntó Licer mirando hacia todas partes.

—Es parte de la tradición —contestó su padre—. El homenajeador futuro rey no debe ser visto sino hasta poco antes de la media noche.

Licer esperó con paciencia y emoción los minutos, principalmente porque el traje rojo de bordados color oro lo asfixiaba. Pronto, la banda volvió a reunirse y sólo sonaron las trompetas. La multitud se puso de pie y dirigió la mirada al escenario. Aika, Ósagep y Ádemord subieron luciendo muy elegantes y bellos.

“¿Cuándo aparecerá Lasylar? ¿Cómo vendrá?” era lo único en lo que Licer podía pensar mientras miraba hacia los lados buscando el rostro de aquel muchacho que había visto en el espejo.

El telón se abrió mostrando tres enormes sillones, todos eran iguales pero cada uno tenía un cofre de distinto tamaño encima. En ese momento Ian subió las escaleras del escenario e hincó la rodilla derecha frente a los tres nobles. Desde ya parecía un rey, joven, pero un rey. Traía puesto un traje azul marino con bordados plateados y una capa negra, botas hasta las rodillas y un medallón de plata que le colgaba del cuello. Todos lo veían tan calmo y serio, pero Licer sabía bien que Ian estaba muy nervioso en ese momento, lo conocía lo suficiente como distinguirle apretar los puños y morderse los labios. Y había que reconocer que se veía bien, no como un niño sino como un gallardo joven enfundado en esas ropas que hacían resaltar su tonificado cuerpo.

—Hemos pasado por tiempos difíciles —dijo Ósagep al público—. Pero desde muy lejos nuestra salvación llegó. El regreso de los Príncipes fue la luz que le devolvió la vida a nuestros pueblos. Hoy estamos todos reunidos para terminar con aquella época y empezar con una nueva Era. Iremos por orden, si así puede llamarse... Primero fueron los Atlantes, salvados no sólo por mi hijo, sino también por Árekel.

Se acercó al trono de la izquierda, abrió el cofre y sacó un hermoso cetro de oro, cuya punta era la estructura de una esfera formada por elipses que en el centro tenía la figura de una persona con los brazos extendidos hacia arriba y con alas de ángel en la misma posición.

—Te nombro Rey de los Atlantes otorgándote nuestro cetro —dijo tocándole cada hombro con el cetro.

Luego sin que Ian se levantara se lo entregó en las manos y él lo presionó contra su pecho. Todos, no sólo los Atlantes estallaron en clamores de felicidad aclamando a Ian. Antes de que el festejo pudiera continuar, Aika levantó la mano pidiendo silencio.

—Un Rey no nace de la sangre, los lazos familiares o la descendencia —dijo con una sonrisa muy cálida—, sino del corazón, del fondo de su alma, del amor por la gente que considera su pueblo—caminó hasta el trono de la derecha, abrió el cofre y sacó a Xínef, la espada de Licer—. Te nombro Rey de los Fénix otorgándote nuestra espada —dijo tocándole cada hombro con la afilada y brillante hoja.

Otro festejo se alzó cuando Ian tomó la espada y la envainó en la funda que le colgaba del cinturón.

Licer pensó que todo ya había terminado, pero Ian continuaba inclinado y aún quedaba un trono. Así, Ádemord se acercó a él y sacó una corona hecha de Aivalf, de un bellissimo color dorado pero que al brillar parecía de plata y engarzadas en su contorno tenía diamantes y esmeraldas.

—Aún cuando hay un lugar donde no necesitas tener responsabilidades, estás aquí, aceptando la más grande de todas —le colocó la corona en la cabeza—. Te nombro Rey de los Dragones otorgándote nuestra corona.

Ian se puso de pie y todos estaban callados, ya no era un jovencito, era todo un poderoso y majestuoso Rey.

—¡He aquí al Rey de las Tres Razas! ¡VIVA EL REY! —gritó Hao poniéndose de pie.

La multitud se alzó enloquecía con clamores y gritos, algunos como Aika e Idnalde ya llorando mientras abrazaban y felicitaban a Ian, quien siguiendo la tradición al pie de la letra como le habían enseñado antes de la ceremonia, bajó deprisa del escenario y caminó por una senda marcada por flamas de muchos colores. La multitud lo siguió rápidamente, hasta que pronto llegaron al pilar *Lasylar*.

Ian vió las cuatro palabras y respiró más hondo todavía. Colocó la mano en la primera palabra, no sabiendo si respirar o desmayarse de los nervios que tenía. Aquella era la prueba final ya que se decía que los pilares eran los jueces de Xínef, con un extraño misterio en ellos aprobaban o desechaban al futuro gobernante.

—El pilar del Norte es Nalsa—dijo en voz alta mientras que la palabra se iluminaba, pero ninguna luz vino del Norte. Colocó la mano en la segunda palabra—. El pilar del Sur es

Neru—la palabra brilló, pero ningún rayo llegó del Sur—. El pilar del lado Este es Nelka. Y por último, del Oeste, Númina.

Todos trataron de ver algo, pero fuera de los colores de las palabras no había nada. O Ian no era el indicado o algo le faltaba. Ni siquiera Aika y Ósagep sabían qué se podía hacer, es decir, nunca un miembro de otra especie había subido al trono. En circunstancias normales se hubiera formado la carpa y los pilares hubieran estallado en luces, pero esto era diferente. Ian debía pensar en algo o anunciar simplemente que no era digno del trono de los Fénix.

Sin embargo se le ocurrió algo, no sabía explicarlo... sólo lo supo. Se concentró y su cuerpo brilló con una tenue luz dorada que para sorpresa y maravilla de todos dio paso a unas de ángel... Grandes, blancas y radiantemente hermosas pero traslúcidas como si fueran una ilusión, como si no salieran de la espalda de Ian. Quien colocó la mano en el medio de las palabras, en el espacio en blanco que había entre ellas.

—Levántate Lasylar...

El pilar se encendió de repente como nunca antes había ocurrido. Se encendió en blanco con un brillo impresionante. El viento sopló con fuerza y los pilares de los cuatro puntos cardinales se iluminaron y por sorpresa se escuchó un susurro.

*Toda unión está destinada a deshacerse, todo final tendrá
un nuevo principio, todo día tendrá su noche, toda muerte
tendrá vida...*

Desde el Norte, un rayo de luz dorada se elevó hacia el cielo y se perdió entre las nubes.

De la mano de extraños de tierras lejanas y devastadas se desatará la lucha entre los Tres Grandes, el miedo y la pena azotarán a la trinidad del poder.

Un susurro diferente, como una nueva voz había soplado entre la ciudad, se había escuchado en todas partes al igual que la anterior. Y desde el Sur se elevó un rayo plateado.

Sólo hasta el paso de cinco Lunas Negras la salvación volará a las tierras de Lang con la llegada del niño cuyo destino aquí se escribe.

Otro susurro les erizó la piel, era como si tres personas diferentes hubieran hablado por turnos. Pero ahora desde el Este un rayo rojo se disparaba hacia el cielo.

Hijo de la nobleza de los Dragones y los Atlantes, con investidura de los fieles del Bosque surcará los cielos dejando una estela de milagros y batallas. Su espada eliminará la plaga y bajo sus alas se levantarán los caídos.

Con el último susurro desde el Oeste, Númina lanzó su rayo de luz verde.

Ian retrocedió y cuatro luces aparecieron a su alrededor. Nadie entendía lo que estaba pasando, pero cada luz tenía el color de su respectivo pilar. La luz del Norte tomó la forma de un hermoso joven de cabellos negros y ojos dorados, vestido de blanco con sus hermosas alas de Atlante en la espalda:

Nalsa, el primer líder y Rey de Etnalta. La luz del Sur tomó la forma de un joven de cabellos rubios, ojos celestes, piel trigueña y vestido de plata y principalmente con sus alas de Dragón en la espalda: Neru, el primer Rey de Nógard. La luz del Este tomó la forma de una joven de cabellos castaños, ojos verdes y vestida de ropajes celestes, con esas características alas de fuego: Nelka, primera Reina de Xínef. Y por último, la luz del Oeste tomó la forma de una mujer de cabellos rubios muy claros, ojos grises, ropajes verdes como joyas de esmeralda, orejas puntiagudas y un rostro muy fino: Númina, la primera líder y Reina del antiguo y ahora perdido Reino de los elfos.

Los cuatro gobernantes del pasado, la piedra angular de cada civilización estaba allí.

—Aquí viene, Licer—susurró Hao al chico—. Hace falta uno más para conceder el trono a Árekel, ¿adivina quién?

—“Con su nombre: Lasylar... se levantará el Imperio”—sonrió Licer mirando el pilar blanco esperando que surgiera la imagen que conocía. Solo faltaba él para dar la bendición a Ian.

El silencio reinaba en presencia de los misteriosos pero imponentes fantasmas que no permanecieron mucho tiempo callados.

—*Rey de los Atlantes con la gracia de la luz* —dijo Nalsa extendiendo la mano derecha hacia Ian.

—*Rey de los Dragones con el valor del Fuego Blanco* —dijo Neru.

—*Rey de los Fénix con la eternidad de los Dioses* —dijo Nelka.

—*Poder, valor, voluntad: tres virtudes, tres razas, un deseo de los Elfos es cumplido. Así pues, con tú nombre: Lasylar, nace el Imperio de los Tres Grandes* —dijo Númina.

Cuando Númina extendió la mano, de ella y de los otros tres salieron rayos de luz que se hundieron en el cuerpo de Ian. Quien se vió brillando con aquella energía en su interior, la cual hizo explotar sus traslúcidas alas en luces blancas que traspasaron su cuerpo para perderse en el pilar de *Lasylar*. De su punta salió un rayo de luz que iluminó todo el cielo, las tres estrellas faltantes completaron las constelaciones y los rayos de los pilares se convirtieron en radiantes e impresionantes fuegos artificiales.

Ian miró a cada uno de los reyes y estos le sonrieron.

—Nos veremos en La Tierra de Gálaca—dijo Neru.

Luego, tal como habían llegado, desaparecieron como los fantasmas de almas magníficas que eran.

Las constelaciones estaban completas, brillaban como nunca antes. ¡Año Nuevo! ¡La nueva Era! Todo estaba comenzando. A lo lejos podían escucharse los cantos de todos los animales felices. Las Criaturas del Bosque cantaban y bailaban, los Fénix se convirtieron en aquellos enormes pájaros y junto con los Dragones y los Atlantes volaron en espirales por encima de la ciudad, lanzando fuego y brillando con sus hermosas luces doradas. No pudo haber espectáculo más hermoso en muchos años. Las alas de los Atlantes eran la cosa más hermosa que Licer hubiera visto, cada pluma blanca era realmente única y daba un diseño demasiado espectacular a toda la obra que era una sola ala. Los Fénix en aquellas formas de pájaros enormes, de sus plumas salían chispas doradas y en

algunos podían verse flamas. Y los Dragones... por favor... ¡Quién lo hubiera imaginado! Las escamas azules brillaban como cristales mientras ellos, lanzaban fuego celeste por los aires iluminando así toda la ciudad. Más los espectaculares fuegos artificiales que habían creado los pilares. ¡No podía haber más felicidad en Xínef!

Licer corrió hacia Ian y lo abrazó con todas sus fuerzas sin decirle nada, su hermano también lo abrazó...

¡Después de tanta conmoción venía aún más! ¡Empezó el baile, la risa, la alegría, las reverencias y los saludos! En todo momento las personas sentían deseos de gritar y llorar de felicidad, porque estaban seguros que en sus vidas habían pasado cosas tan hermosas y únicas en una sola noche.

Pero... a las tres de la mañana la música se detuvo y la multitud se reunió en el centro de la pista. Era el momento de la partida del Príncipe Némok. Su madre corrió a abrazarlo, no quería soltarlo, sólo podía llorar en su hombro y abrazarlo como la última vez que era aquella en que podría tener a su pequeño consigo.

Ian se acercó y le entregó una espada metida en una funda, no era necesario sacarla, sólo con ver la empuñadura Licer supo que se trataba de Nógard.

—Un recuerdo de los viejos tiempos —rió Ian—; más aún cuando yo me quedo con tu espada.

—Siempre fuiste tú —dijo mirándolo fijo a los ojos—. Por eso te tenían miedo, por eso mi padre te odiaba en un comienzo pensando que de tí depende el futuro del mundo... porque tú siempre has sido Lasylar... ¿lo sabías...?

—No tenía idea... —sonrió Ian encogiéndose de hombros— , en algún momento lo sospeché, pero no quiero pensar en ello... ya sabes, ahora menos que nunca se permite tener miedo. Cuídate mucho.¡¡Elass, Príncipe Némok!! —gritó levantando su espada.

—¡¡ELASS!! —gritó y lloró la multitud.

Licer desenvainó a Nógard y con ella se cortó una vena. Igual que la primera vez la sangre fluyó y abrió un portal. Licer tomó la piedra que colgaba de su cuello e Ian hizo lo mismo. Se miraron por última vez con tristeza pero sin lágrimas.

El Fénix entró lentamente al portal mientras los demás perdían el aliento, la luminosa entrada se cerró y una ola de llantos se desató, sin embargo... Ian caminó hasta el pilar de Lasylar donde había creído ver a alguien esconderse.

Cluic...

—Nos volveremos a ver, Licer.

Agradecimientos

Primero y principal, quiero agradecer profundamente a mi mamá, quien se encargó de darme esta oportunidad, de torturarme con la corrección y de hacer realidad este sueño.

A mi papá, que mientras estuvo a mi lado me ayudó y aconsejó. Me enseñó a ser mi propio crítico y supo mantener toda promesa que me hizo.

A mi hermano, Gustavo, porque de sus juegos, ocurrencias y constante presencia nació Licer. Mi primer fan y eterno compañero de aventuras, gracias.

A José Clavero, quien desde que supo de este sueño no se detuvo sino hasta ver estas páginas impresas. Como siempre decíamos, gracias por ayudarme a ser y volar como el viento.

Gracias a los bellísimos paisajes de mi país y especialmente de mi provincia. Lang nació de la belleza que siempre me rodeó y tuve oportunidad de respirar toda la vida.

Y finalmente, gracias a vos querido lector por darle una oportnidad a esta historia.

Muchas gracias a todos.